

IMPRESIONES
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

UN AÑO EN FLORENCIA.



MADRID, 1856.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES DE VIAGE.

UN AÑO EN FLORENCIA.

POR ALEJANDRO DUMAS.

EL LAGO DE CUGES Y LA FUENTE DE ROUGIEZ.

Hacia ocho dias que me hallaba en Marsella y aguardaba con tanta mas impaciencia el momento de mi marcha, cuanto que tenia por morada el hotel de Oriente, y por cicerone á Méry.

Una mañana este entró mas pronto que de costumbre.

—Querido, me dijo, daos la enhorabuena: tenemos un lago.

—¿Cómo! le pregunté restregándome los ojos. ¿Teneis un lago?

—La Provenza tenia montañas, tenia rios, tenia puertos de mar, arcos de triunfo antiguos y modernos, la *bouillabasa* y el *alioli*: pero carecia de lagos: Dios ha querido que la Provenza estuviese completa y ha enviado un lago.

—¿Cómo es eso?

—Que ha caido del cielo.

—¿Hace mucho tiempo?

—Con las últimas lluvias: he sabido la noticia esta mañana.

—¿Pero noticia oficial?

—Lo mas oficial que puede haber.

—¿Y dónde está ese lago?

—En Cuges; lo vereis al salir de Tolon, pues está en el camino.

—¿Y están contentos los cugenses?

—Ya lo creo; podrian no estarlo.

—Entonces Cuges deseaba un lago.

—¿Cuges? Cuges hubiera hecho bajezas por tener una cisterna: Cuges era como Rougiez: de Cuges y Rougiez salen todos los perros rabiosos.

—¿Conoceis á Rougiez?

—No á fé mia.

—¡Ah! ¿Con que no conoceis á Rougiez?

Rougiez, querido mio, es una aldea que desde la creacion busca agua. En el diluvio sació su sed; pero desde entonces, buenas noches. En sesenta años ha cambiado tres veces de sitio buscando un manantial. Jamás Rougiez elige un alcalde sin hacerle jurar que encontrará agua. Yo he conocido tres que han muerto de pena y tres que han dado su dimision.

—¿Por qué Rougiez no hace abrir un pozo artesiano?

—Rougiez está sobre granito de primera formacion: toca la roca para tener agua, y sale fuego. ¡Ah! ¿Creeis que no se hace así? Ya quisiera yo veros á vos que estais hablando. En 1810, sí, en 1840 era, Rougiez tomó la enérgica resolucion de darse una fuente. Acababa de ser nombrado un nuevo alcalde, estaba fresco su juramento y queria absolutamente cumplirlo. Junta los notables, los notables hicieron venir un arquitecto.

—Señor arquitecto, dijeron los notables, queremos una fuente.

—¿Una fuente? dijo al arquitecto, nada mas fácil.

—¿De veras? dijo el alcalde.

—Vais á tenerla en media hora.

El arquitecto cogió un compás, una regla, un lápiz y papel; despues pidió agua para desleir la tinta de china en un platito de porcelana.

—¿Agua? dijo el alcalde.

—Si, agua.

—No tenemos agua, dijo el alcalde, si la tuviéramos no os pediríamos una fuente.

—Justamente, dijo el arquitecto.

Escupió en el platillo y deslió la tinta de china con un poco de saliva.

Despues se puso á trazar sobre el papel una soberbia fuente coronada de una urna con cuatro agujeros con mascarones y cuatro caños de una magnífica agua.

—¡Ah! ¡ah! dijeron el alcalde y los notables. eso, eso es lo que necesitamos.

—Lo tendreis, dijo el arquitecto.

—¿Cuanto nos costará?

Cogió el arquitecto un lápiz, puso una multitud de números los unos debajo de los otros, y despues sumó.

—Os costará veinte y cinco mil francos, dijo el arquitecto.

—¿Y tendremos una fuente como esta?

—Mas hermosa.

—¿Con caños de agua iguales?

—Mas gruesos.

—¿Respondeis de ello?

—¡Toma!

Sabeis, querido mio, que los arquitectos responden siempre de todo.

—Pues bien, dijeron los notables, manos á la obra.

Entretanto fijaron el plano del arquitecto en la casa del ayuntamiento; toda la poblacion fué á verlo y se volvió con mas sed.

Se pusieron á labrar las piedras de la pila, y diez años despues, esto es, el 4.º de mayo de 1820 Rougiez tuvo la satisfaccion de ver terminado este trabajo: habia costado quince mil francos. La confeccion de la urna hidráulica fué un poco mas de priesa, cinco años bastaron para esculpirla y ponerla en su lugar. Era entonces 1825. Se prometió al arquitecto una gratificacion de mil escudos si conseguia en el mismo año poner la fuente en traspiracion. En efecto, el arquitecto comenzó á hacer ahondar el suelo porque tenia la misma idea que vos, de un pozo artesiano. A los cinco pies debajo de tierra encontró el granito. Como un arquitecto no puede dejar de tener razon, dijo que un presidiario escapado habia echado en el agujero la bala que llevan atada á la cadena, y que era preciso valerse de otro medio.

Entretanto, para que tuviesen paciencia los notables, el arquitecto plantó alrededor de la pila una hermosa alameda de plátanos, ártol ansioso de humedad, y que la bebe con delicia por las raices. Los plátanos se dejaron plantar, pero se propusieron no echar ni una hoja, mientras no les diesen agua: el alcalde, su muger y sus tres hijas, fueron todas las tardes para animarlos á pasarse á la sombra de sus jóvenes troncos.

Sin embargo, Rougiez, despues de haber hecho sus cuatro comidas, tenia necesidad

de ir á beber á un abundante manantial que corria á tres leguas al Mediodia. Duro es esto cuando se han pagado veinte y cinco mil francos para tener agua. El arquitecto volvió á pedir otros cinco mil francos; pero el bolsillo del ayuntamiento estaba tan seco como su pila.

Llegó la revolucion de julio: los habitantes Rougiez volvieron á concebir esperanzas, pero en vano. Entonces el alcalde, que era un hombre letrado, se acordó del proceder de los romanos, que iban á buscar el agua á donde estaba y que la traian á donde querian que estuviese: testigo el puente de Gard. Tratábase, pues, buenamente de encontrar un manantial un poco menos distante de aquel á donde iba á beber Rougiez: pusiéronse á buscarlo. Al cabo de un año de investigaciones se encontró un manantial que no distaba mas que media legua de Rougiez: esto era ahorrarse ya la mitad del camino.

Entonces se deliberó para saber si no valdria mas el ir á buscar la ciudad sus fuentes y sus plátanos, que traer el manantial á la poblacion. Desgraciadamente el alcalde tenia una hermosa vista desde su ventana y temia perderla: por consecuencia se decretó que el manantial viniese á buscarlos, recurrió de nuevo al arquitecto, con el que estaba un poco incomodado, pidió veinte mil francos para abrir un canal.

Rougiez no tenia esta suma. Reducido á la necesidad, recordó que existia una cámara. El alcalde, que habia hecho un viage á Paris, aseguró que todas las veces que un orador subia á la tribuna le traian un vaso de agua con un azucarillo. Se pensó pues, que gentes que bebian con semejante abundancia, no dejarian á sus compatriotas morir de sed. Los notables hicieron una peticion á la cámara. Desgraciadamente la peticion llegó en medio de las conmociones de junio. Fué preciso aguardar á que se restableciese el orden y la tranquilidad. Sin embargo el mal habia disminuido un poco. Como hemos dicho, el agua se habia aproximado legua y media: asi Rougiez hubiera llevado con paciencia su sed sin los epigramas de Naus.

—Pero, interrumpió Méry usando del mismo artificio de Ariosto, esto nos aleja mucho de Cuges.

—Querido, le respondí, yo viajo para instruirme y las escursiones entran en mi dominio. Volveremos á Cuges por Naus.

—¿Y qué es eso de Naus?

—Naus, amigo mio, es un pueblo muy orgulloso por sus aguas y sus árboles. En sus fuentes brotan los manantiales, y los plátanos crecen por sí solos. Naus apaga su sed en las cascadas de Ginies que corren bajo sauces, sicómoros, encinas y álamos. Naus fraterniza con esa larga cadena de montañas que lleva como un acueducto natural las aguas á San Casiano y á los valles Thesalianos y

Gemenos. Dios ha vertido á manos llenas el agua y las sombras sobre Naus sacudiendo el polvo sobre Rougiez. Respetemos los secretos de la Providencia.

Cada vez que un arriero de Naus pasaba con sus mulos por delante de la pila de Rougiez las quitaba la cabezada, soltaba la brida de sus animales, y los conducía al pilon de piedra. Les invitaba á beber el agua que no habia y que se estaba aguardando desde 1810. Alargando el mulo la cabeza abría el hocico y recibía el calor de la piedra, pues en Rougiez hace un sol de Africa, y el mulo miraba entonces de reojo al amo como para reconvenirle por su burla. A esta mirada reía á carcajadas el nausés y los de Rougiez apretaban los dientes. Resolvióse, pues, encontrar dinero á toda costa aunque tuvieran que vender las viñas para beber agua. Además, los rougiezanos habian notado que nada da tanta sed como el vino.

El alcalde de Rougiez que tiene cien escudos de renta dió el ejemplo de abnegación: sus tres yernos le imitaron. Había casado sus tres hijas en el intervalo: en cuanto á su pobre muger se habia muerto sin haber tenido el consuelo de ver correr el agua en la fuente. Todos los súbditos movidos por un impulso nacional contribuyeron á prorata segun su fortuna: logróse reunir una cantidad bastante crecida para poder decir al arquitecto: —Comenzad el canal.

Por último querido mio, continuó Méry, despues de veinte y seis años de esperanzas concebidas y disipadas, los trabajos han sido terminados en la última semana: el arquitecto respondía del resultado. La inauguración de la fuente se señaló para el domingo siguiente, y el alcalde de Rougiez invitó por carteles y circulares á los pueblos inmediatos para que asistiesen á la gran función de soltar las aguas en la plaza de Rougiez. El programa era corto, lo que le hubiera hecho mucho mejor si se hubiese cumplido. Era este.

«Artículo único. El señor alcalde abrirá el baile en la plaza de la Fuente, y á los primeros sonidos del tamboril correrá el agua de la fuente.»

Comprendeis querido mio, que semejante anuncio atrajo curiosos. Enormes fueron las apuestas que hubo entre unos y otros, unos á que corría la fuente y otros á que no corría.

Acudieron á la fiesta de todas las aldeas circunvecinas: de Fretz que se envanece con sus reductos romanos: de Plau, de Aups, ilustrados por el abad Garnier; de Pepino, orgulloso con sus minas de carbon de piedra; de San Maximino, que conserva la cabeza de Santa Magdalena, con cuya reliquia obtiene la población á su arbitrio el agua; de Tourves, que sabe los amores de Balwella y de la señorita Clairon; de Vesse que dió nacimiento al famoso Gaspar, el mas galante de los ladro-

nes (1), y en fin, del valle de Sigmora que se estiende hasta los límites de la antigua Gargaria: vos mismo, querido, si hubieseis llegado dos dias antes hubierais podido asistir.

Naus llegó tambien conduciendo sus mulos sin cabezada y sin brida, declarando que no creerian en el agua sino cuando hubieran bebido sus animales. A las cinco debia abrirse el baile. Habíase aguardado á que pasase la hora del gran calor, por miedo de que los bailarines no dejaran seca la fuente.

Hubo un momento de solomne silencio.

El alcalde fué á invitar á su pareja y vino á ponerse en baile con ella con el rostro mirando á la fuente. Las personas señaladas para completar el rigodon siguieron su ejemplo, inmediatamente los mulos de Naus se aproximaron al pilon. Los violines dieron la señal, las flautas y clarinetes preludiaron notas claras y sonoras como el canto de la alondra.

Dada la señal empezó el ritornello. El señor alcalde está á la izquierda de su pareja con el pie en primera: todos los ojos se clavan sobre aquel respetable magistrado que comprendiendo la importancia de su situación redobla su dignidad. El arquitecto con la varita en la mano estaba dispuesto como Moisés á tocar la roca.

—¡Adelante! gritó la orquesta ¡adelante! dos para el trenis!

El alcalde y su pareja se adelantan hácia la fuente para saludar la esperada agua: todas las bocas se entreabren para aspirar sus primeras gotas aguardadas desde 1810. Los mulos relinchan de esperanzas, el arquitecto alza su varita: Naus está vencido, el Rougiez triunfa.

De pronto se paran los violines, dan una pifia los clarinetes, la varita queda suspendida en el aire.

El arquitecto ha tocado la fuente con su vara, pero la fuente no ha corrido. Palidece el alcalde y lanza sobre el arquitecto una mirada fulminante. El arquitecto hirió la fuente con otro golpe; el agua no aparece.

Naus rie, Fretz se indigna, Pepino da un salto, Vesse jura, San Maximino se irrita, todos los pueblos convidados á la fiesta amenazan á Rougiez con una sedición. El alcalde saca su faja de su bolsillo, la enrolla alrededor de su voluminoso abdomen y declara que se conservará el orden público.

—¡Dadnos agua para beber, respondió Naus.

—¡Señor arquitecto! gritó el alcalde, señor arquitecto, me habeis respondido de la fuente; ¿de qué proviene el que no corre?

El arquitecto cogió su lápiz, tiró unas líneas, puso varios números encima unos de otros, y despues de un cuarto de hora de cál-

(1) Gaspar de Vesse, viendo que uno de sus gentes queria cortar el dedo á una señora porque no podía sacarla una preciosa sortija, se puso de rodillas delante de ella y la sacó la sortija con sus dientes.

culo, declaró que los dos catetos construidos sobre la línea de la hipotenusa eran iguales al tercero, y que la fuente tenía obligación de correr.

—Y sin embargo, dijo Naus, silbando á Rougiez, no corre—era lo mismo que el *peró gira* de Galileo, escepto que allí era todo lo contrario.

San Zacarias se interpuso y predicó moderación. Esto era fácil á San Zacarias, porque da nacimiento al hermoso río del Ulceatebue que tanto ceno arrastra en su seno.

Al mismo tiempo se adelantó una vieja con el libro de las centurias de Nostradamus, reclamó el silencio y leyó una centuria que prometía agua á Rougiez para el año cuarenta.

—Esa profecía es clara como el agua del río, dijo el alcalde.

—Y quedará cumplida, dijo el arquitecto; yo soy el que me he equivocado.

—¿Hola? exclamó Rougiez triunfante. ¿Con qué no es culpa de la fuente?

—No, es mía, dijo el arquitecto: el canal debía haberse abierto en línea cóncava, y ha sido abierto en línea cóncava. Todo eso es negocio de cuatro años y de unos diez mil francos mas, y correrá la fuente.

Era justamente la época que indicaba la predicción de Nostradamus.

Rougiez en sesión permanente y en el primer momento de entusiasmo se impuso una nueva contribución. Después todas las aldeas vecinas con los violines á la cabeza y los mulos á la cola se fueron á la fuente de San Genies donde volvió á comenzar el baile y en donde los bailarines se entregaron á una orgía hidráulica, digna de la edad de oro.

Entretanto Rougiez tranquilizado por la profecía de Nostradamus aguarda el año cuarenta. Ahora comprendéis, querido mío, cuan furioso debe estar Rougiez con la felicidad que le ha sucedido á Cuges.

—¡Caramba! ya lo creo, ¿Pero de veras tiene Cuges un lago?

—Ya lo creo.

—¿Pero un lago de veras?

—Un lago de veras, no tan grande como el lago Ontario, ni como el lago Lemán ¡vive Dios! pero un lago como el de Enghien.

—¿Pero cómo ha sucedido eso?

—De este modo: Cuges se halla situado en forma de embudo; han caído mucha nieve este invierno y muchas aguas este verano, y la nieve y el agua reunidas han hecho un lago, y este lago á lo que parece se ha puesto en comunicación con manantiales que le alimentan. Patos salvajes que pasaban lo han creído seriamente un lago y se han quedado allí. En el momento en que ha habido patos en el lago se han construido barcos para cazarlos: de modo que ya se caza en el lago de Cuges: no hay pesca todavía, es verdad, pero está arrendada para el año próximo. Cuando paseis sñais

bien la atención, noche y día hay un vapor; es un verdadero lago.

—Ya oís, dije á Jadin que entraba, necesitamos un dibujo de Cuges y su lago.

—Se hará, respondió Jadin; pero ahora el desayuno.

—Es verdad, dije á Mery: ¿y el desayuno?

—Teneis razon, contestó Mery; este maldito lago de Cuges me ha hecho perder la cabeza. El desayuno os aguarda en el castillo de If.

—¿Vamos al castillo de If?

—¿No os lo habia dicho?

—No.

—¡Diablo de lago de Cuges! tambien tiene la culpa. Es que es un lago, querido mío, un lago verdadero. Pues bien, vais al castillo de If en una lancha preciosa que nos ha prestado un amigo: un barco con el cual podría irse hasta las Indias.

—¿Y dónde está ese barco?

—Os aguarda en el puerto.

—Pues bien, vamos.

—No, idos vosotros.

—¿Cómo! ¿no venis con nosotros?

—¿Yo ir por mar? dijo Mery, ni aun iria al lago de Cuges.

—Mery, la hospitalidad exige que nos acompañeis.

—Ya sé que hago mal en no hacerlo; pero ¿qué queréis?

—Quiero una indemnización.

—¿Cuál?

—Cien versos sobre Marsella mientras vamos al castillo de If.

—Dioscientos si queréis.

—Está dicho.

—No hay mas que hablar.

—Pensad que dentro de dos horas estamos de vuelta.

—Dentro de dos horas estarán hechos los versos.

Hecho este arreglo nos fuimos al puerto. A cada persona que encontraba Mery,

—¿Sabeis, le decia, que en Cuges hay un lago?

—¡Vive Dios! respondian los que pasaban, un lago soberbio que no se le puede encontrar el fondo.

—Ya veis, replicó Mery.

En el muelle de Orleans encontramos una linda lancha que nos aguardaba.

—Aquí tendreis vuestra embarcación, nos dijo Mery.

—Y yo, tendré mis versos?

—Estarán hechos.

Bejamos á la lancha, los marineros apoyaron sus remos contra el muelle y dejamos la orilla.

—Buen viage, nos gritó Mery.

IMPROVISACION.

El primer monumento que se divisa á su derecha cuando se va del muelle de Orleans al mar, es la Consigna.

La Consigna es un monumento de fresca y moderna hechura, con numerosas ventanas guarnecidas de triples rejas dando sobre el puerto.

Debajo de estas ventanas hay muchas gentes que están hablando con los habitantes de esta hermosa casa.

Parecía estar uno en Madrid ó Andalucía, y tomaría á todas aquellas gentes por amantes que se ocultan de un padre ó de un tutor y que están *pelando la paba*: son primos hermanos y hermanas que tienen miedo á la peste. La Consigna es el locutorio de la cuarentena.

Un poco mas lejos, enfrente del fuerte de San Nicolás, edificado por Luis XIV, está la torre de San Juan, construída por el rey René: por la ventana cuadrada situada en el segundo piso trató de fugarse en 93 aquel pobre duque de Montpensier que ha dejado sus encantadoras memorias sobre su cautividad con el príncipe de Conti. Sábese que la cuerda con la cual esperaba llegar á tierra era demasiado corta, y como se dejó caer el pobre prisionero á la ventura y se rompió el muslo al caer: y al amanecer le encontraron unos pescadores desmayado y le llevaron á casa de un barbero, donde obtuvo poder permanecer hasta su total curacion.

El barbero tenia una hija, una de esas lindas muchachas de Marsella que tienen medias amarillas y un pie de andaluza. No sé mas indiscreto que lo fué el príncipe por mucho trabajo que me cueste. Habia una linda historia que contar sobre esta muchacha y el pobre herido.

Dejamos á nuestra derecha la roca del Estéon: nos hallábamos justamente sobre la Marsella de César que ha cubierto el mar. Dicen que cuando hace buen tiempo y está el mar tranquilo se ven aun ruinas en el fondo del agua. Mucho me temo que la Marsella de César sea como el paso de los palomos.

Al pie de una roca, cerca del castillo Verde vimos á Méry. Nos enseñaba y tenia en la mano un papel y un lapiz. Comencé á creer que habia hecho bien en no hacerle venir; teníamos el viento de cara, y un diablo de mistral que no queria dejarnos dentro del puerto, pero que prometía darnos buenas sacudidas en cuanto hubiéramos salido de él.

Enfrente de la salida del puerto, el horizonte parecia cercado con las islas de Restomman y Pommegés. Estas dos islas reunidas

por un muelle, cierran el puerto de Frioul-*Fretum Juli*, estrecho de César.

Perdóneme la etimología, que no es mia; este muelle es una obra moderna: en cuanto á Frioul, es el puerto del tifus, del cólera, de la peste, y de la fiebre amarilla, la aduana de las plagas, el lazareto, en fin.

Así hay siempre en el puerto de Frioul un gran número de embarcaciones que presentan el aspecto mas triste.

Desgraciada, ó afortunadamente mas bien, Marsella no ha olvidado todavia la famosa peste de 1720 que la habia traído el capitán Chataud.

La tercera isla de los alrededores de Marsella, la mas célebre de las tres, es la de If: sin embargo, esta isla no es mas que un escollo; pero sobre este escollo hay una fortaleza, y en aquella fortaleza está el calabozo de Mirabeau.

Resulta de aqui que la isla de If es una especie de peregrinacion política, como el *Santo Bálamo* es una peregrinacion religiosa.

El castillo de If era la prision donde en otro tiempo se encerraba á los hijos de familias calaveras, era una cosa hereditaria, convenida: el hijo podía pedir el cuarto del padre.

Bajo este título fué allí llevado Mirabeau.

Tenia un padre loco, y sobre todo ridiculo: lo exasperó con los inauditos desarreglos de una juventud en donde se desbordaba la savia de las pasiones. Todos sus pasos hasta entonces habian sido marcados por escándalos que habian sublevado la opinion pública. Mirabeau quedó libre pero perdido en su reputacion.

Aquella dura reclusion era tal vez una de las cosas de que la Providencia se servia para forzar al jóven á estudiar en sí mismo la tiranía en todos sus detalles: partiendo de ahí, y cuando se aproximó la revolucion, Mirabeau pudo estudiar aquella gran catástrofe social, con sus pasiones detenidas en su carrera, y sus odios reunidos durante una larga prision: La antigua sociedad le habia condenado á muerte: él la volvió su condenacion, y el 24 de enero de 1790 se ejecutó la sentencia.

El cuarto que habitaba Mirabeau, el primero y frecuentemente el único que se pide ver, tanto llena con su nombre aquella antigua fortaleza el coloso republicano, está á lo último del patio en el ángulo del Sudeste del castillo. Es un cuarto que no se distingue de los demas si no porque tal vez es mas oscuro. Una especie de alcoba abierta á pico en la roca, indica el sitio donde estaba su cama: dos garfios que sostenian una tabla, que hoy no está allí, designan el lugar donde ponía sus libros: en fin, algunos restos de pinturas á tiras longitudinales, azules y amarillas dan fé de las mejoras que la filantropía del amigo

de los hombres había permitido introducir al prisionero en su prision.

Yo no soy del parecer de aquellos que pretenden que Mirabeau cautivo, presintió su porvenir: era preciso para eso que adivinase la revolución. Acaso el marinero cuando está sereno el cielo, cuando la mar está tranquila, adivina la tempestad que le arrojará sobre alguna isla desierta y salvaje en donde la superioridad de su genio le hará rey?

Al salir del cuarto de Mirabeau, el inválido que sirve de cicerone al viajero, le enseña algunas tablas viejas que se pudren en una cuadra.

Es el ataúd en que se trajo el cuerpo de Kleber á Francia.

A nuestra vuelta encontramos á Méry que nos aguardaba fumando su cigarro sobre el muelle de Orleans.

—¿Y mis versos? le dije desde lejos en cuanto le ví.

—¿Vuestros versos?

—Sí, mis versos.

—Hace una hora que están hechos.

—Salté al muelle.

—¿Dónde están? pregunté á Méry dándole un abrazo.

—Aquí los teneis, he tenido el tiempo de copiarlos en limpio. ¿Estais contento?

—Esto es maravilloso, querido.

En efecto, en menos de una hora, Méry había hecho ciento veinte y ocho versos, lo cual viene á ser dos versos por minuto.

Estos versos eran en elogio mio, y verdaderamente son una obra maestra por el poco tiempo en que se hicieron, y los que conservo toda mi vida como uno de los dones mas apreciables que me ha podido hacer jamás la amistad.

—Helos aquí, despues de haberlos leído, me dijo Méry.

—Pues no es eso solo lo que he hecho mientras os he estado aguardando, he encontrado una crónica que os faltaba para concluir vuestro cuadro de Marsella.

—¿Cuál?

—Marsella en 93.

—Venga pronto la crónica.

—Vamos primero á la plaza de Petit-Mazeau: mi hermano nos aguarda allí con su manuscrito.

Fuimos al sitio designado: Luis Méry me enseñó una casita baja y de mezquina apariencia, y que sin embargo estaba rebocada y puesta como nueva cuanto era posible.

—Mirad bien esa casa, me dijo Luis Méry.

—Ya la he mirado; y bien, ¿qué es esa casa?

—Volved á la fonda, leed ese manuscrito, y lo sabreis.

Obedecí puntualmente.

Leo el manuscrito desde la primera hasta la última línea.

Ved aquí lo que era aquella casa.

MARSELLA EN 93.

COQUELIN.

Hácia el mes de marzo de 1793, llegó un hombre de París á Marsella, y se fué inmediatamente al palacio de Justicia. Púsose sobre su cabeza un sombrero adornado de plumas tricolores. Desplegó un papel firmado por los miembros del comité de Salud pública, en cuyo papel se le institua presidente del tribunal revolucionario. Nadie se opuso á su instalacion, solamente le preguntaron como se llamaba: respondió que se llamaba el ciudadano Bruto. Este nombre estaba muy en moda en aquella época; así nadie se admiró de la eleccion que habian hecho en París del ciudadano, presidente del tribunal revolucionario de Marsella.

Durante todo el año 92 y todo el principio de 93, la guillotina había descansado un poco en Marsella; se habian elevado quejas al comité de Salud pública, y este había enviado al ciudadano Bruto para dar un poco mas de actividad á la máquina revolucionaria. A la primera vista pudo conocerse que la eleccion era buena: el ciudadano Bruto entendia maravillosamente el modo de poner en actividad las tablas de la guillotina, y de llenar las cárceles.

Todos los dias le llevaban listas de los sospechosos. Para no perder su tiempo, Bruto llevaba las listas al tribunal revolucionario, y condenaba á muerte sin que la menor emoción de placer ó pena se representase en su arrugado rostro. Despues, mientras el escribano leía la sentencia, indicaba sobre las listas de los sospechosos que le habian entregado por la mañana, el nombre de los que debian llenar las prisiones vacias por los que salian al cadalso por la tarde.

Concluida esta tarea, volvía á su oscuro tercer piso, que por una de las travesías que se encuentran frecuentemente en las antiguas ciudades, ponía en comunicacion la *Calle Grande* y la de la Cuchillería. Allí permanecía solo é invisible aun para los Saron y los Mourelles, que eran los Carrieres y los Fouquier Tinviles de este otro Robespierre.

Algunas veces Bruto salía para pasearse por la ciudad, y se cubría la cabeza con un gorro de piel de zorro, y llevaba arrastrando un gran sable que hacía saltar las chispas del empedrado de las calles. El resto de sus vestidos se componía de una carmañola, y un par de pantalones de color oscuro.

Cuando así lo encontraban haciendo suron-

da, todo el mundo se apresuraba á quitarse el sombrero, de miedo de que no les quitase la cabeza.

Gracias á su hermoso sol, á sus alegres casas pintadas con vivos colores, y al azulado mar que sonríe á sus pies, Marsella, aunque profundamente afectada con aquella fiebre revolucionaria que le sacaba lo mas puro de su sangre, habia conservado durante algun tiempo el aspecto de felicidad que la distinguia, y que hace el carácter principal de sus habitantes. Sin embargo, poco á poco se fué estendiendo sobre ella un velo de luto. Sus calles bulliciosas se convirtieron en silenciosas, y sus ventanas parecidas á los quitasoles que se abrian á su vez para aspirar los primeros rayos del sol y las primeras brisas de la tarde, permanecian cerradas. Por un, en fin, último sintoma de dolor, aun mas triste en una ciudad comercial que en cualquiera otra, las tiendas estaban cerradas, á escepcion de una sola.

Esto era sin duda la causa del inocente comercio del que la habitaba, porque encima de la puerta de la tienda habia una muestra que decia:

Coquelin, fabricante de juguetes de carton.

Además, probablemente para llamar la proteccion de la república sobre su establecimiento, el propietario habia hecho pintar un gorro colorado encima de aquella muestra, cuya inscripcion se hallaba colocada entre una hacha y una media luna.

La tienda de Coquelin tenia las puertas á la plaza del *Petit Mazeau*, era una especie de bóveda pequeña y oscura. El que al pasar por ella echaba una mirada, veia á poca distancia del puesto de la puerta, una mesa y una silla, y delante de aquella mesa y en aquella silla, á un hombre de ojo apagado, mejillas pálidas, ocupado en cortar con unas tijeras hojas de carton, y trabajar una casa, un pozo, un árbol, ó un cochecito con sus caballos, ó en hacer bailar un polichinela tirándole del hilo que colgaba entre sus piernas, ó en vestir ó desnudar alguna muñeca. Ocupábase en cualquiera cosa, sus movimientos eran dulces y moderados: dirigia lentamente sus manos cual compás, ó al puchero de la cola, cuando cogia el pincel ó á la tijera, y su rostro permanecia constantemente animado de una benévola sonrisa, perfectamente acorde y en armonia con sus sencillas ocupaciones.

De tiempo en tiempo se levantaba, entraba en la trastienda, y allí desaparecia á la vista de los que pasaban por la calle. Oíase entonces el ruido de una rueda, y el rápido roce de los instrumentos, como cuando se afila un cuchillo, ó una navaja, ó unas tijeras, algunas chispas brillaban en la permanente oscuridad de la trastienda; aquella chispa se estinguia inmediatamente en la oscuridad. Despues aquel buen hombre abria y cerraba la puerta

de la trastienda, volvia á sentarse sobre su silla, y continuaba su muñeca de carton, ó la casa que habia interrumpido. Aquel hombre era Coquelin.

Hacia algunas semanas que una jóven se detenía delante de la tienda de Coquelin. No porque se complaciese en examinar los juguetes que aquel hombre fabricaba, sino por deferencia á una niña bonita de seis años con una cabeza de querubín, que cada vez que pasaba por delante de la tienda tiraba del vestido á su mamá con la mano á fin de que se parase, y detenía sus hermosos ojos azules sobre las obras maestras de aquel buen hombre. Su madre en su color pálido, en sus largos cabellos rubios, demostraba que era una flor estranjería á la ardiente atmósfera provenzal que encontraba á su hija tan feliz mirando en la mesa de Coquelin aquellos juguetes que la causaban tanto gozo.

Coquelin tenia muy poca curiosidad; empero, sin embargo, habia concluido por reparar en aquella muger y aquella niña, á las que, á pesar de su falta completa de educacion, hacia una amistosa señal con la cabeza, que tranquilizaba á la madre y animaba á la hija.

La jóven preguntó un dia á Coquelin el precio de una bonita casa de carton, cuyo techo imitaba perfectamente las tejas, y que tenia persianas pintadas de verde. Saltaba la niña de alegría dando palmadas con su manita á la idea de que su madre pudiese comprarle tan linda casita. Coquelin examinó el trabajo del objeto que le pedian, y despues de haber reflexionado un instante, pronunció estas palabras: tres francos; eran las únicas que la jóven le habia nunca jamás oido pronunciar. Puso el precio sobre la mesa, porque Coquelin no habia alargado la mano para recibir el dinero, y la niña radiante de alegría y de orgullo se llevó el soberbio juguete.

A la mañana siguiente, sea que la niña satisfecha de su adquisicion de la vispera no hubiese manifestado tanto deseo por los demas juguetes que contenia la tienda de Coquelin, sea que la jóven se hubiese visto detenida lejos de la calle de *Petit Mazeau* por el asunto que tan triste le tenia, ni la madre ni la hija se presentaron en la tienda.

Hasta la hora en que tenían costume de detenerse delante de su tienda, permaneció muy tranquilo Coquelin, entregándose constantemente á su habitual ocupacion. Cuando llegó la hora, volviése muchas veces hácia la puerta cual si aguardase que hubiesen venido; pero cuando pasó la hora, Coquelin pasó de la impaciencia al desasosiego, y sacaba frecuentemente su cabeza para mirar á los dos estrechos de la calle, volviendo cada vez que veia frustrada su esperanza con un aire apesadumbrado y triste. Aquel dia cortó mal, no pudo acabar una casa: los pedazos no encajaban, la cola se quemó, las tijeras se torcieron: cosa

admirable, nada hizo con concierto, é inco-modado y con ira, cerró la puerta de su tienda.

Al día siguiente, las pálidas y arrugadas mejillas de Coquelin se pusieron casi encarnadas, cuando la jóven y su hija se aproximaron á su tienda. Sin embargo, no demostró su alegría sino con una ligera sonrisa que procuró contener: animada la niña con la sonrisa entró prontamente en la tienda, y vino á colocar una manita sobre la espalda de Coquelin, mientras que con la otra hacia girar una veteleta colocada en una torre de carton: Coquelin se volvió hácia la encantadora niña, y le hizo un gesto de amistad: la niña se familiarizó completamente con la pacífica figura del fabricante de juguetes, y concluyó por jugar con él, de tal modo, que su madre que tenia los ojos clavados sobre las paredes del palacio donde el tribunal revolucionario tenia sus sesiones, no reparó que la niña se instalaba en la tienda de Coquelin, metiendo su dedito en el puchero de la cola, haciendo bailar los polichinelas, rodar los coches, abriendo las ventanas de las casas de carton, y trastornando todo cuanto allí habia, sin que Coquelin la dijese nada ni profiriese la menor queja, mirando alternativamente á la hija y á la madre.

En un momento en que miraba á la madre, la niña se desapareció en la trastienda, y casi inmediatamente dando un grito, volvió á presentarse en el dintel de la puerta interior, con un dedo lleno de sangre.

A aquel grito volvióse vivamente la madre y se precipitó en la tienda.

—Dios mio, Dios mio! le dijo, ¿que has hecho, pobre hija? ¿Te has cortado?

—¡Oh, mamá, mamá, respondió la niña sacudiendo su manita, y haciendo todo lo que podia para contener sus lágrimas, no me riñais, no me riñais, es una cuchilla que me ha mordido.

—¡Una cuchilla! exclamó la madre.

El rostro de Coquelin se puso lívido de palidez, y cerrando con cuidado la puerta de la trastienda, se metió la llave en el bolsillo.

—No es nada, no es nada, dijo con voz temblona. Aquí teneis tafetan de Inglaterra, curadla vos misma, yo tengo la mano muy pesada.

Y con una atencion y premura extraordinarias, Coquelin presentó á la jóven una taza llena de agua y se puso de rodillas delante de la niña, mientras su madre la tenia el dedo y aplicaba en la cortadura un pedazo de tafetan inglés.

—Habrà puesto imprudentemente la mano sobre algun cuchillo de cocina, dijo la jóven un poco tranquilizada. Estos niños á todo echan mano.

—¡Oh! ciudadana, respondió Coquelin, mucho lo siento, porque hubiera debido tener

mas cuidado, es culpa mia. Pero la señorita Luisa es tan lista y tan traviesa....

—Es mas aturdida que una mariposa, dijo la jóven con una triste y dulce sonrisa.

Aquella sonrisa por pasajera que fuese, hizo á Coquelin mas expansivo. Sintió no tener ni una silla, ni un taburete que presentar á la ciudadana y á su hija. Su conversacion era la de un hombre de pocas ideas, y de cierta tenacidad de carácter, lo que casi siempre va unido. Además sus palabras eran cortadas y las decia con acento montañés. Por su parte la jóven comenzaba á acostumbrarse al trato de aquel hombre que habia comenzado por inspirarle una repugnancia de que no sabia darse razon. Así le hizo algunas preguntas.

—¿Y este trabajo? ¿basta á vuestras exigencias? le preguntó.

—Trabajo tambien en otras cosas, respondió Coquelin.

—¿Y os produce mucho ese trabajo?

—Si, si, me pagan bien.

—¿Y nunca os falta trabajo?

—Es decir, respondió el obrero que se habia puesto otra vez á su tarea levantándose las mangas de su blusa; es decir, que hay épocas.

—Y ahora es buena época á lo que parece, preguntó la jóven, porque me pareceis contento.

—Si, si, hace dos meses casi que no faltan encargos, y se aumentan todos los dias, gracias al ciudadano Bruto.

—¿Conoceis al ciudadano Bruto? exclamó la jóven sin reflexionar en aquella terrible influencia que podia tener el ciudadano Bruto en el comercio de un fabricante de juguetes de niños.

—Toma, que si conozco al ciudadano Bruto! respondió Coquelin, ya se vé que le conozco, es un hombre que no todo el mundo trata.

—¡Con qué le conoceis! ¡oh Dios mio, tal vez la Providencia me ha conducido aqui! ¿Y lo veis con frecuencia?

—Si, así, de tiempo en tiempo. Cuando he concluido la tarea del dia, voy á recibir sus órdenes para el dia siguiente. Tomamos una copita juntos y brindamos á la salud de la república una é indivisible. ¡Oh! no es orgulloso ni altivo el ciudadano Bruto.

—Ciudadano Coquelin, me pareceis un buen hombre.

—Un buen hombre.... yo.... ciudadana.

—¿Me hareis un favor, no es esto?

—Contad con él, si puedo, ciudadana.

—Ciudadano Coquelin, voy á deciroslo todo. Tengo preso á mi marido, y por eso paso todos los dias por esta calle: está inocente, os lo juro, pero tiene enemigos porque es rico. ¿Si pudieseis implorar por él la libertad del ciudadano Bruto?... Se llama Roberto mi marido: conservad bien su nombre en la memoria, y pues que conoceis al presidente

Bruto, puesto que vais á verle al fin de vuestro trabajo, pudiérais decir la primera vez que vayais, que una pobre señora muy desgraciada, le suplica en nombre del cielo que la conserve á su marido: decidle que nada ha hecho mi pobre Carlos, el padre de mi Luisa: decidle que nunca ha conspirado, que es buen patriota, que ama la república ¡si supierais como la ama!.... ¡si supierais como ama á su hija!.... Preciso es que yo os diga que todos los días le veo: á las cinco pasa por delante de unas rejas, y me hace una señal: así todos los días á las cinco vamos á aguardar esa señal delante de su ventana. He hecho todo lo que he podido para ver al ciudadano Bruto, pero no me han dejado llegar hasta él. Sin embargo, tanto le hubiese rogado, tanto le hubiese suplicado, que me hubiera concedido la vida de mi marido, estoy segura. La Providencia y Dios me ha conducido aquí, y pues que vos conoceis al ciudadano Bruto, estoy segura que no matará á mi Carlos. Luisita, hija mía, exclamó la pobre madre toda llena de desconsuelo, quieren matar á tu padre; ruega conmigo al señor Coquelin para que no le maten.

Luisa se puso á llorar gritando: yo no quiero que maten á papá, señor Coquelin, no mateis á papá.

El rostro de Coquelin se puso lívido de palidez.

—No hagais caso de lo que dice esta niña, exclamó la madre, no sabe lo que se dice, mi buen señor Coquelin.

Y quiso coger las arrugadas manos del fabricante, que las retiró con viveza.

—No toqueis mis manos, ciudadana, dijo con una especie de terror.

Retrocedió la muger; no comprendía el movimiento de Coquelin. Hubo un instante de silencio.

—¿Con que decís, replicó Coquelin, que la vida de vuestro marido depende del ciudadano Bruto?

—De él solo, exclamó la jóven.

—¡Muy duro es el ciudadano Bruto! continuó Coquelin meneando la cabeza; muy duro, muy duro; y exhaló un suspiro.

—¿Me negais vuestra proteccion? preguntó con timidez la jóven tendiendo sus manos en actitud suplicante.

—Yo, dijo Coquelin, ¿yo rehusar nada de lo que pueda hacer? ¡Ah! no me conoceis, ciudadana. Además, ¿no me habeis comprado una cajita de carton? ¿No venis todos los dias á mi tienda donde viene tan poca gente? ¿No me hablais con vuestra vocecita tan dulce, á mí, pobre hombre á quien nadie habla? Y sin embargo, hacedme justicia, tengo la tienda mejor surtida de Marsella. ¿Hay nadie que menea mejor que yo las tijeras, que tenga mi destreza? Mirad esta purichinela que linda es, no hay mas que tirar de esta cuerdecita, y los brazos, las piernas, la cabeza, todo se

agita, todo se mueve: mirad, mirad. La jóven, por complacerle, miró al través de las lágrimas que empañaban sus ojos, el grotesco purichinela que Coquelin con el rostro lleno de satisfaccion, orgulloso, de artista, hacia bailar. Por su parte, Luisita, pasando del dolor á la alegría como una niña que era, saltaba de puntillas riendo como una loca. Habia tomado la escena un carácter interesante y casi patriarcal. Arrellanado en la silla Coquelin tenia con una mano á la altura de su nariz, la figura de carton cógida por la cabeza, y con la otra mano comunicaba por medio de una cuerda, un movimiento rápido, á los brazos y á las piernas del purichinela. Cuanto mas se meneaba la figura de carton, mas alegremente reia Luisita. Saboreaba Coquelin su triunfo de mecánico. Estaba radiante de alegría su rostro, y decia tirando al mismo tiempo de la cuerdecita, y uniendo su voz con los gestos del purichinela:

—¿Con qué decís, ciudadana, que está encerrado vuestro marido? Bien, veré al ciudadano Bruto: le hablaré.... ¡es duro el ciudadano Bruto! pero quien sabe.... en todo caso yo haré todo lo que pueda por vuestro marido: estad tranquila, perded cuidado, ciudadana... Desgraciadamente no puedo mucho.... pero todo lo que pueda lo haré.... todo.

—Que bueno sois, señor Coquelin.

—Tengo memoria, ciudadana, la tengo....

No olvidaré jamás que hace dos semanas venis á verme trabajar media hora todos los dias, y que durante esa media hora, no sé por que, soy feliz. Es que, ya lo veis, en Marsella no aman á los artistas.... yo estaba condenado ha admirarme solo.... Mirad, pues, como baila mi purichinela: Luisita quiere mucho á su papá, ¿no es verdad?

—Con todo mi cosazon, y con toda mi alma, respondió la niña.

—Está bien ¿no has roto la casita?

—Yo, no, señor Coquelin, la he puesto en la mesa de juego del salon.

—Debeis estar muy contenta, ciudadana, de tener una niña tan guapa.

—Si, dijo la jóven, y como es muy juiciosa, voy á comprarla el purichinela.

Luisita dió un grito de alegría, Coquelin se levantó con toda su estatura, entregó el purichinela á la pobre madre, que le pagó cuatro francos, y recomendando por último ver su marido á Coquelin, se marchó.

—A propósito, las señas de vuestra casa, ciudadana, la preguntó.

—Calle de Tionvillois, número 6.

—Gracias, dijo Coquelin, y volvió á entrar en su tienda. Escribió en un pedazo de papel, las señas que acababa de darle la jóven, se metió el pedazo de papel en el graso bolsillo de su trage, lanzó un suspiro, y se entró en la trastienda. Un instante despues brillaron las chispas, y se oyó el ruido de la piedra de afilar.

A la mañana siguiente hacía las once de ella, supo la jóven que su marido había concurrido ante Bruto, y que Bruto le había condenado á muerte. Aturdida quedó desde luego enteramente con aquel golpe la jóven. Pero vió á su hija que jugaba con la linda casita: pensó en Coquelin: dijo á Luisita que fuese juiciosa, y se divirtiese con sus juguetes, cerró la puerta con llave, y corrió como una loca á la calle de Petit-Mazeau.

La tienda del fabricante de juguetes estaba cerrada.

Desvaneciábase la última esperanza: púsose á llamar con el puño cerrado contra aquella puerta como una loca, dejando caer hácia atrás de vez en cuando la cabeza, arrojando tristes suspiros. Nadie respondió, pero una vecina vieja se asomó abriendo la ventana, y viendo aquella jóven que llamaba sin descansar, le preguntó que quería.

—Quiero hablar al ciudadano Coquelin, exclamó la jóven.

—El ciudadano Coquelin ha marchado con su carrito; respondió la vieja: debe hallarse á estas horas en la Canneviere; y la vieja cerró la ventana.

La jóven se echó á correr hácia el lado indicado, pero á medida que se aproximaba era tan considerable la multitud, que se vió obligada á detenerse en una de las calles inmediatas.

Gentes con cara patibularia, decían:

—Qué desgracia la de no poder llegar mas lejos. Hoy llevan doce; los que tienen las primeras sillas lo verán por su dinero.

La pobre jóven se desmayó.

Llevaronla á una casa, registraronla sus bolsillos, le encontraron una carta y sus señas, y la llevaron á la calle Tionvillois.

Cuando volvió en sí, Luisita estaba de rodillas, y una anciana que la había acompañado desde París, la echaba agua en la cara.

Quiso levantarse, pero se hallaba tan débil que tuvo necesidad de volverse á sentar.

Permaneció dos horas con las manos apoyadas sobre los brazos de su sillón, el ojo fijo, sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de dos horas llamaron violentamente á la puerta.

—Id á ver quien es, dijo á la anciana criada.

La criada bajó: un instante despues volvió á entrar toda trémula trayendo un billete en la mano.

Un hombre con un gorro colorado le había arrojado aquel billete en la escalera, entregándole para la ciudadana viuda de Roberto.

La jóven cogió el papel. Esto era lo que estaba escrito en él:

«Ciudadana, eran doce; vuestro marido era el doce. Le he hecho pasar el primero: ya veis que he cumplido mi promesa. He hecho todo cuanto he podido.

» Coquelin. —(Verdugo.)»

En aquel momento Luisita dijo á su madre: —Mamá, mirad que bien baila mi purichinela.

La pobre muger se levantó, hizo pedazos el purichinela y la casita de cartón, y cogiendo á su hija en sus brazos, volvió á caer desmayada diciendo:

—¡Mónstruo! han muerto á tu padre.

TOLON.

En atencion al proverbio de que no hay compañía por buena que sea que no sea necesario dejar despues de tres dias de fiestas y placeres, tuve que separarme de aquella alegre y honrada compañía marsellesa en la que se me había pasado una semana con la rapidez de una hora.

Al acompañarnos al carruage Méry recomendó á Jadin no se le olvidase sacarle al pasar un dibujo del lago de Cuges, nos abrazamos despues, y nosotros echamos á andar para Tolon y Méry volvió á Marsella.

El camino que se toma para salir de la capital de la Provenza, es tan caloroso y tan lleno de polvo como el que se sigue para llegar á ella: nada hay mas monótono y mas triste que aquellos olivares mezclados de viñas en cuyo intervalo, como dice el presidente Brosas, se levantan por curiosidad algunas matas de trigo.

Al cabo de una ó dos horas entramos en las montañas peladas y áridas en las que el sol y las lluvias no han dejado mas que su esqueleto de granito. Seguimos el fondo de un valle tan seco como el resto del camino: por último hácia el anoecer, al doblar una gigantesca roca que obliga al camino á describir una curva, nos hallamos delante de una gran sábana de agua: era el lago de Cuges.

Como el conductor estaba á nuestras órdenes, hicimos alto allí; Jadin como lo había prometido sacó una vista para Méry. El lago estaba en el primer término, Cuges y su iglesia en el segundo: el tercero lo formaban las montañas. Durante este tiempo cogí mi escopeta y seguí sus orillas para ver si encontraba algun pato: desgraciadamente aun no habían tenido tiempo de crecer los cañaverales, y los patos estaban en medio del lago á gran distancia.

Volví cerca de Jadin que había concluido su croquis y nos dispusimos á pasar el lago.

No era operación sencilla. Los cugences aun no habían tenido tiempo de construir un

puente: además, antes de construirlo querrian sin duda asegurarse de que les sería permanentemente el lago. En el entretanto el agua habia cubierto la carretera: veíase bien el camino entrar por un lado y salir por otro: pero por el espacio de un cuarto de legua no se tenia otro guía para seguirlo que algunas piedras ó postes á derecha é izquierda. Como el camino formaba calzada, por poco que nos separáramos á un lado ó á otro caíamos en profundidades que no podíamos medir por las ramas de los árboles que aparecian como matas á flor de agua. Empecé á creer que la Providencia habia sido muy pródiga con Cuges al darle semejante lago cuando los cugences se hubiesen contentado con una fuente como bastante.

Sin embargo, como no habia ni puente ni barca, tuvimos que adoptar nuestra resolucion: subimos á la imperial del coche á fin de estar mas dispuestos para salvarnos á nado: y con audacia nos lanzamos en el lago saliendo sin percañe alguno á la otra orilla.

Hallamos á Cuges en conmocion: el gobierno habia tenido noticias de su lago y habia puesto la mano en ello. Los lagos son de derecho propiedad de los gobiernos, únicamente que en este se suscitaba un litigio. Este lago era de fecha reciente y no subia como los otros á la creacion del mundo, á lo menos del diluvio. Por el diluvio, como se sabe, hacen los lagos su prueba de nobleza: el diluvio es el 4399 de los lagos. El de Cuges se habia estendido sin cumplimiento alguno sobre propiedades y fincas que pertenecian á ciudadanos de las poblaciones circunvecinas. Estos propietarios querian dejar el lago al gobierno, pero siendo indemnizados de las tierras que pedían por esta concesion. Las aguas y los bosques se reian de ellos; ellos se reian de las aguas y los bosques: asi habia ya habido un gran gasto de papel sellado y los cugences, como aquel pobre zapatero convertido en rico, estaban casi dispuestos á devolver su lago si querian devolverles su tranquilidad.

Nos detuvimos en Cuges, y volvimos á salir al dia siguiente á las seis de la madrugada.

La única cosa curiosa que nos ofreció el camino hasta Tolon, eran las gargantas de Ollioules: las gargantas de Ollioules son las Termópilas de la Provenza. Figúrense rocas escarpadas de dos á tres mil pies de altura en cuyas cimas hay algunas poblaciones perdidas á que se sube sin saber por donde y se inclinan curiosamente para vernos pasar. Algunas de estas montañas tienen la pretension de ser volcanes apagados: no me opongo á ello.

Apenas se sale de las gargantas de Ollioules se presenta un gran contraste: en lugar de aquellas dos paredes de granito tan peladas y tan próximas que sofocan, se encuentra

una deliciosa llanura encajonada á la izquierda por las montañas en semicírculo y á la derecha por el mar.

Aquella llanura es la estufa de la Provenza: allí brotan el aire libre y á porfia la *palma de Siria*, el *naranja de Mallorca*, el *nesfer del Japon*, el *plátano de las Antillas*, el *yesea de la América*, el *lentisco de Creta* y la *acacia de Constantinopla*. Aquel es el país de las plantas exóticas, que vienen del Oriente y del Mediodía para ir á morir á nuestros jardines botánicos del Norte. Felices las que allí se detienen porque pueden creerse todavía en su país natal.

A la izquierda de la vuelta del camino que dirige desde las gargantas de Ollioules á Tolon, se verificó el 18 de junio de 1815, el mismo día de la batalla de Waterloo la entrevista del mariscal Brune y Murat. Este se hallaba vestido de mendigo con un capote gris, un sombrero á la catalana y anteojos de oro. Lo que pedía el mendigo real era volver á ocupar su lugar como simple soldado en los ejércitos de aquel á quien dos veces habia perdido, la primera declarándose contra él, la segunda declarándose por él.

Sábese cual fué el resultado de aquella entrevista. Murat, rechazado de Francia, pasó á Córcega, de Córcega se embarcó para Calabria: puede encontrarse su cadáver en la iglesia de Pizzo.

Al entrar en Tolon pasamos por delante del famoso balcón de Puget que hizo decir al caballero Bernuin cuando llegó á Francia, que no merecia la pena el enviar á buscar artistas á Italia cuando se tenían en su casa gentes capaces de hacer semejantes cosas.

Las tres cabezas que sostienen aquel balcón son los retratos de los tres cónsules de Tolon á quien Puget habia quedado agradecido: así la ciudad los conserva cuidadosamente como retratos de familia.

Llevaba cartas para Mr. Lauvergne, joven médico del mayor mérito que habia acompañado al duque de Joinville en sus escursiones á Córcega, Italia y Sicilia, y hermano del Lauvergne, el pintor de marina, que ha dado dos o tres veces la vuelta al mundo.

Como contábamos detenernos en Tolon nos ofreció en lugar de nuestro sombrío aposento en la ciudad una pequeña bastida ó casa de campo muy ventilada que tenia en el fuerte la Malgue. Aceptamos al instante esta oferta que nos hizo con tanta franqueza. Aquella misma noche quedamos instalados en ella, de modo que al dia siguiente al despertarnos y al abrir nuestras ventanas tuvimos delante de nosotros un mar infinito que hay necesidad de ver de tiempo en tiempo cuando se le ha visto una vez y que no se cansa uno jamás de ver.

Tolon tiene pocos recuerdos; fuera del sitio que le puso el duque de Saboya y la traicion que lo entregó á los ingleses y á los es-

pañoles en 1795, su nombre se halla raramente citado en la historia. Pero esta vez se encuentra escrito de una manera indeleble: Tolon es la fecha real que comienza la carrera militar de Bonaparte.

Como curiosidades no tiene mas que su presidio y su puerto. A pesar de la poca simpatía que me inspiraba el primero de estos establecimientos no dejé de visitarlo al segundo día de mi llegada. Desgraciadamente el presidio de Tolou no tenía en aquel momento ninguna notabilidad; acababa, hacia dos ó tres meses, de enviar lo mejor que tenía á Brest y á Rochefort.

Los tres primeros objetos que chocaron á mi vista al entrar en el presidio, son primero un cupido apoyado sobre una áncora, despues un crucifijo y ultimamente dos cañones cargados de metralla.

El primer presidiario que encontramos se vino derecho á mí y me llamó por mi nombre preguntándome si no le compraria alguna cosa de su tiendecita. Por deseos que tuviese de corresponder á sus atenciones en vano traté de recordar el rostro de aquel hombre: notó mi embarazo y se echó á reir.

—El señor trata de reconocermé, me dijo.

—Si, lo confieso, pero no lo consigo.

—Sin embargo, he tenido el honor de veros con mucha frecuencia.

Cada vez iba siendo mas lisonjero el paso: únicamente yo no me acordaba jamás haber frecuentado tan buena compañía: en fin, quiso sacarme de dudas.

—Ya veo, dijo, que es preciso que diga al señor donde le he visto, por que el señor no se recordará de vista al señor en casa de la señorita Mars.

—¿Y qué hacias en casa de la señorita Mars?

—Servia, era su ayuda de cámara: yo soy el que la robé sus brillantes.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que eres Mulou?

—Me presentó una tarjeta.

—Mulou, artista presidiario para lo que gustéis mandar.

—Parece, le dije, que estais aqui perfectamente.

—Si, señor, gracias á Dios, no estoy mal; siempre es bueno dirigirse á personas de importancia. Cuando han sabido que era yo el que habia robado los brillantes de la señorita de Mars hasta me ha valido cierta distincion. Como siempre me he portado bien, me han dispensado los trabajos penosos: ademas se ha visto bien que yo no era un ladrón ordinario: he tenido una tentacion y nada mas. El señor sabe bien el refrán: la ocasion hace al ladrón.

—¿Cuánto tiempo os queda todavía de condena?

—Dos años.

—¿Y qué pensais hacer al salir de aqui?

—Pienso ponerme al comercio: aqui he hecho un buen aprendizaje y cuando salga

Dios mediante, con excelentes certificaciones y cierta suma procedente de mis economías tomaré en traspaso una tienda. Entretanto si el señor quiere ver la que tengo aqui...

—Con mucho gusto.

Mulou echó á andar delante de mí y me condujo á una especie de choza de piedra llena de toda clase de labores de coco, de coral, de marfil y ámbar, que tenía en una especie de mostrador y formaban un surtido completo de la industria del presidio.

—¿Pero podeis vos mismo solo confeccionar todo esto?

—¡Oh! no señor, me respondió Mulou, hago trabajar. Esos infelices lo trabajan y yo hago el comercio en grande; me traen todo lo que hacen, si no está bien les doy consejos y advertencias, dirijo y formo su gusto, les compro lo que hacen y despues lo revendo á los estrangeros.

—Entonces ganareis el ciento por ciento.

—¿Qué quereis? me hallo en boga y es preciso que me aproveche de ello. El señor sabe bien que no todo el que quiere se halla en boga. ¡Oh! si yo pudiese permanecer aqui diez años mas únicamente, no tendria que tener cuidado por mi fortuna; me retiraria y bastaria para pasar el resto de mis dias. Desgraciadamente, señor, únicamente me han condenado por diez años, y dentro de dos tendré que salir de aqui: ¡Ah! si yo lo hubiera sabido...

Le compré algunas frioleras á aquel presidiario optimista: continué mi camino estupefacto de ver que hubiese gentes que pudiesen echar de menos y sentir dejar un presidio. Encontré á Jadin en tratos con otro industrial que vendia cordones de Argel: era un árabe que nos contó toda su vida. Estaba allí por haber muerto á dos judíos. Pero en aquel tiempo nos dijo, la gracia de Dios le habia tocado el corazon y se habia hecho cristiano.

—¡Vive Dios! le respondió Jadin, que ha sido un gran triunfo para nuestra religion.

Habiamos empezado por las escepciones pero bien pronto volvimos á las generalidades.

Dividense los presidiarios en cuatro clases: los indóciles, los reincidentes, los intermediarios y los experimentados.

Los indóciles, como lo denota su nombre, son aquellos con quienes nada hay que hacer: estos llevan un gorro verdé y un chaqueton encarnado con las dos mangas pardas.

Siguen los reincidentes, que tienen el gorro verde una manga encarnada y la otra parda.

Despues los intermediarios que tienen el gorro y chaqueta encarnada.

Y en fin los experimentados que tienen la chaqueta encarnada y el gorro morado.

Los individuos de las tres primeras clases, están apareados con una cadena de dos en dos: los de la última no tienen mas que la argolla al rededor de la pierna y sin cade-

na, y ademas se les da media libra de carne los domingos y los dias festivos, mientras que los demas no toman mas que sopa y pan.

De las canteras y del puerto pasamos á los dormitorios: la cama de los presidiarios es un inmenso lecho de campaña de madera cuyas dos estremidades son de piedra. Están sujetos con argollas, y á estas argollas para que puedan andar se sujeta con un candado la cadena que arrastran en el pie los presidiarios. No se les quitan aun cuando estén enfermos, y el condenado por toda la vida vive, duerme y muere con los grillos.

A cada salida del presidio hay dos piezas de artillería cargadas de metralla y apuntando dia y noche.

Yo tenia cartas de recomendacion para el comisario de marina: cuando supo que habiamos llegado á Tolon nos hizo el obsequio de ofrecermé para mi servicio particular durante el tiempo que permaneciese en Tolon, una lancha del Estado y doce presidiarios experimentados. Como teniamos que visitar los diferentes puntos del golfo, y admirar todo lo curioso que hay allí por lo pintoresco de la situacion y por sus recuerdos, aceptamos con agradecimiento. En su consecuencia fué puesta á nuestra disposicion la lancha, y de la que nos aprovechamos en el mismo instante para volver á nuestra bastida.

Al dejarnos el capataz nos pidió la órden como podria hacerlo un cóchero de una buena casa. Le dijimos que estuviere al dia siguiente á las nueve de la mañana en nuestra puerta. Nada era mas fácil que obedecer literalmente nuestra órden, porque nuestra bastida se hallaba bañada por las olas del mar. Ademá, difícil seria exigir de aquellos desgraciados presidiarios un sentimiento mas profundo de su degradacion que el que ellos mismos sienten. Si os sentais en la lancha se separan lo mas que pueden; si andais encogen las piernas para que no tropecéis con ellos: en fin, cuando echais pie á tierra y la lancha vacilante os obliga á buscar un apoyo, es el codo el que os presentan, tanto conocen que su mano no es digna de tocar nuestra mano. En efecto, los desgraciados comprenden que su contacto es infame, y á fuerza de humildad desarmán casi vuestra repugnancia.

Al dia siguiente y á la hora dicha la lancha estaba debajo de nuestra ventana. No hay criados mas exactos que los presidiarios: el palo responde de su puntualidad, y si no fuese por sus mañas yo desearia mucho no tener nunca ótros criados. Mientrá acabábamos de vestirnos les dimos para que bebiesen dos botellas, que fueron distribuidas por el capataz. Esté buen hombre hizo las particiones con una exactitud y un golpe de vista tal que probaba que era práctico en aquel ejercicio del derecho individual. Llevó la imparcialidad hasta beber el último vaso, que no

podia dividir en doce porciones, mas bien que favorecer á unos con perjuicio de los otros.

Visitamos primero á San Mandrier. San Mandrier es un hospital no solamente construido para los presidiarios, sino en cierta manera creado enteramente por ellos. En efecto, ellos han sacado la piedra de las canteras, ellos han labrado las maderas, construido el ladrillo, forjado las piezas de hierro, cocido las tejas, estendido en las minas el plomo, y solo el cristal es el que han tenido que traer de fuera.

Sobre San Mandrier y sobre la segunda colina está la torre de las señales, que sirve al mismo tiempo de sepulcro al almirante Latouche Treville.

Al salir de San Mandrier atravesamos toda la rada y fuimos á bajar al pequeño Gibraltar. Este es el fuerte que, como se sabe, fué tomado por Bonaparte en persona y cuya toma produjo casi inmediatamente la rendicion de Tolon. El vencedor, al dar el asalto, fué allí gravemente herido de un bayonetazo en un muslo.

Volviendo del pequeño Gibraltar, atravesamos toda la escuadra del contra-almirante Massieno-de-Clairval: componiase de seis magníficos navios: el *Sufren*, *Dido*, el *Nestor*, *Duquesne*, *Belona* y el *Triton*. Nos llegamos al costado de este último porque tenia que hacer allí una visita á un amigo, ya célebre entonces, pero cuya celebridad se ha acrecentado despues, gracias á una de las mas heroicas hazañas con que se honra la marina: este amigo era el vice-almirante Baudin. El hecho de armas era la toma de San Juan de Ulua.

El vice-almirante, que era entonces el capitán que mandaba el *Triton*, era una de esas existencias olvidadas por la restauracion de 1815 y que acababa de volver á ponerse en actividad por la revolucion de 1830. Durante estos quince años, el capitán Baudin se habia refugiado en la marina mercante, y en esta parte de su carrera podria si quisiese á falta de bellas acciones citar buenas acciones.

El capitán Baudin nos hizo los honores de su buque con aquella gracia perfecta que solo tienen los oficiales de marina: despues convidándose á almorzar al dia siguiente en nuestra bastida, rechazó todas las malas razones que le dimos para no quedarnos á comer con él á bordo: resultó de esto que dejamos el *Triton* á las ocho de la noche.

Quisiera yo saber que es lo que impidió á los presidiarios, que eran doce, el cogernos unos veinticinco luses que llevábamos en nuestros bolsillos, el echarnos á la mar á Jadin, el capataz y á mí, y el irse buenamente á donde hubieran querido con la lancha del gobierno. Cuando volvimos á nuestra bastida y nos vimos acostados con las puertas muy bien cerradas di parte de mis reflexiones á Jadin.

Este me confesó entonces que por todo el

camino le habia venido ocurriendo la misma cosa.

Al dia siguiente, á la hora convenida vimos llegar á nuestro convidado en su elegante falua con doce remeros que hendian el agua con rápido y uniforme movimiento: hubiérase creido que eran movidos por el resorte de una máquina. El capitán dejó la falúa y subió á nuestra casa. La hospitalidad era menos elegante que la del Triton: un fondin de los alrededores habia hecho el gasto. Felizmente una de las cualidades del aire del mar es dar un eterno é insaciable apetito.

A las dos se separó de nosotros el capitán; yo le acompañé hasta la falúa. Esta se mecía sola en el mar. Los marineros, que probablemente habian contado con que el almuerzo degeneraría en comida, se habian ido á rezar sus devociones á la taberna del puerto de la Maise.

Esto á lo que parece era una enorme falta contra las reglas de la disciplina porque habiendo querido llamarlos, el capitán me rogó que no lo hiciese, y me dijo que se iría solo á fin de que los culpables comprendiesen la enormidad de su pecado. Como el capitán se hallaba solo, y como se sabe que le faltaba el brazo derecho llevado por una bala de cañon, le ofrecí entonces que se sirviese de mi tripulación, lo que aceptó á condicion de que me quedase á comer con él. No era semejante condicion la que pudiese impedirme alistarme en la tripulación del Triton; respondí pues, que seguiria al capitán al cabo del mundo con las condiciones que quisiese imponerme. Acordado, pues, colocamos los remos en el fondo de la lancha, enderezamos el mastil, desplegamus la vela y echamos á andar.

Aunque solo nos hallábamos á dos millas apenas del Triton no dejaba la travesía de ofrecer peligros. Reinaba un mistral que era lo muy bastante para tener alborotado y alegre á todo el mar, y ya se sabe lo que son las alegrías del mar.

Seguramente, si el capitán hubiese tenido su tripulación ó solamente sus dos brazos nuestra travesía hubiera sido una chanza; pero como no tenia mas que un brazo, y á mi por compañero, su posicion no era de las mas cómodas. El capitán olvidaba siempre mi ignorancia en marina, de modo que me mandaba la maniobra como hubiera podido hacerlo el mas ejercitado piloto, á lo que yo respondia tomando el babor por estribor y amarrando cuando era preciso alargar. Resultó de estas equivocaciones que con olas de doce á quince pies de alto, y un viento tan caprichoso como el mistral, no dejamos de pasar algunos peligros. Dos ó tres veces creí que volcaba la embarcacion; me quité mi frac á pretexto de estar mas libre para la maniobra; pero realmente para tener menos impedimento si la desgracia hacia que tuviese que seguir mi viage á nado.

De tiempo en tiempo, en medio de mis perplejidades echaba los ojos sobre el Triton. Divisaba toda la tripulación que reunida sobre el puente, nos miraba maniobrar sin perdersenos un instante de vista. No comprendia semejante inaccion unida á tanta curiosidad: era evidente que sabian quienes éramos. Entonces, pues, que veian nuestra posicion, ¿cómo no venian en socorro nuestro? Comprendia toda la originalidad que habia en ahogarse en compañía del mejor capitán tal vez de toda la marina francesa; pero confieso que en aquel momento no miraba este honor bajo su verdadero punto de vista.

Tardamos casi hora y media en llegar al buque, porque teniamos el viento contrario y á fuerza de maniobras, que hicieron la admiracion de la tripulación, llegamos á nuestro magestuoso Triton, el cual, como si fuese extraño á todos los caprichos del viento y la mar, se mecía apenas sobre sus anclas. Apenas estuvimos á su alcance cuando cinco ó seis marineros se precipitaban en la falúa: entonces el capitán con la gravedad y sangre fria que no le habia abandonado ni un solo instante, subió por la escala el primero: se sabe que esta es la etiqueta, el capitán es rey á bordo, esplico en pocas palabras el porque volviamos solos y dió algunas disposiciones sobre el modo con que habian de ser recibidos los marineros cuando volviesen. En cuanto á mí que le habia seguido lo mas pronto posible, recibí muchos cumplidos y enhorabuenas por el modo distinguido con que habia ejecutado las maniobras que me habian mandado. Hice un saludo con aire modesto respondiendo que estaba en tan buena escuela que nada tenia de admirable que hiciese semejantes prodigios.

La comida fué alegre y animada, nuestra espedicion hizo en parte los gastos de la conversacion. Allí me informé de las razones por que el teniente, que gracias á sus anteojos no nos habia perdido de vista un instante, se habia abstenido de enviar una lancha á nuestro encuentro. Nos respondió que sin un signo del capitán que indicase que nos hallábamos apurados, jamás se hubiese permitido semejante impolítica.

—Pero, le pregunté yo, si hubiéramos volcado.

—¡Oh! En ese caso era otra cosa, me respondió, teniamos lista la lancha.

—Que hubiera llegado cuando ya nos hubiéramos ahogado; gracias.

El teniente me respondió con un gesto y encogiéndose de hombros, que queria decir:

—¿Qué quereis, esa es la regla.

Confieso que encontraba esa raspa muy dura sobre todo cuando se aplica esta medida á gentes que no tienen el honor de pertenecer al cuerpo de la marina real.

Al marcharnos tuve la satisfaccion de ver á los doce marineros de la falúa que tomaban

el fresco en las vergas: tenian que pasar allí toda la noche contando las estrellas, y olfateando por qué lado venia el viento.

FRAY JUAN BAUTISTA.

No podíamos haber venido tan cerca de la ciudad de Hieres, sin visitar el paraíso de la Provenza: únicamente vacilamos un momento sobre si habíamos de ir allí por tierra ó por mar. Fijó nuestra resolución el comisario de marina, que nos dijo que no podía prestarnos los presidiarios para una expedición tan larga, en atención á que no les era permitido el pasar la noche fuera del presidio.

Enviamos, pues, á buscar nuestros asientos á la diligencia de Tolon á Hieres, que todos los días pasaba sobre las cinco de la tarde á unos cien pasos de nuestra bastida.

Nada mas delicioso que el camino de Tolon á Hieres. No son llanuras, valles, montañas, las que se pasan; es un jardín inmenso que se recorre. A los dos costados del camino se levantan arcos de granados, sobre los cuales se ven de tiempo en tiempo flotar como un penacho la cimera de alguna palma, ó levantarse como una flor de aloe: despues, mas allá de aquel mar de verdura, el azulado mar rodeado todo el largo de sus costas de lanchas con velas latinas, mientras que á lo lejos en su horizonte pasan ligeramente los tres mástiles con su pirámide de velas, ó desfilan con rapidez el buque de vapor dejando tras sí un largo reguero de humo perdiéndose lentamente en el cielo.

Al llegar al hotel no nos pudimos ya contener, y nuestra primera palabra fué preguntar á nuestro huésped si tenia jardín, y si en aquel jardín habia naranjos; habiéndonos contestado que sí, nos precipitamos en él: empero si la gula es un pecado mortal, no tardamos en vernos castigados.

Guarde Dios á todo cristiano, como no tenga una doble dentadura de Desirabode, el famoso dentista, de morder con los dientes, como lo hicimos nosotros, las naranjas de Hieres. Al volver hácia nuestra bastida, divisamos á lo lejos á pie sobre el dintel de la puerta, un hermoso fraile carmelita de buena figura, larga barba gris, cubierto con una capa levantina, y el cuerpo rodeado con un cinturón árabe. Redoblé el paso con la curiosidad de saber lo que me proporcionaba tan estraña visita: el fraile vino entonces á mi encuentro, y saludándome en el mas puro romano, me presentó un libro en que estaban escritos los

nombres de Chateaubriand y Lamartine. Aquel libro era el album del Monte Carmelo.

Esta es la historia de aquel fraile: pocas hay tan sencillas y tan edificantes.

En 1819, Fray Juan Bautista, (su nombre lego era Casini) que habitaba en Roma, recibió mision del papa Pio VII de marchar á la Tierra Santa, y ver en su cualidad de arquitecto qué medios habria para reedificar el convento del Carmelo.

El Carmelo, como se sabe, es uno de los montes santos: asi como el Horeb y el Sinai fué visitado por el Señor.

Situado entre Tiro y Cesárea, separado únicamente de San Juan de Acre por un golfo, á cinco horas de distancia de Nazareth, y á dos jornadas de Jerusalem, cuando la division de las tribus, le tocó á Aser, que se estableció en el Septentrion, á Zabulon que se apoderó de su Oriente, y á Issachar que colocó sus tiendas al Mediodia. Por la parte del Occidente viene el mar á bañar su falda que se adelanta y forma un punto entre las olas, y se presenta de lejos al peregrino que viene de Europa, como el punto mas avanzado de la Tierra Santa sobre la cual pueda ponerse de rodillas.

Sobre la cima del Carmelo fué donde citó Elias á los ochocientos cincuenta falsos profetas llevados por Acáz para que un milagro decidiese á los ojos de todos cuál era el verdadero Dios, si Baal ó Jehová. Alzáronse dos altares en el plano de la montaña, y pusiéronse victimas sobre cada uno de ellos. Los falsos profetas invocaron á sus ídolos, que quedaron sordos. Elias llamó á Dios, y apenas se habia arrodillado, cuando bajó del cielo una llama de fuego que devoró todo á la vez, no solamente la llama y la víctima, sino tambien la piedra del sacrificio. Los falsos profetas vencidos, fueron degollados por el pueblo, y glorificado el nombre del verdadero Dios. Sucedió esto el año 900 antes de Jesucristo.

Desde aquel dia quedó el Carmelo en la posesion de los fieles. Elias dejó á Eliseo, no solo su capa, sino tambien su gruta: sucedieron á Eliseo los hijos de los profetas, que son los antepasados de San Juan. Cuando la muerte de Cristo, los religiosos que lo habitan pasaron de la ley escrita á la ley de gracia. Trescientos años despues, San Basilio y sus sucesores dieron reglas particulares á aquellos religiosos cenobitas. En la época de las cruzadas, los monges abandonaron el rito griego por el rito romano, y desde San Luis á Bonaparte el convento edificado en el punto mismo donde el profeta levantó su altar, fué abierto á los viajeros de toda religion, de todo pais, y esto gratuitamente, en honra y gloria de Dios y del profeta Elias, el cual es tenido en igual veneracion por los rabinos, que le creen ocupado en escribir los sucesos de todas las edades del mundo, por los magos de Persia que dicen que su maestro Zoroastres fué discipulo de aquel gran profeta, y en fin,

por los musulmanes que piensan que habita en un delicioso oasis en el que se encuentran el árbol y la fuente de la vida que mantienen su inmortalidad.

La santa montaña había sido consagrada al culto del Señor, durante dos mil seiscientos años, cuando Bonaparte vino á poner sitio á San Juan de Acre: entonces el Carmelo abrió como siempre su hospitalaria puerta, no á los peregrinos, no á los viajeros, sino á los moribundos y á los heridos. Con ochocientos años de distancia, había visto llegar allí á Tito, á Luis IX y á Napoleon.

Estas tres reacciones del Occidente contra Oriente, fueron fatales al Carmelo. Despues de la toma de Jerusalem por Tito, los soldados romanos lo devastaron: despues del abandono de la Tierra Santa por los cristianos, los sarracenos degollaron á los habitantes: por último, despues del desastre de Bonaparte delante de San Juan de Acre, los turcos se apoderaron del Carmelo, asesinaron los heridos franceses, dispersaron los monges, rompieron las puertas y las ventanas, y dejaron inhabitable aquel santo asilo.

No quedaba, pues, del Carmelo, mas que sus derruidos muros, y de la comunidad un solo monge que se había retirado á Kaiffa, cuando fray Juan Bautista, designado por su general al papa, recibió de Su Santidad la orden de ir al Carmelo a ver en qué estado habían puesto los infieles la santa hospedería de Dios, y qué medios habría para reedificarlo.

No estaba muy bien escogido el momento. Abdallah Bajá mandaba por la Puerta, y este ministro del sultan tenia un profundo odio á los cristianos: este odio se aumentó todavía mas con la revolucion de los griegos. Abdallah escribió al sublime emperador que el convento del Carmelo podia servir de fortaleza á sus enemigos, y solicitó el permiso de destruirlo: le fué fácilmente concedido. Abdallah hizo minar el monasterio, y el enviado de Roma vió saltar las últimas ruinas del edificio que estaba llamado á reconstruir. Sucedió esto en 1821. No tenia nada ya que hacer en el Carmelo fray Juan Bautista y volvió á Roma.

Sin embargo, no había renunciado á su proyecto. En 1826 marchó á Constantinopla, y gracias al crédito de la Francia y á las instancias del emperador, obtuvo de Mahamoud un firman que autorizaba la reconstrucción del monasterio. Volvió entonces á Kaiffa, y halló al último monge muerto.

Se vió entonces enteramente sola la santa montaña, se sentó sobre el resto de una columna bizantina, y allí con su lápiz en la mano, arquitecto elegido para la casa del Señor, hizo el plano de un nuevo convento mas magnífico que ninguno de cuantos habían existido jamás, y despues de aquel plano, el presupuesto: subía este á doscientos cincuenta mil francos. Determinado el presupuesto, el milagroso arquitecto que edificó así con el

pensamiento sin ocuparse de la ejecucion, fué á la primera casa que encontró á pedir un pedazo de pan para cenar aquella noche.

A la mañana siguiente comenzó á ocuparse de los medios de sacar los doscientos cincuenta mil francos necesarios para la ejecucion de su santa obra.

La primera cosa en que pensó, fué en crear una renta á la comunidad que todavía no existía. Había reparado á cinco horas de distancia del Carmelo y á tres horas de Nazareth, en dos molinos harineros, abandonados, ya á consecuencia de la guerra, ya porque se había alejado el agua que los hacia moler. Buscó tanto y tan bien, que á una legua de distancia encontró un manantial que por medio de un acueducto podia llevar el agua hasta los molinos. Esto le alegró, y seguro de que podia poner en accion sus molinos, fray Juan Bautista se ocupó de su adquisicion. Pertenecian á una familia de drusos: era una tribu que descendía de aquellos israelitas que adoraron el Becerro de Oro: habían conservado la misma idolatría de sus padres. Todavía hoy las mugeres llevan por peinado el cuerno de una vaca. Este cuerno, que no tiene ningun adorno en las mugeres pobres, es plateado ó dorado en las ricas. La familia drusa, que se componía de una veintena de personas, no quiso deshacerse del terreno elegido por sus antepasados, aunque aquel terreno no le producía nada: hubiera creído que aquello era una impiedad. Fray Juan Bautista les propuso fe arrendasen el terreno que no querían venderle. El jefe de la familia consintió en la última condicion. El producto de los molinos debía dividirse en tres partes; un tercio para los propietarios, y los otros dos tercios para los arrendatarios.

En efecto, los arrendatarios debían ser dos, el uno debía poner su industria, y este era fray Juan Bautista, pero era preciso que el otro pusiese el dinero para la reparacion de los molinos y la construcción del acueducto. Fray Juan Bautista fué á buscar á un amigo suyo turco, que había conocido en su primer viaje, y le pidió nueve mil francos para poner en ejecucion su laboriosa empresa. El turco le llevó á su tesoro, porque los turcos, que no tienen ni renta ni industria, tienen todavía como en los tiempos de las *Mil y una noches* el dinero, el oro y la plata, en toneles. Fray Juan Bautista cogió la suma de que tenia necesidad, hipotecó al reembolso de aquella suma la tercera parte de la renta de los molinos, y gracias á esta primera remesa de fondos hecha por un musulman, pudo el arquitecto echar los cimientos de su hospedería cristiana. Nada se trató de intereses; sin embargo, se necesitaba á lo menos doce años para que su parte de la renta cubriese lo que el mahometano adelantaba: en cuanto al contrato, fué cosa muy sencilla y natural, las condiciones se determinaron de viva voz, y los dos con-

tratantes juraron por su barba, el uno á nombre de Mahoma, y el otro en nombre de Cristo, observarle religiosamente.

¿Que cosa hay mas sencillamente grande que aquel cristiano que va á pedir dinero á un turco para reedificar la casa de Dios; ni nada mas grandemente sencillo que aquel turco que se lo presta sin mas garantía que el juramento del cristiano?

La reedificación del Carmelo era, no solo una cuestion religiosa, sino tambien de humanidad: el Carmelo es una santa hospedería donde son recibidos sin pagar los peregrinos de todas las creencias, los viajeros de todas las naciones, y aquel que llega no tiene necesidad de decir para hallar cama y comida, mas que:

—Hermano, estoy cansado y tengo hambre.

Pronto fray Juan Bautista marchó para su primera expedición dejando el cuidado de ejecutar su acueducto y la reparacion de los molinos á un neófito inteligente. Al marchar escribió que los que quisiesen reunirse al superior de los carmelitas de Oriente no tenían mas que acudir, y que dentro de algun tiempo habria un monasterio para recibirlos. Recorrió entonces las costas del Asia Menor, del Archipiélago y las calles de Constantinopla pidiendo por todas partes limosna en nombre del Señor: y á los seis meses despues, volvió trayendo una cantidad de veinte mil francos, suficiente á los primeros gastos de su edificio. Por último, el día del Corpus, siete años hora por hora delen que Abdallah habia hecho saltar los muros del antiguo convento, colocó fray Juan la primera piedra del nuevo.

Pero antes del fin del año se acabó aquella cantidad: entonces fray Juan Bautista volvió á marchar á la Grecia y á la Italia: y portador de una suma considerable, volvió segunda vez trayendo la vida al monumento que continuó creciendo, y que ya en aquella época estaba bastante adelantado para dar hospitalidad á los viajeros. Lamartine, Tailor, el abate Desmazares, Chammartin y Danzatz, se alojaron allí durante sus viages en Palestina.

Así es como sin cansarse por las fatigas, sin desanimarse por las negativas que hallaba, ofreciendo á Dios sus peligros y sus humillaciones, fray Juan Bautista, aunque de edad mas de sesenta y tres años, prosiguió su obra.

Once veces fué al Carmelo y once veces volvió de allí. Durante diez años que duraron sus correrías visitó todo un hemisferio: fué de Jerusalem á Damasco, de Jaffa á Alejandria, al Cairo, á Roma, á Tripoli de Siria, á Smirna, á Malta, á Atenas, á Constantinopla, á Tunez, á Tripoli de Africa, á Siracusa, á Palermo, á Argel, á Gibraltar, penetró hasta Fez y hasta Marruceos, recorrió toda la Italia, toda la Córcega, toda la Cerdeña, toda la España, y una parte de la Inglaterra, de donde volvió por

Irlanda y Portugal; tanto la primera como la décima vez ora á pie, ora en el carruage de los pobres carruajeros que por toda recompensa le habian pedido que los encomendase á Dios: si habia tenido hambre habia pedido pan en las cabañas, si habia tenido sed, agua á las fuentes: en cada casa de los curas tenia siempre dispuesta una cama para el descanso de algunas horas. Así, habiendo salido del mismo lugar que el Judío Errante, con una bendición en vez de un anatema, venia despues de haber visto casi tantos países como él, á terminar sus correrías por la Francia.

Ofrecí mi ofrenda á fray Juan Bautista, ruborizado de que fuese tan corta, pero le di cartas de recomendacion para amigos mas ricos que yo.

Hoy fray Juan Bautista ha vuelto á pedir un sepulcro á aquella montaña que él ha dotado con un palacio.

Y ahora, Dios guarda el convento del monte Carmelo: habia vuelto al Carmelo con el completo de una suma de doscientos treinta mil francos. Pero su presupuesto, como todo presupuesto debe ser, se encontraba en cien mil francos inferior á la realidad, de modo que acababa de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cuestacion en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que habia de admirable en aquel hombre es, que durante los diez años en que habia ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos doscientos treinta mil francos que habia recogido, lo habia empleado en sus necesidades personales. Si habia tenido que pasar los mares, habia recibido su pasaje gratis sobre algun pobre buque que habia esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo, y un viento favorable. Si habia tenido reinos que atravesar, los habia atravesado, á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megib, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon despues de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el pais, que podiamos ver perfectamente por las ventanillas del carruage, tomamos un coche público. Ademas, para un observador el carruage público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del pais que se recorre.

Hallábase completo el interior de nuestra diligencia por un jóven de veinte á veinte y dos años, y un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco.

Tenia el jóven la figura sencilla, ojos asombrados, piernas embarazantes, un sombrero de pelo largo, un frac azul, un pantalon gris sin trabillas, medias negras, zapatos con lazo, y un reloj con varios sellos. El hombre de cincuenta y cinco años tenia el pelo gris y escasas patillas, ojos claros grises, nariz de papagayo, dientes mellados, y su vestido se componia de un cuello de camisa que le guillotinaba las orejas, un pañuelo al cuello encarnado, una blusa gris, pantalon azul, y zapatos de piel de gamuza. De tiempo en tiempo sacaba la cabeza por la portezuela, y se ponía en conversacion con el mayoral, que no dejaba nunca al responder de llamarle capitán.

No habíamos todavía llegado á la primera parada, cuando ya sabíamos que el capitán tenia este título porque en 1815 habia recibido del mariscal Brune la órden de dirigir y transportar viveres de Frejus y de Antibes á Tolon. Para aquella expedicion le habian dado una chalupa y seis marineros que habian comenzado por llamarle patron, y que habian concluido por llamarle capitán.

Este título le habia parecido sentarle bien, y le habia conservado. Desde entonces, pues, en consecuencia, le llamaban el capitán Langlet.

A la segunda parada conocíamos las opiniones políticas y religiosas del capitán: la política era bonapartista, la religiosa era volteriana.

Recayó la conversacion sobre fray Juan Bautista: el capitán aprovechó la ocasion para manifestarnos todo el desprecio que le inspiraban los cerquillos, y nos citó con este motivo los artículos escelentes del Constitucional contra el partido sacerdotal.

Bajamos para comer en Carnoules. Como era viernes, preguntó el fondista si comeríamos de pescado.

—¿Me tomáis por un jesuita? le dijo con ojo fulminante el capitán. Asadme una buena chuleta, y hacedme una tortilla con manteca.

Nosotros le respondimos que si habia pescado fresco, comeríamos de pescado.

Preguntado á su vez el jóven, respondió con un tono muy dulce, y poniéndose ruborizado hasta las orejas:

—Yo haré lo que estos caballeros.

El capitán Langlet nos miró con un desprecio enciclopédico, y cuando le trajeron su tortilla se quejó de que no tenia bastante manteca.

Volvimos á subir al coche, y como debíamos dormir aquella noche en Frejus, recayó la conversacion sobre el desembarco de Napoleón. El capitán habia asistido á él desde su navío.

—Entonces, le dijo Jadin, no hay necesidad de preguntaros, con las opiniones que ya os conocemos, si os reunisteis al grande hombre.

—¡Caramba, señor! respondió el capitán Langlet, ya me hubiera yo guardado muy bien de hacerlo en aquella época. Estaba incomodado un poco con aquel sublime emperador por haber restablecido las iglesias en lugar de haber hecho de ellas escelentes almacenes para forrage. No señor, al contrario, di á la vela para Antioes, y anuncié la gran novedad al comandante de la plaza el general Cosin. Le dije mas; que una veintena de hombres se adelantaban hácia nuestra ciudad con una bandera tricolor. Entonces tomó sus disposiciones aquél buen general, y cuando llegó la tropa la dijo, entrad: despues cerró la puerta detrás de él. De modo que, gracias á mí, fueron cogidos todos, señores, á escepcion de Casabianca; un farsante de Córcega que los mandaba, que saltó desde lo alto de las murallas, y se fué á reunir con el grande emperador.

—¿Y qué hicieron de los prisioneros? preguntó yo.

—Caballero, querian meterlos en la cárcel, pero estaba llena; y entonces yo dije, ponelos en la iglesia, y los pusieron en la iglesia.

—¿Cuánto tiempo permanecieron allí? preguntó Jadin.

—¡Oh! permanecieron allí desde el 4.º de marzo hasta el 22, en que se supo que el gran Napoleón habia entrado en la capital.

—¡Pobres gentes! dijo el jóven.

—¿Cómo pobres gentes! replicó el capitán, ¡cómo pobres gentes! Eso es; unos gandules dignos de lástima, tenían buen pan, buen vino, buen arroz, buenas habas. Pregunto si les falta algo mas para que sean enteramente felices.

—Pero, digo yo, creo, capitán, que á la vuelta de los Borbones á lo menos os darian la cruz de honor.

—¡La cruz de honor! ¡Ya! La he pedido. ¿Sabeis lo que me ha llevado ese jesuita de Luis XVIII? Me ha dado su flor de lis. Al recibirla, dije: guárdese el rey para él esa chinche.

—¡Cáspita! repliqué yo, que mal tratábais las pobres flores de lis. Reparad que San Luis, Francisco I, Enrique IV, no eran tan descontentadizos como vos, y que esas flores de lis que desafiáis eran sus armas.

—¡Las armas de Enrique IV! No: ¡si Enrique IV era protestante, vive Dios! ¡y porque era protestante le mataron los jesuitas! Porque los jesuitas fueron los que mataron á aquel gran rey. ¿Habeis leido la *Henriada*, caballeros?

—¿Qué es eso de la *Henriada*? preguntó Jadin con la mayor sangre fria.

—¿No conocéis la *Henriada*? Es preciso leer la *Henriada*, caballeros: es un bellissimo poc-

ma; es de Voltaire, que no le gustaban los clérigos, y al que tambien los clérigos envenenaron... ¡lo envenenaron! Se ha dicho lo contrario, pero lo han envenenado, caballeros, tan cierto como me llamo el capitán Langlet. ¡Pobre Voltaire! Si yo hubiera vivido en su tiempo hubiera dado diez años de mi vida por conservar la suya... ¡¡¡Voltaire!!! ¡Ah! ahí tenéis uno que jamás ha comido de viernes!

Comprendimos á quién se dirigía el epigrama, y doblamos la cabeza. Durante algun tiempo el capitán Langlet nos oprimió con su victoriosa mirada. Despues, viendo que nos rendíamos, se puso á tararear una cancion bo-partista.

Llegamos á Frejus sin habernos desquitado. Allí nos despedimos del capitán Langlet, que dió de nuevo á Jadin el consejo de leer la *Henriada*, y que acercándose á mi oído me dijo en voz baja:

—Bien se vé que sois realista, jóven, con vuestro veneno y vuestras flores de lis; pero ¡chiton! No digais en voz alta vuestra opinion: no nos andamos en chanzas en las cosas de Napoleon nosotros los frejusanos y antibesés: podrian degollaros como á un pollo. ¡Caramba! con que prudencia.

Prometí al capitán Langlet ser mas circunspecto en lo sucesivo, y nos despedimos, él continuando su camino para Antibes, y permaneciendo nosotros en Frejus para visitar al dia siguiente á nuestro placer el golfo Juan.

En el momento en que nos íbamos á sentar á cenar en el extremo de una de esas mesas largas de posada donde ordinariamente come toda una diligencia, vino el posadero á preguntarnos si queríamos permitir al jóven que habia venido con nosotros de Tolon, que cenase allí á la otra punta de la mesa. Como aquel jóven nos habia parecido una persona muy regular en todo el camino, respondimos que no solamente era muy libre de cenar donde quisiese, sino que si lo tenia por conveniente tendríamos mucho gusto en que cenase con nosotros.

El posadero se apresuró á llevarle nuestra respuesta que aguardaba en el otro cuarto. Habíamos ya tomado todas nuestras disposiciones para intercalar en medio de nosotros al nuevo convidado, cuando vino á decirnos el posadero que el jóven lo agradecia mucho, pero que no queria sernos importuno, y deseaba únicamente estar bastante cerca de nosotros para gozar del placer de nuestra conversacion.

Me volví hácia Jadin haciéndole un saludo, porque el cumplido evidentemente era para él. Durante todo el camino habia hecho colocarse al capitán Langlet de modo que pudiese satisfacer al aficionado mas difícil; y por simple y sencillo que pareciese nuestro compañero de viage, habia apreciado aquel género de amabilidad tan nueva para él.

El mariscal Gerard decia un dia hablando del valor y con relacion al general Jacqueminot. «cuando no se le mira, es asombroso; pero si se le mira, es fabuloso.» Lo mismo podria decirse de Jadin respecto al talento: aquella noche era mirado, y estuvo espléndido. El jóven fué á acostarse muy satisfecho de haber pasado una noche de tertulia feliz.

Al dia siguiente dimos una vuelta á Frejus, exactamente la que se necesitaba para una ciudad que data de dos mil seiscientos años, á fin de que no tuviese que lamentarse de nuestro proceder.

Dejamos en consecuencia tarjeta en el *Anfiteatro*, en el *Aqueducto*, en la *Puerta dorada*, y volvimos á desayunarnos á nuestro hotel, donde nos aguardaba el carruage que debia llevarnos á Niza.

Al desayunarnos preguntamos noticias de nuestro jóven: pero como no se habia atrevido á proponernos que le cediéramos un lugar en nuestro carruage, y no era bastante gran señor, habia dicho, para alquilar un coche él solo, habia tomado la delantera, previniendo que tendria el honor de saludarnos en el golfo Juan. No se podia á la vez ser mas discreto ni mas político.

Dejamos á Frejus sobre las diez de la mañana. El camino que tomamos era de cuesta; pero al cabo de seis á siete leguas nos aproximamos á la mar, mitad por nuestra parte, mitad por un gran barranco que parecia salir á nuestro encuentro. Este gran barranco era el golfo Juan. Nos detuvimos justamente donde el principe de Monaco se habia detenido.

Se sabe la historia del principe de Monaco.

Madama de D... habia acompañado al principe de Talleyrand al congreso de Viena.

—Mi querido principe, le dijo un dia, ¿no hariais nada por ese pobre Monaco que hace quince años, como sabeis, lo ha perdido todo, y se ha visto obligado á aceptar no sé qué pequeño cargo en la córte del usurpador?

—¡Ah! si, respondió el principe con el mayor contento: ¡Pobre Monaco! Habeis hecho bien en recordármelo, querida mia, lo habia olvidado.

Y el principe tomó el acta del congreso que estaba sobre su mesa, y en la que se recordaba á plumadas la canchra europea, que Napoleon habia labrado á tiros de cañon; despues con su letrita pequeña, no sé en qué protocolo concerniente al emperador de Rusia ó al rey de Prusia añadió:

«Y el principe de Monaco volverá á sus estados.»

Aquella disposicion era muy poca cosa materialmente: no llegaba á media linea: así pasó desapercibida, ó si se apercibió nadie juzgó que valia la pena de decir nada en contra.

El artículo suplementario pasó, pues, sin oposicion ninguna.

Y madama de D.... escribió al príncipe de Monaco que habia vuelto á entrar en posesion de sus estados.

El 25 de febrero de 1815, tres dias despues de haber recibido esta noticia el príncipe de Monaco hizo tomar caballos de posta, y emprendió el camino de su principado.

Al llegar al golfo Juan encontró el camino cerrado por dos piezas de artillería. Como se aproximaba á sus estados el príncipe de Monaco alborotó mucho por aquel embarazo que le detenia, y ordenó al postillon que mandase echar á un lado los cañones, y que pasase adelante.

El postillon respondió al príncipe que los artilleros desenganchaban sus caballos.

El príncipe de Monaco se bajó de su carruaje para dar de bastonazos á los artilleros, jurando entre dientes que si llegaban á pasar por su principado los haria ahorcar.

Detrás de los artilleros habia un hombre vestido de general.

—Toma! ¿sois vos, Monaco? dijo al ver al príncipe, el hombre con traje de general, dejad pasar al príncipe, añadió dirigiéndose á los artilleros que le impedían el paso, es un amigo.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos.

—¿Cómo! ¿sois vos, Drouet? le dijo.

—El mismo, mi querido príncipe.

—Pues yo os creía en la isla de Elba con el emperador.

—Si, allí estábamos, en efecto, pero hemos venido á dar una vueltecita á Francia. ¿No es verdad, mariscal?

—Toma! ¿Sois vos, Monaco? dijo el recién llegado. ¿Y cómo os va, mi querido príncipe?

El príncipe de Monaco se restregó los ojos segunda vez.

—¿Y vos tambien, mariscal, le dijo, habeis abandonado la isla de Elba.

—Si, mi querido príncipe, ¡vive Dios! respondió Bertrand: no nos sentaba aquel aire para la salud, y hemos venido á respirar el de Francia.

—¿Qué hay, señores? dijo una voz clara é imperativa, ante la cual se abrió el grupo que rodeaba al príncipe.

—¡Ah! ¿sois vos, Monaco? dijo la misma voz.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos por tercera vez: creía estar soñando.

—Si, señor, sí, dijo, sí, yo soy: pero ¿de dónde viene V. M.? ¿A dónde va?

—Vengo de la isla de Elba, y voy á Paris. ¿Queréis venir conmigo, Monaco? Sabeis que tenéis vuestra habitacion en las Tullerías.

—¡Señor! dijo el príncipe de Monaco que comenzaba á comprender lo que pasaba, no he olvidado las bondades de V. M., y siempre tendré un eterno reconocimiento. Pero hace ocho dias apenas que los Borbones me han devuelto mi principado, y no hay bastante

tiempo todavía entre el beneficio y la ingratitude. Si lo permite V. M. continuaré mi camino hácia mi principado, donde esperaré sus órdenes.

—Razon teneis. Monaco, le dijo el emperador: id, id; únicamente sabeis que os aguarda vuestro antiguo destino: no lo proveeré.

—Doy mil gracias á V. M., respondió el príncipe.

El emperador hizo una seña, y volvieron al postillon sus caballos que habian ya puesto en posicion en un cañon de á cuatro.

El postillon volvió á enganchar sus caballos; pero en tanto que el príncipe estuvo al alcance de la vista del emperador, no quiso volver á subir al carruaje, y caminó á pie.

Napoleon fué á sentarse pensativo en un banco de madera á la puerta de una posada, desde donde presidió el desembarco.

Después, cuando se hubo concluido el desembarco, y siendo tarde, decidió que no se pasaria adelante aquel dia, y que se permanecería la noche al vivac.

En consecuencia entró por un callejon, y se sentó sobre el tercer olivo que hay á la salida de la carretera. Allí fué donde pasó su primera noche al volver á Francia.

Ahora, si se quiere seguirle en su victoriosa marcha hácia Paris, no hay mas que consultar el *Monitor*. Para guiar á nuestros lectores en esta investigacion histórica, vamos á darles un extracto bastante curioso. En él se encontrará la marcha graduada de Napoleon hácia Paris, con las modificaciones que su proximidad producía en las opiniones del periódico.

—El antropófago ha salido de su caverna.

—El monstruo de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Juan.

—El tigre ha llegado á Gap.

—El rebelde ha hecho noche en Grenoble.

—El tirano ha atravesado por Lion.

—El usurpador ha sido visto á sesenta leguas de la capital.

—Bonaparte se adelanta rápidamente, pero no entrará jamás en Paris.

—Napoleon estará mañana bajo nuestros muros.

—El emperador ha llegado á Fontainebleau.

—S. M. I. y R. ha hecho ayer su entrada en el palacio de las Tullerías en medio de sus fieles súbditos!

Este es el *Ævægi monumentum* del periodismo; no volverá á hacer otro ya, porque no podria hacerlo mejor.

Napoleon quiso que una pirámide perpetuase el gran sucesos de que el príncipe de Monaco habia sido uno de los primeros testigos. Alzóse aquella pirámide á la orilla del camino entre dos moreras y enfrente del olivo bajo el cual habia pasado la primera noche. Desgraciadamente quiso Napoleon que aquella pirámide encerrase una muestra de

todas las monedas de oro y de plata acuñadas en el milésimo de 1815.

De aquí provino que despues de la batalla de Waterloo las gentes de Valory derribaron la pirámide para robar lo que encerraba.

Nuestro jóven nos aguardaba á la puerta de la posada sentado en el mismo banco donde se habia sentado Napoleon. Aquella pequeña posada que desde aquel tiempo se ha colocado por su propia autoridad bajo la proteccion de aquel gran recuerdo, se recomiendan al viagero por la inscripcion siguiente:

«Al desembarco de Napoleon, emperador de los franceses, al venir de la isla de Elba desembarcando en el golfo JUAN el 4.º de marzo de 1815. Se da de beber y de comer en honor suyo, pronto y con equidad.

Llegó el mundo á dominar,
Desafió la metralla,
Dió de Wagram la batalla,
Intrepido surcó el mar.
Tanto le mimó la suerte
Que en una continua guerra
Ni en los mares, ni en la tierra
Encontrar pudo la muerte.

Preguntamos al posadero si era su cocinero el que habia hecho los versos de la muestra, y habiéndonos respondido que no, le mandamos que nos diese de comer.

Mientras nós disponian la comida nos preparamos á tomar un baño de mar. Apenas por nuestras disposiciones habia penetrado el jóven nuestro proyecto, cuando preguntó á Jadin si queriamos concederle el honor de bañarse al mismo tiempo que nosotros.

Nos miramos riendo, y le respondimos que era perfectamente dueño de hacerlo: y que si creia ademas necesitar nuestro permiso se lo concediamos con la mejor voluntad del mundo.

Nos dió gracias el jóven, cual si le hubiéramos hecho un gran favor; despues, para no alarmar nuestro pudor se formó con su corbata una especie de tapa-rabo, y entró en la mar hasta los hombros: y desde allí se puso á mirar nuestras evoluciones. Enfrente de nosotros en el horizonte estaban las islas de Santa Margarita.

Las islas de Santa Margarita, como se sabe, sirvieron durante nueve años de prision á la Máscara de Hierro.

Podrán nuestros lectores, si gustan, saltar el capitulo siguiente, que solo por conciencia intercalamos y para satisfacer la curiosidad de los que como yo se bañen en el golfo Juan. Nada perderán en esta disertacion histórica, medianamente divertida.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA DE HIERRO.

Bien calculado hay nueve sistemas sobre el hombre de la máscara de hierro. Dejamos al lector el cuidado de elegir el que le parezca mas verosímil, ó el que le sea mas simpático.

PRIMER SISTEMA.

El autor del primer sistema es anónimo. Está sistema ha venido enteramente hecho de Holanda sin duda bajo el patronato del rey Guillermo. Tal cual es, es el siguiente. El cardenal de Richelieu, orgulloso de ver su sobrina Parisiatis, amada de Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, propuso á aquel principe que fuese formalmente su sobrino. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien queria á la señorita Parisiatis para querida, encontró bastante inoportuno que el primer ministro osase proponérsela para esposa, respondió á esta proposicion con un bofetón. El cardenal era rencoroso: pero como no habia medio de tratar al hermano del rey como á Bouteville ó á Montmorency, se entendió con su sobrina y el padre José para tomar de Gaston otra venganza. No pudiendo hacerle caer la cabeza de sus espaldas, resolvió hacerle caer la corona de la cabeza.

La pérdida de aquella corona debia ser tanto mas sensible á Gaston, cuanto que creia ya tenerla. Hacia ya veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano mayor se hallaba casado, y la Francia estaba esperando un delfin.

Ved aqui lo que imaginó Richelieu, siguiendo siempre el sistema del anónimo holandés.

Un jóven llamado el C. D. R. estaba enamorado hacia muchos años de la muger de su rey. Aquel amor, al que no habia sido insensible la reina, no se habia ocultado á las celosas miradas de Richelieu, que enamorado tambien de Ana de Austria no se habia alarmado hasta el momento que juzgó conveniente sacar un partido.

Una tarde el C. D. R. recibió un billete de una mano desconocida, en el que le decian que si queria ir á un punto indicado, y dejarse vendar los ojos, le llevarian á un lugar donde deseaba ser presentado hacia muchísimo tiempo. El jóven era temerario y valiente, amigo de aventuras; se halló, pues, en la cita, y se dejó vendar los ojos: cuando le quitaron la venda se encontró en el aposento de Ana de Austria, á quien amaba.

A la mañana siguiente ella fué á encontrar al cardenal, y le dijo:

«Al fin habeis ganado vuestra mala causa,

pero cuidado con ella, señor prelado, y haced de modo que yo encuentre aquí misericordia, y esa celestial bondad con que me habeis lisonjeado con vuestros piadosos sofismas. Y tened cuidado de mi alma.»

Atribuye el autor anónimo á esta aventura el nacimiento de Luis XIV, hijo de Luis XIII por vía de transustanciación. El folleto que se terminaba aquí anunciaba una continuación, que no ha sido publicada. Pero como el anónimo holandés añadía que esta continuación sería la CATASTROFE FATAL de C. D. R. pretendieron que la catástrofe fué el descubrimiento que hizo Luis XIII de los amores de la reina; y que el premio con que el C. D. R. los pagó fué una perpétua prisión con aplicación de una máscara de hierro.

El C. D. R. era el conde de Riviera, ó el conde de Rochefort.

Este sistema, á nuestro parecer, huele mucho á folleto para tener necesidad de ser refutado.

SEGUNDO SISTEMA.

Este es el de San Foix, y si no admira el mérito de la verosimilitud tiene al menos el de la originalidad. San Foix, como se sabe, era un hombre de mucha imaginación, que no le gustaban las *Bavaresas*, y que no quería que gustasen á los demas. Resultaba de aquí que se desayunaba ordinariamente con chuletas y vino de Champagne, y que tenía el defecto de escribir la historia despues de haber almorzado.

Leyó un día San Foix en la historia de Hume que el duque de Montmouth no había sido ejecutado en el cadalso como se había dicho, sino en su lugar uno de sus partidarios que se le parecía mucho, y que había consentido en morir por él, mientras que el hijo natural de Carlos II, en el que habían respetado la sangre real por culpable que fuese, había sido trasladado secretamente á Francia para sufrir una prisión perpétua.

A este pasage San Foix, siempre á caza de cosas novelescas, abrió tanto ojo y descubrió un librito anónimo y apócrifo intitulado: *Amores de Carlos II y de Jacobo II reyes de Inglaterra*. En este librito se decía: «La noche siguiente á la pretendida ejecución del duque de Montmouth, el rey acompañado de tres hombres vino en persona á sacarle de la torre. Cubriéronle la cabeza con una especie de capucha y el rey y los tres hombres entraron con él en una carroza.

Otro testimonio todavía mas importante es el del coronel Helton, en boca del cual pone el autor del librito la relación que era citada por San Foix. Este testimonio era el del padre Saunders, confesor de Jacobo II. En efecto, habiendo ido el padre Tornamin con el padre Saunders á hacer una visita á la duquesa de Montmouth despues de la muerte

del ex rey se le escapó decir á la duquesa: «jamás perdonaré al rey Jacobo haber dejado ejecutar al duque de Montmouth faltando al juramento que había hecho sobre la hostia á la cabecera de la cama de Carlos II al morir, que le había recomendado que jamás quitase la vida á su hermano natural aun en el caso de rebelión.» A estas palabras el padre Saunders interrumpió á la duquesa diciéndola: «Señora duquesa, el rey Jacobo ha cumplido sus juramentos.»

Segun San Foix el hombre de la máscara de hierro no era otra sino el duque de Montmouth salvado del cadalso por Jacobo II á quien Luis XIV al mismo tiempo había prestado las islas Margarita, para su hermano, y San German para él.

TERCER SISTEMA.

El sistema de San Foix había establecido para batir en brecha el sistema de la Grange-Chaucel que pretendía sobre el dicho de Mr. Lamothe-Guerin, gobernador de las islas de Santa Margarita en 1178, es decir, en la época en que él mismo estaba allí detenido que el hombre de la máscara de hierro era el famoso duque de Beaufort desaparecido en 1669 en el sitio de Candia. Esta es la version de la Grange-Chaucel.

Desde 1664 Mr. de Beaufort había ya caído por su insubordinación y ligereza en la desgracia, sino aparente, al menos real, de Luis XIV, que perdonaba con dificultad la felicidad que se tenía en haberle agradado, ó la desgracia de haberle disgustado. Mr. Beaufort jamás había agradado al gran rey que no le gustaban rivales, aunque fuesen entre la gente ordinaria.

Hacia el principio de 1669 Beaufort recibió de Colbert la orden de defender á Candia sitiada por los turcos. Siete dias despues de su llegada, es decir, el 26 de junio, el duque de Beaufort hizo una salida: pero arrastrado por su valor ó por su caballo, no volvió á parecer mas. En aquella ocasion Navailles, su colega en el mando de la escuadra francesa, se contentó con decir en la página 243, libro 4.º de sus memorias: «El duque de Beaufort encontró un grueso de tropas turcas que perseguían á algunas de las suyas. Púsose á su cabeza y combatió con muchísimo denuedo: pero fué abandonado de ellas, y desde entonces no ha podido volverse á saber qué ha sido de él.»

Segun la Grange-Chaucel el duque de Beaufort había sido arrebatado, no por los soldados del sublime emperador, sino por los agentes del rey cristianismo, y en lugar de cortarle la cabeza, lo que hubiera sido mejor para él, fué encerrado por toda su vida con una máscara de hierro.

CUARTO SISTEMA.

Este cuarto sistema, que no estaba muy distante de ser el de Voltaire, habia sido difundido con un prodigioso éxito por el autor anónimo de las *Memorias para servir á la historia de Persia*. Como la *Historia amorosa de los pueblos las Memorias para servir á la historia de Persia*, cuenta las anécdotas de la corte de Francia. En ellas se llama el rey *Cha-Abbas*, el delfín *Sephi-Mirza*, el conde *Vermandes Giafez*, y el duque de Orleans *Ali-Homajon*; la Bastilla se hallaba designada bajo el nombre de fortaleza de Ispahan, y las islas de Santa Margarita bajo el nombre de la ciudadela de *Domus*.

Esta es la anécdota reducida á su verdadero nombre.

Luis de Vermandois era como se sabe, hijo natural de Luis XIV y de la señorita de la Valliere. Luis XIV le queria mucho como á todos sus bastardos, tanto que aquel cariño habiendo escitado el orgullo que era propio del principe, en su presencia, se olvidó en una disputa que tuvo con el delfín de las consideraciones que le debia, hasta el punto de darle un bofetón. Era este uno de aquellos ultrajes que la magestad real de Luis XIV no podia perdonar ni aun á uno de sus hijos bastardos. Así, siempre segun las *Memorias para servir á la historia de Persia*, Giafez ó el conde de Vermandois, fué enviado á Flandes donde entonces se hacia la guerra. Apenas estuvo en el campo, donde llegó con una buena reprension de su madre que decia, dice la señorita de Montpensier, que ya se habia vuelto un hombre juicioso, cuando el 42 del mes de noviembre por la tarde se puso malo y murió el 49. Sucedió esta desgracia, dice la señorita de Montpensier, á consecuencia de una orgía donde habia bebido mucho aguar-diente.

Otras memorias hablan de una calentura maligna ó de la peste, pero el autor del cuarto sistema, protesta que se esparcieron aquellos rumores para alejar á los curiosos de la tienda del principe, que no habia muerto, sino que únicamente se hallaba atargado por medio de un narcótico y que no volvió en sí sino con una máscara de hierro sobre el rostro.

Segun el mismo autor, Ali-Homajon, es decir, Felipe II, regente de Francia, habia ido á hacer una visita al conde de Vermandois á la Bastilla hácia el principio de 1723: habia resultado de esta visita la resolusion de devolver la libertad al prisionero, cuando al año siguiente murió el regente de una apoplejia fulminante. De aquí resultó que el pobre Giafet permaneció en la fortaleza de Ispahan de la que por otra parte no tendria gran gana de salir, en atencion á que en aquella época debia tener cerca de sesenta y cinco años.

QUINTO SISTEMA.

Pertenece este al baron Heiss, antiguo capitán del regimiento de Alsacia. Hallábase desenuelto en una carta escrita desde Phalsbourg y fechada el 28 de junio de 1770. Aquella carta fué publicada en la *Historia compendiada de Europa*. Esta es la significacion de aquella carta.

Segun el baron de Heiss, el duque de Mantua tenia propósito de vender su capital al rey de Francia, cuando fué disuadido de ello por su secretario Mathioli, el que le persuadió lo contrario, y que se uniese á la liga que en aquel momento se formaba contra Luis XIV. El rey, que creia ya tener en su mano á Mantua, vió escapársele aquella importante ciudad, y habiendo sabido de quién venia el consejo, resolvió vengarse del consejero. En su consecuencia, por órden del rey el desgraciado Mathioli fué convidado por el marqués de Arcy, embajador de Francia, á una gran caceria á dos ó tres leguas de Turin. Allí, mientras acompañaba al embajador en una vereda estraviada, doce hombres á caballo le arrebataron y pusieron una máscara de hierro, y le llevaron á Piñerol. Pero como esta fortaleza se hallaba muy próxima á Italia, le pasaron sucesivamente de allí á las de Santa Margarita, y últimamente á la Bastilla donde debió haber muerto. Este sistema, que no es mas fuera de razon que los anteriores, no obtuvo grande boga. La idea de que el hombre de la máscara de hierro era un estrangero y un subalterno no era bastante para despertar una gran curiosidad.

SESTO SISTEMA.

Este no tiene padre; es uno de esos vagos rumores que corren en el mundo sin que se sepan de dónde vienen ni á dónde van á parar. Así no le citamos sino por memoria.

Segun este sistema, el hombre de la máscara de hierro no es otro sino el hijo segundo del Protector, es decir, Enrique Cromwell, que desapareció de la escená del mundo sin que jamás se supiese por qué escotillon se habia hundido. ¿Pero por qué se habia de poner una máscara y aprisionarse á Enrique, cuando Ricardo, su hermano mayor, vivia pública y tranquilamente en Francia?

SÉTIMO SISTEMA.

El sétimo sistema está sacado de una obra en octavo publicada en 1789 por Mr. Dufey del Yonne, titulada: *La Bastilla, ó memorias para servir á la historia del gobierno francés desde el siglo XIV á fin del XVIII*. El artificio de este sistema, que tiene ademas todo el interés de la novela y de la poesia, descansa sobre este pasaje de las memorias de

Mad. de Motteville: «La reina sorprendida en aquel instante de verse sola y aparentemente importunada por algun sentimiento demasiado apasionado del duque de Buckingham gritó, llamó á su escudero y le reprendió por haberse separado de ella.»

Segun Mr. de Dufey, aquel grito dado por Ana de Austria fué el último. El duque de Buckingham mas y mas enamorado fué mas y mas correspondido, como lo prueba la historia de los herretes de diamantes: tanto, que Luis XIII tuvo un hijo que no conoció nunca, pero que Luis XIV lo descubrió y al que por honor á su madre dió una máscara. Segun Mr. Dufey de Yonne, la sangrienta muerte de Buckingham fué muy bien una espiciación de su dicha, y no está lejos de creer que el cuchillo de Felton fué no solamente de manufactura francesa, sino de fábrica real.

OCTAVO SISTEMA.

Está colocado bajo la proteccion del mariscal de Richelieu y pertenece probablemente en propiedad á Soulabia, su secretario. Dice éste que fué tomado de un manuscrito hallado entre los papeles del duque despues de su muerte, y titulado: *Relacion del nacimiento y educacion del desgraciado principe sustraído por los cardenales Richelieu y Mazarino á la sociedad y encerrado por orden de Luis XIV, compuesta por el ayo de este principe al morir.*

Este ayo anónimo contaba que el principe que habia educado y guardado hasta el fin de sus dias era un hermano gemelo de Luis XIV, nacido el 5 de setiembre de 1638 á las ocho y media de la noche mientras cenaba el rey, en el momento en que se hallaba lejos de aguardar, despues del nacimiento de Luis XIV, que se habia verificado á las doce del dia, un segundo parto.

Dicese que habia sido pronosticado este segundo parto por unos pastores que habian dicho por la ciudad que si la reina paria dos delfines seria una señal de grandes calamidades para la Francia. Por muy en silencio y bajo que se refriesen estos rumores, no por eso habian dejado de llegar á los supersticiosos oídos de Luis XIII, el que entonces hizo llamar á Richelieu y le consultó sobre aquella profecía, en la cual sin creer nada habia respondido Richelieu, que en aquel caso era preciso ocultar cuidadosamente al segundo de los dos niños que naciesen, porque podria querer ser rey. Habia casi olvidado estas predicciones Luis XIII, cuando vino la partera á anunciarle á las siete de la tarde que segun todas las probabilidades, la reina iba á dar á luz un segundo niño. Luis XIII, que habia conocido la exactitud del consejo del cardenal, reunió inmediatamente al obispo de Meaux, al canceller, al señor Honorato y á la partera, y les dijo con un tono que anunciaba la disposi-

cion de cumplir lo que se promete, que al primero de ellos que publicase el misterio del segundo nacimiento, le haria pagar su revelacion con la cabeza. Juraron todos los asistentes todo lo que el rey quiso, y apenas habian hecho el juramento cuando la reina, cumpliéndose la profecía del pastor, parió un segundo delfin, el cual fué entregado á la madre para ser criado en secreto y destinado á reemplazar al delfin si este moria, y si nó destinado á la oscuridad si el delfin vivia.

La partera crió al segundo delfin como un hijo suyo, haciéndole pasar á los ojos de sus vecinas por el bastardo de un gran señor cuya crianza le pagaba generosamente. Pero á la época en que el niño cumplió los seis años, llegó un ayo á casa de la señora Perroneta, que así se llamaba la partera, y la intimó que la entregase el niño, que debia continuar criando en secreto como hijo de un rey.

El niño y el ayo partieron para Borgoña. Creció el niño desconocido, pero llevando, sin embargo, en su semblante una semejanza tal con Luis XIV, que á cada instante temblaba el ayo no le reconociesen. Así llegó el jóven á la edad de diez y nueve años asustando á su anciano mentor por las ideas extraordinarias que le pasaban á veces por la cabeza como un relámpago. Cuando un dia en el fondo de una caja mal cerrada que se habia tenido la imprudencia de dejar á su alcance, encontró una carta de la reina Ana de Austria que le revelaba su verdadero nacimiento. Aunque poseedor de aquella carta, el jóven resolvió proporcionarse otra nueva prueba. Hablaba su madre de aquella semejanza milagrosa con Luis XIV que asustaba tanto al pobre ayo. Resolvió el jóven proporcionarse un retrato del rey su hermano á fin de juzgar por sí mismo de aquella semejanza. Una criada se encargó de comprar uno en la poblacion inmediata: aquel retrato confirmó todo lo que habia dicho la carta. Entonces, el principe dió un salto desde su cuarto al de su ayo, y enseñándole el retrato de Luis XIV:

—Mirad mi hermano, le dijo, y volviendo los ojos hácia sí: ¿ves lo que soy yo?

No perdió tiempo el ayo, y escribió á Luis XIV, que por su parte se dió tal maña, que llegó un correo ganando horas con la orden de encerrar en la misma prision al ayo y al discípulo. Despues, como aun al través de los hierros de la prision podria reconocerse la contraprueba del gran rey, mandó que el rostro estuviese siempre cubierto con una máscara de hierro bastante hábilmente construida para que sin que la dejase nunca, pudiese ver, respirar y comer. Aquella recomendacion fraternal, segun Soulabia, se ejecutó al pie de la letra.

Este es el tema que han adoptado para hacer un hermoso drama de la *Máscara de hierro* Mres Tournier y Arnould, que tanta popularidad ha adquirido por su bella ejecucion.

NOVENO SISTEMA.

Este es contemporáneo nuestro y data del año 1837. Ha sido emitido por el bibliófilo P. L. Jacob. Según él, el hombre de la máscara de hierro no ha sido otro que el desgraciado Fouquet, que aprovechando las consideraciones que le tenían en su prisión para ejecutar una tentativa de fuga, fué castigado de aquella tentativa con la noticia de su muerte oficialmente divulgada, y por la aplicación de una ingeniosa máquina cuya invención en este caso también pertenecía al gran rey.

Como el libro en que nuestro amigo ha desenvuelto este sistema se halla en las manos de todo el mundo, á él remitiremos á nuestros lectores que quieran tener mas detalles.

Todavía hay otros dos sistemas de segundo orden: el uno dice que la máscara de hierro era el patriarca Arwedicks, arrebatado, según el manuscrito de Mr. de Bouae, durante la embajada de Mr. Fereol en Constantinopla: el otro le hacia un desgraciado estudiante castigado por los jesuitas por un dístico latino hecho contra su orden ó su instituto, y que por recomendación de aquellos buenos padres, Luis XIV quiso servir de carcelero y verdugo.

Añadamos por último un sistema, el que consiste en no creer nada y en decir que jamás ha existido tal máscara de hierro.

Ahora, después de las conjeturas, veamos las realidades.

En el intervalo de 2 de marzo de 1680 al 4.º de setiembre de 1684, fué cuando apareció el hombre de la máscara de hierro en Pignerol, de donde fué trasportado á Exilles, cuando el señor de Saint-Mars pasó de la primera á la segunda fortaleza. Allí permaneció seis años, y habiendo sido nombrado Saint-Mars en 1687 gobernador de las islas de Santa Margarita, se hizo acompañar de su prisionero al que estaba condenado á servir de sombra.

Al llegar á estas islas Saint-Mars escribió al señor de Louvois en 20 de enero de 1687: «Daré también mis órdenes para que se guarde mi prisionero y puedo responderos de él con entera seguridad.»

En efecto, aquel buen señor de Saint-Mars habia hecho ejecutar espresamente para él una prisión modelo. Aquella prisión, según Pigañol, no recibia la luz sino por una sola ventana que caia al mar y abierta á quince pies sobre el camino de la ronda. Aquella ventana, además de los hierros estaba defendida por las tres verjas colocadas entre los soldados que guardaban al prisionero.

En las islas Margaritas entraba rara vez en el cuarto del prisionero por miedo de que algun indiscreto escuchase su conversacion. Por consecuencia se mantenía ordinariamente á la puerta y esta entreabierta; de este modo podia al hablar ver por los dos lados del

corredor si alguien venia. Un dia que estaba hablando así, el hijo de uno de sus amigos que habia venido á pasar con él algunos dias en la isla, buscando al señor de Saint-Mars para pedirle permiso de tomar un barco que le llevase á tierra, le vió desde lejos en el dintel de la puerta de un cuarto. Sin duda en aquel momento la conversacion entre el prisionero y el señor de Saint-Mars era de las mas animadas, porque este último no oyó los pasos del jóven, sino cuando estuvo encima de él. Echóse atrás, cerró de golpe la puerta y preguntó lleno de palidez al jóven, si habia visto ó si habia oido algo. El jóven por toda respuesta le demostró que por el sitio en que se hallaba era casi imposible. Entonces únicamente el señor de Saint-Mars se recobró y se reportó, pero en el mismo dia hizo salir de la isla al jóven escribiendo á su padre para manifestarle el motivo de la despedida, añadiéndole: «Que en poco habia estado que aquella aventura no le hubiese costado cara á su hijo, y que se lo mandaba por miedo de que cometiese alguna nueva imprudencia.»

Otro dia sucedió que la máscara de hierro, á quien servian la comida en vajilla de plata, escribió algunas líneas sobre un plato por medio de un clavo que se habia proporcionado y arrojó aquel plato por entre los hierros de la ventana y la triple reja. Encontró un pescador á la orilla del mar, y pensando que no podia ser sino de la bajilla del castillo, se lo llevó el gobernador.

—¿Habeis leído lo que está escrito en este plato? preguntó el señor de Saint-Mars.

—No sé leer.

—¿Lo ha visto alguien en vuestra mano?

—Acabo de encontrarlo en este momento, y lo he traído á V. E., guardándolo debajo del vestido por miedo de que me tomasen por un ladron.

El señor de Saint-Mars reflexionó un instante: después haciendo señal al pescador de que se retirase.

—Idos, le dijo: fortuna teneis en no saber leer.

Al año siguiente un mancebo de cirujano que hizo un hallazgo casi semejante, fué menos afortunado que el pescador. Vió flotar sobre el agua una cosa blanca, y la recogió: era una camisa muy fina, sobre la cual á falta de papel y por medio de una mezcla de sebo y agua y un hueso de gallina cortado á modo de pluma, habia escrito el prisionero toda su historia. El señor de Saint-Mars le hizo entonces la misma pregunta que al pescador. El mancebo de cirujano respondió que sabia leer, es verdad, pero que pensando que las líneas trazadas sobre aquella camisa podian contener algun secreto de Estado, habia tenido muy buen cuidado de no leerlas. El señor de Saint-Mars le despidió con un aire pensativo, y á la mañana siguiente encontraron muerto al pobre mancebo en su cama.

Por aquel mismo tiempo el criado que servía al hombre de la máscara de hierro, murió; presentóse para reemplazarle una pobre muger; pero habiéndola dicho el señor de Saint-Mars que era preciso que participase eternamente de la prision del amo á cuyo servicio iba á entrar, y que desde aquel día dejaría de ver á su marido y á sus hijos, rehusó suscribir á semejante condicion y se retiró.

En 1698 recibió orden el señor de Saint-Mars de transportar su prisionero á la Bastilla. Compréndese que para un viage tan largo se redoblarían las precauciones. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en una litera, delante de la cual iba el coche del señor de Saint-Mars. Estaba rodeada aquella litera de muchos hombres á caballo, que tenían orden de hacer fuego sobre el prisionero á la menor tentativa que hiciese ó para hablar ó para oír. Al pasar por su tierra de Palteau el señor de Saint-Mars, se detuvo un día y una noche. Se verificó la comida en una sala baja cuyas ventanas daban al patio. Al través de aquellas ventanas podía verse al prisionero y al carcelero comer. El hombre de la máscara de hierro tenía vuelta la espalda á las ventanas. Era de alta estatura, vestido de pardo, y comía con su máscara, de la que se escapaban por detrás algunos mechones de cabellos blancos.

El señor de Saint-Mars estaba sentado enfrente de él, y tenía una pistola á cada lado del plato: un solo criado les servía, y cerraba la puerta con dos vueltas cada vez que entraba ó salía.

Por la noche el señor de Saint-Mars hizo poner una cama de campaña, y se acostó atravesado en la puerta del mismo cuarto de su prisionero. A la mañana siguiente volvieron á marchar con las mismas precauciones. Llegaron los viageros á la Bastilla el jueves 17 de setiembre de 1698 á las tres de la tarde. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en la torre de la Basiniere mientras llegaba la noche. Despues de llegar la noche el señor Dujonke le llevo él mismo al cuarto número tres de la torre de la Bertaudiere, cuyo cuarto, dice el *diario de Mr. Dujonke*, habia sido habilitado con todo lo necesario. El señor Rosanges, que venia de las islas de Santa Margarita acompañando al señor de Saint-Mars, era segun dice el mismo *diario*, el encargado de servir y cuidar al dicho prisionero, que era mantenido por el gobernador.

Sin embargo, en recuerdo de la camisa hallada en la orilla del mar, era el gobernador el que le servía á la mesa, y el que despues de la comida le quitaba los manteles y servilletas. Ademas habia recibido la prohibicion espresa de hablar á nadie ni de enseñar su rostro á cualquiera que fuese en los cortos instantes de descanso que el gobernador le daba, abriendo él mismo la cerradura que cerraba su máscara. En el caso en que se hubie-

se atrevido á contravenir á una ú otra prohibicion, tenían orden los centinelas de hacer fuego sobre él.

Así permaneció el desgraciado prisionero en la Bastilla, desde el dia 18 de setiembre de 1698, hasta el 19 de noviembre de 1703. En la fecha de este dia se encuentra esta nota en el mismo *diario* «El prisionero desconocido, siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro (1), habiéndose puesto ayer un poco mas malo al salir de misa, ha muerto hoy á las diez de la noche sin haber tenido grande enfermedad. Mr. Girau, nuestro capellan, le confesó ayer. Sorprendido por la muerte no ha podido recibir los Sacramentos, y nuestro capellan le ha exhortado un momento antes de morir. Ha sido enterrado el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde, en el cementerio de San Pablo. Ha costado su entierro 40 libras.»

Ahora veamos lo que se ha encontrado en los registros de sepultura de la iglesia de San Pablo.

«En el año 1705, á 19 de noviembre, Marchiali, de edad de cuarenta y cinco años ó próximamente, ha muerto en la Bastilla, y su cuerpo ha sido enterrado en el cementerio de San Pablo, su parroquia, en 20 de dicho mes en presencia del señor Bosarges, mayor de la Bastilla, y de Mr. Reih, cirujano de la Bastilla, que firman.»

Pero lo que no dicen ni el registro de la prision ni el de la Bastilla, es que las precauciones tomadas durante su vida, le persiguieron á aquel desgraciado despues de su muerte. Su rostro fué desfigurado con vitriolo, á fin de que en caso de exhumacion no pudiese reconocerse: despues se quemaron todos sus muebles, se desenadrilló su cuarto, se perforaron las paredes, se buscó por todos los rincones, y se picaron y blanquearon los muros; todo por miedo de que hubiese en alguna parte oculto algun billete ó alguna señal que pudiese dar á conocer su nombre.

Desde el 19 de noviembre de 1703 al 4 de julio de 1789, todo continuó permaneciendo en la oscuridad, tan espesos eran los muros de la Bastilla, tan bien cerradas estaban sus puertas de hierro. Llegó despues un dia en que aquellos muros fueron derribados á cañonazos, aquellas puertas abiertas á hachazos, y en que los gritos de la libertad resonaron en lo mas profundo de aquellos calabozos donde todo parecia muerto, hasta el cco que debia vacilar en repetirlos.

Los primeros cuidados del pueblo vencedor, fueron con los vivos. Unicamente se encontraron ocho prisioneros en la sombría y siniestra fortaleza. Corrió entonces el rumor de que algunos dias antes mas de otros se-

(1) El color, y la aficion á lo terrible, sin duda, han hecho tomar esta máscara por una máscara de hierro.

senta habían sido trasportados á las bastillas del Estado.

Despues de la preocupacion por los vivos vino la curiosidad por los muertos. Entre las grandes sombras que aparecian en medio de las ruinas de la Bastilla, se alzaba mas gigantesca y mas sombría que las demas, el fantasma velado con la *máscara de hierro*. Asi corrieron al patio de la Bertaudiere que sabian habia sido habitado cinco años por aquel infeliz: pero por mucho que se buscó en las paredes, en los vidrios, en los ladrillos, por mucho que se ocuparon en descifrar cuanto la ociosidad, la resignacion ó la desesperacion habian podido trazar en sentencias, en oraciones ó en maldicion, sobre aquellos misteriosos archivos que los reos se legan al morir los unos á los otros, fué todo inútil, y el secreto de la *máscara de hierro* continuó en permanecer secreto entre él y sus verdugos.

De pronto resonaron grandes gritos en el patio. Uno de los vencedores habia deseubierto el gran registro de la Bastilla, en el cual se hacia mención de la fecha de entrada y de salida de los prisioneros, y que habian sido recibidos y enterrados por el mayor Chevalier. Fué llevado el registro á la casa de ayuntamiento donde la asamblea municipal quiso buscar ella misma por sí aquel secreto de la monarquía, oculto por tanto tiempo. Abrióronle en el año 1698. El fólío 120 correspondiente al jueves 18 de setiembre, habia sido arrancado. La hoja de entrada faltaba. Fueron, pues á buscar la de la salida. La hoja correspondiente al 19 de noviembre de 1703, faltaba tambien como la del 18 de setiembre, y aquella doble mutilacion bien comprobada, quitó para siempre la esperanza de poder descubrir el secreto del hombre de la *Máscara de hierro*.

EL CAPITAN LANGLET.

Cuando estuvo lista nuestra comida, el posadero nos hizo señal para que volviésemos: su señal tuvo el mejor éxito, el agua y el aire del mar nos habian dado un famoso apetito: pensamos que aquellas dos causas reunidas habian debido producir el mismo efecto sobre nuestro compañero de viage, que entrando al mismo tiempo que nosotros, acababa de llegar al mismo tiempo que se le estaba buscando. Al vestirnos le preguntamos si no queria participar de nuestra comida, nos respondió que tendria muchísimo gusto si le permitiamos pagar su parte. Le respondimos que en

esto como en el baño podia hacer lo que quisiese, y considerarse como nuestro invitado, ó cambiar nuestra comida, en atencion á que no quisimos herir su delicadeza pagando su escote. Insistió en pagar su parte, y nos pusimos á la mesa: comimos perfectamente.

Durante la comida hicimos mas conocimiento con nuestro jóven, y aprovechando el progreso que íbamos haciendo en su confianza, le preguntamos á dónde iba. Echóse á sonreír con una sencillez que nos encantó.

—Lo que os voy á responder es muy tonto, nos dijo, me preguntais que á dónde voy, ¿no es verdad?

—Si no hay indiscrecion en ello, le contestó Jadin bebiendo con él.

—Pues bien, no lo sé, nos respondió.

—¿Cómo es eso? dijo Jadin, andais vagando pura y simplemente. Permitidme que os diga que esa no es una posicion en la sociedad.

—¡Dios mio! replicó el jóven ruborizándose, si no tuviese miedo de que me tuviérais por indiscreto os contaria mi historia.

—¿Es larga? preguntó Jadin.

—En dos minutos, caballero, quedará concluida.

—Entonces echadme un vaso de ese vinillo; no es malo ese vinillo seguramente, y decid.

En efecto, la historia era corta, pero no por eso era menos increíble.

Nuestro compañero de camino se llamaba Onésimo Chai. Tenia 1,200 libras de renta que le habian dejado sus padres. Era quinto dependiente de notario de San Dionisio, y habia venido á Tolon á recoger una corta herencia de 1,500 francos que le habia dejado una tia. La casualidad habia hecho que nos hubiéramos hallado en Tolon al mismo tiempo que él. En su juvenil curiosidad habia hecho todo lo posible por vernos á Jadin y á mí, sin haberlo podido conseguir: en fin, habia sabido que marchábamos en el cartuage de Tolon á Frejus, y cediendo á aquella curiosidad, habia tomado un asiento hasta Lup, contando volverse desde Lup por Aix y Avignon: pero en Lup el encanto de nuestra sociedad le habia fascinado de tal modo que se habia adelantado hasta Frejus: en Frejus nos habia hecho pedir, como lo hemos dicho, el permiso de comer en una punta de nuestra mesa. El modo amable con que le habiamos concedido aquella peticion, le habia seducido mas y mas. Oyéndonos hablar del golfo Juan se habia decidido á verlo al mismo tiempo que nosotros, y ahora, pues, que se hallaba en camino, su intencion era, si se le permitiamos, acompañarnos hasta Niza, pero, añadió, con la condicion bien entendida de que pagaria su asiento en nuestro coche.

Si hubiese sido menos sencillo nuestra convidado, hubiéramos creído que se burlaba de nosotros, pero no podia uno equivocarse en su aire; era la honradez en persona. Le dijimos en consecuencia que si se obstinaba

absolutamente en pagar su parte de carruage, echase él mismo el cálculo, desquitando las ocho ó diez leguas que habíamos hecho sin él, porque no era justo que las pagase. Cogió su lápiz, hizo su resta, hizo la prueba de la resta, y nos entregó 49 francos, 75 céntimos, dándonos las gracias con las lágrimas en los ojos por el favor que le concedíamos.

Subimos al carruage, pero por mas instancias que hicimos á nuestro compañero de viage, no quiso jamás ponerse en el mejor asiento.

Al llegar á Antibes, Jadin le llamaba sencillamente Onésimo. Al fin de la jornada le tuteaba. A la mañana siguiente ya le daba palmadas en el hombro.

Onésimo no habló nunca á Jadin sino con el mas profundo respeto, continuó siempre llamándole Mr. Jadin, y jamás levantó la mano ni aun sobre Milord.

En Niza la amistad de Onésimo con Jadin era tan fuerte, que no pudo decidirse á separarse de nosotros, y se vino en nuestra compañía desde Niza para Florencia. Onésimo no quiso haber dejado á Florencia sin ver á Roma, y marchó con nosotros de Florencia á Roma.

En una palabra, hizo con nosotros casi todo el viage de Italia. Los 4,500 francos de su tía se gastaron hasta el último cuarto. Despues de lo cual se volvió alegremente á San Dionisio, llevando, nos dijo, recuerdos para todo el resto de su vida.

¿Y entonces?... Entonces fué Jadin el que tuvo todas las penas del mundo para poder pasar sin él.

Me he adelantado á los sucesos para hacer conocer en seguida la excelente criatura que era nuestro compañero de viage.

Jadin y él durmieron en el mismo cuarto, y como no estábamos separados sino por un tabique, oí durante una parte de la noche á Jadin que le daba consejos sobre el modo de vivir en el mundo.

Me desperté á las seis de la mañana con un cántico de iglesia. Al mismo tiempo Jadin abrió mi puerta gritándome que me asomase á la ventana.

Pasaba un entierro escoltado por una veintena de penitentes cubiertos de largas túnicas azules, cubierto el rostro con un gran capuchon. Aquellos penitentes cantaban á voz en grito.

Era la vez primera que oíamos un espectáculo de aquel género. Asi Jadin y yo nos vestimos inmediatamente. Bajamos de dos en dos los escalones, y nos pusimos á seguir el entierro. Onésimo, que se habia quedado detrás por orden de Jadin para preguntar noticias de aquello á nuestro huésped, nos dijo al alcanzarnos que el muerto era un jóven albañil que habia tenido la desgracia de caer y reventarse la vispera, y que la cofradia que le acompañaba pertenecía á la iglesia del Es-

piritu Santo y Santa Clara, la misma donde habian sido enterrados en 1814 los veinte franceses de Casabianca.

Esto nos recordó aquel buen capitán Langlet.

Entretanto la cofradia iba al paso de procesion, y cantando á todo cantar, al cementerio.

Queriendo ver como se terminaba la ceremonia, entramos alli con ellos.

Por todo lo largo del camino habia yo ido al lado de un penitente al que mi inmediacion alarmaba con grande asombro mio. Diez veces se habia vuelto hácia mi lado de repente sin interrumpir su canto, me habia echado una mirada alarmada, y cada vez se habia echado su capuchon mas y mas á sus ojos, tanto que apenas veia para poder andar. En cuanto á su libro, aunque le tenia abierto por forma, no ponía en él los ojos, lo sabia de memoria. Al entrar en el cementerio, se separó lo mas que pudo de mí, pero fué á caer hácia el lado de Jadin, á quien yo hice una señal para que no le perdiese de vista: comenzaba á ocurrirme una singular sospecha.

Depositaron cerca de la hoya el féretro, que cuatro albañiles llevaban sobre los hombros. Despues de que cada uno fué echando agua bendita sobre el cadáver, clavaron la tapa como ya lo habia visto hacer en el cementerio de Vaux, y bajaron la caja al sepulcro.

En aquel momento los penitentes entonaron el *Libera me*. Yo iba al lado de Jadin, que se habia quedado junto al penitente á quien mi presencia parecia producir una estraña impresion. Cantaba á mas no poder.

—¿Conoceis esta voz? pregunté á Jadin.

—Esperad, me dijo evocando sus recuerdos, me parece que sí.

—Venid ahora por aqui. Le llevé delante del cantor.

—¿No conocéis esa boca? le pregunté.

—¡Aguardad, aguardad! ¡Oh! no es posible.

—Querido mio, ¿hay dos iguales? Lo que no es posible es que esta no sea la de...

—Del capitán Langlet, ¿no es esto?

—Lo habeis dicho.

El penitente que veia que le mirábamos, hacia todo lo posible por desfigurar su rostro.

—¡Ah! zorro viejo, dijo Jadin.

—Chut, dije yo llevándole á mi lado.

—No, no, replicó Jadin, quiero pedirle noticias de Voltaire.

—Aguardémosle fuera, y le preguntareis todo lo que queráis.

—Teneis razon.

Salimos y aguardamos á la puerta. Nuestro penitente salió uno de los últimos, su capucha mas echada adelante que nunca.

—Buenos dias, capitán, le dijo Jadin dándole una palmada en el vientre.

Viéndose reconocido el capitán, puso la mejor cara posible, y levantando su capucha

nos descubrió su rostro que no tenia nada de la austeridad monacal.

—Y bien, si, yo soy, nos dijo con su acento provenzal: ¿qué quereis? preciso es aullar con los lobos. Conocidas aqui mis opiniones napoleónicas, y mi veneracion por el gran Voltaire, no tengo gana de que me asesinen como á aquel buen mariscal Brune. Ademas, ¿qué es lo que me importa á mí el hábito? El corazon es napoleónico en el alma. En cuanto al libro de horas, ¿crecis que yo sé lo que hay ahí dentro? Yo no sé el latin.

—Pero, capitán, veo que os disculpais y defendeis de cosas que son muy buenas.

—No, es que podeis pensar que yo creo en todas estas tonterias, en todas estas necesidades, que no son buenas sino para las mugeres y para los niños.

—Tranquilizaos, capitán, dijo Jadin, pensamos que sois un farsante y nada mas.

—¿Cómo!... Pues bien, si, soy un farsante, un buen diablo, un buen vividor. ¿Os habeis desayunado?

—No, capitán.

—¿Quereis venir á desayunarnos conmigo?

—Gracias, capitán, no tenemos tiempo.

—Haceis mal, os hubiera contado buenas historias de la clerigalla, y cantado canciones bien célebres sobre el emperador.

—Os damos muchas gracias, capitán, pero es preciso que estemos á buena hora en Niza.

—¿Con que no quereis?

—Imposible.

—Pues entonces, buen viage, dijo el capitán alargándonos la mano.

Creímos que le hacíamos un favor en irnos por nuestro lado y dejarle á él que se fuese por el suyo. En consecuencia no quisimos atormentarle mas largo tiempo, y le dimos la mano á nuestra vez deseándole toda clase de felicidades.

Nos volvimos á la posada, y hallamos allí que nos estaba esperando nuestro carruaje. Mandamos enganchar á fin de poder marchar en cuanto nos levantáramos de la mesa.

—Pero, nos dijo nuestro posadero con un aire bastante embarazado, yo creo que estos caballeros van á Niza.

—Sin duda; ¿por qué?

—Porque entonces era preciso que los pasaportes de estos caballeros fuesen visados por el cónsul de S. M. Carlos Alberto.

—Pero si están visados ya en la embajada de París, dijo Jadin.

—No importa, estos señores no podrán entrar en Cerdeña sino llevan el visa firmado en Antibes.

—Dad vuestro pasaporte, dije á Jadin, es preciso que todo el mundo viva, aun los reyes.

Aumentamos con treinta suses la lista civil del rey Carlos Alberto, despues de lo cual quedamos en libertad de entrar en su territorio.

Aprovechamos aquella libertad para subir

en el carruaje. Dos horas despues nos halláramos sobre las márgenes del Var.

La cabeza del puente está guardada por la aduana. Como saliamos de Francia nada teniamos que ver con ella.

Pasamos, pues, altivamente.

Detrás de la aduana habia dos centinelas, con los cuales nada teniamos todavia que ver. Detrás de los centinelas habia un comisario de policia.

Con este ya fué otra cosa. Despues de haber cotejado mis señas con mi rostro, y de haber hecho otro tanto con Jadin y con Onésimo, le ocurrió la idea de que una de las dos señoras que viajaban en nuestro coche, era sin duda la duquesa de Berri. En consecuencia trabó disputa sobre su edad, pretendiendo que no parecia tener los veinte y seis años que decía el pasaporte. El caso era lo mas liosongero para la señora, pero era muy fastidioso para nosotros. Me permití hacer algunas observaciones al comisario. El comisario me dijo que sabia lo que tenia que hacer, y que si no me callaba habia de hacer que me cogieran los gendarmes, y me volvieran á Antibes.

Entonces le dije que mi pasaporte estaba perfectamente en regla.

—¿Y qué me importa á mí, me dijo el comisario, que vuestro pasaporte esté en regla ó no? Me burlo de vuestro pasaporte, y se entró en su barraca.

Ví que el comisario era un insolente ó un imbécil, dos especies con quienes es preciso contemporarizar cuando no se tiene el poder en las manos.

En consecuencia me callé, contentándome con desear en voz baja que le diesen un ascenso al comisario, poniéndole cerca de un rio donde hubiese agua.

Al cabo de una media hora de aguardar, el comisario salió de su barraca, y nos anunció con un gesto lleno de benevolencia que no se oponia á que continuásemos nuestro camino. En consecuencia pasamos el puente. A la mitad del puente hay un poste; sobre aquel poste está escrita por un lado la palabra Francia, y por el otro hay pintada una cruz, que quiere decir Cerdeña.

Volvimos para saludar con un último adios el pais natal.

Despues, con aquella emocion que he experimentado las dos veces que abandoné mi patria, di un paso.

Un paso habia bastado para pasar el limite que separa los dos reinos. Holláramos la tierra itálica, estábamos en los estados de S. M. el rey Carlos Alberto.

EL PRINCIPADO DE MONACO.

Hay entre las cosas que el rey de Cerdeña no puede sufrir, cinco cosas que le son particularmente desagradables:

El tabaco que no fabrica él mismo.

Las ropas nuevas y los vestidos.

Los periódicos liberales.

Los libros filosóficos.

Y los que hacen los libros filosóficos ú obras.

Yo no llevaba tabaco, todos mis vestidos eran usados, los solos periódicos que poseía eran tres números de *El Constitucional* en que iban envueltas mis botas, mis únicos libros eran una *Guía en Italia* y un *Arte de cocina*, y mi nombre tenía la honra de ser perfectamente desconocido al gefe de la aduana: resultó de aquí que entré mucho más fácilmente en Cerdeña que había salido de Francia.

Había en el fondo de mi caja de escopeta dos ó trescientos cartuchos, por los cuales temblaba con todo mi cuerpo; pero S. M. el rey Carlos Alberto había hecho, á lo que parece, siendo príncipe de Carignan, un conocimiento demasiado íntimo con la pólvora, para tener miedo. Sus aduaneros ni aun repararon en mis cartuchos.

Ademas, yo no sé por qué el rey Carlos Alberto tiene tanto miedo á las revoluciones. Es tal vez el príncipe que tiene menos de que quejarse de ellas. Hace un centenar de años que sus abuelos los duques de Saboya eran unos buenos duques sin importancia, que se llamaban los señores de Saboya: despues, cansados de revolucion, á la muerte de la reina Juana, Niza se entregó en cuerpo y alma á á Ane VII, apellidado el Rojo: en 1385, hizo Génova lo que había hecho Niza en 1388, con la diferencia de que Niza se había dado y Génova fué tomada: pero hoy que no sucede ni lo uno ni lo otro, esos dos bocados de los antiguos duques, que los nuevos reyes han mordido á derecha é izquierda, redondean bastante bien la soberanía sarda, y hacen una potencia de segundo orden en Europa, que por el hábito y el carácter belicoso de su rey, no deja de tener su importancia sobre el mapa militar de la Europa.

Sin embargo, los prin cipes de Saboya no gozaron siempre de esta hermosa querida provenzala que se había entregado á ellos. En 1543, los ejércitos combinados de los turcos y de los franceses sitiaron á Niza. Barbaroja y el duque de Enghien intimaron al gobernador Andrés Odinet que se rindiese. Pero Andrés Odinet, respondió:—Me llamo Montfort: mis armas son *palas* y mi divisa es *preciso mantenerme*. Aunque se portó como valiente soldado para no desmentir es-

ta respuesta en teramente heráldica, Andrés Odinet se vió obligado á rendirse en el castillo, y Niza capituló.

En 1694 Catinat sitió á Niza, y la tomó segunda vez, gracias á una bomba que hizo saltar el reducto del castillo donde estaba el almacén de pólvora.

En 1706 el duque de Berwick tomó á su vez el castillo, como lo había tomado Catinat, y para evitar á sus sucesores el trabajo que había costado aquella fortaleza á sus predecesores la demolió enteramente. Asi en 1798, Niza fué conquistada sin resistencia, siendo hasta 1844 la cabeza del departamento de los Alpes marítimos.

En 1844, Niza volvió por la cuarta vez al poder de sus eternos amantes los duques de Saboya y reyes de Cerdeña.

Niza está representada bajo el emblema de una matrona armada con casco en la cabeza, con el pecho abierto y la cruz de plata de Saboya impresa sobre el corazon: su mano derecha la apoya en una espada desnuda; su mano izquierda en un escudo de plata con un águila de gules con las alas desplegadas: sus pies se apoyan en un escollo de sinople que bañan las olas del mar: en fin, á sus pies se ve un perro, simbolo de la fidelidad, con estas palabras: *Nicea fidelis*.

Por lisonjero que sea este emblema para la ciudad de Niza, nos parece que estaria mejor representada bajo las facciones de una hermosa cortesana muellemente recostada en las orillas de su azulado espejo, á la sombra de la flor de azahar de sus naranjos, con sus largos cabellos flotantes á la brisa del mar, y cuyas olas viniesen á mojar sus desnudos pies; porque Niza es la ciudad de la dulce pereza y de los fáciles placeres. Niza es mas italiana que Turin y que Milan; es casi tan griega seguramente como Sibarís.

Asi nada hay mas encantador que Niza, en una tarde de otoño cuando el mar, rizado apenas por el viento que viene de Barcelona ó de Palma murmura suavemente, y cuando sus *luciolas* cual estrellas que corren parecen llover del cielo. Hay entonces en Niza un paseo que se llama *la Terraza*, que tal vez no tiene igual en el mundo, en donde se apiña una población de mugeres pálidas, débiles, que no tendrian la fuerza de vivir en otra parte, y que vienen todos los inviernos á morir á Niza: alli está la aristocracia de París, de Londres y de Viena enferma.

En cambio, los hombres en general gozan muy buena salud, y parecen haber venido alli guiados por una sublime abnegación para ceder una parte de sus fuerzas y de su salud á todas aquellas bellas moribundas, que hacen guiños al pasar á los graciosos abates, tan coquetos y galantes, que se comprende absolutamente que tengan absoluciones prontas para ellas por cualquier pecado que hayan cometido.

En Niza comienzan los abates: no esos abates gordos y abultados como en Nápoles y en Florencia, sino unos abates lindos, chiquititos, como se encuentran á veces en el monte Pincio en Roma, ó en el paseo de la Marina en Mesina: verdaderos abates de gabinete, como los había al levantarse de la cama en la alcoba de Mad. de Pompadour, y al acostarse en la de Mlle. Lange: deliciosos abates, por último, alimentados con bombones y dulces, con el pelo bien cuidado y perfumado, pantorrilla redonda, sombrero coquetamente echado sobre la oreja, y piececito calzado con zapatos de charol y hebilla de oro.

Pregunto si todo esto da á Niza el aire de una Minerva armada de pies á cabeza, y si su epíteto de *fidelis* debe tomarse al pie de la letra.

Hay dos ciudades en Niza: la ciudad antigua, y la ciudad nueva: la *Antica Nizza* y la *Nice new*; la Niza italiana y la Niza inglesa. La Niza italiana, pegada á sus colinas, con sus casas esculpidas ó pintadas, sus virgenes en las esquinas de las calles, y su poblacion con pintoresco trage, que habla como dice el Dante la lengua—*del vel paese la dove il si suona*:—la Niza inglesa, ó el barrio de mármol con sus calles tiradas á cordel, sus casas blanqueadas con cal, las ventanas y las puertas metódicamente abiertas; y su poblacion de sombrillas, velos, y botitos verdes, que dice—*Yes*.

Porque para los habitantes de Niza todo viajero es inglés; cada extranjero, sin distincion de cabello, de barba y de trages, de edad y de sexo, llega de una ciudad fantástica, perdida en medio de las nieblas, en la que alguna vez por tradicion se oye hablar del sol, donde no se conocen las naranjas y los ananas, sino en el nombre: donde no hay mas frutas maduras que las manzanas asadas, y que por consecuencia se llama *London*.

Mientras yo estaba en el hotel de York llegó una silla de postas. Un momento despues entró el posadero en mi cuarto.

—¿Quiénes han llegado? le pregunté.

—*Sono certi inglese*, me respondió, *mai non suprai dire si sono francesi ó tedeschi*. Lo que quiere decir:—son ciertos ingleses, pero no sabré deciros si son franceses ó alemanes.

Inútil es decir que todo el mundo paga, en consecuencia de que á todos los llaman *milord*.

Permanecemos dos dias en Niza; un dia mas de lo que ordinariamente permanecen los forasteros que no vienen á pasar alli seis meses. Niza es la puerta de la Italia. ¿Y cómo detenerse en el dintel de ella cuando se percibe el horizonte de Florencia, Roma y Nápoles?

Nos ajustamos con un *veturino* (cochero) que se encargó de llevarnos á Génova en tres dias por el camino de la *Cornisa*. Yo cono-

cia el Mont-Cenis, el San Bernardo, el Simplon, el Coll de Tenda, los Bernardinos, y el San Gotardo; era, pues, el único camino creo, que me faltaba que recorrer.

La primera ciudad que se encuentra en el camino es Villafranca, cuyo puerto, obra de los genoveses y abierto por el consejo de Federico Barbaroja, no está separado del de Niza sino por la roca de Montalban. A una media legua mas allá de Villafranca se entra en el principado de Monaco, que se anuncia formidablemente al viajero por una linea de aduanas. El príncipe de Monaco, Honorio V, actualmente reinante, es el mismo que volviendo en 1815 á sus estados, encontró á Napoleon en el golfo Juan. La aduana del príncipe cobra dos y medio por ciento sobre las mercancías, y seis cuartos por los pasaportes. Como Monaco se halla en el camino mas frecuentado de la Italia, esta doble contribucion forma la parte mas saneada de sus rentas.

Ademas, el príncipe de Monaco ha nacido para la especulacion, aunque no todas las especulaciones le salgan bien, testigo la moneda que hizo acuñar en 1837, y que se gasta buenamente en su principado, en atencion á que los reyes sus vecinos han impedido su admision. Los demas industriales se hacen ordinariamente pagar lo que hacen; el príncipe de Monaco se hace pagar lo que no hace. Ved aqui cómo.

Entre las cosas que el rey Carlos Alberto tiene en antipatia, hemos puesto en primer lugar el tabaco de fumar y el tabaco en polvo: de otra manera y en términos de estanco, el *Scaferlati* y la *Maconna*.

Pues si yo que vivo á trescientas leguas del rey de Cerdeña conocia su antipatia, no es admirable que el príncipe Honorio V, cuyos estados están enclavados dentro de los suyos la supiese. Reflexionó el príncipe un instante, y cuando se impuso de este odio resolvió sacar partido de él. En consecuencia hizo sembrar mucho tabaco y anunció para el año siguiente cigarros á cuarto, que visto la feliz disposicion del terreno, serian tan buenos como los de la Habana.

Aquel anuncio puso en movimiento y en alarma todas las contribuciones indirectas sardas. El rey Carlos Alberto vió sus estados inundados de cigarros; tenia bastante con una aduana ó dos, como su vecino Honorio V, pero estas aduanas están sobre los caminos, y no en todas las partes del principado, de manera, que aun cuando tuviese en toda su circunferencia una linea tan espesa y vigilante como un cordon sanitario, quinientos cigarros bien pronto pasaban; una piel cosida á un perro pasa de tres á cuatro mil, y el principado de Monaco es tal vez el solo donde queda esa especie de perros contrabandistas. No habia mas que un remedio que tomar, y era rebajar el precio de sus cigarros, al

precio de los cigarros de Honorio V, ó tratar con él de potencia á potencia. El rey Carlos Alberto prefirió tratar. Bajar el precio de sus cigarros, vista la repugnancia que los pueblos tienen en general por la administracion de los derechos reunidos, hubiera parecido una concesion politica.

Estableció, pues, un congreso entre los dos soberanos para arreglar aquella importante cuestion de comercio; pero como las pretensiones del príncipe de Monaco parecian exageradas al rey de Cerdeña, á la manera del congreso de Rastadt, el congreso de Monaco se dilató por mucho tiempo, tanto que llegó la época de la cosecha.

El príncipe de Monaco dió una libra de tabaco de gratificacion á cada uno de sus cincuenta carabineros, y los envió á fumar sobre las fronteras del rey Carlos Alberto.

Los soldados sardos olieron el humo de las pipas de sus vecinos los monaqueses; era, como lo habia dicho el príncipe en su prospecto, un verdadero humo habano sin mezcla de esas yerbas desconocidas que los soberanos tienen la costumbre de vender por tabaco. Los sardos era gente que lo entendian, y acudieron á las fronteras de Honorio V, preguntando á los carabineros del príncipe dónde compraban su tabaco. Respondieron los carabineros que era de planta que su muy amado soberano habia hecho venir de Cuba ó de Latachia, y que sobre su sueldo, que era igual al de los soldados sardos, tenían de plus una libra de tabaco por semana.

El mismo dia desertaron veinte soldados del rey Carlos Alberto, que vinieron á pedir servicio á Honorio V, ofreciendo si lo aceptaba hacer desertar con las mismas condiciones todo el regimiento. Urgente iba haciéndose el peligro; el regimiento podia seguir á los veinte hombres, y el ejército seguir al regimiento, y como la monarquía del rey Carlos Alberto, es una monarquía puramente militar que no ha tenido todavia tiempo de echar hondas raíces en el pueblo, vió de una sola ojeada que si desertaba asi en masa el ejército seria Honorio V y no él el rey de Cerdeña, teniéndose él por muy contento si le dejaban ser príncipe de Monaco. En consecuencia pasó por todas las condiciones que exigió su vecino, y se terminó el tratado mediante una renta anual de treinta mil francos que el rey Carlos Alberto paga á Honorio V, y una guarnicion de trescientos hombres que le presta gratis para sofocar las revolucioncillas que de tiempo en tiempo tienen lugar en sus pequeños estados. En cuanto á la cosecha fué comprada en rama mediante otra cantidad de treinta mil francos, y mezclada con hojas de nogal, que es lo que se fuma generalmente desde Niza á Génova, y desde Chamberí á Turin; tanto, que resultó que los piemonteses que no se hallaban acostumbrados á aquella suavidad tuvieron una gran recu-

descencia de popularidad por el rey Carlos Alberto.

El principado de Monaco ha experimentado grandes vicisitudes: ha estado sucesivamente bajo la proteccion de la España y de la Francia; despues ha sido principado federativo; despues ha estado incorporado al imperio francés, y vuelto últimamente, como lo hemos visto, á su legítimo propietario en 1814, bajo el protectorado de la Francia; por último, en 1815 pasó al protectorado de la Cerdeña. Vamos á seguirle en estas diferentes revoluciones, de que algunas no carecen de cierta originalidad.

Monaco fué hácia el siglo X erigido en señorío hereditario para la familia Grimaldi, poderosa casa genovesa que tenia considerables posesiones en el Milanésado y en el reino de Nápoles. Hácia el 1550, en el momento de la formacion de las grandes potencias europeas, el señor de Monaco temiendo ser devorado de un bocado por los duques de Saboya ó por los reyes de Francia, se puso bajo la proteccion de la España. Pero en 1641, siéndole esta proteccion mas onerosa que útil, resolvió Honorio II cambiar de protector, é introdujo guarnicion francesa en Monaco. La España, que tenia en Monaco un puesto y una fortaleza casi intomable, se irritó como acostumbraba á hacerlo de tiempo en tiempo en la época de Carlos V y de Felipe II, y confiscó á su antiguo protegido sus posesiones milanesas y napolitanas. Resultó de esta confiscacion que el pobre señor se encontró reducido á su pequeño estado. Entonces Luis XIV, para indemnizarle le dió en cambio el ducado de Valentino, en el Delinado; el condado de Carlades en el Liones; el marquesado de Baux, y el señorío de Brix, en Provenza; despues casó el hijo de Honorio II con la hija de Mr. Le Grand. Este matrimonio se verificó en 1688, y valió á Monaco y á sus hijos el titulo de principes extranjeros. Desde esta época, los Grimaldi cambiaron su titulo de señor por el de príncipe.

No fué feliz el matrimonio. La recien desposada, que era aquella bella y galante duquesa de Valentino, tan conocida en la crónica amorosa del siglo de Luis XIV, se halló una mañana de un salto fuera de los estados de su esposo, y se refugió á Paris, contando las cosas mas particulares sobre el pobre príncipe; y no fué todo esto; la duquesa de Valentino no limitó su oposicion conyugal á las palabras, y el príncipe supo pronto que era tan desgraciado cuanto puede serlo un marido.

En aquella época no se hacia mas que reirse de semejante desgracia; pero el príncipe de Monaco era un hombre muy singular, como lo habia dicho la duquesa, de modo que se incomodó: hizo por enterarse sucesivamente del nombre de los diferentes amantes que tomaba su muger, y los hizo ahorcar en esglie de los árboles del patio de su palacio: bien

pronto se vió lleno el patio, y fué menester valerse de los árboles del camino real; pero el príncipe no se cansó y continuó ahorcando. Llegó el rumor de aquellas ejecuciones y se difundió hasta Versailles: Luis XIV se incomodó también, é hizo decir al señor de Monaco que fuese mas clemente. El señor de Monaco respondió que él era príncipe soberano, y que por consecuencia tenía el derecho de hacer administrar justicia en sus estados, y que debían agradecerle el que se contentase con hacer ahorcar á hombres de paja.

Causó tan grande escándalo la cosa, que se juzgó á propósito volver la duquesa á su marido. Este, para hacer el castigo completo, quería hacer pasar á la duquesa ante las estatuas de sus amantes; pero la princesa vinda de Monaco insistió tanto y tan bien que su hijo depuso aquella venganza, é hizo grandes luminarias con todos aquellos maniquetes.

Esta fué, dice madama de Sevigni, la antorcha del segundo himeneo.

Pronto se vió que una gran desgracia amenazaba á los príncipes de Monaco. El príncipe Antonio no tenía mas que una hija, y de día en día perdía la esperanza de darle un hermano. En consecuencia, el príncipe Antonio casó el 20 de octubre de 1715 á la princesa Luisa Hipólita, con Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, al que cedió el ducado de Valentino, entretanto le dejaba el principado de Monaco por su muerte, lo que hizo con gran pesar suyo el 20 de febrero de 1734. Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, Valentino por matrimonio, y Grimaldi por sucesion, es, pues, el tronco de la casa reinante actual, que va á extinguirse también en la persona de Honorio V y de su hermano, los dos sin posteridad masculina y sin esperanza de tenerla.

Honorio IV reinaba tranquilamente cuando se verificó la revolucion de 89. Los monaqueses siguieron todas sus faces con una atencion particular, pues que cuando se proclamó la república en Francia se aprovecharon de un momento en que el príncipe estaba no sé en dónde, se armaron con cuanto pudieron encontrar á la mano, y marcharon sobre el palacio, que tomaron por asalto, comenzando el saqueo por las bodegas, que podían contener de doce á quince mil botellas de vino. Dos horas después los ocho mil vasallos del príncipe de Monaco estaban borrachos.

En este primer ensayo de libertad hallaron que la libertad era una cosa muy buena, y resolvieron á su vez constituirse en república. Únicamente como Monaco no era un estado bastante grande para dar asiento á una república una é indivisible, como lo era la república francesa, se resolvió entre las fuertes cabezas del país, que se habian constituido en asamblea nacional, que la república de Monaco sería, á imitacion de la república americana, una república federativa. Las bases de la nueva

constitucion fueron, pues, discutidas y determinadas entre Monaco y Mantone, que hicieron alianza á vida y á muerte. Quedaba una tercera poblacion llamada *Roquebrune*: decidióse que pertenecería por mitad á una y otra de las dos ciudades: Roquebrune murmuró; hubiera querido ser independiente y entrar en la federacion, pero Monaco y Mantone se rieron de su exagerada pretension. No siendo mas fuerte Roquebrune, la fué preciso someterse: únicamente desde entonces Roquebrune fué señalada á las dos convenciones nacionales como un foco de revolucion. A pesar de esta oposicion fué proclamada la república bajo el nombre de república de Monaco. Pero no bastaba que los monaqueses se constituyesen en república; era preciso hacer en los estados que habian adoptado la misma forma de gobierno, aliados que les pudiesen sostener. Pensaron naturalmente en los americanos y en los franceses: en cuanto á la república de San Marino, la república federativa de Monaco la despreció tanto, que ni habló de ella.

Sin embargo, entre estos dos gobiernos, uno solo estaba á su alcance por su posicion topográfica, de ser útil á la república de Monaco, y era la república francesa: la república de Monaco resolvió no dirigirse sino á ella: envió tres diputados á la Convencion Nacional para pedirle su alianza y ofrecerle la suya. La Convencion Nacional se hallaba en un instante de buen humor: recibió perfectamente á los enviados de la república de Monaco, y los invitó á volver á la mañana siguiente para hacer el tratado.

El tratado fué redactado el mismo dia. Es verdad que no era largo, pues se componia de dos artículos.

«Art. 1.º Habrá paz y alianza entre la república francesa y la república de Monaco.»

Art. 2.º La república francesa celebra haber hecho conocimiento con la república de Monaco.»

Este tratado, como habia sido dicho, se entregó á los embajadores, que se volvieron muy contentos. Esto no impidió que después la república francesa comprendiera la república de Monaco en su piel de leon.

No se ha olvidado sin duda como gracias á Mad. D.... el tratado de Paris devolvió en 1814 al príncipe Honorio V sus estados, que felizmente ha conservado desde entonces.

Ademas, el príncipe Honorio V, fuera de chanza, es muy querido de sus súbditos, que ven con grande inquietud la hora en que cambiarán de amo. En efecto, á pesar del desprecio que de él hace San Simon, el que dice en sus Memorias que es soberano de una roca desde en medio de la cual puede escupir fuera de sus estrechos límites, habita un delicioso país, en el cual no hay quintas ni casi contribuciones, siendo la lista civil del príncipe pagada con el dos y medio por ciento, que percibe sobre las mercancías y por los diez y seis cuar-

tos que se hace pagar sobre los pasaportes. El ejército se compone de cincuenta carabineros, que se reclutan por enganches voluntarios.

Desgraciadamente no pudimos gozar cual hubiéramos querido de aquel encantador reino que se llama el principado de Monaco, porque una atroz lluvia nos sorprendió en las fronteras, siendo acompañados con encarnizamiento por ella durante los tres cuartos de hora que tardamos en atravesar todo el país. Resultó que no vimos la capital ni su fortaleza, á la cual divisamos como á través de un espeso velo. Así fué que en el puerto solo distinguimos una falua, la cual, con otra que en aquel momento se hallaba fuera, componen toda la marina del príncipe.

Al atravesar Mantone, una muestra nos dió el grado de civilizacion en que se hallaba la ex-república federativa en el año de gracia de 1835. Sobre una puerta se leía con letras gordas: *Mariana Casanova, vende pan y hace vestidos.*

A un cuarto de legua de la ciudad volvimos á caer en una segunda linea de aduanas y en un segundo visa de pasaportes. El pasaporte no era nada, pero el registro fué cruel, y pudimos convencernos de que en los estados del príncipe de Monaco la esportacion es tan severamente perseguida como la importacion. Quisimos emplear el medio usado en semejantes casos; pero tuvimos que habérnoslas con aduaneros incorruptibles, y no nos perdonaron ni un cepillo de dientes; de modo que nos fué preciso recibir una especie de contrapueba del diluvio, en atención á que bajo el pretexto del clima, no habia ni un cobertizo. Me aproveché de aquel contratiempo para profundizar un punto del que pienso ocuparme y sacar partido en la primera ocasion. Tratábase de si en Monaco todos saben calzarse y descalzarse. Hice en consecuencia por la tercera vez desde que habia abandonado la frontera, todas las preguntas posibles sobre esta contradanza tan popular en toda Europa. Pero allí, como en otras partes, no tuve mas que respuestas evasivas que aumentaron mi curiosidad, porque aumentaron mi primera opinion, á saber; que algun gran secreto, ó el honor del príncipe ó del principado se hallaba comprometido, y que era referente á este respetable baile. Me fué preciso, pues, salir de los estados del príncipe tan ignorante sobre este punto como habia entrado, y perdiendo para siempre la esperanza de descubrir aquel misterio que no habia podido aclarar en el mismo sitio de su nacimiento.

En cuanto á Jadin se hallaba absorto en una idea no menos importante que la mia: trataba de comprender cómo habia caído una lluvia tan grande en un principado tan pequeño.

EL RIO DE GÉNOVA.

La primera ciudad que encontramos en nuestro camino, despues de haber pasado los estados de Monaco, es *Vintimiglia*, el *Alventinulum* de los romanos, de que habla Ciceron en sus cartas familiares, libro 8.º, epístola 15, y en la que Tácito se detiene un momento para contar un hecho histórico, digno de un esparciata: una madre licuriana preguntada por los soldados de Otton para que les indicase el sitio donde se habia ocultado su hijo, que habia tomado las armas contra aquel emperador, con aquella sublime impudencia antigua de que Agripina habia dado ejemplo (*feri ventrem*), les enseñó su vientre diciéndole: ¡Aquí está! y murió en los tormentos sin exalar otro grito que aquel grito de la maternidad.

Una carta de Hugo Foscolo, la mas elocuente tal vez de todas las que ha escrito, completa la ilustracion de Vintimiglia. Comimos en esta pequeña poblacion. Nos sirvieron conejos de la orilla del Garinara. A los postres tuvimos un mal rato, viendo que nos ponian en la cuenta una suma de veinte cuartos por un gato. Pedida esplicacion sobre esto, supimos que era la comida de Milord. Esta cuenta aclaraba un punto que muchas veces habíamos discutido antes Jadin y yo: era el precio que podia costarnos un gato italiano. Milord, segun las costumbres que habia adquirido en Lóndres y en París y que ahora esportaba de París al extranjero, no podia ver un gato sin que en un abrir y cerrar de ojos matase al infeliz. En Francia esto habia sido visto bien, porque en general los gatos estan poco protegidos por los posaderos, de quien se comen el queso mas que las ratas. Pero en Italia el cambio de costumbres y por consecuencia de gusto, podia traernos mil compromisos, sin contar con el aumento de gastos que no habíamos tenido en cuenta al formar nuestro presupuesto. Estábamos muy gozosos de que apenas habíamos puesto el pie en la Cerdeña, habíamos podido adquirir la tarifa fija del valor del gato. Hicimos, pues en su consecuencia venir al posadero y le preguntamos si creia que el precio que nos ponía era el precio corriente de los gatos en Italia. Creyó este que íbamos á regatearle el gato, y nos enumeró prolijamente todas las cualidades del difunto. Le interrumpimos en su apologia para decirle que no conocia nuestra intencion, que no discutíamos sobre el valor del animal, sino que únicamente queríamos saber si este valor no tenia alza ó baja segun los diversos puntos. El posadero meneó la cabeza, y nos aseguró que por dos paulos en Toscana y dos

carlinos en Nápoles, creía que Milord podría ahogar lo mejor que hubiera en la raza gatuna, excepto, sin embargo los gatos de Angora ó los gatos sabios, que tenían en todas partes del mundo un valor convencional; y que aun habría poblacion agena á toda industria y privada de todo comercio donde podíamos por este precio pedir ademas la piel: era cuanto deseábamos saber. En su consecuencia pagamos la cuenta, pero nos hicimos dar un recibo sellado, del gato: este recibo era importante, porque debía servir de molde. Despues de una madura deliberacion, lo redactamos en estos términos:

»Recibí de dos señores franceses, que viajan con un alano, veinte cuartos de Cerdeña ó un franco de Francia, que hacen dos paulos de Toscana ó dos carlinos de Nápoles, en pago de un gato de primera calidad muerto por el supradicho alano.

Vintimiglia, 20 de marzo de 1835.

Francesco Biagioli.

Patrone de la locanda de la Croce de Oro.»

Al cabo de ocho dias teníamos tres recibos en regla y perfectamente detallados en que los gatos eran apreciados en el mismo valor, lo que era para nosotros un gran descanso para el resto del viage en atencion á que cuando nos pedian mas, lo que sucedia frecuentemente, sacábamos nuestro registro diciendo: mirad, este es el precio á que pagamos los gatos por todas partes. El propietario del muerto echaba la vista en los papelés, y convencido por los respetables testimonios que le presentábamos concluia siempre por decir:

—*Dunque, vá bene per due paoli.*

Y entregándole los dos paulos nos volviamos á poner en camino con sus bendiciones que las daban por añadidura, sintiendo en el fondo de su corazon que en lugar de un gato no hubiera ahogado dos Milord.

Continuamos, pues, nuestro camino muy satisfechos de la invencion, cuando al salir de Borduguera nos distrajimos de aquellas ideas con el severo aspecto de la aldea de San Remo, con su hermana de San Rómulo rodeada toda de palmeras. Detuvimos un instante para descansar nuestros ojos fatigados con aquellos eternos olivos negruzcos y encogidos, sobre aquella vegetacion oriental. En aquel momento se acercó á nosotros un aldeano, y viendo la satisfaccion con que nos habíamos detenido en aquel pequeño oasis, nos dijo que no era buena hora para mirar las palmeras de San Remo, y que entonces las veíamos con desventaja para ellas. En efecto, acababan de ser despojadas de sus mas hermosas palmas, que habian sido llevadas á Roma para la fiesta del domingo de Ramos. Pregunté entonces por qué aquellas palmas eran llevadas á Roma, y si los habitantes sacaban de aque-

lla remesa algun provecho temporal ó espiritual: y supe que era un privilegio de la familia Bresca, que le habia sido concedido por Sisto V, y que ha sido conservado despues. Este fué el motivo de la concesion.

En 1536 habia todavía en el mismo sitio donde Pio VI ha hecho construir la sacristia de San Pedro, un magnifico obelisco, poseido en otro tiempo por Gore, rey de Egipto, en la ciudad de Heliópolis: trasportado despues por Caligula á Roma, y colocado despues en el circo de Neron, ó Vaticano, sobre el punto en el que Constantino hizo construir su basilica. Hasta 1586, es decir hasta el segundo año del pontificado de Sisto V, habia permanecido en pie aquel obelisco en medio de los edificios sucesivos que habia hecho hacer Nicolas V, Julio I, Leon X y Sisto V, cuando el gran pontífice, que hizo mas en cinco años, que otros cinco papas hicieron nunca en un siglo, resolvió hacer trasportar el gigante monólito que tenia setenta y seis pies de alto, y con la cruz que hay encima ochenta y seis, sobre aquella hermosa plaza que setenta años mas tarde Bertin debía cerrar con su magnífica columnata.

Fontana, el mas hábil mecánico de su tiempo, fué el encargado de aquella grande operacion: dispuso sus máquinas como hombre que comprende que los ojos de toda una ciudad estaban fijos sobre él. El papa le dijo que no omitiese gastos para conseguir su objeto. Fontana obró en consecuencia: solo el transporte, aunque no fué mas que de ciento cincuenta pasos apenas, costó doscientos mil francos.

Por último, terminados todos los preparativos, Fontana señaló el dia en que contaba poner el pie del obelisco sobre su pedestal, y este dia fué publicado á son de trompeta por toda la ciudad. Todos podian asistir á la operacion, pero á condicion de guardar el mas riguroso silencio. Habia reclamado este punto Fontana, á fin de que solo su voz, la única que tenia derecho para dar órdenes en aquel gran dia, pudiese oirse por los trabajadores. Como Sisto V no hacia las cosas á medias, la proclama decia que la menor palabra, el menor grito, la menor exclamacion, seria castigada con la muerte, cualquiera que fuese el estado y condicion del que la hubiese proferido.

Comenzó Fontana su trabajo en medio de una inmensa multitud: á un lado estaba el papa y toda su córte sobre un tablado espresamente levantado: al otro estaba el verdugo y la horca: en medio, en un espacio cercado, y que hacia respetar un circulo de soldados estaban Fontana y sus obreros.

Habia sido elevada hasta su pedestal la base del obelisco; lo que quedaba que hacer era ponerle en pie, enderezarle. Por medio de cuerdas atadas á su estremidad, debía por un ingenioso mecanismo hacerle perder la posicion horizontal para elevarle poco á poco á una posicion perpendicular. Habian sido me-

didas para este efecto la longitud de las cuerdas: llegadas á su punto de descanso, el obelisco debía quedar en pie.

Comenzó la operacion en medio del mas profundo silencio; el obelisco lentamente levantado, obedecia como por mágia á la fuerza atractiva que le ponía en movimiento. El papa, mudo como todos los demas, animaba la manobra con señales de cabeza: la voz del arquitecto dando órdenes, resonaba solo en medio de aquel solemne silencio. El obelisco tenia que ceder; una ó dos vueltas de rueda faltaban ya, y quedaba fijo sobre su base. De pronto Fontana ve que no rueda el mecanismo; la medida de las cuerdas habia sido tomada exáctamente, pero las cuerdas se habian alargado por la masa y se hallaban ahora algunos pies mas largas; ninguna fuerza humana podía suplir á la fuerza que faltaba. Era una operacion perdida, una reputacion hundida: Fontana apresuraba las órdenes, multiplicaba las disposiciones. En el momento en que las cuerdas no atraian al obelisco, el obelisco pesaba doble sobre las cuerdas. Echóse las manos á la frente Fontana, no veia ningun medio de salvar el extremo en que se hallaba, conocia que se iba á volver loco. En aquel momento se rompió uno de los cables.

De pronto un hombre gritó en la multitud: *agua alle corde—agua á las cuerdas*, y atravesando el espacio, fué á entregarse en manos del verdugo.

El consejo es un rayo de luz para Fontana. Sobre toda la estension de los cables hizo verter inmediatamente cubos de agua. Apretáronse las cuerdas enteramente, sin esfuerzo, y como por la mano de Dios; el obelisco volvió á ponerse en movimiento y se asentó sobre su base, en medio de los aplausos de la multitud.

Entonces Fontana corrió á su salvador, á quien encontró con la cuerda al cuello, y entre las manos del verdugo; le coge en sus brazos, le abraza, le arrastra, le lleva á los pies de Sisto V, y pide para él un perdon ya concedido. Pero no bastaba darle el perdon, necesitábase darle una recompensa. El papa pidió al forastero que fijase él mismo lo que queria. El forastero respondió que era de la familia de Bresca, que era rico, y que por consecuencia no tenia favores pecuniarios que pedir, pero que habitaba en San Remo, aldea famosa por sus palmeras, y que pedia el permiso de llevar todos los años, gratis, las palmas necesarias para la funcion del Domingo de Ramos en Roma. Sisto V concedió aquel privilegio, señalando una pension de seis mil escudos romanos para el cultivo y mantenimiento de las palmeras.

Desde aquel tiempo la familia Bresca, que existe todavía, ha usado del privilegio de llevar todos los años á Roma un buque cargado de palmas, y hace doscientos cuarenta y cinco años que este privilegio le ha sido conce-

dido, gozando de la visible proteccion del cielo, porque jamás el menor accidente ha sucedido á ninguno de los doscientos cuarenta y cinco buques que hereditaria y anualmente han trasportado esta santa carga.

Llegamos á Oneille á las nueve de la noche, porque nuestro veturino, habiéndonos prometido dejarnos en Génova al tercer dia, á los dos, á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, arreglaba sus jornadas en vista de esto. Resultó que salimos de Oneille al dia siguiente al amanecer. No diremos gran cosa de este pueblo, si no que es la patria del grande Andrea Doria, lo que no impide á juzgar por la posada en que hicimos noche, que las posadas de este punto son detestables.

Al amanecer nos pusimos en camino. Comenzábamos á despertarnos, cuando atravesábamos por Alesio, donde vimos por la vez primera á las mugeres peinadas con el mezarzo genovés; velo blanco, que sin ocultarlo, cuadra divinamente sobre su rostro. En cuanto á los hombres, eran en otro tiempo osados marinos que tomaron parte con Pizarro en la conquista del Perú, y con don Juan de Austria en la victoria de Lepanto.

Detuvimosnos para almorzar en Albengo, ciudad de dulcísimo nombre, pero á la que sus derruidas murallas y sus torres destruidas, dan uno de los mas tristes aspectos. En Albengo, es donde, si se ha de creer á madama Genlis, la duquesa de Cerifallo fué encerrada durante nueve años en un subterráneo por su marido.

Otro punto histórico mas seriamente averiguado es, que fué en Albengo donde nació aquel Próculo que disputó el imperio á Probo, y Decius Pertinax, á quien es preciso no confundir con el Pertinax que fué emperador.

Posee Albengo dos monumentos antiguos, su baptisterio, que se remonta, dicen, á Próculo, y su Ponte-Longo que fué edificado por el general romano Constancio. Una cosa notable ademas es, que los habitantes de Albengo, la antigua Albiganumun, se habian aliado con Magon, hermano de Anibal, siendo comprendidos en el tratado de paz que hizo con el cónsul romano Publio Elio, y desde aquel tiempo hasta el siglo XII, en virtud de aquel tratado se gobernaron con sus propias leyes, acuñando moneda como estado independiente. En el siglo XII, los pisanos en guerra con los genoveses, se apoderaron de Albengo y la saquearon. Vuelta á edificar por los genoveses permaneció desde ese tiempo así, sin ser quemada, es verdad, pero sin ser reedificada. Lo que hace que Albengo tenga gran necesidad de ser quemada segunda vez.

El camino continuaba siendo cada vez mas delicioso y lleno de accidentes mas pintorescos unos que otros: con la mar á nuestra derecha, tranquila cual un lago, y resplandeciente cual un espejo; y á nuestra izquierda, escarpadas rocas unas veces, encantadores

valles otras, con alamedas de granados y de laureles; otras, vistas de lindisimas poblaciones destacándose sobre el azulado fondo, cual se ve en los pies de sus montañas. Resultó de aquí que sin cansancio ninguno llegamos á Sabona donde debíamos hacer noche.

Sabona es una especie de ciudad á quien ha quedado una especie de puerto que los genoveses han hecho se ciegue poco á poco, á pesar de las reclamaciones de los habitantes, á fin de que el comercio de Sabona no perjudique al comercio de Génova. De aquí ha resultado que Sabona está casi arruinada. Como todas las prosperidades caídas y obligadas á renunciar á su porvenir, la ciudad cifra su orgullo en su pasado. En efecto, Sabona ha dado nacimiento al emperador Pertinax, á Gregorio VII, á Sisto IV, á Julio II y á Chiarrera, que pasa por el poeta lírico mas grande que ha tenido jamás la Italia. De todas las grandezas, le quedan á Sabona la fachada del palacio de Julio II, atribuida al arquitecto San Gallo, y el bajo relieve de la visita de la Virgen á Santa Isabel, uno de los mejores del Bernin.

Enseña ademas el sacristan al viagero un cuadro de la Presentacion de la Virgen en el templo, como del pincel del Dominicano. Desconfiad del sacristan de Sabona; pensad si os enseña un Vasari ó un Gaetano, que todavia salis engañado.

A tres ó cuatro leguas de Sabona, encontramos á Cogoletto, aldea que pretende saber mejor que el mismo Colon dónde ha nacido, y que reclama como uno de sus hijos al gran navegante, aunque él haya dicho en su testamento: *yo nacido en Génova, como natural de ella, porque de ella sali y en ella naci.*

El argumento hubiera tal vez sido concluyente para cualquiera otro pueblo que Cogoletto, pero este es terco, y respondió á Colon escribiendo sobre la puerta de una especie de cabaña que pretende ser la casa del gran marino:

*Provincia di Savona,
Communa di Cogoletto,
Patria di Colombo,
Seropitor del Nuovo mondo.*

Despues de esto, y como no pudiendo hacer mas mal, añadió el verso latino de Saghstifi:

Unus erat mundus: duo sint, ait iste: fuere.

No habia mas que un mundo: que haya dos, dijo Colon: y los hubo.

En fin, para acumular pruebas, desenterró un viejo retrato que representaba el venerable rostro de un bailío de Cogoletto, y lo llevaron con gran pompa á la casa de ayuntamiento, cual si fuese el retrato de Colon.

Los que pasen por Cogoletto deben dar al

cicerone que les enseñe aquel retrato, la limosna de algunos palos en memoria del pobre Colon, tan cruelmente perseguido durante su vida, y tan crudamente calumniado despues de su muerte.

GÉNOVA LA SOBERBIA.

Al salir de Cogoletto, viene por decirlo asi, Génova á presentarse delante del viagero. Pegli con sus tierras, magnífica villa, no es mas que una especie de arrabal que pasa por Cetri di Ponenti, y que prolongado hasta San Pedro de Armo, digna entrada de la ciudad que se ha dado á si misma el nombre de la Soberbia, y que desde seis ó siete leguas ya se deja ver en el horizonte recostada en el fondo de su golfo con la elegante magestad de una reina. Una sola palabra esplica ademas aquel lujo casi inesplicable de palacios que el viagero encuentra atravesados sobre su camino con la misma profusion que las bastidas ó casas de campo de las inmediaciones de Marsella.

Las leyes suntuarias de la república que prohibian dar fiestas, vestirse de terciopelo ó de brocado y llevar pedreria, no se estendian fuera de las murallas de la capital: era, pues, en el campo donde se habia refugiado el lujo de aquellos turbulentos y orgullosos republicanos.

La primer cosa que vimos al llegar á Génova y al atravesar para ir á nuestro hotel la Porta di Vacca, que está situada cerca de la dársena, es una porcion de cadenas del puerto de Pisa, rotas por los genoveses en 1290.

Hace seiscientos años que aquel testimonio del odio de dos pueblos, odio que su comun caída no ha podido destruir, se halla á la vista de todos. Conrado Doria fué el que saliendo de Génova con cuarenta galeras, y apoyado por las de Lucca, dice el historiador Accinelli, atacó el puerto pisano, lo saquéó, y volviéndose en seguida contra Liorna, destruyó las fortificaciones de la ciudad, excepto la iglesia de San Juan.

No es esta la sola prueba de odio que los genoveses hayan dado á los demas pueblos de la peninsula. En 1262, habiendo abandonado el emperador griego á los genoveses un castillo que pertenecía á los venecianos, los genoveses, por odio á estos, de quienes habian recibido no sé qué insulto, demolieron el castillo y trasportaron las piedras sobre sus navíos. Llevaron aquellas piedras á Génova, y construyeron el edificio conocido en otro tiem-

po bajo el nombre de Banco di San Jorge, y hoy bajo el de Bolsa.

Aquel edificio encierra un monumento de orgullo. Es el grifo genovés sofocando con sus garras el águila imperial y la torre pisana, con esta inscripcion:

GRIPHUS UT HAS ANGIT,
SIC HOSTES GENUA FRANGIT.

Si se sube á la bolsa, se encontrarán allí las antiguas bocas de la *denuncia*, que en las últimas revoluciones, segun se asegura, no permanecieron siempre vacias.

Nuestro hotel ó fonda se hallaba cerca de la dársena. Mientras que nos preparaban la comida, tuve tiempo de ir con Schiller en la mano, á hacer mi visita al sepulcro de Fieschi. Con esta ocasiou recorri el arsenal de mar. En el primer recinto Génova hoy arma, desarma ó repara sus buques. A este recinto ha sucedido uno segundo, seco, y que ahora no es mas que un vasto taller marítimo, donde la república construía aquellas famosas galeras largas de cincuenta y ocho metros, anchas de cuatro, que costaba cada una 7,000 libras genovesas, y que tripuladas por doscientos treinta hombres recorrían como soberanas todo el Mediterráneo. Este segundo recinto sirve hoy de taller á setecientos ú ochocientos presidiarios que arrastran su cadena bajo las hermosas bóvedas construidas en el siglo XIII segun los dibujos de Bocanegra.

En un rincon del arsenal, hay un ex-voto sardo con esta inscripcion:

«*Brigantino sardo, La Fenice, commandato da capitano Felice Fleine, notte day 13 ai 14 Febrajo 1835 essendo si aperta un entestatura di tabola Calo á pisso á l' Isola di Laire.*»

Un cuadro representa este suceso: el navio se sumerge, la lancha se abandona al mar, y se invoca la Virgen y se aparece en un rincon del lienzo, calma la tempestad en un instante.

Yendo del arsenal al palacio viejo Doria, se encuentra en el camino la puerta de Santo Tomás; una puertecita se abre en la grande; pasando el dintel de esta puerta, fué muerto Gianettino, sobrino del dux.

Antes de llegar á esta puerta, se atraviesa la plaza de Aqua verde. En este sitio, Massena, despues de haberse sostenido sesenta dias, viendo agotados todos sus recursos, y habiéndose comido hasta las sillas de los caballos, y los caballos mismos, firmó en el puente de Gonegliano con el almirante Keith y el baron de Ott, su hermosa capitulacion, que intituló convencion. Reunió el resto de su guarnicion, como unos doce mil hombres, y durante tres dias cantaron allí rodeados de los austriacos

todas las canciones patrióticas de la Francia.

El palacio Doria es el rey del golfo. Parece al verle que es para el placer de los ojos de los que lo han habitado, para lo que ha sido Génova edificada en anfiteatro. Subimos las anchas escaleras que el anciano dux Doria á los ochenta años subía con su túnica ducal, despues, como dice la inscripcion, de haber sido almirante del papa, de Carlos V, de Francisco I, y de Génova. Al subir aquella escalera, no hay mas que levantar los ojos para ver sobre la cabeza de uno, encantadores frescos imitados á los del Vaticano, y pintados por Perino del Vage, uno de los mejores discipulos de Rafael, que el saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon hizo huir de la ciudad santa. En aquella época habia siempre palacios abiertos para el poeta ó el artista que huía con el pincel ó la pluma en la mano. Perino del Vage halló el palacio de Doria en el camino; fué allí recibido por el anciano dux como hubiese podido ser recibido el embajador de un rey, y pagó su hospitalidad llenando de obras maestras los muros que le ofrecían un abrigo.

El palacio Doria se halla entre dos jardines, el uno de ellos está situado al otro lado de la calle, y se eleva con la montaña; se llega á él por una galería; el otro está contiguo al palacio mismo, y conduce á un terrado de mármol que domina el golfo. Sobre este terrado, Andrés Doria daba á los embajadores aquellas famosas comidas servidas en vajilla de plata renovada tres veces, y que despues de cada servicio se arrojaban al mar.

Tal vez habia ocultas algunas redes bajo del agua por medio de las cuales volverian á pescar al dia siguiente platos y jarras; pero este es el secreto del orgullo ducal que jamás ha sido revelado.

Cerca de la estatua colosal de Júpiter, se levanta el monumento funerario del famoso perro Radan, regalado por Carlos V á Andres Doria, que habiendo muerto en ausencia de Doria, fué enterrado al pie de aquella estatua, á fin, dice el epitafio, de que muerto y todo como estaba, no cesase de guardar un dios. Volvió Doria de su expedicion, halló el epitafio muy natural, y lo dejó como estaba.

El mismo Doria, se halla enterrado en la iglesia de San Mateo.

Mi religion por la historia me habia desde luego conducido á donde me llamaban mis recuerdos: pagadas mis deudas con Doria, con Fiagni, y con Massena, eché una mirada sobre la linterna edificada por Carlos VIII, y andando unos diez minutos por la muralla, me hallé á la puerta del arsenal donde estaba el famoso Rostrin antiguo, que fué hallado en el puerto de Génova, y que se supone haber pertenecido á un buque echado á pique en el combate naval que tuvo lugar entre los genoveses y Magon, hermano de Anibal. Cerca de aquel Rostrin que tiene la fecha del año

524 de Roma, hay un cañon de cuero con aros de hierro, cogido á los venecianos en el sitio de Chiozza en 1379, y que por consecuencia es uno de los primeros que se hicieron despues de la invencion de la pólvora.

Hay treinta y dos corazas de mugeres, traídas en 1304 por las cruzadas genovesas, y cuya forma ha hecho suscitarse al presidente Desgrosses una duda tan injuriosa á aquellas jóvenes amazonas. En el momento de citar la opinion del inteligente presidente, yo no me atrevi á espresarla, y me contento con referirme á su obra misma. Estas corazas han sido vendidas por las calles en 1815 por hierro viejo, por los ingleses que se habian apoderado de Génova. Una sola ha escapado de esta especulacion de lacayos, y no me ha parecido muy auténtica.

Del arsenal no hay mas que un paso al estremo de la calle de Balbi, una de las tres únicas calles que existen en Génova, pues las demas apenas merecen el nombre de callejuelas. Verdad es tambien que estas tres calles, que madama Stael pretendia ser construidas para un congreso de reyes, y que Alfieri llamaba un almacen de palacios, no tienen tal vez su igual en todo el mundo.

Sobre todos aquellos palacios ha estendido el tiempo una capa de increíble tristeza. Algunos se abren en grietas, otros se han cuarteado: los restos que caen, son hollados en las callejuelas que los separan, ó se juntan con otras inmundicias. Es una dolorosa mezcla de hierro y de mármol, de grandeza y de miseria, en donde se colegría que con la décima parte de lo que han costado se tendrian palacios, muebles, cuadros, y á creer el proverbio genovés, un ducado ademas.

El proverbio no es como la investigacion científica del presidente Desgrosses: este le podemos citar. En su consecuencia aqui lo tienen nuestros lectores tal como ha corrido en todo tiempo:

Mare senza pesce, monti senza legno, homini senza fede, donne senza vergogna.

Lo que significa:

Mar sin pescado, monte sin leña, hombres sin fé, mugeres sin vergüenza.

Este proverbio es el que, sin duda, hacia decir á Luis XI.

«Los genoveses se me entregan y yo los entrego al diablo.»

Hay que hacer una corta reflexion, y es que yo creo que el proverbio es pisano y no genovés. Bridouin dice [con mucha exactitud que nadie dice esas cosas de sí mismo, y es seguro que ningun genovés, por tonto que fuese, pudiera haberlas dicho.

La *Strada Balbi* nos llevó á la *Strada nuovissima*, y la *Strada nuovissima* á la *Strada nuova*. En esta última calle terminada por las *Fuentes amorosas*, toda encuadrada en sus casas con frescos exteriores, es donde se hallan los mas hermosos palacios. Entre estos

visitamos dos: el palacio *Doria Tursi* y el palacio Rojo. El uno propiedad pública perteneciente al Estado y el otro propiedad particular perteneciente á Mr. Brignoli, embajador del rey Carlos Alberto en Paris.

El palacio Zursi, cuya arquitectura se atribuye malamente á Miguel Angel, fué comenzado por el lombardo Roque Lúgaro, adornado en las puertas y en las ventanas por Tadeo Carloni y concluido por Baudon: las pinturas son del caballero Miguel Cancio. Ademas de ser uno de los mas ricos por fuera es uno de los mas hermosos por dentro. No sucede asi con el palacio Rojo; su exterior es poco elegante, aunque no carece de cierta grandiosidad, pero encierra la mas hermosa galeria de Génova, sin escluir la galeria real. Alli hay cuadros del Ticiano, del Veronés, de Palma-Bechio, de Paris-Bordone, de Alberto Durero, de Luis Caraciolo, de Miguel Angel, del Caravaggio, de Carlos Dolci, del Guerchino, de Guido, y sobre todo de Van-Dick. Inútil es decir, que el palacio Brignoli no es de los que están de venta.

Quise visitar el sepulcro de Fieschi, del que solo quedaba el sitio donde fué edificado el sepulcro. Me hice llevar á él: aquel sitio, siempre vacio, está situado cerca de la iglesia de *Santa Maria in via lata*.

Eta inscripcion, sin nombrar al conspirador, denota la época en que el terreno se convirtió en propiedad del Estado.

En cualquiera otro pais, aquel sitio, que apenas tiene treinta pies cuadrados, daria una idea muy pobre de la riqueza y del poder de su propietario; pero en Génova no hay que tomar los palacios á lo ancho, sino á lo alto. Los mas ricos, á escepcion del de Andrea Doria y otros dos ó tres tal vez, no tienen jardines sino sobre las azoteas y sobre las ventanas.

Otro recuerdo del mismo género se halla á algunos minutos de distancia del primero, cerca de la iglesia romana de San Donato, donde acaban de descubrirse, bajo el blanqueo de cal que las cubria como el resto del edificio, cuatro lindisimas columnas de granito oriental, las mas hermosas y mejor conservadas tal vez de las que hay en toda la ciudad de Génova, que es la ciudad de las columnas.

Este recuerdo que trae la fecha de 1360, se refiere á la conspiracion Raggio: el palacio fué demolido como el de Fieschi, pero la inscripcion ha sido quitada por un descendiente del conspirador, ministro de Policia y que llevaba el mismo nombre.

Eta conspiracion, menos conocida que la de Fieschi porque no ha encontrado un Schiller que hiciese de ella una obra maestra trágica, no por eso estuvo á punto de ser menos fatal como la otra á la república, y fué descubierta por una casualidad no menos notable que la hizo abortar como al proyecto de Fieschi.

El marqués de Raggio, el jefe de esta conspiración, hacía abrir desde su palacio al dncal una galería subterránea, de la que debían salir á una hora dada treinta conjurados perfectamente armados y decididos, cuando un tambor que estaba de guardia en el palacio, habiendo colocado por casualidad su caja en el suelo, notó que se estremecía, como sucede cuando se trabaja debajo, en alguna mina: llamó inmediatamente á su oficial que previno al dux. Se contraminó y se encontraron los trabajadores. La galería subterránea conducía directamente á la casa del marqués de Raggio: no habia medio de poder negar. Además el culpable era demasiado altivo y orgulloso para que ni aun se le ocurriese esta idea: lo confesó todo y fué condenado á muerte.

En el momento en que caminaba al suplicio, á la mitad del camino de *Castellaccio*, donde debia ser ejecutado, pidió como último favor el morir teniendo en la mano un crucifijo, traído, según decia, por uno de sus antepasados de Tierra Santa, y en el que tenia grandísima fé.

En aquella época de creencias se halló la petición muy sencilla, y se le concedió desde luego al reo: enviaron por consecuencia un sacerdote al palacio Raggio, é hizo alto la fúnebre comitiva para aguardar su vuelta. Al cabo de un cuarto de hora volvió el sacerdote trayendo el crucifijo.

Besó con la mayor devoción el marqués los pies del Cristo; despues, tirando de la parte superior del crucifijo, que no era otra cosa que el puño de un puñal, cuya hoja entraba en la cruz, se lo clavó todo entero en el pecho y murió en el acto.

Desde San Donato fuimos á visitar el *puente Carignan*. Es una construcción curiosa, destinada, no á conducir de una orilla á otra sobre un rio, sino á unir dos montañas. Compónese de siete arcos, de los que los tres del medio creo que tienen ochenta pies de alto: lo que si hay de cierto es que pasa por encima de muchas casas de seis pisos. Es un paseo muy frecuentado en las ardientes noches del estío, en atención á que en aquella altura siempre hay seguridad de encontrar aire.

El puente de Carignan conduce á la iglesia del mismo nombre, alhaja del siglo XVI, edificada por el marqués de Sauli por los dibujos de Gáleas Alessio. Debe esta iglesia, una de las mas hermosas de Génova, su existencia al suceso siguiente.

El marqués de Sauli, uno de los hombres mas ricos y mas probos de Génova, tenia muchos palacios en la ciudad, y uno entre otros en el que habitaba con preferencia, y que se hallaba situado sobre el mismo sitio donde hoy se levanta la iglesia de Carignan. Como no tenia capilla propia, habia hecho costumbre de ir á oír misa en la de *Santa Maria in via lata*, que pertenecia á la familia Fieschi.

Este hizo un día adelantar la hora de la misa, de modo que el marqués de Sauli llegó cuando ya se hallaba concluida. La primera vez que encontró á su elegante vecino, se quejó á él riéndose.

—Querido marqués, le dijo Fieschi, cuando se quiere ir á misa se tiene una capilla propia.

El marqués de Sauli hizo derribar su palacio y edificar en su lugar la iglesia de Santa Maria de Carignan.

Una parte de sus hermosos palacios, que honrarián á príncipes, y de esas bellisimas iglesias, dignas de servir de morada á Dios, ha sido edificada por simples particulares. El secreto de estas fundaciones, en donde se han enterrado millones, está simplemente en las leyes suntuarias de la edad media, que prohibian el juego, las fiestas, los diamantes y las ropas de terciopelo y de brocado.

Entonces todos los comerciantes aventureros que durante veinte años habian surcado en todas direcciones los mares y que habian acumulado en sus casas las riquezas de los dos mundos, se encontraron frente á frente de montones de oro de que era preciso hacer algo. Hicieron iglesias y palacios.

La iglesia de San Lorenzo es la mas antigua en fecha del catálogo de las curiosidades de Génova. Sin embargo, como nosotros caminábamos sin seguir orden alguno, ni cronológico ni aristocrático, fué una de las últimas que visitamos.

Entre otra cosas curiosas encierra la iglesia de San Lorenzo el famoso plato de esmeralda sobre el que dicen hizo Jesus su última cena, y que habia sido regalado á Salomon por la reina de Sabá. Hallábase guardado en Jerusalem en el tesoro del templo, y es conocido bajo el nombre de *Sacro-Cattino*. Disputese lo que se quiera sobre la antigüedad de su origen, la santidad de su uso y la riqueza de su materia, no por eso es menos maravilloso el modo con que cayó en manos de los genoveses, y la manera con que lo adquirieron bastaria para explicar las precauciones con que lo habia guardado la república por miedo de que le sucediese alguna averia.

En 1104 emprendieron juntos los genoveses y los pisanos el sitio de Cesarea. Llegados al frente de la ciudad, celebraron consejo de guerra para saber como la habian de atacar. Habianse ya emitido y desechado muchos pareceres, cuando uno de los soldados pisanos que pasaba por profeta, se levantó y dijo:

—Combatimos por la causa de Dios; tengamos, pues, confianza en Dios; no hay necesidad ni de torres, ni de obras, ni de máquinas de guerra. Tengamos únicamente fé, comulgemos todos mañana, y cuando el Señor esté con nosotros, tomemos con una mano la espada y con la otra las escalas, y trepemos á las murallas.

El cónsul genovés *Capuz-Malio* apoyó este parecer: todo el campo respondió á él con

gritos de entusiasmo. Pasaron los cruzados la noche en oracion, y al dia siguiente en amanecer, habiendo comulgado y sin mas armas que sus espadas y sin mas máquinas que las escalas de sus galeras, sin mas exhortaciones que el grito de «Dios lo quiere,» guiados por el cónsul y el profeta, genoveses y pisanos se agolparon á porfia y tomaron á Cesarea del primer asalto.

Tomada la ciudad, los genoveses abandonaron á los pisanos todas las riquezas, con condicion de que estos les dejarian el *Sacro-Cattino*.

Por consecuencia, el *Sacro-Cattino* fué traído de Cesarea á Génova, donde desde entonces estuvo en la mas grande veneracion, tanto por los recuerdos religiosos, como por los recuerdos guerreros que tiene. Crearon doce caballeros *clavigeri* que debian alternativamente y durante un mes guardar la llave del tabernáculo donde estaba encerrado, y del que no se sacaba sino una vez al año para esponerlo á la veneracion pública: entonces un prelado lo tenia colgado por un cordón mientras que al rededor de la reliquia se hallaban colocados sus doce defensores. En fin, en 1476 se promulgó una ley que condenaba á la pena de muerte á cualquiera que tocase el *Sacro-Cattino* con oro, plata, piedras, coral ó cualquiera otra materia, «á fin, decia aquella ley, de impedir á los curiosos y á los indiscretos hacer un exámen durante el cual pudiese sufrir el *Sacro-Cattino* algun golpe ó romperse, lo que seria una pérdida irreparable para la republica.» A pesar de esta ley, el señor de la Condamina, que habia creído notar en el *Sacro-Cattino* una pompita semejante á las que se hallan en el vidrio fundido, ocultó un diamante bajo la manga de su vestido para experimentar su dureza, debiendo el diamante nacer mella en él si era de vidrio, y permanecer impotente si era de esmeralda. Afortunadamente para el señor de la Condamina, que tal vez ignoraba ademas aquella ley, el sacerdote se apercibió á tiempo de su intencion y levantó el *Sacro-Cattino* en el momento mismo en que el indiscreto sacaba su diamante. El monge no pasó mas que el susto, y el señor de la Condamina se quedó en la duda.

Los judíos de Génova eran menos incrédulos que el sabio francés, porque prestaron durante el sitio cuatro millones sobre aquella prenda. Probablemente fueron reembolsados de los cuatro millones porque el *Sacro-Cattino* fué trasportado á Paris en 1809, donde permaneció hasta 1815, época en que fué devuelto á la ciudad con los diferentes objetos de arte que al mismo tiempo les habian cogido los franceses. El viage fué fatal á la santa reliquia porque se quebró entre Génova y Turin, y aun se perdió un pedazo; de modo que hoy el *Sacro-Cattino* está no solamente privado de sus honores, de sus guardias y de su misterio, sino desportillado como un simple plato

de porcelana. Pidió Jadin el permiso de sacar un dibujo de él, lo que le fué concedido sin dificultad alguna.

Resulta de todo que Génova no cree ya que el *Sacro-Cattino* sea una esmeralda.

Génova no cree ya que esta esmeralda haya sido dada por la reina Sabá á Salomon: Génova no cree tampoco que en aquella esmeralda haya comido Jesus el cordero pascual. Si hoy Génova volviese á tomar á Cesarea, reclamaria su parte de botin y dejaria á los pisanos el *Sacro-Cattino*, que no es mas que de vidrio.

Pero Génova no es libre; Génova tiene una ciudadela erizada toda de cañones, cuyas anchas bocas se abren sobre cada una de sus calles.

Génova tampoco es ya marquesa, ni tiene dux, ni tiene grifo, ni águila imperial ni zorro. Génova tiene un rey: es simplemente la segunda ciudad del reino.

La fuerza frecuentemente no es otra cosa que la fé. Tal vez Génova seria aun hoy poderosa si creyese siempre que el *Sacro-Cattino* es una esmeralda.

Volvimos á nuestra fonda por el puerto franco, especie de ciudad aparte dentro de la misma ciudad con sus instituciones, sus leyes y su poblacion propia. Esta poblacion fué fundada en 1340 por el Banco de San Jorge, que bajo el nombre árabe de Caravana habia hecho venir doce cargadores ó mozos de cordel del valle de Brombana. Aquellos doce cargadores tenian sus mugeres que habitaban en el puerto franco con ellos, y que se volvian á parir á las poblaciones de Pianna y de Zúnero para dar á sus hijos el privilegio de suceder á sus padres. Asi es que se ha perpetuado esta compañía por espacio de quinientos años, sabiendo hasta el número de doscientos miembros, y dejando de padres á hijos tal tradicion de probidad que no hay memoria en la policia que se haya dado una sola queja contra alguno de los mozos de cordel del puerto franco. Los caravanas sin hijos pueden vender sus empleos á sus compatriotas: un cargo de estos vale hasta diez ó doce mil francos.

Durante toda nuestra expedicion, por las esquinas de la calle habiamos encontrado carteles anunciando con gran pompa la representacion en el teatro Diurno, la muerte de Maria Estuardo con vestuario nuevo. Compréndese bien que tuvimos buen cuidado de no perder tan buena ocasion: dimos un golpe de cepillo á nuestra ropa y fuimos al despacho de billetes, que se abrió á las dos y media.

El teatro Diurno es una tradicion de los antiguos circos: como los espectadores griegos ó romanos, los espectadores modernos están sentados sobre gradas circulares, casi como las del circo de caballos de Franconi. La única diferencia que hay, es que aquel edificio no tenia mas bóveda que la cúpula del

cielo: resultando de aquí que como está construido en un barrio bastante frecuentado en medio de las hermosas *vilas* y sombreado por altos plátanos, hay tantos espectadores sobre los árboles y en las ventanas, como dentro del teatro, lo que no debe dar mucho gusto al empresario. Como se comprende bien, no tratamos de hacer economía alguna sobre los doce cuartos que cuesta el billete, y entramos y pagamos Jadin y yo nuestro precio.

Bien los vale por cierto el espectáculo. Como anunciaban los carteles, los vestidos eran nuevos, tal vez demasiado nuevos, porque la acción pasa en 1585, y los vestidos serían del año de 1842.

¡Ay! Tal vez era el deshecho entero de alguna pobre corte imperial de Italia, tal vez el de la graciosa y espiritual gran duquesa Elisa. Había vestidos de terciopelo bordados de oro, con su talle debajo de los hombros y sus largas colas arrastrando; había vestidos de príncipe y de particulares con sus sombreros de plumas á lo Enrique IV y sus capas á lo Luis XIII: únicamente han faltado los calzones, y á lo que parece los inteligentes actores los habían suplido con pantalones de seda de color de rosa y azul, y para darles un aire extraño habían hecho frunces encima de las rodillas y sobre el tobillo. En cuanto á Leicester en lugar de una Jarretiera ó liga, tenía dos, modo ingenioso de indicar sin duda el crédito y favor que gozaba con la reina.

La representación se hizo sin novedad y con mucha satisfacción de los espectadores; únicamente en el momento en que la reina iba á firmar la sentencia de su rival una bocanada de viento arrebató la sentencia de las manos de Isabel, que como se sabe la gustaba hacer sus cosas por sí misma, se levantó, y en lugar de llamar á un page á algún portero, echó á correr tras el papel que el viento arrojó al patio.

Tentados estuvimos por un momento Jadin y yo de gritar: perdon, cuando el cielo tan manifestamente se declaraba en favor de la pobre María: pero en aquel instante un espectador cogió el papel que presentó á la reina, la que le hizo un saludo en señal de agradecimiento, volvió á sentarse á la mesa, y lo firmó con gravedad como si nada le hubiera sucedido. María Estuardo definitivamente condenada, fué ejecutada sin compasión en el acto siguiente.

Volvimos á nuestro hotel donde nos aguardaba la comida, que despachamos filosofando sobre las miserias humanas.

A los postres me anunciaron que quería hablarme un hombre de la policía. Como yo no creía que hubiese secretos entre la policía sarda y yo, hice rogar al emisario del *Buon Governo* que se tomase la molestia de entrar. Me saludó el emisario con gran cortesía, me presentó mi pasaporte visado para Liorna, y me dijo que el rey Carlos Alberto, habiendo

sabido mi llegada el día antes á la ciudad de Génova, me invitaba á salir de ella al día siguiente. Rogué al emisario del *Buon Governo* que diese las gracias de mi parte al rey Carlos Alberto por haber tenido la bondad de concederme las cuatro horas, lo que no hacia con todo el mundo, y que manifestase cuan liсонjero era para mí el ser conocido de su rey, á quien yo también conocía por un rey guerrero, pero no por un rey literato. El emisario del *Buon Governo*, me preguntó si no le dábamos nada para beber. Le di dos francos, tan satisfecho estaba de que mi reputación hubiese llegado á S. M. sarda, y el emisario del *Buon Governo* se retiró haciéndonos mil reverencias.

Quando Alberto Nota ha venido á Francia nosotros le hemos dado una medalla de oro.

Aunque yo conocía bien la divisa literaria del rey Carlos Alberto que es: *poco de Dios, niente del rey*, es decir, hablad poco de Dios y nada del rey: y tal vez por lo mismo que yo conocía bien esta divisa no comprendía la bondad que había tenido al ocuparse así de mí. Yo he escrito poco sobre Dios en mi vida, pero lo poco que he escrito no ha sido inútil para la religión. He hablado del rey Carlos Alberto, es verdad, pero ha sido para hacer elogio de su valor como príncipe de Carignan, y no había por esto por que arrojarle de sus estados.

Hacia tres años antes que yo le había quemado alguna fanega de un bosque, pero se la había pagado, y como había oído decir que las buenas cuentas conservan amistad, y las malas habían sido buenas, me creía con justo título uno de los buenos amigos del rey Carlos Alberto.

Tuve mucho miedo de que este suceso no aumentase la cuenta de la fonda, temiendo la impresión que debía haber causado en el ánimo del fondista de las Cuatro Naciones, que necesariamente debía tomarme por algún príncipe constitucional disfrazado. Felizmente tuve que habérmelas con un buen hombre que no abusó de mi posición y que me hizo pagar casi lo que paga todo el mundo.

A la mañana siguiente el emisario del *Buon Governo* tuvo la bondad de venir en persona á prevenirme que un buque francés, el Sulli, salía á las cuatro de la mañana, y que el rey Carlos Alberto vería con gusto que me fuera por la vía del mar en lugar de la vía de tierra. Esto venía muy bien con mis intenciones, en atención á que por la vía de tierra encontraría los estados del duque de Modena, con quien no tenía gana de hallarme: así hice dar las gracias á S. M. de esta nueva atención y di á su representante mi palabra de que á las cuatro menos cuarto estaría á bordo del Sulli. El emisario del *Buon Governo* volvió á preguntarme sino le daba nada para beber: le di un franco y se marchó llamándose excelencia.

Fuimos á dar una última vuelta á la *Strada Balbi*, la *Strada Nuovissime*, y la *Strada Nuova*: Jadin sacó una vista de la plaza de Fuentes amorosas, y después sacamos nuestro reloj: no era mas que medio día. Visitamos entonces los palacios Balbi y Durazzo que habíamos olvidado en nuestra primera espedicion, y esto nos hizo pasar todavía dos horas. Después recordé que habia en el palacio de los PP. del Comun una cierta mesa de bronce antigua conteniendo una sentencia dada en el año 690 de la fundacion de Roma por dos jurisconsultos romanos, con motivo de una contienda suscitada entre las gentes de Génova y de Langasen, hallada por un aldeano que trabajaba en el campo en la *Colubera*, y nos fuimos al antiguo palacio de los PP. del Comun, en lo que empleamos una media hora. Copié el juicio, no á Dios gracias para ofrecérselo á mis lectores, sino por hacer algo, porque el tiempo que me habia concedido el rey Carlos Alberto empezaba á parecerme largo, y esto me hizo emplear todavía un cuarto de hora.

En fin, como no nos quedaba mas ya que una hora y cuarto para hacer nuestros equipajes éirnos al buque, nos volvimos á la fonda, ajustamos nuestra cuenta, y entramos en una lancha, siendo enteramente del parecer de aquel bueno y entendido presidente Desgrosses, que pretende que entre los placeres que Génova puede producir, olvidan los viajeros ordinariamente el mencionar el mayor de ello, que es, el de verse fuera de ella.

La primera persona á quien vi al subir á bordo del Sulli, fué mi emisario del *Buon Governo*, que iba á cerciorarse por sus propios ojos de si realmente abandonaba á Génova. Nos saludamos como amigos antiguos, y tuve la ventaja de que me honrase con su conversacion hasta el momento en que tocaron la campana del vapor. Me manifestó entonces todo su pesar por separarse de mí, y me alargó la mano. Deposité generosamente en ella una moneda de diez cuartos. El emisario del *Buon Governo* me llamó *monseñor*, y bajó á su lancha deseándome toda clase de felicidades.

Génova es verdaderamente magnífica vista desde el puerto. Al aspecto de aquellas espléndidas casas construidas en anfiteatro, con sus jardines colgantes como los de Semiramis, no puede uno imaginarse los infectos callejones que se arrastran á sus pies de mármol. Si en lugar de hacerme salir de Génova Carlos Alberto, me hubiese impedido entrar en ella, jamás me hubiera consolado.

Alejábame, pues, con un profundo sentimiento de agradecimiento á S. M. sarda, cuando sentí que á pesar de la interesante conversacion de mi vecino el señor marqués de R... que me contaba la primera de sus tres emigraciones en 92, se mezclaba otro sentimiento menos puro. Hallábase agitada la mar, el viento era contrario, de modo que el bu-

que, sobre el maldito olor del vapor, que todo paquebot se cree con derecho á exhalar, tenia unos vaivenes, que á cada movimiento me removía el alma. Miré en derredor mio, y vi que aunque hacia dos horas que habíamos salido, y que aunque aun hacia bastante día, se hallaba el puente casi vacío. Busqué con los ojos á Jadin, y lo vi fumando su cuarta pipa, y andando á grandes pasos seguido de Milord, que no comprendia nada de aquella agitacion inusitada de su amo. Creí notar que á pesar de la firmeza de su paso, su color se iba poniendo pálido, y vidrioso su ojo. Comprendí, sin embargo, que el movimiento debia ser una reaccion benéfica contra el estrechamiento que comenzaba á apoderarse de mí, y pregunté al señor marqués de R... si no podia continuar su relacion andando. Parece que poco importaba al orador, con tal que hablase, porque sin interrumpirse se puso inmediatamente en pie. Yo quise hacer otro tanto, pero conocí que me daba vueltas la cabeza: volví á caer en el banco pidiendo con voz lastimera un limon. Esta peticion fué repetida con una voz magnífica de bajo por el marqués de R... que volvíó á sentarse á mi lado y pasó de su primera á su segunda emigracion.

Trajéronme el limon, quise morder en la cáscara; para morder era preciso abrir la boca: esto me perdió. El que jamás ha padecido mareos no sabe lo que es padecer. Yo por mí sé decir que tenia la cabeza enteramente aturdida. Oía á mi emigrado que en los intervalos en que me sentia mejor continuaba su relacion. Hubiera querido pegarle, hubiera dado mucho por esto, pero no tenia fuerzas de levantar ni aun el dedo meñique. Sin embargo, hice un esfuerzo violento y me volví. Percibí entonces á Jadin en una posicion equivocada, y á Milord mirándole con ojos asombrados. Todo esto se me apareció como á través de un vapor, cuando un cuerpo opaco vino á colocarse entre Jadin y yo. Era el marqués que no queria perdonarme la relacion de su tercera emigracion, que creyendo que yo me habia vuelto iba á ponerse de nuevo á mi alcance.

La reunion de estos dos suplicios me salvó, el uno me dió fuerzas contra el otro. Pasando cerca de mí un marinero, le cogí por un brazo preguntándole por mi camarote. El marinero estaba acostumbrado á esta clase de preguntas. Me cogió no sé por donde, me llevó no sé cómo, y me encontré echado. Oí que me haria un poco de té, que me sentaria bien, y repliqué maquinalmente:

—¿Hay té?

—¿Cuánto? me preguntó.

—Mucho, respondí:

Después no me acuerdo de nada, sino es de que de cinco en cinco minutos tragaba mucho liquido, y que esta imbibicion duró cuatro ó cinco horas. En fin, molido, quebrantado, hecho pedazos, me quedé dormido casi de la misma manera como uno debe morir.

Quando me desperté al día siguiente nos hallamos en el puerto de Liorna: había devorado tres limones, bebido veinte y ocho francos de té y oído contar las tres emigraciones del marqués de R....

Subí al puente del buque para buscar á Jadin, y le encontré en un rincón insensible á las caricias de Milord, y á los consuelos de Onesimo; tan humillado se encontraba de haber hecho á las naciones estrangeras testigos de su debilidad. En cuanto á mí no pude tocar un limon en seis semanas, no he podido beber té en seis meses, y no podré volver á ver al marqués de R... en toda mi vida.

LIORNA.

He visitado muchos puertos, he recorrido muchas ciudades, he tenido que habérmelas con los mozos de cordel de Avignon, con los fachinos de Milan, con los posaderos de Mesina, pero no conozco una canalla como la de Liorna.

En todos los demas países del mundo, hay medio de defender uno su equipage, y arreglarse en el precio para trasportarle, y si uno no está acorde, es libre de llevarlo al hombro y hacer uno su trabajo por sí mismo.

En Liorna no hay nada de esto.

Apenas ha tocado en tierra la lancha que os trae, cuando es invadida: llueven los comisionistas; no sabeis de donde, salta una multitud, se lanzan en las barcas inmediatas, se dejan arrastrar con las cuerdas de los navios: como veis que va á zozobrar vuestra lancha bajo el peso, pensais en vuestra propia seguridad, os agarrais al muelle como Robinson á su roca. Despues, con muchos esfuerzos, perdido vuestro sombrero, desolladas las rodillas, destrozadas las carnes, llegais al muelle. Bueno en cuanto á vosotros, pero en cuanto al equipage, este se ha dividido en otros tantos lotes cuantos bultos son. Teneis un mozo de cordel para el cofre, un mozo de cordel para el neceser, un mozo de cordel para la sombrerera, un mozo de cordel para el paraguas, un mozo de cordel para el baston, y si sois dos, esto hace diez mozos de cordel; si sois tres, quince: como nosotros éramos cuatro, tuvimos veinte. Un veinte y uno quiso coger á Milord; Milord, que no entiende de chanzas, le pegó un bocado en las pantorrillas. Fué preciso morderle en la cola para que desencajase los dientes. El mozo de cordel nos dijo gritando, que le habia estropeado nuestro perro, y que nos habian de condenar á una mul-

ta. Se amotinó el pueblo, y llegamos á nuestra Pension Suiza, con veinte mozos de cordel y doscientas personas detrás.

Nos costó cuarenta francos por cuatro baules, tres ó cuatro sombrereras, dos ó tres neceseres, uno ó dos paraguas y un baston: ademas diez francos por la mordedura del mozo de cordel; es decir, cincuenta francos por haber dado cerca de cincuenta pasos. Justamente tanto como nos habia costado el trasporte para venir desde Génova.

Tres veces he vuelto á Liorna: las dos últimas ya estaba preparado, habia tomado las precauciones, estaba en guardia, pues cada vez he pagado mas caro. Al llegar á Liorna es preciso ir como al atravesar las lagunas Pontinas, contar con los ladrones. La diferencia está en que al atravesar las lagunas Pontinas, escapa uno alguna vez: pero en Liorna, jamás.

Todavía esto no seria nada, si al llegar á Liorna, en lugar de ir á una de las infames tabernas que usurpan el respetable nombre de posadas, se hiciese venir un veturino y se metiese uno dentro del carruaje, no importa, ya que es preciso, que se marchase por Pisa á Florencia. Pero no, puesto que se está en Liorna, es preciso ver Liorna, que no vale la pena, porque no hay mas que tres cosas que ver en la ciudad: los presidiarios, la estatua de Fernando I, y la Madonna de Montenero.

Los galeotes están mezclados en la poblacion, y se ocupan en toda clase de trabajos: barrian, labran piedras, arrastraban carretones, y estaban vestidos de un pantalon amarillo, de un gorro encarnado, y su chaqueton parduzco, del que seria difícil especificar el primitivo color. Sobre la espalda de aquel chaqueton está indicado el crimen por el que el primer propietario de la chaqueta ha sido condenado; pero como sucede frecuentemente que el presidio gasta al criminal antes que el criminal gaste el vestido, este corre con su lebrero sobre la espalda del que le sucede. Resulta que para los galeotes toscanos la chaqueta es un asunto de consideracion, es una semigracia, ó una condenacion doble. Como los galeotes son los únicos que piden y no toman en Liorna, la cuestion para el industrial es tener un chaqueton que despierte la comiseracion pública. Hay crímenes que todo el mundo desprecia, mientras que hay otros que todo el mundo compadece. Nadie da limosna á un ladrón ó un falsario: todos la dan á un asesino por amor. Asi, aquel que tiene un vestido semejante no tiene que ocuparse mas que de cepillarlo, porque todos le detienen para hacerle contar su aventura. Vimos nosotros uno que hacia llorar ardentemente á dos inglesas, y tal vez íbamos á llorar como ellas, cuando su camarada, á quien habia rehusado probablemente una parte de su producto, nos le denunció como un ladrón con fractura. El verdadero *Assasino per amore*

había muerto hacía ocho años, y su vestido había hecho ya la suerte de tres de sus sucesores. Di un medio paulo á aquel buen hombre que llevaba escrito en letras gordas sobre la espalda la palabra *ladron*, casualidad que le había arruinado, porque en vano decía que era incendiario: nadie le quería creer: así, en su agradecimiento por una propina tan inesperada como rara, prometió encomendarme á Dios. Volví atrás para rogarle que no hiciese nada, presumiendo que mas valia para mí llegar al cielo sin recomendación que no con la suya.

Sobre la plaza de la Dársena se levanta la estatua de Fernando I. Como no tengo gran cosa que decir sobre Liorna me aprovecharé de ella para contar la historia de este segundo sucesor del Tiberio toscano, así como la de Francisco I su hermano, y de Bianca Capello su cuñada. Muchas novelas hay menos curiosas y dramáticas que esta historia.

A fines del reinado de Cosme el Grande, es decir, al principio del año 1563, un jóven llamado *Pietro Bonaventuri* descendiente de una familia honrada, pero pobre, había ido á buscar fortuna á Venecia. Uno de sus tíos, que tenia el mismo nombre que él, y que habitaba la serenísima ciudad hacia veinte años, le recomendó á la casa del banquero Salviati, de que él era uno de los corresponsales. El jóven era de buena figura; poseía muy buena letra: hacia cifras como un astrólogo; fué, pues, recibido sin dificultad, como tercero ó cuarto dependiente, con la promesa de que si se portaba bien, podria ademas de su alimento, en tres ó cuatro años, llegar á ganar ciento cincuenta ó doscientos ducados. Semejante promesa era mas que lo que el pobre Bonaventuri había podido soñar en los delirios mas ambiciosos. Besó la mano de su tío; prometió á Salviati portarse de modo que fuese el modelo de toda la casa. El pobre Pietro deseaba cumplir su palabra; pero el diablo que en todo se mete vino á echar por tierra sus buenas intenciones.

Enfrente de la casa de Salviati moraba un rico señor veneciano, jefe de la casa Capello, el que tenia un hijo y una hija. El hijo era un buen mozo, con barba puntiaguda, bigote retorcido, hablar fácil é insolente; lo que hacia que tres ó cuatro veces al mes sacase la espada ó por el juego, ó por las mugeres, porque en política no se mezclaba, encontrándola demasiado seria para ser discutida por otros que no tuviesen las barbas grises. Dos veces habian traído á la casa paterna á Giovanino perforado de parte á parte, pero sin duda porque el diablo hubiera perdido en su muerte, Giovanino habia vuelto en sí. Su embargo, como el padre era un hombre sensato, y habia pensado que no siempre tendria la misma fortuna, habia renunciado á la idea que habia tenido en un principio de hacer religiosa á su hija á fin de duplicar la fortuna

de su hijo. Temió que pasando la mejor noche de este mundo al otro Giovanino, no se quedase á la vez sin hijo y sin hija.

En cuanto á Bianca era una criatura encantadora, de quince á diez y seis años, con un tinte blanco mate, en el que á cualquiera emocion pasaba la sangre como una rosada nube: con cabellos de ese rubio poderoso, de que Rafael acababa de hacer una belleza, con ojos negros llenos de fuego; talle esbelto y flexible, pero de esa ligereza y flexibilidad que se sienten llenas de fuerza, dispuestas al amor; como Julieta, y que no esperan sino el momento en que algun lindo Romeo se encuentre al paso para decirle como la hija de Verona: seré tuya ó del sepulcro.

Vió á Pietro Bonaventuri: la ventana del cuarto del jóven caía sobre el cuarto de la jóven. Al principio cambiaron sus miradas: despues se hicieron señas, despues promesas de amor; llegados aqui, solo la distancia les impedía el darse pruebas; esta distancia la pasó Bianca. Cada noche, cuando todo el mundo se habia recogido en casa del noble Capello, cuando la nodriza que habia criado á Bianca se habia retirado al inmediato aposento, cuando la jóven poniendo la cara contra el tabique se habia asegurado de que aquel último Argos, se hallaba dormido, se ponía una bata parda para no ser vista en la calle, bajaba á tientas y ligera cual una sombra las escaleras de mármol del paterno palacio, entreabriría la puerta por dentro, atravesaba la calle; sobre el dintel en la parte opuesta hallaba á su amante. Entonces los dos con dulces abrazos subian la escalera que conducía al cuartito de Pietro. Despues cuando iba á aparecer el dia volvía á bajar Bianca y entraba en su estancia, donde su nodriza por la mañana la hallaba dormida con aquel sueño de placer que tanto se asemeja al de la inocencia.

Una noche que Bianca se hallaba en casa de su amante, un mozo panadero que acababa de calentar un horno en los alrededores, encontró una puerta entreabierta y creyó que haria bien en cerrarla. Diez minutos despues bajó Bianca, y vió que le era imposible volver á entrar en casa de su padre.

Era Bianca una de esas almas fuertes que toman una resolucion en un instante, y una vez tomada son inalterables en ella: vió todo su porvenir cambiado por aquel accidente, y sin vacilar aceptó la nueva vida á que este accidente la condenaba.

Volvió á subir Bianca á casa de su amante, le contó lo que acababa de suceder, y le preguntó si estaba dispuesto á sacrificarlo todo por ella, como ella todo por él, y le propuso que se aprovecharsen de las dos horas de noche que quedaban todavia para abandonar á Venecia y ponerse al abrigo de sus parientes. Aceptó Pietro Bonaventuri; saltaron los dos jóvenes en una góndola, y se fueron á buscar al guarda del puerto. Allí dióse á conocer Pe-

dro Bonaventuri; dijo que un negocio importante para la casa de banca de Salviati le obligaba á salir en aquel mismo instante de Venecia para Rimini. El guarda dió orden de dejar caer la cadena, y pasaron los fugitivos: únicamente que en lugar de tomar el camino de Rimini, tomaron apresuradamente el de Ferrara.

Adivínese el efecto que produjo en el noble palacio Capello la fuga de Bianca. Durante un día entero aguardaron sin dar paso alguno; siempre esperaban que iba á volver la jóven: pero pasóse el día sin adquirir noticias de la fugitiva. Preciso fué informarse. Se supo la fuga de Pietro Bonaventuri: entonces se recordaron mil hechos que habian pasado sin notarse, y que ahora se presentaban con toda su importancia. El resultado de estos datos fué el convencimiento de que los dos jóvenes se habian marchado juntos.

La muger de Capello, madrastra de Bianca, era hermana del patriarca de Aquilea, é interesó á su hermano en su venganza. El patriarca era omnipotente: se presentó al consejo de los Diez con su cuñado; declaró á la nobleza toda entera insultada en sus nombres, y pidió que Pedro Bonaventuri fuese puesto fuera de la ley como culpable de raptó. Concedida esta primera peticion, exigió que Juan Bautista Bonaventuri, tío de Pedro, de quien se sospechaba haber favorecido la evasion, fuese arrestado: se le concedió esta segunda peticion como la primera. El pobre Juan Bautista, preso por los esbirros de la serenísima república, fué arrojado en un calabozo, donde lo olvidaron en atencion á la gran cantidad de personajes mucho mas considerables de quienes tenia que ocuparse el consejo de los Diez, y allí murió al cabo de tres meses de frio y de miseria.

Giovanino registró durante ocho dias todos los sitios y rincones de Venecia, diciendo que si llegaba á encontrar á Pedro y á Bianca, no habian de morir á mas mano que la suya.

Tal vez se preguntará el lector qué tienen que ver estos jóvenes amantes huyendo de noche de Venecia, y perseguidos por una familia ultrajada, con Fernando, hijo segundo de Cosme el Grande, y cardenal entonces en Roma. Pronto van á saberlo.

Habiendo entretanto llegado los fugitivos á Florencia sin novedad, pero muy cansados, como es fácil pensar, se habian refugiado en casa del padre de Bonaventuri, que habitaba un cuartito en un piso segundo de la plaza de San Márcos. Los hijos son siempre bien recibidos en casa de los padres pobres. Bonaventuri y su muger recibieron á su hijo y su hija con los brazos abiertos: despidieron á la criada para economizar una boca inútil y de temer, ora se abriese para comer, ora para hablar: la madre se encargó de los quehaceres de la casa: Bianca, cuyas blancas manos no podian descender á aquellos vulgares trabajos, comenzó á bordar verdaderas tapicerias, pro-

pias de una encantadora. El padre de Pietro, que vivia de copias que hacia para los oficiales públicos, anunciaba que habia tomado un escribiente y que podia trabajar doble. Dios bendijo el trabajo de todos, y la pobre familia fué viviendo.

No hay que decir que la sentencia dada por el tribunal de los Diez habia sido comunicada al gobierno florentino, el cual habia autorizado á Capello y al patriarca de Aquilea para que hiciesen las pesquisas necesarias, no solamente en Florencia, sino tambien en toda Toscana. Estas pesquisas habian sido inútiles: todos tenian demasiado interés en guardar su propio secreto.

Pasáronse asi tres meses sin que la pobre Bianca habituada á todas las delicadezas del lujo, dejase escapar una sola queja sobre su miseria. Su única distraccion era mirar á la calle levantando poquito á poco su persiana; pero no se la oía ni aun envidiar á la pobre prisionera la libertad de los que pasaban por la calle alegres ó tristes.

Entre los que pasaban era uno el jóven gran duque, que cada dos dias iba á ver á su padre á su palacio de la Petraja. Ordinariamente hacia á caballo este viage Francesco. Despues, como era jóven, galan y buen mozo, todas las veces que pasaba sobre algun punto público ó pensaba poder ser visto por lindos ojos, hacia caracolear á su caballo; pero ni su juventud, ni su belleza, ni su elegancia preocupaban á Bianca cuando le veia pasar: era la idea de que aquel gentil principe, tan poderoso como agraciado, no tenia que decir mas que una sola palabra para que la condena que pesaba sobre ella desapareciese, y Bonaventuri fuese libre y feliz. A esta idea los ojos de la veneciana despedian un fuego que redoblabá su brillo. Cada dos dias, á la hora en que ella sabia que debía pasar el principe, no dejaba de ponerse á la ventana y levantar su persiana. Un dia alzó el principe los ojos por casualidad, y vió brillar á la sombra proyectada por la persiana los ardientes ojos de la jóven. Bianca se retiró vivamente, tan vivamente, que dejó caer un ramillete que tenia en la mano. Apeñó del caballo el principe, recogió el ramillete, se detuvo un instante para ver si volvía á aparecer de nuevo la hermosa vision: despues viendo que permanecia baja la persiana, puso el ramillete en el pecho de su justillo, y continuó su camino al paso, volviendo la cabeza dos ó tres veces antes de desaparecer.

A la mañana siguiente volvió á pasar á la misma hora: empero aunque Bianca estaba toda trémula detrás de la persiana, la persiana permaneció cerrada, y ni la mas pequeña flor se deslizó entre sus barras. Dos dias despues volvió á pasar todavía el principe; pero la persiana permaneció inexorable, por mas que interiormente el principe le dirigiese sus oraciones.

Entonces pensó que debía tomar otro rumbo. Volvió á su casa; hizo llamar un gentil hombre español llamado Mondragon, que habia colocado á su lado su padre, y que se habia hecho su confidente: púsole la mano en el hombro; le miró cara á cara, y le dijo:

—Mondragon, en la plaza de San Marcos, en el piso segundo de la casa que hace esquina entre la *plaza de Santa Croce* y la *vía Larga*, hay una jóven que he conocido que no es de Florencia: es bonita, me gusta: de hoy en ocho dias necesito tener una entrevista con ella.

Mondragon sabia que hay ciertas circunstancias en que la primera cualidad de un cortesano es el ser lacónico.

—La tendreis, monseñor, respondió.

Y fué á buscar á su muger, y la contó muy alegre y gozoso el honor que acababa de hacerle el príncipe eligiéndole por su confidente. La muger de Mondragon era lista en esta clase de intrigas: dijo á su marido que continuase sirviendo al príncipe, que ella se encargaba de todo. En el mismo día tomó su informe, y supo que el piso que designaban estaba habitado por dos familias, la una jóven y la otra anciana; que la muger anciana salia todas las mañanas á la compra; que los dos hombres salian todas las noches para ir á llevar las copias que habian hecho durante el dia, pero que la jóven no salia nunca.

La muger de Mondragon resolvió ir á buscar la jóven hasta en la casa, puesto que se decia que era imposible hacerla salir fuera.

A la mañana siguiente la muger de Mondragon se emboscó á veinte ó treinta pasos de la puerta; despues, cuando salió la muger, como de costumbre, mandó á su cochero que saliese al galope, y que se compusiese de modo que al revolver la calle atropellase aquella muger, pero haciéndola el menos mal posible. No era tal vez el medio menos peligroso, pero era el mas corto. Es preciso que aventuremos algo los pequeños cuandotienen el honor de tener que hacer con los grandes.

El cochero era un hombre muy diestro, derribó á la buena muger en el suelo, sin hacerla mas que dos ó tres contusiones. La buena muger gritó mucho, pero la Mondragon se bajó de su carruaje, calmó al populacho diciéndole que su cochero recibiria al volver á su casa veinte y cinco palos; cogió la herida en sus brazos; la hizo colocar en su coche por dos lacayos, y declaró que queria llevarla á su casa, y que no se separaria de ella sino cuando el médico hubiese dicho que aquella desgracia no tenia consecuencia. Poco faltó para que la Mondragon no fuese llevada en triunfo por el pueblo.

Llegaron á casa de los Bonaventuri. Desde la primera mirada la Mondragon vió que tenia que habérselas con gentes pobres, y como de costumbre, tasó la virtud de la jóven por el valor del cuarto que habitaba.

Presentáronla á Bianca. A su vista la Mondragon, por hábil que fuese, no supo á qué atenerse. Es que habia en Bianca, estuviese vestida de la manera que estuviese, toda la altivez de los Capellos: ademas, sus términos eran elegantes, escogidos; se revelaba por todos lados la gran señora bajo el exterior de la pobre doncella. La Mondragon se retiró sin comprender de todo esto mas que el que habia allí tela para hacer la querida del príncipe, y su fortuna tambien, si llegaba á salir bien con la empresa.

Volvió al dia siguiente á tomar noticias de la buena muger. Iba muy bien, y se hallaba sumamente agradecida de que una señora de tan alta clase se dignase ocuparse de ella. La Mondragon habia comprendido su gente: era demasiado diestra para ofrecer dinero; pero dejó ver la posicion que ocupaba su marido en la corte y ofreció sus servicios. La madre y la hija se echaron una mirada; bastó esto para que la Mondragon supiese que serian aceptados sus servicios.

Al dia siguiente volvió por tercera vez, y esta vez estuvo mas amable que las otras dos. Habia desde la víspera dejado ver á Bianca que no se dejaba engañar por el incógnito con que trataba de rodearse, y que la reconocia por ser de ilustre casa. Trató de ganar su confianza: la joven no tenia ningun motivo para desconfiar de ella: se lo contó todo: la Mondragon escuchó la confidencia con una encantadora benevolencia; pero terminada la confidencia dijo á Bianca que como su situacion era mas grave de lo que al principio habia pensado, era á su marido á quien era preciso contarle todo; que ademas la cosa de seguro se arreglaria, porque Mondragon tenia toda la confianza del príncipe como amo y como amigo. En consecuencia la ofreció que vendria á buscarla al dia siguiente con su suegra para llevarla á casa de su marido. Asustada Bianca de salir así por la primera vez despues de tres ó cuatro meses que se hallaba en Florencia, y amenazada como lo estaba por la sentencia del consejo de los Diez, trató de escusarse sobre la sencillez de sus vestidos que no la permitian presentarse de aquella manera ante un gran señor como el conde de Mondragon. Allí la aguardaba la tentadora. Se aproximó á ella; vió que casi eran las dos de una misma estatura, y añadió que sino habia mas obstáculo para que no fuesen que lo sencillo del traje de Bianca, era muy fácil de superar ese obstáculo porque traeria al dia siguiente un vestido completo que le habian enviado de la corte; vestido que estaba segura le sentaria tan bien á Bianca como si hubiera sido hecho para ella.

Bianca consintió en todo: este era el único modo de obtener el salvo-conducto: tal vez tambien la serpiente del orgullo se habia introducido en el paraiso de su amor.

Sin embargo, Bianca contó todo á su ma-

rído, excepto lo del ramillete caído por la ventana y recogido por el gran duque Francisco. Además, ¿qué relación tenía aquel ramillete con el conde y la condesa de Mondragon? Pesaba tanto la situación á Pedro como á Bianca: consintió en todo. Además, él tenía también sus secretos: hacía dos ó tres días que una hermosa señora, una dama cubierta con un velo se había interpuesto entre él y su muger. Aunque de pobre condición Bonaventuri tenía todos los gustos de un caballero, y la fidelidad ya se sabe que no era en aquella época la virtud de que más se preciaba la nobleza.

La Mondragon llegó á la hora convenida y con el vestido prometido. Era un hermoso traje de seda matizado de oro, cortado á la española, y que sentaba á Bianca como si hubiese sido hecho para ella. Estremeciéndose la jóven de alegría al tacto de aquellas telas aristocráticas con que se había vestido desde su cuna. Es preciso telas de brocado y de terciopelo para barrer las escaleras de mármol de los palacios. Bianca había sido criada en un palacio.

Una bocanada de funesto é inesperado viento la había arrojado en la desgracia; pero era jóven, hermosa, y el mal producido por la casualidad podía repararlo la casualidad. La juventud tiene inmensos y desconocidos horizontes en los que se distinguen cosas que la niñez no ve todavía, y que la vejez no verá más.

La madre de Bonaventuri admiraba á su hija con las manos juntas cual si se hallase delante de una Madona.

Subieron todas tres en el carruaje, y se fueron al palacio Mondragon, que estaba situado *Via dei Carneschi*, cerca de *Santa Maria Novella*. Mondragon acababa de hacer edificar aquel palacio por los planos de Ammannato, y hacia un año, pues, que lo habitaba.

Como había quedado convenido, la muger de Mondragon presentó á su marido estas dos mugeres, y contó en pocas palabras las aventuras de Bianca. Mondragon prometió su protección, y como iba á ir al momento mismo á casa del duque, que le había enviado á llamar, les prometió hablar en aquel mismo día en favor de los dos jóvenes.

Bianca no podía ocultar su alegría. Hallábase en un mundo que era el suyo: sus manos tocaban de nuevo el mármol, sus pies pisaban alfombras, el lienzo y la sarga habían cesado por un instante de contristar sus ojos: hallábase delante del terciopelo y de la seda; le parecía no haber abandonado jamás el palacio de su padre, y que todo cuanto veía era suyo. Inmediatamente que salió Mondragon, la suegra de Bonaventuri quiso retirarse; pero la condesa dijo que no dejaría marchar á su protegida, sin hacerla ver antes su palacio en todas sus partes, en atención á que quería saber de ella si era tan bueno como aquellas

magníficas fábricas venecianas que tanto había oído ponderar. Rogó, pues, á la buena muger á quien aquella visita había fatigado, que descansase interin volvian; y despues agarrando del brazo la condesa á Bianca, cual dos antiguas amigas, salieron del cuarto y atravesaron dos ó tres aposentos en cada uno de los cuales, la condesa hizo notar á Bianca algun mueble maravillosamente incrustado, ó algun cuadro precioso de aquellos grandes maestros que acababan de morir. En fin, llegadas á un delicioso gabinete cuyas ventanas daban sobre un jardin, obligó allí á sentarse á la jóven, y sacando de un estuche todo incrustado de marfil un adorno completo de diamantes demostró todas aquellas riquezas femeninas que ya en tiempo de Cornelia habían perdido tantos corazones de muger. Despues colocándolo sobre las rodillas y empujando su silla ante uno de esos grandes espejos que había sido hecho en Venecia.

—Probaos todo esto, la dijo, mientras voy á buscar un vestido que acabo de hacer al estilo de vuestro país, y sobre el que quiero me deis vuestra opinion.

Y á estas palabras, sin aguardar la respuesta de Bianca, salió vivamente.

Una muger jamás está sola cuando está con alhajas, y la Mondragon dejaba á Bianca sola con los mas hermosos diamantes que jamás había visto. La serpiente conocia su oficio, y sabia que manzana era preciso ofrecer á aquella hija de Eva, para que la hincase el diente.

Así, apenas hubo salido la condesa cuando Bianca se puso á probarse las alhajas; brazaletes, pendientes, diademas; todo encontró su sitio. Acababa de abrocharse un magnífico collar al cuello, cuando vió detrás de sí otra cabeza reflejarse en el espejo. Levantóse vivamente, y se encontró cara á cara con el gran duque Francisco que acababa de entrar por una puerta falsa.

Entonces con aquella rapidez de alma que la caracterizaba, lo comprendió todo. Ruborizándose de vergüenza llevó las manos á su frente, dejándose caer sobre sus dos rodillas.

—Monsieur, le dijo, soy una pobre que no tengo mas bien que mi honor, que ni aun es mío, sino de mi marido: en nombre del cielo tened compasion de mí.

—Señora, la dijo el duque levantándola, ¿quién os ha dado de mí tan cruel idea? Tranquilizaos, yo no he venido aquí á tentar vuestro honor, sino á consolaros, á auxiliáros en vuestro infortunio. Mondragon me ha contado algo de vuestras aventuras; contádmelas vos misma por entero, y os prometo oiros con tanto interés como respeto.

Bianca se hallaba cogida; retroceder era parecer temer, y parecer temer, era confesar que se podía ceder; además, la ocasion que tantas veces había deseado de hacer levantar la proscripción de su marido, venia á presen-

tarse por sí misma; hubiera sido mirar su libertad y no aprovecharse de ella.

Bianca quería permanecer de pie delante del príncipe; pero éste, la hizo sentarse y permaneció apoyado sobre el respaldo de su sillón, mirándola y escuchándola. La jóven no tuvo necesidad sino de dejar hablar sus recuerdos para hacerse interesante: le contó todo desde sus juveniles y frescos amores, hasta su llegada á Florencia: allí se detuvo, yendo mas lejos hubiérase visto precisada á hablar al príncipe de él mismo: y habia una cierta historia de un ramillete dejado caer por la ventana que por inocente que fuese no hubiera dejado de causarla algún embarazo.

El príncipe estaba demasiado contento para no prometerlo todo. Fué concedido el salvo-conducto tan ansiado en el mismo momento; pero con la condicion de que Bianca fuese á recogerlo ella misma. Hubiera sido perder un gran favor por una pequeña formalidad; Bianca prometió á su vez lo que deseaba el príncipe.

Conocia demasiado bien Francesco á las mugeres, para haber cuidado de hablar de otra cosa en el primer dia, que de el interés que se tomaba por Bianca. Sus ojos habian desmentido algo á su boca; pero, ¿cómo sujetar los ojos cuando miran á una muger hermosa?

Apenas habia salido el príncipe cuando volvió á entrar la condesa. Al verla Bianca corrió á arrojarle en sus brazos. La Mondragon no tuvo necesidad de mas explicacion para comprender que la habia perdonado su traicioncilla. Ya ve el lector que nos vamos acercando al cardenal Fernando, pues que estamos ya en su hermano.

La suegra no supo nada de lo que habia pasado, y Bonaventuri supo únicamente que tendria el salvo-conducto. Pareció causarle esta noticia una alegría tan grande, que si Bianca hubiera sabido la felicidad que con ella le causaba, no hubiera encontrado demasiado caro el adquirirlo teniendo que ir ella misma á recibirlo de las manos de un jóven y hermosos príncipe.

Aguardó, pues, con impaciencia el momento de volver á ver al gran duque. Tanto interés tenia de traer aquel bienhadado papel que Pietro estimaba en tanto precio. ¡Ay! aquel papel no era tan codiciado por Pietro, sino porque le daba libertad para seguir de dia á la dama del velo que no habia podido seguir sino por la noche.

Sucedió lo que debía suceder. Pietro fué el amante de la dama del velo y Bianca fué la querida del duque. Sin embargo, en atencion á que Cosme I negociaba en aquella época el matrimonio del gran duque Francisco con la archiduquesa Juana de Austria, se convino entre los dos amantes en que permanecería secreta la intriga: en el entretanto se dió á Pietro Bonaventuri un empleo que bastaba

para el bien estar de toda su pobre familia.

El matrimonio proyectado se hizo: el jóven gran duque observó durante un año toda la conveniencia de la política, no visitando á Bianca si no de noche, y saliendo siempre de su palacio solo y disfrazado; pero al cabo de un año, habiendo recibido del gran duque su padre una carta en que le decia que semejantes paseos eran peligrosos para un príncipe, dió á Pietro un empleo en el palacio Pitti y compró para Bianca la linda casa que todavía se ve hoy en la *Via Maggiore*, coronada con las armas de los Médicis. Asi Bianca se encontró tan cerca de Francisco que no habia necesidad, por decirlo asi, mas que de atravesar la plaza de Pitti para hallarse en su casa.

Sábense las disposiciones que tenia Pietro á la disipacion y á la insolencia: su nueva posicion las dió nueva fuerza. Lanzóse inmoderadamente en las orgías, en el juego y en las aventuras galantes y amorosas: se hizo muchos enemigos, entre los bebedores á quienes vencia, entre los jugadores á quienes ganaba su dinero y entre los maridos á quienes burlaba, tanto, que una mañana lo encontraron atravesado con cinco ó seis puñaladas en un corredor al extremo del puente viejo.

Hacia tres años que los dos amantes habian salido de Venecia jurándose amor eterno, y hacia dos que cada cual por su lado habia olvidado sus promesas.

Resultado de esto, que Pietro fué poco llorado, aun de su muger, para la que habia mucho tiempo era un extraño. Solo la buena anciana madre murió de pesar al ver morir asi á su hijo.

La pobre Juana de Austria por su parte no era feliz, era gran duquesa en el nombre, empero Bianca Capello lo era de hecho. Para los empleos, para las gracias, para los favores, dirigianse los cortesanos á la veneciana. La veneciana era omnipotente: tenia pages, una corte entera: los pobres solo acudian á la gran duquesa Juana. Como esta era una muger piadosa, como ordinariamente lo son las princesas de la casa de Austria, ofreció religiosamente sus pesares á Dios. Dios echó una mirada compasiva sobre ellas, vió lo que padecia y la sacó de este mundo.

Atribuyeron esta muerte á aquel hermano de Bianca que habia venido á Florencia, y Francisco le habia hecho tan magnífico acogimiento que no hubiera hecho mas por un rey reinante, lo que segun el pueblo, causó tanto disgusto á la desgraciada Juana que murió; tanto que en lugar de un segundo hijo, que contaba Florencia acompañar alegremente al baptisterio, no vió mas que dos cadáveres que acompañó tristemente al sepulcro.

Sin embargo, el gran duque no era hombre malo, era débil y nada mas. Aquel sordo y lento dolor que minaba la existencia de su muger, le causaba de tiempo en tiempo una tristeza que se parecia al remordimiento. En

el momento de morir Juana trató de aprovecharse de aquel sentimiento; hizo venir á la cabecera de su cama al gran duque que desde que habia caído enferma se habia manifestado muy cuidadoso y muy benévolo con ella. Sin hacerle reconvencciones sobre sus pasados amores, le suplicó que viviese mas religiosamente en el porvenir.

Francesco anegado en lágrimas, besando las manos de su muger, la prometió no volver á ver á Bianca. Juana se sonrió tristemente, meneó la cabeza con aire de duda, murmuró una oracion en la que el gran duque oyó muchas veces su nombre y espiró.

Dejó de su matrimonio tres hijas y un hijo.

Durante cuatro meses cumplió Francisco su palabra.

Durante cuatro meses Bianca no estuvo desterrada, pero si alejada de Florencia. Bianca conocía su poder, dejó pasar el tiempo del dolor, de los remordimientos y del juramento del gran duque. Después un dia le salió al encuentro: y dolor, remordimientos y juramento, todo quedó olvidado.

Tenia ella por confesor un capuchino diestro é intrigante como un jesuita: hizo que el príncipe le nombrase tambien su confesor. El príncipe le confió sus remordimientos: el capuchino le dijo que el único medio de aplacarlos era casarse con Bianca. Ya lo habia pensado el gran duque. Su padre Cosme el Grande le habia abierto el camino casándose en su vejez con Camila Mantelli. Habíase murmurado y criticado mucho este matrimonio; pero al fin concluyó todo el mundo por callar. Francisco pensó que le sucedería lo mismo que á su padre, y siempre escitado por el capuchino se decidió por fin á poner en armonía su conciencia con sus deseos.

Hacia largo tiempo que los cortesanos habian notado el lado por donde soplabá el viento, y habian hablado al gran duque de esta clase de matrimonios como de la cosa mas sencilla, citando todos los ejemplos que su memoria les podia suministrar, de príncipes eligiendo sus esposas en una familia no real.

La lisonja acabó de decidir á Francesco. Venecia, que en aquel momento tenia necesidad de Florencia, declaró á Bianca Capello hija de la república, tanto que mientras el cardenal Fernando, que no sabia el propósito de su hermano, le andaba buscando una muger entre todas las cortes de Europa, se desposaba secretamente con Bianca en la capilla del palacio Pitti.

Habíase determinado que permanecería el matrimonio en secreto; pero esto no era el negocio de la gran duquesa. No habia llegado tan alto para detenerse en el camino, y aun no habian pasado seis meses, cuando en público como en secreto, en el trono como en el lecho, habia ocupado el puesto de la pobre Juana de Austria.

Hacia esta época fué cuando Montaigne, disuadido por un alemán que habia sido robado en Espoletto, de ir á Roma por la Marca de Ancona, tomó el camino de Florencia y fué admitido á la mesa de Bianca.

«Esta duquesa, dice, es hermosa en la opinion italiana: un rostro agradable é imperioso, el cuerpo derecho y los pechos deliciosos; me pareció tener mas de lo suficiente para haber hechizado á un príncipe y mantenerle bajo su dominio hacia mucho tiempo. El gran duque echaba bastante agua en el vino; ella casi nada.»

Póngase este retrato al lado del de Broncino, y se verá que los dos se parecen; únicamente hay en el cuadro del sombrío pintor toscano un carácter de fatalidad que no se halla bajo la pluma del sencillo moralista francés.

Tres años despues del matrimonio de Francisco y de Bianca, es decir, á principios del año de 1583, murió el jóven archiduque, dejando el trono de Toscana sin herederos directos. Por esto, á falta de herederos directos, el cardenal Fernando iba á ser gran duque á la muerte de su hermano.

En 1573 el gran duque Francisco habia tenido un hijo de Bianca; pero siendo este hijo adulterino, no podia suceder á su padre: además, contaban cosas muy singulares sobre su nacimiento. Contaban que Bianca, viendo que jamás tendria probablemente otro hijo que una niña que habia tenido de su marido, que se llamaba Pelagena, habia resuelto suponer uno. En consecuencia se habia entendido con una nodriza bolonesa en quien tenia toda su confianza, y he aqui lo que cuentan.

Habia fingido Bianca todas las indisposiciones y síntomas ordinarios de un embarazo: muy pronto á aquellas indisposiciones se reunieron los signos esteriore, tanto que no habiendo ya ninguna duda, el gran duque habia anunciado él mismo á sus mas íntimos amigos que Bianca iba á hacerle padre. Desde entonces se aumentó el crédito y el favor de la favorita; se anticipaban á todos sus deseos, y todos sus cortesanos mas solícitos se jactaban de haberle pronosticado un hijo.

La noche del 29 al 30 de agosto de 1576 fué la escogida para el parto: sobre las once de la noche Bianca anunció á su marido que comenzaba á sentir los primeros dolores. Francisco temblando y alegre á la vez, declaró que no se separaría de ella hasta que hubiese parido. No era esto lo que queria Bianca; así hácia las tres de la madrugada comenzaron á aplacarse los dolores, y la partera declaró que probablemente no se verificaria el parto sino dentro de tres ó cuatro horas. Entonces Bianca insistió para que Francisco, cansado desde la víspera, fuese á tomar algun reposo. Cedió Francisco con condicion de que lo despertarían inmediatamente que su querida Bianca comenzase á tener dolores. Bianca lo prome-

tió y con esta promesa se retiró el gran duque.

Dos horas despues fueron á despertarle en efecto, pero para anunciarle que era padre de un niño. Corrió al cuarto de Bianca, que en cuanto lo vió á lo lejos le presentó á su hijo. Pensó volverse loco de alegría el gran duque, y el niño fué bautizado con el nombre de Antonio, por haber declarado Bianca que debía la primera concepcion que la hacia tan feliz á la devocion de este gran santo.

Diez y ocho meses despues del parto de Bianca enviaron á su patria á la bolonesa que habia manejado toda esta intriga. La nodriza marchó sin desconfianza y llena de regalos; pero al atravesar las montañas, el carruaje en que iba fué atacado por unos hombres enmascarados que hicieron fuego sobre ella y la dejaron por muerta, herida por tres balazos de arcabuz. Sin embargo, contra todas las esperanzas, volvió á recobrar sus sentidos, y como el juez de la aldea á donde habia sido trasportada la hiciese un interrogatorio, declaró que habiéndosele caido la máscara á uno de aquellos hombres, habia reconocido en él un esbirro al servicio de Bianca; que ademas habia merecido aquel castigo, aunque no esperaba recibirlo de semejante mano, por haber ayudado á engañar al gran duque Francisco dando á su querida el consejo de hacerse pasar por embarazada, y adoptado el proyecto, llevando ella misma en un cesto el niño que habia parido la vispera una pobre muger. Este niño no era otro sino el que se habia educado con el titulo de principe y bajo el nombre de don Antonio. Hecha esta confesion, espiró la muger. Inmediatamente se envió á Roma el sumario al cardenal Fernando, que hizo sacar una copia que dirigió á su hermano. Pero le fué fácil á Bianca hacer creer á su amante que todo esto no era mas que una intriga urdida contra ella, y esto aumentó el amor del gran duque viendo perseguida á su amante.

Compréndese bien que el negocio habia ocasionado demasiado escándalo para que don Antonio pudiese pretender la herencia de su padre. El trono, pues, iba á recaer, si la gran duquesa no tenia otro hijo, en el cardenal, y Francisco mismo comenzaba á perder las esperanzas de tal felicidad, cuando Bianca anunció un segundo embarazo.

Esta vez el cardenal se prometió vigilar él mismo el parto de su cuñada, á fin de que no le hiciesen un nuevo escamoteo. En consecuencia, comenzó por reconciliarse con su hermano Francisco diciéndole que esta nueva prueba de fecundidad que iba á dar la gran duquesa le probaba bien que habia sido engañado en la primera por una falsa relacion. Francisco, feliz con ver á su hermano desengañado, se reconcilió con él con toda la franqueza de su corazón. Aprovechóse el cardenal de estas disposiciones para venir á instalarse en el palacio Pitti.

La llegada del cardenal fué medianamente

bien recibida por Bianca, que no se la ocultaba la verdadera causa de aquella recrudescencia de amor fraternal. Conocia Bianca que tenia en el cardenal un espía de todos los instantes; así por su parte estuvo tan alerta que no fué posible cogerla en un descuido. El cardenal mismo dudaba. Si este embarazo no era una realidad, la comedia estaba hábilmente representada; pero tanta destreza le obligó á no quedarse atrás en habilidad.

Llegó el día del parto. El cardenal no podia permanecer en el cuarto de Bianca; pero se colocó en el aposento vecino, por el cual era necesariamente preciso pasar para llegar á donde estaba ella. Allí se puso á rezar en su breviario andando á grandes pasos. Al cabo de una hora de paseos vinieron á rogarle de parte de la enferma que pasase á otro cuarto en atencion á que la incomodaba.

—Que haga su negocio, que yo hago el mio, respondió el cardenal.

Y sin querer oír mas, continuó paseando.

Un instante despues entró el confesor de la gran duquesa. Era un capuchino de ancho hábito. El cardenal se fué á él y le cogió en sus brazos para recomendarle su hermana con un afecto enteramente particular.

Al abrazar al buen fraile sintió el cardenal ó creyó sentir, una cosa estraña en su grande manga: metió allí la mano y sacó un robusto muchacho.

—Hermano, le dijo el cardenal, ya estoy mas tranquilo, y estoy seguro al menos de que mi cuñada no morirá de parto.

Comprendió el fraile que lo mejor era evitar el escándalo, y preguntó al cardenal lo que debia hacer.

El cardenal le dijo que entrase en el cuarto de la gran duquesa, que la dijese al confesarla lo que acababa de suceder: segun ella hiciese obraria el cardenal. El silencio traeria el silencio y el ruido traeria el ruido.

La gran duquesa vió que por esta vez era preciso renunciar á dar un heredero á la corona, y tomó el partido de malparir. Por su parte el cardenal cumplió la palabra, y no se supo nada de aquella tentativa abortada.

Resultó que nada turbó la buena armonia que reinaba entre los dos hermanos. Al otoño siguiente el cardenal fué invitado por Francisco á venir á pasar los dos meses de *Villegiatura á Poggia á Cajano*. Aceptó porque era muy aficionado á la caza, y el palacio de *Poggia á Cajano* era uno de los sitios reservados para cazar el gran duque Francisco.

El día mismo de la llegada del cardenal, Bianca, que sabia que al cardenal le gustaban mucho las tortas hechas de cierto modo, quiso prepararle ella misma una. Supo el cardenal por el gran duque Francisco la intencion de su cuñada, y como no tenia una gran confianza en su reconciliacion, aquella galanteria no dejó de alarmarle. Afortunadamente poseia el cardenal un ópalo que le habia sido rega-

lado por el papa Sisto V, y cuya propiedad era la de volverse negro cuando se le aproximaba á una sustancia envenenada. No dejó de hacer el cardenal la prueba sobre la torta preparada por Bianca. Sucedió lo que habia previsto. Al acercarle á la torta, el ópalo se oscureció, y el cardenal declaró que habiéndolo pensado bien no comería la torta. Insistió el duque un instante; mas viendo que eran inútiles sus instancias:

—Pues bien, dijo volviéndose hácia su muger, puesto que mi hermano no come su plato favorito, me lo comeré yo, á fin de que no se diga que una gran duquesa se ha hecho pastelera inútilmente.

Y se sirvió un pedazo de la torta.

Hizo Bianca un movimiento para impedirlo, pero se contuvo.

Era horrible la posicion, era preciso que confesase su crimen ó que dejase morir á su marido emponzoñado. Echó una rápida ojeada sobre su pasada vida y vió que habia agotado todos los goces de la tierra y alcanzado todas las grandezas humanas.

Fué rápida su determinacion cual lo habia sido el día en que habia huido de Venecia con Pietro: cortó un pedazo de torta igual al que habia comido el grau duque, le alargó una mano y comió con la otra sonriendo, el pedazo envenenado.

A la mañana siguiente Francesco y Bianca habian muerto. Un médico abrió sus cuerpos por orden de Fernando y declaró que habian sucumbido de una fiebre maligna. Tres dias despues el cardenal habia arrojado su capelo y subido sobre el trono.

Esta es la historia de la estatua que se levanta sobre la plaza de la Dársena de Liorna. La carrera del cardenal fué todavía notable por otros muchos actos; testigo los cuatro esclavos encadenados que adornan el pedestal de su estatua: pero creemos haber contado la parte mas curiosa y mas interesante de su vida, y si ademas quieren nuestros lectores conocer mas detalles pueden consultar á *Galucci*.

Como en la plaza ademas de la estatua hay una porcion de coches de alquiler, subimos á uno de ellos y nos hicimos llevar á la iglesia de Montenero. Encierra esta iglesia una de las madonas mas milagrosas que existen. Quiere una tradicion popular decir que esta santa imagen natural del monte Eubea en el Negro-Ponto se cansó un dia de su patria. Sintiendo un deseo de locomocion bien lisonjero para el Occidente, se apareció á un sacerdote y le mandó que la trasportase á Montenero. El sacerdote se informó de la parte del mundo donde se hallaba esta montaña y supo que estaba en los alrededores de Liorna. Inmediatamente se puso en camino llevando consigo la santa imagen, y despues de un viage de dos meses llegó á su término, el que le fué indicado por uno de los mas señalados milagros: la madona se hizo tan pesada que fué imposible

al sacerdote dar un paso mas. Comprendió que habia llegado á su destino: se detuvo pues; y con la limosna de los fieles fundó el monasterio de Montenero.

Un año despues el capitán de un buque liornés habiendo hecho un viage al monte Eubea, declaró haber tomado en la montaña misma que habia habitado la Madona durante dos ó tres siglos la medida del sitio que ocupaba: esta medida concordaba exactamente con su ancho y su altura.

Desde entonces ya no hubo dudas sobre la realidad del milagro sino para los artistas, que reconocieron la madona por una pintura de Margaritone, uno de los contemporáneos de Cimabue; el mismo Margaritone que creyó haber recompensado dignamente á Parinato de los Huberti llevándole, cuando salvó á Florencia, despues de la batalla de Monte Aperto, un crucifijo pintado por su mano. Castigó Dios su orgullo: el pobre anciano murió de pesar al ver los progresos que Cimabue habia hecho hacer al arte.

Recomendamos á los artistas la Madona de Montenero como un monumento curioso de la pintura griega del siglo trece.

Por la noche al volver nos ajustamos con un veturino y al dia siguiente á las nueve salimos para Florencia.

REPUBLICAS ITALIANAS.

Una palabra de historia sobre la Italia que vamos á recorrer: dando primero la vuelta al tronco, veremos despues en seguida en que direccion se estienden todas las ramas.

Dios puso seis dias en su Génesis, la Italia seis siglos en el suyo.

Sobre todo fueron las ciudades de las costas las primeras que se encontraron maduras para la libertad. Ya en el tiempo de Colon se habia notado que los marinos eran los mas independientes de los hombres. Asi como los desiertos, la mar es un refugio contra la tiranía: el hombre que se halla sin cesar entre el cielo y el agua, rico y poderoso con el espacio que tiene ante sí, tiene gran trabajo en reconocer otro señor que Dios.

Resultaba de aqui que Génova y Pisa dependian mas del imperio como ciudades del interior. Pero mas que ellas, sin embargo, se habian sustraído poco á poco á su dominio. En las expediciones que hacian por su propia cuenta á las islas de Córcega y de Cerdeña, trataban hacia largo tiempo de la paz y de la guerra, de los rescates y de los tributos, y

esto segun su buena voluntad, y sin dar cuenta á nadie. Gracias á este camino hácia la independencia, estas dos ciudades se hallaban ya á fines del siglo X en un estado tan grande de prosperidad, que en 982, Oton envió siete de sus barones para obtener de la marina pisana un refuerzo de galeras que le auxiliase en su expedicion de Calabria. Mientras se hallaban en Pisa murió Oton. Esta muerte hacia inútil su viage, pero no sin envidiar la suerte de los toscanos, que habian visto la fertilidad de sus llanuras y la riqueza de sus ciudades. Seducidos por las promesas de porvenir que el cielo habia hecho á aquel hermoso pais, obtuvieron de la municipalidad los titulos de ciudadanos, y de su obispo la infeudacion de algunos castillos. Este fué el tronco de las siete familias pisanas que permanecieron tres siglos á la cabeza de la fraccion güelfa ó de la gibelina. Se llamaban Visconti, Godimari, Orlandi, Vecchionessi, Gualandi, Sismondi, Lanfranchi.

Por su parte Génova, tendida al pie de sus áridas montañas que la separan cual un muro de la Lombardia, orgullosa con uno de los mas bellos puertos de Europa, poblado ya de buques en el siglo X, sacando de su situacion el beneficio de hallarse aislada de la sede del imperio, se entregaba con todo el ardor de su juvenil existencia, al comercio y á la marina. Saqueada en 936 por los sarracenos, poco menos de un siglo despues se aliaba con los pisanos para ir á llevarles á Cerdeña el hierro y el fuego que habian venido á traer de la Liguria: y Caffaro, autor de su primera crónica comenzada en 1104 que llega á 1164, nos dice que en aquella época, Génova tenia ya magistrados supremos, y aquellos magistrados llevaban el titulo de cónsules que gobernaban alternativamente en número de cuatro ó de seis, y que permanecian en sus puestos tres ó cuatro años.

En cuanto á las ciudades del centro de la Italia, habian quedado rezagadas. El espíritu de libertad que habia pululado sobre las costas habia pasado sobre Milan, sobre Florencia, Perugia y Arezzo, ciudades que no teniendo mar para lanzar en él sus velas, habian continuado sus señores obedeciendo á los emperadores; cuando el monje Hildebrando fué llamado en 1075 al pontificado bajo el nombre de Gregorio VII. Enrique IV reinaba entonces.

Apenas habian pasado tres años desde la exaltacion del nuevo papa, en el que debia personificarse la democracia de la edad media, cuando echando los ojos sobre la Europa y viendo fructificar al pueblo en todas partes como las espigas en abril, comprendió que el sucesor de San Pedro era el que debia recoger la mies de libertad que habia sembrado la palabra de Jesucristo. Desde 1076 publicó, pues, una decretal que prohibia á sus sucesores someter su nombramiento al poder tempo-

ral: desde este dia la silla pontifical se colocó al nivel del trono del emperador y el pueblo tuvo su César.

Sin embargo, Enrique IV no era de carácter de renunciar sus derechos, así como Gregorio VII no tenia ánimo de someterse á él: respondió á la decretal con un rescripto; su embajador vino en nombre suyo á Roma á mandar al pontífice soberano que se despojase de la tiara y que los cardenales se fuesen á su corte á fin de designarles otro papa. Encontróse la lanza con el escudo, el hierro habia rechazado al hierro. Gregorio VII respondió excomulgando al emperador.

A la noticia de esta medida reunieronse los principes alemanes en Terburgo, y como el emperador en su cólera se habia escudido de sus derechos, que se estendian á la investidura y no al nombramiento, amenazaban despojarle en virtud del mismo derecho que él habia escudido, si en el término de un año no se reconciliaba con la Santa Sede.

Enrique se vió obligado á obedecer. Se presentó como suplicante en la cima de aquellos Alpes que habia amenazado pasar como vencedor: en un invierno rigoroso atravesó la Italia para ir de rodillas y descalzo á pedir al papa la absolucion de su culpa. Asti, Milan, Perugia, Cremona y Lodi le vieron pasar así: y fuertes con su debilidad aprovecharon el pretexto de su excomunion para librarse de sus juramentos. Por su parte, Enrique IV temiendo irritar todavía al papa ni aun intentó hacerlas entrar en su obediencia y ratificó su libertad: ratificación que en realidad no necesitaban, así como el papa la investidura. De esta division entre la Santa Sede y el emperador, entre el pueblo y el feudalismo, nacieron las facciones güelfa y gibelina.

Durante este tiempo y como para preparar la libertad de Florencia, Godofredo de Lorena, marqués de Toscana, y Beatriz su muger, murieron el uno en 1070 y la otra en 1076, dejando á la condesa Matilde heredera y soberana del mas grande feudo que jamás ha existido en Italia. Casada dos veces, la primera con Godofredo el Joven, la segunda con Güelfo, perdió sucesivamente á los dos esposos y murió sin heredero, legando sus bienes á la silla de San Pedro.

Esta muerte dejó á Florencia casi libre para imitar á las demas ciudades de Italia. Erigióse, pues, en república, dando á su vez el ejemplo que habia recibido á Siena, á Pistoia y Arezzo. Sin embargo, la nobleza florentina sin permanecer indiferente á la gran cuestion que dividia á la Italia no habia entrado en ella con el mismo calor que las otras ciudades: habia permanecido dividida, es verdad, en dos partidos pero no en dos campos. Cada uno de estos partidos observaba con mas desconfianza al otro, y si no era la paz lo que habia tampoco era la guerra.

Entre las familias güelfas una de las mas no-

bles, de las mas poderosas y de las mas ricas era la de Buon del Monte. El primogénito de esta casa estaba desposado con una jóven de la familia de los Amadei aliada á los Huberti y conocida por sus opiniones gibelinas. Buon del Monte, de los Buon del Monti, era señor de Montebuono en el valle del Arno Superior, y habitaba un soberbio palacio construido en la plaza de la Trinidad.

Un dia que, segun su costumbre, atravesaba á caballo y magníficamente vestido las calles de Florencia, se abrió al pasar una ventana y se oyó llamar por su nombre.

Volvióse Buon del Monte: pero viendo que la que le llamaba estaba cubierta con un velo, prosiguió su camino.

La dama le llamó segunda vez y alzó su velo.

Entonces Buon del Monte la reconoció por ser de la casa de los Donati, y deteniendo su caballo la preguntó con cortesía qué era lo que tenia que decirle.

—No tengo mas que felicitarte sobre tu pronto matrimonio, Buon del Monte, le dijo la dama con tono burlon; no deseo mas que admirar tu abnegacion que te hace aliarte á una casa tan inferior á la tuya. Sin duda un antepasado de los Amadei habrá hecho un gran servicio á uno de los tuyos y tú pagas la denda de la familia.

—Os equivocais, noble dama, respondió Buon del Monte, si existe alguna distancia entre nuestras dos casas, no es el agradecimiento el que la borra si no el amor. Amo á Lucrecia Amadei mi futura esposa y me caso con ella porque la quiero.

—Perdon, señor Buon del Monte, continuó la Gualdrada; pero me parece que el mas noble debia casarse con la mas rica, el mas rico con la mas noble, y el mas hermoso con la mas hermosa.

—Pero hasta ahora, respondió Buon del Monte, no hay mas que el espejo que he hecho traer de Venecia que me haya enseñado un rostro comparable al de Lucrecia.

—Habéis buscado mal, monseñor, ú os habeis cansado muy pronto. Perderia en breve Florencia su nombre de ciudad de las flores si no contase en su parterre otra rosa mas hermosa que la que vais á coger.

—Florencia tiene pocos jardines que yo no haya visto, pocas flores cuyos colores yo no haya admirado, cuyos perfumes yo no haya respirado: solo las margaritas y las violetas habrán podido escaparse á mis ojos ocultándose entre la yerba.

—Todavía hay azucenas que brotan en la márgen de las fuentes, que crecen á la sombra de los sauces y bañan sus pies en el arroyo para conservar su frescura, su belleza y su pureza.

—¿Tiene el jardín del palacio de la señora Gualdrada alguna cosa semejante que hacerme ver?

—Tal vez si el señor Buon del Monte se digna hacerme la honra de visitarme.

Buon del Monte arrojó la brida de su caballo en manos de su page y se lanzó al palacio Donati.

La Gualdrada lo esperaba en lo alto de la escalera: le llevó por los corredores oscuros hasta un cuarto retirado. Abrió la puerta, levantó la cortina de tapiz y Buon del Monte vió una jóven dormida.

Quedóse estático de admiracion Buon del Monte; nada mas hermoso, mas fresco ni mas puro habian visto hasta entonces sus ojos. Era una de esas cabezas rubias tan raras en Italia de que Rafael ha hecho el tipo de sus vírgenes; era un tinte tan blanco que creeriase que se habia abierto al pálido sol del Norte: era un talle tan esbelto, tan flexible, tan aéreo, que Buon del Monte temia respirar de miedo de que aquel ángel al despertar no volviese á subir al cielo.

La Gualdrada volvió á dejar caer la cortina. Buon del Monte hizo un movimiento para detenerla. Ella le contuvo la mano.

—Hé aqui la esposa que yo te habia guardado, solitaria y pura, le dijo: pero tú te has dado mucha prisa, Buon del Monte, has ofrecido tu corazon á otra, márchate. Está bien, márchate y sê feliz.

Buon del Monte suspenso guardaba silencio.

—Y bien, continuó la Gualdrada, ¿olvidas que la bella Lucrecia te espera?

—Escucha, le dijo Buon del Monte cogiéndola la mano, si yo renunciase á este amor y rompiese los compromisos contraidos, si ofreciese casarme con tu hija, ¿me la darías?

—¿Y cuál seria la madre tan vana ó tan insensata que rehusase la alianza con un Montebuono?

Entonces Buon del Monte alzó la cortina, se arrodilló junto al lecho de la jóven, cuya mano cogió, y como la dormida entreabriese los ojos: despertad, mi querida esposa, le dijo. Despues volviéndose hácia la Gualdrada: acudid á buscar al sacerdote, madre mia, y si vuestra hija me acepta por esposo, llevadnos al altar.

El mismo dia Buon del Monte se casó con Lucia Gualdrada de la casa de Donati.

Al dia siguiente se difundió la noticia de aquel matrimonio. Los Amadei dudaron algun tiempo la injuria que se les habia hecho, pero llegó el momento en que no pudieron dudar ya. Entonces convocaron á sus parientes los Huberti, Difanti, Lamberti y Gualdandi, y cuando estuvieron reunidos les espusieron la causa de aquella reunion.

En aquellos tiempos de honor irascible, de resentimiento y de venganza, semejante afrenta no podia lavarse sino con sangre. Mosca propuso la muerte de Buon del Monte, y su muerte quedó acordada por unanimidad.

En la mañana de Pascua, acababa Buon

del Monte de atravesar el puente Viejo y bajaba el Longo Arno, cuando muchos hombres á caballo como él desembocaron en la calle de la Trinidad, y salieron á su encuentro. Llegados á cierta distancia se separaron en dos grupos á fin de atacar por dos lados. Buon del Monte reconoció en los que, hacía él venían sus enemigos: pero sea confianza en su lealtad ó en su valor, continuó su camino sin dar muestras de desconfianza: lejos de ello, al llegar cerca de ellos los saludó con cortesía. Entonces Schazeto de los Huberti, sacó de debajo de su capa su brazo armado con una maza, y de un solo golpe derribó á Buon del Monte de su caballo. En el mismo momento Addo Azighi echando pie á tierra, por miedo de que no estuviese mas que aturdido, le cortó las venas con su cuchillo. Buon del Monte se arrastró hasta los pies de Marte, protector pagano de Florencia, cuya estatua estaba todavía en pie, y espiró.

No tardó en propagarse la noticia de esta muerte en la ciudad. Todos los parientes de Buon del Monte se reunieron en la casa mortuoria, hicieron enganchar un carro, y colocaron en un ataúd descubierto el cuerpo de la víctima. La joven viuda se sentó sobre el ataúd, apoyó la cabeza hecha pedazos de su esposo en su pecho: los parientes mas próximos le rodearon, y la comitiva se puso en marcha por las calles de Florencia precedida del anciano padre de Buon del Monte, que vestido de luto, y montado en un caballo con arneses enlutados, gritaba de tiempo en tiempo con sorda voz: ¡venganza! ¡venganza! ¡venganza!

A vista de aquel cadáver eusangrentado, á vista de aquella hermosa viuda llorando y con los cabellos sueltos, y á vista de aquel padre que acompañaba al ataúd del hijo que hubiera debido seguir el suyo, se exasperaron los ánimos, y cada casa noble tomó partido segun sus opiniones, sus alianzas ó parentesco: cuarenta y dos familias de la primera gerarquía se hicieron güelfos, es decir, papistas, y tomaron el partido de Buon del Monte: veinte y cuatro se declararon gibelinas, es decir, imperialistas, y reconocieron á los Huberti por su jefe. Cada uno reunió á su partido, fortificaron sus palacios, levantaron sus torres, y durante treinta y tres años la guerra civil encerrándose en los muros de Florencia, corrió desenfundada por sus calles y por sus plazas públicas.

Sin embargo, los gibelinos que, como se ha visto, eran numéricamente mas débiles en una mitad, desesperando de vencer si se veían reducidos á sus propias fuerzas, se dirigieron al emperador que les envió mil seiscientos caballeros alemanes. Introdujose esta tropa furtivamente en la ciudad por una de las puertas pertenecientes á los gibelinos, y la noche de las Candelas, en 1248, el partido güelfo vencido, se vió obligado á abandonar á Florencia. Los vencedores dueños de la ciu-

dad, se entregaron entonces á esos excesos que eternizan las guerras civiles; treinta y seis palacios fueron demolidos y destruidas sus torres: el de los Toringi que dominaba la plaza del Mercado Viejo, y que se alzaba todo cubierto de mármol á la altura de ciento veinte brazas minado por su base, se hundió como un gigante. El partido del emperador triunfó, pues, en Florencia, y los güelfos permanecieron desterrados hasta 1251, época de la muerte de Federico II.

Produjo esta muerte una reaccion: los güelfos fueron llamados, el pueblo volvió á tomar una parte de la influencia que habia perdido.

Uno de sus primeros reglamentos, fué una orden de destruir las fortalezas tras de las cuales los caballeros desafiaban las leyes. Un rescripto obligó á los nobles á destruir las torres de sus palacios á la altura de cinco brazas, y los materiales que resultaron de esta demolición, sirvieron para levantar las murallas de la ciudad, que no estaban fortificadas por la parte del Arno. En fin, en 1252 el pueblo, para consagrar la vuelta de la libertad á Florencia, acuñó con el oro mas puro esa moneda que se llama florin, del nombre de la ciudad que le dió nacimiento, y desde hace setecientos años ha permanecido con el mismo busto, y con el mismo peso, sin que ninguna de las revoluciones que han sobrevivido á la que al florin debe su nacimiento, se haya atrevido á cambiar su sello popular ó alterar su oro republicano.

Sin embargo, los güelfos, mas generosos ó mas confiados que sus enemigos, habian permitido á los gibelinos permanecer en la ciudad; aprovecharon estos de la libertad para urdir una conspiracion que fué descubierta. Los magistrados les dieron orden entonces de venir á justificar su conducta, pero los rechazaron los arqueros del Podestá á pedradas y con flechas. El pueblo entero se levantó tambien, vino á atacar á los enemigos en sus casas, los sitió en los palacios y en las fortalezas: en dos dias concluyó todo.

Schazeto de los Huberti, el que con su maza habia matado á Buon del Monte, murió con las armas en la mano. Otro Huberti y un Infangati tuvieron la cabeza cortada en la plaza del Mercado Viejo, y los que escaparon de la matanza ó de la justicia, guiados por Farinata de los Huberti, salieron de la ciudad y fueron á Siena á pedir un asilo, que les concedió.

Farinata de los Huberti era uno de esos hombres de la familia del baron de los Adres, del condestable de Borbon, y de esos campeones de guerra con un brazo de hierro y un corazon de bronce, cuyos ojos se abren en una ciudad sitiada y se cierran en un campo de batalla.

La muerte del emperador privaba de sus recursos ordinarios á los gibelinos, que eran dirigirse al emperador. Enviaron entonces di-

putados á Manfredo, rey de Sicilia: estos diputados pedían un ejército. Manfredo ofreció cien hombres. Estaban los embajadores á punto de rehusar aquella oferta, que miraban como una burla, pero Farinata les escribió: aceptad, lo importante es tener la bandera de Manfredo entre nosotros, que cuando la tengamos, yo veré de plantarla en tal sitio que sea necesario que nos envíe un refuerzo para recogerla.

Entretanto el ejército güelfo persiguió al gibelino, y vino á establecer su campo delante de la puerta de Camelgisse, cuyo polvo era tan dulce á Alfieri; á *Camelgisse mi godo il pulverone*.

Después de algunas escaramuzas sin consecuencia, habiendo recibido Farinata los cien hombres de armas de Manfredo, mandó una batida, y los hizo distribuir los vinos mas exquisitos de la Lorena. Después, cuando vió empeñado el combate entre güelfos y gibelinos, bajo pretexto de librar á los suyos, se puso á la cabeza de sus auxiliares alemanes y los hizo dar una carga tan fuerte, que sus cien hombres de armas se encontraron envueltos por sus enemigos. Los alemanes se batieron como desesperados, pero la lucha no era igual para que el valor pudiese algo en ella. Todos cayeron: Farinata solo y por milagro, se abrió paso y pudo reunirse á los suyos cubierto de la sangre de sus enemigos, cansado de matar, pero sin ninguna herida.

Habia logrado su objeto: los caballeros y los soldados de Manfredo gritaron venganza; el estandarte real, llevado á Florencia, habia sido arrastrado por el lodo y hecho trizas por el populacho. Habia recibido una afrenta la casa de Suabia, se habia manchado el escudo imperial. Una victoria podia solo vengar la una y limpiar el otro. Farinata de los Huberti escribió al rey de Sicilia contándole la batalla: Manfredo le respondió enviándole dos mil hombres.

Entonces el leon se convirtió en zorro para traer á los florentinos á una mala posición. Farinata fingió tener celos de los gibelinos. Escribió á los Conceini para indicarles una cita á un cuarto de legua de la ciudad: doce hombres le aguardaron allí, él fué solo. Les ofreció si querían mandar un ejército poderoso contra Siena, entregarles la puerta de San Vito. Los gefes gibelinos no querían acceder sino con el parecer del pueblo. Volvieron, pues, juntaron consejo, Farinata entró en la ciudad. La asamblea era tumultuosa. La mayoría era de opinión de acceder, pero algunos mas previsores temían una traición. Los Conceini que habian entrado en la negociacion, y que debían sacar de ella honra, lo apoyaban con todo su poder; el pueblo apoyaba á los Conceini. El conde Didegüere y Aldobrandini trataron en vano de oponerse á la mayoría: el pueblo no quiso escucharles. Entonces Buon de Güerardini, conocido por su pruden-

cia y adhesión á la patria, se levantó y trató de hacerse oír. Pero los Conceini le mandaron callarse. No por eso dejó de continuar su discurso. Los magistrados le condenaron á cien florines de multa. Güerardini consintió en pagarlos si á ese precio le concedían la palabra. Doblaron la multa; Güerardini aceptó el nuevo castigo diciendo que nunca podría pagar demasiado cara la facultad de dar un buen consejo á la república. En fin, hicieron subir la multa hasta la cantidad de cuatrocientos florines sin que pudiesen hacerle callar. Esta abnegacion, este sacrificio que se tomó por terquedad, irritó los ánimos, y se propuso y adoptó la pena de muerte contra aquel que se atreviese á oponerse así á la voluntad del pueblo. Fué intimada inmediatamente la sentencia á Güerardini que la escuchó tranquilo; después, levantándose una última vez:

—Haced llevarme al cadalso, dijo, pero dejadme hablar mientras lo levantan.

En lugar de caer á los pies de aquel hombre, lo arrestaron y le llevaron á la cárcel. Entonces, como él era el solo que se oponía, y además, ninguno tenia corazón para seguir semejante ejemplo, la proposición fué adoptada. Florencia tuvo que pedir inmediatamente socorro á sus aliados. Bolonia, y las demás ciudades respondieron á su invitacion. Al cabo de dos meses, los güelfos habian reunido tres mil caballos, y treinta mil infantes.

El lunes 3 de setiembre de 1260 salió muy secretamente aquel ejército de los muros de Florencia, y marchó hácia Siena. En medio de una guardia escogida entre los mas valientes, rodaba el Caroccio. Era este un carro dorado tirado por dos bueyes cubiertos con guai drapas encarnadas, de en medio del cual se elevaba una cadena rodeada á un globo dorado. Encima de este globo flotaba el estandarte de Florencia, que en el momento del combate era confiado solo al que se reputaba por mas valiente. Encima un Cristo crucificado parecia bendecir al ejército con sus brazos abiertos. Una campana colocada cerca de él llamaba hacia un centro comun á los que la pelea dispersaba. Y esta pesada atalaya que llevaba el Caroccio, quitando todo medio de huir, forzaba al ejército ó á abandonarle con oprobio, ó á defenderle con encarnizamiento.

Esta era una invencion de Heriberto, arzobispo de Milan, que queriendo regularizar é igualar la caballería de las ciudades á las de las aldeas, la habia usado por la vez primera en la guerra contra Conrado. Así era el medio de que la caballería arreglase su paso al de esta pesada máquina.

El que le guiaba era un anciano de setenta años llamado Juan Tornequila. Sobre la plataforma del Caroccio, reservado á los mas valientes, estaban sus siete hijos, á los que habia hecho jurar morir antes que un solo enemigo tocara á aquel arca del honor de la edad media.

En cuanto á la campana habia sido benedecida por el papa Martin, y en honor de su padrino se llamaba Martinella.

El 40 de setiembre al amanecer se encontró el ejército sobre el monte Aperto, situado á cinco millas de Siena hácia la parte oriental de la ciudad: descubrió entonces en toda su estension la ciudad que esperaba sorprender. Inmediatamente un obispo subió sobre la plataforma del caroccio y dijo la misa, que todo el ejército oyó solemnemente de rodillas con la cabeza descubierta. Despues, terminado el santo sacrificio, desplegó el estandarte de Florencia, y lo entregó en manos de Jacoppo de Vacca de la familia de los Pazzi.

Apenas estaban allí cuando se abrió la puerta de San Vito. La caballería alemana salió la primera, detrás los magistrados florentinos, aunque sin Farinata, despues se presentaron los ciudadanos de Siena con su caballería, constituyendo en todo unos trece mil hombres. Los florentinos viendo que los habian hecho traicion, compusieron su ejército con la caballería, y pensando que éran uno contra tres, dieron grandes gritos de insulto y provocacion, y se dispusieron á hacer cara al enemigo.

En aquel momento, el obispo que habia dicho la misa, y que como todos los hombres privados de un sentido habia ejercitado los otros en reemplazar á este, oyó tras de sí ruido, se volvió y sus ojos débiles como estaban creyeron divisar entre él y el horizonte una linea que un instante antes no existía. Tocó en el hombro á su vecino y le preguntó si lo que veía era una muralla ó una niebla.

—Ni lo uno, ni lo otro, dijo el soldado, son los escudos de los enemigos.

En efecto, un cuerpo de caballería alemana habia flanqueado el *Monte Aperto*, pasado el *Arbia* por un vado, y atacaba la espalda del ejército florentino mientras que el resto de los sieneses le presentaba de frente la batalla.

Entonces Jacoppo del Vacca, pensando que habia llegado la hora de dar la batalla, levantó sobre todas las cabezas el estandarte de Florencia que representaba un leon, y gritó: —¡Adelante!

Pero en el mismo momento *Bocca de Abatiti*, que era gibelino, con toda su alma, sacó la espada de la vaina, y de un solo tajo derribó la mano y el estandarte. Despues gritando: ¡á mi los gibelinos! se separó con trescientos nobles del mismo partido del ejército güelfo para ir á reunirse á la caballería alemana.

Grande era entretanto la confusion entre los florentinos. Jacoppo de Vacca levantaba su mutilado y ensangrentado brazo gritando: ¡traicion! Nadie pensó en recoger del suelo el estandarte pisoteado por los caballos, y cada cual viéndose cargado por el que un momento antes creía su hermano, en lugar de apoyarse sobre su vecino, se alejaba de él, te-

miendo mas la espada que debia defenderle que la que debia atacarle.

Entonces el grito de ¡traicion! proferido por Jacoppo de Vacca corrió de boca en boca, y cada caballero olvidando la salvacion de la patria, para no pensar mas que en la suya, echó por el lado que le pareció menos peligroso, fiando su vida á la velocidad de su caballo, y dejando espirar su honor en lugar suyo en el campo de batalla, tanto que de aquellos tres mil hombres, que eran toda la flor de la nobleza, treinta y cinco permanecieron solo y no quisieron huir, y allí murieron.

La infantería, que estaba compuesta del pueblo de Florencia y de gentes allegadizas de las ciudades aliadas se portó mejor, y se acoderó sobre Caroccio. En aquel punto se concentró el combate, y la gran carnicería que, segun el Dante, tiñó de encarnado el agua del *Arbia*.

La strazio è le grande scempio
che fece l' Arabia colorata in rosso.

Pero privados de su caballería no podian mantenerse los güelfos, porque los únicos que habian quedado sobre el campo de batalla eran, como hemos dicho, gente del pueblo, que armada de improviso y de mala manera con hoces, bieldos y alabardas no habian tenido que oponer á la longitud de la lanza y á la espada de dos manos de los caballeros sino escudos de madera, corazas de búfalo, ó petos acolchados.

Los hombres y los caballos revestidos de hierro entraban así fácilmente en medio de aquellas masas, y las hacian profundos claros: mas sin embargo, animadas por el sonido de *Martinella*, que no cesaba de tocar tres veces, volvieron á rehacerse aquellas masas, rechazando de sí la caballería alemana, que tres veces salió mermada y ensangrentada como un hierro de una herida.

En fin, con el auxilio de la diversion que hizo Farinata á la cabeza de los emigrados florentinos y del pueblo de Siena, llegaron los caballeros hasta el Caroccio. Pasó entonces á vista de los dos ejércitos un hecho maravilloso: fué el de un anciano de la guardia á la que hemos dicho que el Caroccio estaba confiado y que habia hecho jurar á sus siete hijos morir en el sitio donde él los habia colocado.

Durante todo el tiempo que habia ya habido el combate, los siete jóvenes habian permanecido sobre la plataforma del Caroccio, desde donde dominaban el ejército; y tres veces habian vuelto los ojos con impaciencia hácia su padre; pero una señal del anciano los habia contenido: en fin, habia llegado la hora en que era preciso morir: el anciano gritó á sus hijos, ¡vamos!

Saltaron los jóvenes del Caroccio, á escepcion de uno solo á quien su padre agarró por el brazo: este era el mas joven, y por

consecuencia el mas amado: tenia apenas diez y siete años, y se llamaba Arnolfo.

Los seis hermanos estaban armados como caballeros, es decir, con corazas de hierro; así resistieron valerosamente el choque de los gibelinos. Durante este tiempo, el padre, con la mano que no sujetaba á Arnolfo tocaba la campana á reunion: los güelfos cobraron ánimo, y los caballeros alemanes fueron rechazados por cuarta vez. El anciano vió volver hácia él á cuatro de sus hijos; dos habian caido ya para no levantarse jamás.

En el mismo instante por el lado opuesto se oyeron grandes gritos, y se vió abrirse la muchedumbre: era Farinata de los Huberti á la cabeza de los emigrados florentinos: habian seguido á la caballería güelfa hasta que se aseguró que no volveria mas al combate, cual hace el lobo que aleja los perros antes de arrojarse sobre el rebaño.

El anciano, que dominaba la refriega, le reconoció en su penacho, en sus armas, y todavía mas en sus golpes. El hombre y el caballo no parecian hacer sino una sola pieza, y se semejaban á un monstruo cubierto con sus mismas escamas. Quanto caia bajo el golpe del uno era pisoteado al punto por los pies del otro; todo le hacia paso ante él. El anciano hizo señal á sus cuatro hijos, y Farinata vino á tropezar contra un muro de hierro. Inmediatamente aquellas masas se estrecharon en derredor de sí, y volvió á comenzar el combate.

Farinata era el único entre las gentes de á pie que dominaba con toda la altura de su caballo, porque habia dejado á los otros caballeros gibelinos y alemanes muy detrás de él. Podia el anciano seguir con los ojos su fulminante espada, que se levantaba y bajaba con la regularidad de un martillo de fragua: oir el grito de muerte que seguia á cada golpe. Dos veces creyó reconocer la voz de sus hijos; sin embargo, no cesó de tocar la campana. Únicamente con la otra mano apretaba con mas fuerza el brazo de Arnolfo.

Al fin retrocedió Farinata, pero como retrócede un leon destrozado y rugiendo. Dirigió su retirada hácia la caballería florentina de los emigrados que cargaba para socorrerlo. Entre el momento que pasó antes de que pudiese alcanzarlos, vió el anciano volver á dos de sus hijos. Ni una lágrima se deslizó de sus ojos; ni una queja exhaló su corazón: únicamente estrechó á Arnolfo contra su pecho.

Pero Farinata, los emigrados florentinos y los caballeros alemanes, se hallaban reunidos; y mientras todo el ejército sienés cargaba por su parte, la infantería contra la infantería, se preparaba á cargar por la suya.

El último ataque fué terrible. Tres mil hombres á caballo y cubiertos de hierro se lanzaron en medio de diez ó doce mil infantes que permanecian todavía alrededor del

Caroccio: entraron en aquella masa, abriendo sus filas, como una inmensa serpiente de que la espada de Farinata era el Jardo. El anciano vió adelantarse el monstruo enroscando sus gigantescos anillos: hizo seña á sus dos hijos: lanzáronse delante del enemigo con toda la reserva: Arnolfo lloraba de vergüenza por no seguir á sus hermanos.

El anciano los vió caer uno á uno. Entonces puso la cuerda de la campana en mano de Arnolfo, y saltó de la plataforma: el pobre padre no habia tenido valor de ver morir á su sétimo hijo. Farinata pasó sobre el cuerpo del padre, como habia pasado sobre el cuerpo de los hijos. El Caroccio fué cogido; y como Arnolfo continuaba en tocar la Martinella á pesar de las órdenes contrarias que recibia, Della Presa subió sobre la plataforma, y le partió la cabeza de un hachazo.

En el momento en que los florentinos no oyeron la voz de Martinella, no trataron ni aun de reunirse. Cada cual huyó por su lado: algunos se refugiaron en el castillo de Monte Aperto, donde fueron hechos prisioneros al día siguiente: diez mil hombres quedaron tendidos en el campo de batalla.

La pérdida de la batalla de Monte Aperto ha quedado para Florencia como uno de esos grandes desastres, cuya memoria se perpetua de generacion en generacion. Despues de cinco siglos y medio todavía el florentino enseña con tristeza á los viageros el sitio del combate, y busca en las aguas del Arbia aquel rojizo tinte que las habia dado la sangre de sus antepasados. Por su parte los sieneses se envanecen todavía hoy con su victoria. Las entenas del Caroccio, que vió caer tantos hombres en derredor suyo en aquella fatal jornada están preciosamente conservadas en la basilica, como Génova conserva en sus puertas las cadenas del puerto de Pisa, como Perusa guarda en la ventana del palacio municipal el leon de Florencia. ¡Pobres ciudades de quienes no queda de su libertad antigua mas que los trofeos que se han arrebatado las unas á las otras! ¡Pobres esclavas á quienes sus señores por burla sin duda han clavado en la frente sus coronas de reina!

El 27 de setiembre el ejército gibelino se presentó delante de Florencia, en donde encontró á todas las mugeres de luto: porque dice Villani, no habia una sola que no tuviese que llorar la muerte de un hijo, de un hermano ó de un marido. Las puertas estaban abiertas: no se hizo oposicion alguna. Al día siguiente todas las leyes güelfas fueron abolidas, y el pueblo, dejando de tener parte en el consejo, volvió á entrar en la dominacion de la nobleza.

Entonces una dieta de las ciudades gibelinas de la Toscana se convocó en Empoli. Los embajadores de Pisa y de Siena declararon que no veian otros medios de extinguir la guerra civil que destruir completamente á

Florenca, verdadera ciudad de los güelfos y que no dejaría nunca de favorecer aquel partido. Los condes Guido y Alberti, los Santafior y los Ubaldini apoyaron esta proposición.

Todos los señores aplaudieron, ora por ambición, ora por odio, ora por temor. Iba á adoptarse la moción, cuando Farinata de los Huberti se levantó.

Sublime fué el discurso aquel que pronunció este florentino por Florenca; este hijo abogando en favor de su madre; este victorioso pidiendo gracia para los vencidos, ofreciendo morir para que viviese su patria, comenzando como Coriolano y terminando como Camilo.

La palabra de Farinata venció en el consejo, como su espada habia vencido en la batalla. Florenca fué salvada: los gibelinos restablecieron allí la sede de su gobierno; y el conde Guido Novello, capitán de gendarmes de Manfredo, fué nombrado gobernador de la ciudad.

En el quinto año de esta reacción imperial nació en Florenca un niño que recibió de sus padres el nombre de Alighieri, y del cielo el del Dante.

Duraron así las cosas desde 1260 hasta 1266.

Pero una mañana se supo en Florenca que Manfredo, aquel gran protector del partido gibelino habia sido muerto en la batalla de Grandella, y que aquel que habia hecho temblar la Italia, no tenia otro sepulcro que la piedra que al pasar habia arrojado sobre su cadáver cada soldado del ejército francés. También se supo entonces que el arzobispo de Cosenza, habiendo envidiado aquel sepulcro improvisado por la piedad de sus enemigos, habia hecho extraer su cuerpo y lo habia hecho arrojar sobre las fronteras del reino en las orillas del río Verde.

Se comprende la mudanza que causó esta noticia en el partido güelfo. Manifestó el pueblo su alegría con gritos é iluminaciones; acercáronse á la ciudad los desterrados, no esperando mas que el momento de entrar en ella; y Guido Novello y sus mil quinientos gendarmes, que es todo lo que habia quedado despues de la batalla de Monte Aperto, salió como un náufrago sobre una roca que ve á cada instante la marea creciente.

En lugar de hacer esforzadamente frente al peligro, y mantener á Florenca por el temor, lo que hubiera sido posible aun con sus mil quinientos hombres, creyó Guido que aplacaría los ánimos, haciendo á los partidos esas concesiones que dan la medida de su fuerza. Hizo venir á Florenca para ser juntos *podestás* de Florenca, porque los *podestás* ya se sabe debían ser siempre extranjeros, dos caballeros de una nueva órden que acababa de levantarse, y que dispensaba de los votos de castidad y de pobreza, haciendo únicamente juramento de defender las viudas y los huér-

fanos. De estos caballeros el uno era gibelino, el otro güelfo. Se les compuso un consejo de treinta y seis peritos divididos políticamente del mismo modo; se autorizó á los ciudadanos á reunirse en corporaciones, y se formaron doce gremios de artes y oficios, de donde viene la denominación de artes mayores y artes inferiores, que tan frecuentemente se encuentra en la historia de Florenca; se concedió á las siete artes mayores, que eran los juriconsultos, los mercaderes de paño extranjero, los banqueros, los fabricantes de lana, los médicos, los fabricantes de seda y especiería, y los plateros, estandar-tes bajo los cuales debieron colocarse en caso de alarma las artes inferiores; y se esperaba que de este contacto naciera una fusión.

Resultó precisamente todo lo contrario: del contacto nació un motin, en consecuencia del cual Guido y sus mil quinientos hombres se vieron obligados á abandonar á Florenca y retirarse á Prato.

Esta retirada fué la señal de la reacción güelfa. Sintiendo incapaces de pelear los gibelinos abandonaron la partida: se salieron de la ciudad, y el gobierno, de aristocrático que era, se convirtió de la noche á la mañana en popular.

¿Dónde estaba en esta gran circunstancia Farinata de los Huberti? Su nombre no se pronuncia ni una sola vez en esta nueva catástrofe. El gigante desapareció como un fantasma, y no se le vuelve á hallar si no cuarenta años despues en el infierno del Dante, donde sumergido hasta la cintura en un sepulcro ennegrecido por las llamas, se queja, no del dolor que siente, sino del encarnizamiento con que los florentinos persiguen su nombre y su familia.

En efecto, los florentinos que no habian olvidado la derrota de Monte Aperto, habian dado una ley mandando que fuese arrasado el palacio de Farinata de los Huberti, que pasase el arado sobre sus cimientos, y que jamás se levantase sobre aquel terreno en donde habia sido concebido en un día de la cólera celestial el moderno Coriolano, ningun edificio público ni privado.

La misma ley mandaba que los Huberti fuesen para siempre exceptuados de todas las amnistias que en lo sucesivo se pudiesen conceder á los gibelinos.

Nos hemos extendido tanto sobre Florenca, porque vamos á visitar á Florenca desde luego, y nos hemos detenido en este año 1266, porque desde esta época casi datan los mas antiguos monumentos que haremos visitar con nosotros á nuestros lectores. En cuanto al resto de su historia, escrita la hallaremos sobre sus palacios, sus estatuas, y sus sepulcros; y á cada paso que demos por sus calles y sus plazas públicas tropezaremos con ella.

CAMINO DE LIORNA A FLORENCIA.

Tomamos un veturino que nos llevase de Liorna á Florencia. Esté era entonces casi el único modo de comunicacion entre las dos ciudades (1). Hay un carruaje público que hace el camino, pero mas feliz que el filósofo griego nos puede dar la prueba.

Esta inaccion de la diligencia depende de una especie de ánimo popular tan extendido en Toscana que los diferentes gobiernos que allí se han sucedido jamás han podido borrar ese antiguo barniz güelfo esparcido por todas partes. Todavía hoy no solo los individuos sino tambien los palacios y los barrios tienen la opinion de que las troneras planas son güelfas y las troneras vacías gibelinas.

Siendo los veturinos la expresion del comercio popular, y las diligencias el resultado de la industria aristocrática, naturalmente los veturinos han vencido á las diligencias, y porque el gobierno siempre guiado por el espíritu democrático que quiere el bienestar del mayor número las ha impuesto tales condiciones, que al cabo de cierto tiempo las empresas no han podido sostenerse.

Ademas, las diligencias salen á hora fija, y aguardan los viageos, los veturinos salen á todas horas y van tras de los parroquianos. Son los cocheros de alquiler que se estacionan en ciertos puntos para hacer viages á las provincias. Apenas se ha puesto el pie fuera de la lancha que le lleva á uno desde el buque de vapor al puerto, cuando se ve asaltado, rodeado, acometido, aturrido, sofocado por veinte cocheros que le miran á uno como una mercancía, le tratan como tal en consecuencia y concluirían por cargarlo á uno al hombro si se les dejase. Así que ha habido familia que habiendo sido separada en el puerto de Liorna no ha podido reunirse sino en Florencia. En vano se mete uno en un coche de alquiler; saltan á la trasera, encima, y en la puerta del hotel se encuentra uno como en el puerto en medio de diez ó doce tumbantes que gritan á cual mas porque han estado aguardando.

Es bueno decir que se va á Liorna para algun negocio de comercio y que se piensa pasar allí ocho dias. Preciso es, en consecuencia pedir al guarda del hotel delante de aquellos honrados industriales de que quiere uno desembarzarse, si tiene un cuarto libre para una semana. Entonces le creen á uno algunas veces, abandonan la presa que cuentan volver á coger mas tarde, y se vuelven á

todo correr para atrapar á otro viagero y dejan á uno libre.

Esto no quita que al salir una hora después se encuentren uno ó dos centinelas á la puerta. Estos son los favoritos del hotel; han sido avisados por el mozo, al que han dado una propina, de que no es dentro de ocho dias cuando uno se marcha si no en el mismo dia ó al siguiente.

Es preciso apresurarse á volver á entrar con estos. Si se tuviese la imprudencia de salir con ellos, cincuenta de sus camaradas acudirían á sus gritos y volverían á comenzar la escena del puerto.

Piden diez piastras por carruaje: ¡sesenta francos por andar diez y seis leguas! es preciso ofrecerles cinco y todavía con condicion de que se han de cambiar tres veces los caballos y que no han de cambiar de carruaje. Gritarán, se les despide. Al cabo de diez minutos entra uno por la ventana y se ajusta en treinta francos.

Arreglado este precio es uno sagrado para todo el mundo. En cinco minutos se estiene la noticia de que está uno *arreglado*; entonces puede ir uno á donde le dá la gana, todo el mundo le saluda y le desea un buen viage: creeriase uno en medio del pueblo mas desinteresado de la tierra. A la hora dicha el *legno* está á la puerta. En Italia la palabra *legno* se aplica á todo lo que trasporta; así una lancha, una carretela de seis caballos, un carretón, un barco de vapor se llama *legno*. *Legno* es lo mismo que *robba*, *legno* y *robba* son el fondo de la lengua. El *legno* es un infame carretón, pero no hay que reparar en ello, no hay otros en las cocheras del *padrone*. Ademas, no se iria mejor en la diligencia. La cuestion de que se necesita ocuparse es la de la *buona mano*, es decir, la propina para echar un trago.

Este es el gran negocio que necesita tratarse prudentemente. De la propina depende el tiempo que se ha de tardar en el viage; este tiempo varia al arbitrio del cochero de seis á doce horas. Un principe ruso amigo nuestro que habia olvidado hacerse enterar de esto, tardó veinte y cuatro horas en el camino y pasó una noche muy mala.

Esta es la historia; después volveremos á hablar en seguida de la *buona mano*.

El principe C... habia llegado con su madre y un criado alemán á Liorna. Como todo viagero que llega á Liorna, habia buscado inmediatamente los medios de salir de allí lo mas pronto posible. Como hemos dicho los medios vienen á buscarle á uno; no se trata mas sino de saber hacer uso de ellos.

Los veturinos habian sabido por los facchini que habian llevado los equipages, que tenian que habérselas con un principe. En su consecuencia le pidieron doce piastras en lugar de diez; y él por su parte, en lugar de ofrecerles cinco les respondió.

(1) Después de escrito esto por Dumas se ha construido un magnífico camino de hierro de Liorna á Florencia, donde se llega en muy poco tiempo.

—Bueno, os daré las doce piastras, pero no quiero fastidiarme á cada parada con los cocheros, y os encargais de la *buona mano*.

—*Va, bene*, contestó el veturino.

En consecuencia, el príncipe C... había dado sus doce piastras y el legno había partido al galope llevándole á él y á todo su *robba*.

Eran las nueve de la mañana y segun sus cálculos el príncipe debía estar en Florencia hácia las tres ó las cuatro de la tarde.

A un cuarto de legua de Liorna, los caballos se habían alojado naturalmente y habían tomado el paso. El cochero se había puesto á cantar sobre su pescante, no interrumpiendo sus canciones sino para hablar con sus conocidos; pero bien pronto, como se habla mal andando, se detuvo cuantas veces tuvo ocasión de hablar.

Toleró este proceder el príncipe durante una media hora ó tres cuartos de hora: pero al cabo de este tiempo calculando que habían andado casi una milla sacó la cabeza por la portezuela gritando en el mas puro toscano.

—*¡Avanti! avanti! tirate via.*

—¿Cuanto dareis de *buona mano*? preguntó el cochero en el mismo idioma.

—¿Qué me hablais de *buona mano*? dijo el príncipe, he dado doce piastras á vuestro amo, á condición que se encargaria de todo.

—La *buona mano* no es cosa de los amos, respondió el cochero. ¿Cuanto dareis de *buona mano*?

—Ni un cnarto, ya lo he pagado.

—Pues entonces, si quiere S. E., iremos al paso.

—¿Cómo que iremos al paso? vuestro amo se ha comprometido conmigo á ponerme en seis horas en Florencia.

—¿Dónde está el papel? preguntó el cochero.

—¿El papel? pues qué, ¿es necesario para eso hacer un papel?

—Ya veis que si no teneis un papel no podéis obligarme.

—¿Que no puedo obligarte? dijo el príncipe.

—No, escelencia.

—Pues bien, ahora lo vamos á ver.

—Ahora lo vamos á ver, repitió tranquilamente el cochero, y puso su ganado al paso.

—¡Frantz! dijo en sajón el príncipe á su criado; baja y dále una paliza á ese tunante.

Frantz bajó del carruage, y sin hacer la menor objecion, sacó al cochero del pescante, le zurró con toda la gravedad alemana, le volvió al pescante, y despues, enseñándole el camino:

—*Vor waestes*, le dijo y volvió á sentarse cerca de él.

El cochero volvió á ponerse en camino, únicamente que anduvo un poco mas lentamente que antes.

Se cansa uno de todo, hasta de pegar á un

cochero. Convencido el príncipe que de una manera ó de otra concluiría por llegar, aconsejó á su madre que durmiese, y arrellanándose en un rincon del coche, la dió el ejemplo.

Seis horas gastó el cochero para ir desde Liorna á Pontedera: cuatro horas lo mas era lo que se necesitaba. Despues, llegado á Pontedera, invitó al príncipe á que bajase, anunciándole que era preciso cambiar de carruage.

—Pero, dijo el príncipe, yo he pagado doce piastras á vuestro amo con espresa condicion de que no cambiaria de carruage.

—¿Dónde está el papel? preguntó el cochero.

—¡Bribon! si sabes que no lo tengo.

—Pues bien, si no teneis papel se cambiará de carruage.

Gran gana tenia el príncipe de sacudir aquella vez al cochero por si mismo; pero vid en las trazas de los que rodeaban el coche que no seria prudente hacerlo. En su consecuencia bajó del legno: echaron su equipage al suelo, y al cabo de una hora casi le trajeron una mala carreta dislocada y dos caballos que apenas podian tenerse en pie.

En cualquiera otra circunstancia el príncipe, que es generoso á la vez como un gran señor ruso y un artista francés, hubiera dado un luis á los postillones; pero se le habia metido en la cabeza que ceder era un mal ejemplo, y se obstinó en no darlo. Subió, pues, en su carreta, y como el nuevo cochero estaba prevenido de que no habia *buona mano* echó á andar al paso en medio de las risas y casi de los silbidos de todos los concurrentes.

Esta vez eran tan miserables los caballos, que hubiera sido caso de conciencia que fuesen mas que al paso.

Gastó el príncipe, pues, otras seis horas desde Pontedera á Empoli.

Al llegar á Empoli, el cochero paró su carruage y se acercó á la portezuela.

—¿Duerme aqui S. E.? dijo al príncipe.

—¿Cómo que si duermo! ¿Estamos en Florencia?

—No, escelencia, estamos en Empoli, una lindísima poblacion.

—Yo he pagado doce piastras á tu amo para ir á dormir á Florencia y no á Empoli, é iré á dormir á Florencia.

—¿Dónde está el papel, escelencia?

—¡Vete al diablo con tu papel!

—¿Vuestra escelencia no tiene papel?

—No.

—Bien, dijo el cochero volviéndose á subir en su pescante.

—¿Qué dices? le gritó el príncipe.

—Digo que bien, respondió el cochero dando un latigazo á sus sardinas.

Y por la primera vez desde Liorna se sintió llevado el príncipe al pequeño trote. Pare-

cióle de buen presagio el paso, y sacó la cabeza por la portezuela.

Las calles estaban llenas de gente y las ventanas iluminadas; era la fiesta de la Madonna de Empoli, que pasa por ser muy milagrosa. Al pasar por la plaza vió que bailaban.

Hallábase el príncipe ocupado de aquellas gentes, de aquella iluminación y de aquellos bailes, cuando de repente vió que entraban bajo una especie de bóveda: detuvo el paso el carruaje.

—¿Dónde estamos? preguntó el príncipe.

—En la cochera de la posada, excelencia.

—¿Por qué en la cochera?

—Porque será mas cómodo para cambiar de caballos.

—Vamos, vamos, despachaos, dije el príncipe.

—*Súbito*, respondió el cochero.

Sabía el príncipe que hay ciertas palabras de que es preciso desconfiar en Italia, atendido á que significan todo lo contrario de lo que se promete. Sin embargo, viendo que desenganchaban los caballos, echó los cristales del coche y aguardó.

Al cabo de media hora de esperar bajó los cristales y se asomó á la portezuela del carruaje.

—¡Y bien! dijo. Nadie respondió. ¡Frantz! gritó el príncipe ¡Frantz!

—Monseñor, respondió Frantz despertándose sobresaltado.

—¿Dónde diablos estamos?

—No sé nada, monseñor.

—¿Cómo que no sabes nada?

—No, me he dormido y me despierto.

—¡Oh Dios! exclamó la princesa, estamos en una caverna de ladrones.

—No, dijo Frantz, estamos en una cochera.

—Y bien, abre la puerta y llama á alguno, dijo el príncipe.

—La puerta está cerrada.

—¿Cómo cerrada? exclamó á su vez el príncipe saltando del carruaje.

—Miradlo vos mismo, monseñor.

El príncipe sacudió con todas sus fuerzas la puerta que estaba perfectamente cerrada. Llamó el príncipe á voz en grito; nadie respondió. Buscó una piedra para derribar la puerta: no había piedras.

Como el príncipe antes que todo era un hombre de gran sensatez, despues de haberse asegurado de que no podían ó no querían oírle, resolvió sacar el mejor partido de aquella posición, echó los vidrios, preparó á todo evento sus pistolas, dió las buenas noches á su madre, y puso sus piernas en la banqueta de delante. Frantz habia hecho otro tanto en el pescante: solo la princesa se quedó con los ojos abiertos, creyendo que habian caído en alguna emboscada de malhechores.

Pasóse la noche sin alarma. A las siete de la mañana se abrieron las puertas de la coche-

ra y un veturino se presentó á la puerta con dos caballos.

—No hay aquí viajeros para Florencia? preguntó el veturino con un tono de perfecta honradez y como si hiciese una pregunta enteramente natural.

Abrió el príncipe la portezuela, y saltó del carruaje con intención de ahogar al que le hacia aquella pregunta: pero viendo que no era el mayoral del día anterior pensó que podría castigar al bueno por el malo, al menos al inocente por el culpable. Se detuvo.

—¿Dónde está el cochero que nos ha traído aquí? preguntó pálido de cólera, pero con la mayor sangre fria aparente, y respondiendo á una pregunta con otra pregunta.

—¿Pepino, querrá decir V. E.?

—El cochero de Pontedera.

—Pues bien, ese es Pepino.

—Pues entonces, ¿dónde está Pepino?

—Ya está de retorno en su casa.

—¿Cómo de retorno en su casa?

—Si, si, como era fiesta en Empoli, hemos bebido y bailado juntos toda la noche, y esta mañana á la una me ha dicho: Gaetano, vas á coger los caballos é ir á buscar á dos viajeros y á su criado que están en la cochera de la Cruz de Oro: todo está pagado excepto la *buona mano*. Entonces yo le he preguntado como es que los viajeros habian preferido pasar la noche en la cochera en lugar de un cuarto. A esto Pepino me ha dicho que eran ingleses, y que han tenido miedo que no les dieran sábanas limpias, y mejor han querido acostarse en su coche. Como yo sé que los ingleses son estafalarios no me ha estrañado. Entonces me he echado un *fiasco* al colete, he ido á buscar mis caballos, y aqui estoy para servirlos. Si aun es temprano volveré.

—¡No por vida de...! dijo el príncipe, enganchad y no perdamos un minuto: hay una piastra de *buona mano* si en tres horas estamos en Florencia.

—¿En tres? dijo el veturino, no se necesita tanto. En el momento en que hay una piastra de *buona mano* espero que en dos estaremos allí.

—Dios os oiga, buen hombre, dijo la princesa.

El cochero cumplió su palabra; el príncipe salió á las siete de Empoli y á las nueve se apeaba en la plaza de la Trinidad.

Habia empleado justamente veinte y cuatro horas para ir de Liorna á Florencia.

El primer cuidado del príncipe despues de haberse desayunado, porque ni él ni su madre habian probado bocado desde la vispera por la mañana, fué el ir á dar su queja.

—¿Teneis un papel donde constase la obligacion? preguntó el gefe del *buon governo*.

—No, dijo el príncipe.

—Pues bien, os aconsejo que dejéis las cosas tal como están: únicamente otra vez no deis mas que cinco piastras al amo y una

y media á los cocheros. Tendreis una economía de cinco piastras y media y llegareis diez horas mas pronto.

Desde aquel tiempo el príncipe no ha dejado ni una sola vez de seguir el consejo del presidente del *buon governo*, y le ha salido perfectamente. La moral de todo esto es que al salir de Liorna es preciso sacar el reloj, ponerlo á vista del cochero y decirle:

—Hay cinco *paoli de buona mano* si estamos dentro de dos horas en Pontedera.

Allí se llegará á las dos horas.

Se usará del mismo procedimiento al salir de Pontedera y de Empoli, y en seis horas y media á mas tardar se llegará á Florencia: tomando la posta se gastarian dos horas mas.

A la mitad del camino de Liorna á Florencia se levanta como un gigantesco hito la torre de *San Miniato al Tedesco*.

San Miniato al Tedesco es la cuna de la familia Bonaparte; de aquel nido ha salido esa bandada de águilas que han caído sobre el mundo: y ¡cosa estraña! á Florencia, es decir, al pié de *San Miniato al Tedesco*, los Napoleones, gracias á la hospitalidad fraternal del gran duque Leopoldo II, vienen todos á morir.

El último miembro de la familia Bonaparte que habitó *San Miniato al Tedesco*, fué un anciano canónigo, que murió, creo, en 1828, era un primo de Napoleon. Este hizo todo cuanto pudo para decidirle á dejar su canonicato y darle un obispado, pero lo rehusó constantemente. En cambio atormentó toda su vida al emperador para decidirle á canonizar á uno de sus antepasados: mas Bonaparte respondia todas las veces que se renovaba la petición que ya habia un San Bonaparte y que era bastante un santo en una familia. No sabia en aquella época al dar la respuesta que habria un santo y un mártir al mismo tiempo.

Llegamos á la capital de Toscana á las diez de la noche. Nos apeamos en el hermoso hotel amurallado de Mad. Homber, y como contábamos detenernos algun tiempo en Florencia, al dia siguiente nos pusimos á buscar una casa.

El mismo dia encontramos una en donde estar á pupilage situada en *Porta allá Croce*. Y mediante doscientos francos por mes, tuvimos un palacio, un jardin con madonas de Lucca de la Robbia, grutas con conchas, cenadores de laurel, una calle de limoneros, y un jardinero que se llamaba Demetrio. Todo esto sin contar que desde nuestro balcon descubriamos por el lado mas pintoresco y encantador la basilica de *San Miniato*, los amores de Miguel Angel.

Como se ve no era caro.

FLORENCIA.

Durante los veranos Florencia se halla vacía. Encajonada sobre sus altas montañas, edificada sobre un rio que durante nueve meses no arrastra sino polvo, espuesta sin que nada pueda garantirla á un ardiente sol que reflejan las negruzcas piedras de sus calles y las blanqueadas paredes de sus palacios, Florencia, menos el *aria cattiva*, es, como Roma, una inmensa estufa desde el mes de abril al de octubre: así hay para todo dos precios: precio de verano y precio de invierno. No hay necesidad de decir que el precio de invierno es el doble del precio de verano; depende esto de que á fines del otoño un gran número de ingleses de todas gerarquías, de todos sexos, de todas edades, y sobre todo, de todos colores, vienen á caer sobre la capital de la Toscana.

Habiamos llegado al principio del mes de junio, y todo se preparaba para las fiestas de San Juan. Fuera de esta existencia, en donde es natural que la ciudad quiera honrar á su patron, las fiestas son el gran negocio de Florencia. Allí es siempre fiesta, media fiesta ó cuarto de fiesta; en el mes de julio, por ejemplo, gracias al parto feliz de la gran duquesa, que se verificó el 40 ó el 42, y que por consecuencia se encontró colocado entre la fiesta de la Pascua de Pentecostés, no hubo mas que cinco dias de trabajo.

Habiamos llegado, pues, en buen momento para ver á los habitantes, pero malo para visitar los edificios, en atención á que los dias de fiesta todo se cierra á las doce.

La primera necesidad que hay en Florencia, es el descanso. El placer mismo creo que entra despues de este, y es preciso que los florentinos se hagan cierta violencia para visitarse. Parece que cansada de sus largas convulsiones políticas, la ciudad de los Médicis no aspira mas que al fabuloso sueño de la *bella dormida de los bosques*. No hay mas que los campaneros que no descansan ni de dia ni de noche. No comprendo cómo los pobres diablos no se mueren de trabajo; es un verdadero oficio de galeotes.

Hay en Florencia, no solo un hombre político muy célebre, sino tambien un hombre de mundo de mucho talento y á quien Napoleon llamaba un gigante en un entresuelo. Este es el conde de Fosombroni, ministro de Negocios estrangeros y secretario de Estado. Cada vez que le obligen á adoptar alguna innovacion, á alterar ó á hacer algun cambio de política, se contenta con sonreirse y responde tranquilamente:—*Il mondo va da se*: es decir, el mundo anda solo.

Tiene razon, para su mundo, porque su

mundo es la Toscana, la Toscana en donde el único progresista es el gran Duque. Así la oposición que le hace el pueblo es una oposición estraña en los tiempos que corremos. Halla que su soberano es demasiado liberal para él, y retrograda quejándose contra las innovaciones que en su filantropía hereditaria establece.

En Florencia, en efecto, todas las mejoras sociales vienen del trono. El desagüe de las lagunas, la operación del catastro, el sistema hipotecario, los consejos científicos y la reforma judicial, son ideas que emanan de él y que la ignorancia popular y la rutina democrática le han dado mucho trabajo para poderlas ejecutar. Ultimamente todavía esperaba arreglar los estudios universitarios al sistema francés que estaba reconocido como muy superior al modo usado en Toscana.

Los estudiantes se negaron á seguir los cursos con los nuevos maestros, y se dieron tan buena maña que las cosas quedaron como estaban antes.

Florencia es el Eldorado de la libertad industrial. En todos los países del mundo, aun en la república de los Estados Unidos, aun en la república de Suiza, aun en la república de San Marino, los relojes están sujetos á una especie de tiranía que los obliga á sonar casi al mismo tiempo.

En Florencia no es así. Dan la misma hora durante veinte minutos. Se quejaba de esto un extranjero á un florentino y le respondía impasible el toscano:—¿Qué diablo de necesidad tenéis de saber la hora que es?

Resulta de esta apatía, ó más bien de esta facilidad de vivir, enteramente peculiar de Florencia, que excepto la fabricación de sombreros de paja, que las jóvenes tejen andando por las calles ó viajando por los caminos, la industria y el comercio son casi nulos. Y no es culpa del gran Duque, todo esto lo favorece ya con dinero, ya con gracias. A falta de toscanos industriales ha llamado extranjeros que recompensa de sus esfuerzos industriales con dádivas y mercedes. Mr. Laredrel ha sido nombrado conde de Monte-Verboli por haber establecido una explotación de productos borácicos ó químicos. Mr. Benidof ha sido hecho príncipe de San Donato por haber fundado una manufactura de sedas. Y no hay que equivocarse, esto no es vender un título, se llama darlo y honrarlo noblemente por el bien de un país entero.

Compréndese que con esta falta de fábricas indígenas no se halla casi nada de lo que se tiene necesidad en casa de los comerciantes toscanos. Los almacenes que hay un poco bien surtidos y organizados en Florencia son franceses y llevan todos sus géneros de París. Todavía los elegantes florentinos se visitan en casa de los mejores sastres franceses, y las elegantes florentinas en casa de la señora Baudrau.

Así es preciso en Florencia irlo á buscar todo, nada le sale á uno al encuentro: cada uno permanece en su casa, y cada cosa en su lugar. Un extranjero que no permaneciese más de un mes en la capital de Toscana llevaría de ella una idea falsa.

Al primer aspecto parece imposible procurarse nada de lo mas indispensable, ó lo que se procura uno es malo; solo á la larga se aprende, no por los habitantes del país, sino por los demas extranjeros que están mas tiempo en la ciudad, y entonces se sabe dónde se encuentra cada cosa. Al cabo de seis meses se saben todas las calles, y todo lo necesario, tanto que se deja ordinariamente á Toscana en el momento en que uno iba encontrándose ya bien. Resulta que cada vez que uno vuelve allí se encuentra mejor, y que al cabo de tres ó cuatro viajes concluye uno por gustarle tanto Florencia como una segunda patria, y muchas veces por vivir allí siempre.

La primer cosa que choca cuando se ve la actual ruina del comercio, es la falta de espíritu comercial que hizo de ella una de las repúblicas mas ricas y poderosas del mundo; se busca sin poderse encontrar esa clase media é industrial que puebla las calles de París y Londres. En Florencia no hay mas que tres clases; la aristocracia, los extranjeros y el pueblo. A la primera ojeada es casi imposible adivinar cómo se vive en este pueblo. En efecto, fuera de dos ó tres casas de particulares, la aristocracia gasta poco, el pueblo no trabaja; en Florencia el invierno hace el gasto del verano. En el otoño, hácia la época en que aparecen las aves de paso, vienen bandadas de extranjeros, ingleses, rusos y franceses, y se dejan caer en Florencia. Florencia conoce esta época, abre las puertas de sus fondas, y sus casas de huéspedes. Allí hace entrar á todo el mundo revuelto, franceses, rusos, ingleses, y hasta la primavera, los despluma.

Lo que yo digo es al pie de la letra, y este cálculo es muy fácil de hacer. Desde el mes de noviembre á marzo, Florencia cuenta un exceso de poblacion de diez mil personas; con que cada una de esas diez mil personas gaste en veinte y cuatro horas, tres pesetas solamente, y las ponga lo mas bajo, treinta mil pesetas corren diariamente por la ciudad. Esto es algo: ademas viven sesenta mil personas con esto.

En esto es una de las cosas en que se ve la gran solicitud del gran Duque por su pueblo. Ha comprendido que el extranjero era una industria de fortuna para Florencia, y todo extranjero es muy bien recibido allí. El inglés con su taciturnidad, el francés con su indiscrecion, el ruso con su reserva.

Llegado el 4.º de enero, el palacio Pitti, abierto todos los dias á los extranjeros á cuya curiosidad ofrece sus magníficas galerías, se abre todavía una vez por semana por la no-

che para dar bailes espléndidos. Allí todo hombre á quien su embajador halla digno de la hospitalidad soberana, es presentado; y noble ó comerciante, industrial ó artista, es recibido con aquella benévola sonrisa que forma el carácter particular del rostro pensativo del gran duque. Presentado una vez, el extranjero está convidado para siempre, y entonces viene solo á aquellos soires ó funciones reales, y esto con tanta libertad como podía ir á un baile público. Porque como es de etiqueta el no dirigir la palabra al gran duque, nadie toma la iniciativa de la palabra, y el invitado va, come, bebe y se marcha sin tener necesidad de hablar á nadie. Es decir, menos el pagar la entrada, como pudiera hacerlo en cualquiera fonda ó baile público.

Florenca tiene dos aspectos: su aspecto de verano y el de invierno. Es preciso, pues, permanecer un año en Florenca, ó pasar dos épocas opuestas para conocer la ciudad de las flores bajo su doble faz.

El verano en Florenca es triste y casi solitario: desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la vigésima parte de su población apenas bulle bajo un sol que cae á plomo por sus calles, con puertas y con ventanas cerradas: creeríase que era una ciudad muerta, y visitada únicamente por verse como el Herculano y Pompeya. A las cuatro baja el sol un poco, las sombras caen sobre las ardientes piedras, y á lo largo de las paredes enrojecidas, alguna ventana se entreabre tímidamente para recoger algun soplo de la brisa. Las grandes puertas se abren, las carreteras se ven pobladas de mugeres y niños que, se dirigen hácia las *Cachinas*. Los hombres en general, van aparte, en tiburí, á caballo ó á pie. Las *Cachinas*, yo escribo la palabra como la pronuncio, son el bosque de Boloña de París, el Prado de Madrid, menos el polvo, y ademas el fresco.

Se va allí por la puerta del Prado siguiendo una campiña de una media legua casi, plantada de hermosísimos árboles. Al final de aquella campiña se encuentra un casino perteneciente al gran duque. Delante de aquel casino hay una plaza que se llama la Piazzone. Cuatro calles van á dar á aquella plaza que presenta á los coches salidas cómodas.

Las *Cachinas* forman dos paseos, el paseo de verano y el de invierno. En el de verano se pasea por la sombra, y en el de invierno al sol. En el verano en el Prado, en el invierno en el Longo Arno.

Uno y otro de estos dos paseos son esencialmente aristocráticos; allí no se presenta nunca el pueblo. Una de las cosas particulares todavía en Toscana, es esa distinción de categorías que las clases inferiores mantienen con cuidado, lejos de tratar como en Francia de estinguir.

El paseo de verano es un gran prado de un tercio de legua de largo casi, y cien pasos de

ancho, todo guarnecido por sus lados con una cortina de grandes árboles que interceptan enteramente los rayos del sol. Estos árboles, que se componen de encinas verdes, de pinos, de acebuchos y enormes yedras, son los mas hermosos que jamás he visto, aun en los bosques de Francia y Alemania: allí hay una multitud de liebres y faisanes que se pasean mezclados con las gentes, y entre estos se reconoce á los cazadores. Estos apuntan á la caza con sus bastones.

En medio de toda aquella gente, y rodeado por los que no le conocen, vestido con una sencillez extrema, se pasea el gran duque acompañado de su muger, de sus dos hijos, de su hermana, y de la gran duquesa viuda: otras dos ó tres niñas muy hermosas que componen el resto de la familia andan saltando alegremente bajo el cuidado de sus ayas.

El gran duque es un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, tiene ya los cabellos encanecidos por el trabajo, porque el gran duque, toscano de corazón, pero alemán en el alma, trabaja de ocho á diez horas al día. Lleva habitualmente la cabeza un poco baja hácia el pecho, y cada diez pasos la levanta para saludar á los que pasan. A cada saludo, su rostro tranquilo y pensativo, se ilumina con una sonrisa llena de benevolencia. Esta sonrisa es peculiar suya, no se ha visto mas que en él.

La gran duquesa le da ordinariamente el brazo. Su vestir es sencillo, pero siempre elegante. Es una princesa de Nápoles, graciosa como lo son en general las princesas de la casa de Borbon, y que seria hermosa en todas partes, porque su belleza no tiene tipo particular. Es una cosa buena y distinguida; sus espaldas y sus brazos sobre todo, podían servir de modelo á un estatuario.

Las dos jóvenes princesas vienen detrás, hablando siempre con la gran duquesa viuda que ha formado su educacion, ó con su tia. Son hijas de su primer matrimonio, lo que se ve fácilmente porque la gran duquesa parece hermana mayor de ellas. Tienen las dos esa hermosura alemana cuyo carácter principal es la dulzura. Únicamente el tallo débil de la mayor suscita algunos temores, dicen, al cuidado paternal. Pero Florenca es una buena y dulce madre: Florenca la mecerá tan bien á su dulce sol que la curará.

Hay algo de interesante y patriarcal en ver á una familia soberana mezclada así con el pueblo, deteniéndose á cada veinte pasos para hablar con los padres y para abrazar los niños. Esta vista me recordaba á nuestra pobre familia real encerrada en su castillo de las Tullerías como en una prision, temblando cada vez que salía el rey, á la idea de que sus negros caballos, por rápidos que sean, podrán no volver sino con un cadáver.

Mientras que se pasea, los carruages aguardan en las calles adyacentes. Hácia las seis cada uno vuela á subir en el soyo, y los co-

cheros toman por sí mismos y sin que se les diga adonde, el camino de Piazzonne, y allí se detienen aun sin necesidad de que les siga coche alguno.

Es que el Piazzonne de Florencia ofrece lo que no ofrezca tal vez ciudad alguna, y es una especie de tertulia al aire libre, donde cada cual recibe y hace sus visitas. No hay que decir que los visitantes son hombres: las mugeres permanecen en los carruages: los hombres van del uno al otro, hablando á la portezuela, estos á pie, aquellos á caballo, algunos mas intimos subidos sobre el estribo.

Allí es donde se arreglan las intriguillas de la vida, donde se echan las ojeadas, donde se dan las citas.

En medio de todos aquellos carruages pasan las floreras echando ramos de rosas y violetas, de que al día siguiente por la mañana irán al café á pedir el precio á los hombres presentándolos un jacinto. Además, llegado este día siguiente paga el que quiere: las flores no son caras en Florencia: Florencia es el país de las flores. Preguntádselo sino á Benvenuto Cellini.

Allí se está hasta las ocho. A las ocho se levanta una ligera niebla del fondo del prado. Aquella niebla es el origen de todo mal: encierra la gota, el reumatismo, la ceguera: sin aquella niebla los florentinos serian inmortales. Así han sido castigados por el pecado de nuestro primer padre. Así á la vista de aquella niebla se dispersa cada grupo, se interrumpe cada conversacion, echa á andar cada carruage, y solo quedan tres ó cuatro carretelas de estrangeros que no siendo del país no conocen aquella terrible nieblecilla, ó que si la conocen no tienen miedo.

A las nueve los rezagados dejan el Piazzonne y dan su vuelta hácia la ciudad. A la puerta del Prato hallan una segunda tertulia: la niebla no llega hasta allí. Desde la puerta del Prato se la desafía, se hace burla de ella: el calor que el sol ha comunicado á las piedras de las murallas, y que conservan una parte de la noche, la rechaza. Allí se permanece hasta las diez y media. Únicamente á las diez la gente arreglada se retira. A las diez se baja el puente levadizo, y es preciso dar dos reales para hacerlo levantar.

A las once casi siempre los florentinos están ya en su casa, á menos que no haya funcion en casa de la condesa de Mencini. Solo los estrangeros recorren la ciudad á la luz de la luna hasta las dos de la madrugada.

Pero si hay funcion en casa de la condesa Mencini, todo el mundo va allí.

La condesa Mencini ha sido una de las mugeres mas hermosas de Florencia, y todavía es una de las de mas talento: es una Pandolfini, es decir, una de las mas grandes damas de la córte de Toscana. El papa Julio II regaló á uno de sus abuelos su lindo palacio edificado por Rafael. En este palacio habita, y

en el jardin contiguo da sus funciones. Se verifican en los cuatro domingos de julio. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo las aguarda, todo el mundo se prepara; tanto que de grado ó por fuerza tiene que darlas: habria un motin si no las diese.

Estas cuatro funciones de noche son las mas lindas funciones que pueden verse. Figuraos un delicioso palacio, ni muy grande ni muy pequeño, como cada uno de nosotros quisiera tener uno, ora sea principe ó artista, amueblado con perfecto gusto, con los mas esquisitos muebles de capricho que hay en toda Florencia, iluminado *a giorno*, como se dice en Italia, abriéndose por todas partes y por todas sus ventanas sobre un jardin inglés, cuyos árboles en lugar de fruta llevan centenares de farolitos de colores. En los cenadores y bosquecillos de aquel jardin grupos de cantores ó instrumentistas, y en las calles quinientas personas paseándose, que van y vienen, alimentando un baile que se ve deliciosamente saltar á lo lejos, y una estufa llena de naranjos y camelias.

Fuera de algunos conciertos en la Filarmónica, algunos *soirés* improvisados para un aniversario ó nacimiento de casa patronal, algunas representaciones extraordinarias de ópera en la Pérgola, ó de prosa en la Cocomeira, esta es Florencia en verano en cuanto á la aristocracia. En cuanto al pueblo tiene las iglesias, las procesiones, los paseos al Parterre, y sus conversaciones en las calles y á las puertas de los cafés, que no se cierran ni de día ni de noche; advirtiéndose además que todas las gentes tienen un aire de fiesta, con un abandono de pereza y de buen vivir, aprovechando cada placer que pasa sin inquietarse por su duracion, y dejándolo como si lo hubiese tomado para esperar otro. Oyóse una noche un gran estrépito. Dos ó tres músicos de la Pérgola al salir del teatro habian tenido la idea de irse á su casa tocando un wals: la poblacion diseminada por las calles se habia puesto á seguirlos walsando: los hombres que no habian encontrado pareja walsaban con otros hombres: quinientas ó seiscientas personas tomaron así el placer del baile desde la plaza del Duomo hasta la puerta del Prato, donde vivia el último músico: habiendo entrado en su casa el último músico, los walsadores se volvieron agarrados del brazo cantando el aire sobre el que habian walsado.

LA PERGOLA.

Florencia presenta en el invierno un aspecto enteramente particular: es una ciudad de baños, menos las aguas. La temperatura se

divide en dos fases muy distintas, y casi siempre perfectamente cortadas: se tiene un sol magnífico, ó llueve á torrentes. Este tiempo cubierto, nebuloso y húmedo, que forma el fondo de nuestra atmósfera tres ó cuatro meses del año, allí es desconocido.

Si hace buen día, á la una todos los coches salen, menos los coches florentinos cuyos amos temen mucho las variaciones de invierno, y se dirigen á las *Cachinas*. No se echa de menos la ausencia de los florentinos, porque los coches extranjeros bastarian para el gasto cotidiano de Longchamps ó de los Campos Eliseos. Unicamente en lugar de bajar al Prado y á la sombra, se deja á las liebres y á los faisanes aquel paseo demasiado frio y demasiado húmedo, y se baja á *Longo Arno*.

Longo Arno, como lo indica su nombre, es un paseo á lo largo del Arno. A la izquierda estiende el río; á la derecha la cortina de verdes encinas, de pinos y de yedra que separan aquel páseo. Allí es donde se viene á beber, en lugar de un agua termal infecta, ese dulce sol de Italia siempre tibio y risueño. Como el camino es muy estrecho, allí se roza la gente como en el pasaje de la Opera. Unicamente la poblacion allí es estremadamente variada: cada grupo que cruza, que os tropieza con el codo, ó que pasa por delante de vosotros, habla una lengua diferente. Allí, contra su costumbre, no están en mayoría los ingleses, los aventajan los rusos: lo que es un gran consuelo para los franceses que pueden creerse todavía, olvidando aquel hermoso sol y aquel magnífico horizonte de montañas sembrado de villas ó casas de campo, en medio de la mejor y mas elegante sociedad de las Tullerías.

Entre aquellos numerosos paseantes, pero solamente mas apretados, mas codeados, mas saludados que los demas, pasa el gran duque y su familia: toda su guardia consiste en dos ó tres criados que se ponen bastante lejos para no oír la conversacion.

Del *Longo Arno* se vuelve á hacer la estacion obligada á Piazzona. Allí solo se halla, desafiando lo que se llama los rigores de la estacion, algunos florentinos afrancesados, demasiado enamorados para temer el frio, ó demasiado jóvenes para temer los reumatismos. En cuanto á los florentinos, es raro ver mas de dos ó tres en los mas hermosos dias, que no hacen la estacion sino un instante, y precisamente el tiempo indispensable para hacer el arreglo de lo que han de hacer ó por la noche ó por la mañana siguiente.

En la *Pérgola* vuelven á encontrarse. La *Pérgola* es el teatro de Florencia. Todos los florentinos, ó los extranjeros en la capital de la Toscana, del mes de octubre al de marzo se abonan á la *Pérgola*: es una cosa de que nadie puede dispensarse. Comeis en la mesa redonda ó en el *restaurant* de la Luna, comeis en vuestra casa los macarrones y el *bacala*, nadie se ocupa de vuestros asuntos; pero tenéis un pal-

co en una de las tres nobles filas, ese es negocio de todo el mundo: un palco y un carruaje son las *indispensabilidades* de Florencia.

El que tiene palacio y carruaje es un gran señor; el que no tiene ni palco, ni carruaje, aunque se llame Rohan, Corsini, Poniatouski, ó Noailles, no es mas que un perdido. Arreglaos segun esto: y si vais á Florencia, apartad en vuestro bolsillo la cantidad del palco y del carruaje, como al ir á Roma y á Nápoles se aparta una cantidad para los ladrones. Ademas, carruages y palcos no son caros en Florencia, se tiene un carruaje al mes por doscientos cincuenta francos, y un palco por la temporada mediante cien piastras. Agregad á todo esto que el palco en Florencia vale cuatro veces su valor, no por el espectáculo, nadie se ocupa del espectáculo en Florencia, sino por la sala: y entiendo por la sala, los espectadores.

En efecto, la *Pérgola* en donde se cruzan todos los fuegos de la coqueteria femenina, pero, como en el paseo, las florentinas están en minoría. La mayoría la componen las extranjeras que vienen de París, de Londres y de San Petersburgo, esperando confundir á sus rivales bajo el peso de cuanto hay de mas nuevo en las tres capitales. Las francesas con su simple elegancia; las inglesas con sus plumas sin fin, y sus vestidos ricos y chillones; las rusas con sus hitos de brillantes y sus rios de turquesas. Pero las florentinas tienen con que hacer frente á todo; salen de los viejos armarios esculpidos de sus antepasados olas de guipour del punto de Inglaterra, puñados de diamantes propios de príncipes ó de pontífices, trasmitidos de padres en hijos; ricos brocados como el Veronés ponía á sus reyes magos; escriben á la señorita Bandran que les envíe todo esto convertido en vestidos, y aguardan tranquilas el resultado de la campaña. Resulta de aquí que en pocas grandes capitales hay un lujo de tocador igual al de Florencia. Compréndase lo que será la pobre ópera en medio de tan graves intereses. Los anteojos y los gemelos van de un palco á otro: hácia la escena nunca: á no representarse alguna ópera nueva y desconocida, se habla casi durante todo el tiempo que dura. Yo no conozco mas que *Roberto el diablo* que haya venido durante treinta ó cuarenta representaciones seguidas á establecer una tregua de Dios entre los combatientes.

En cambio se esucha religiosamente el baile. Compónese de sextas ó séptimas bailarinas parisienses: pero estas señoritas remedian la debilidad de su talento por lo corto de sus vestidos; bailan tan pronto de puntillas, tan pronto sobre el talon, estropeando los pasos, faltando á los equilibrios, pero arreglándolo todo con una pirueta. Una pirueta es en el fondo del baile como el *Legno y Robba* en el fondo de la lengua; cuanto mas

duro mas aplaudido es: asi es que hay pocos trompos y peonzas... que puedan rivalizar con los bailarines florentinos. Gansarian á un faquir.

Desgraciadamente el bailarín está muy de moda en los bailes de la Pérgola, y no les cede á las mugeres ni en las obscenas posturas, ni en las prolongadas piruetas. Esto es tal vez muy hermoso como arte, pero es muy feo como realidad.

Otra singularidad de la Pérgola es el privilegio que tienen los curtidores, los pellejeros, y en general todos los que manejan el cuero, de venir á romperse la cabeza para mayor diversion de los espectadores. ¿A qué época remonta este privilegio? ¿Qué circunstancia ha dado lugar á él? ¿Qué bella accion está encargada de recompensar? Esto es lo que ignoro; pero el privilegio existe; este es el hecho. En consecuencia, y con tal que se vistan á su costa estos estraños comparsas, pueden venir á figurar tal cosa, que no dejan de hacer, mientras que hay todos los trabajos del mundo para tener otros figurantes pagados: en virtud del mismo privilegio no se mezclan con el vulgo; entran á parte, y sus ejercicios duran de un intermedio á otro. Ejecutan grupos, combates y cabriolas semejantes á los de los alcides, menos en la fuerza, y á los de los venecianos menos en la ligereza. Estos grupos, y estos combates y estas cabriolas ademas, son siempre muy aplaudidas: y la honrosa corporacion y gremio de curtidores y pellejeros llevan su buena parte de aplausos en la noche.

A veces en medio de una cavatina, ó de un paso doble, una campana con agudo y triste son se deja oír; es la campana de la Misericordia: oída bien, si da una campanada es por un accidente ordinario; si da dos campanadas es por un accidente grave; si da tres golpes es para un caso de muerte. Entonces veis aclararse los palcos, y sucede frecuentemente que aquel con quien hablais, si es florentino, se excusa de dejaros en medio de la conversacion; toma su sombrero y se larga. Os informais de qué quiere decir aquella campana, y de qué proviene el efecto que produce; y os responden entonces que es la campana de la Misericordia, y que aquel con quien hablais, siendo hermano de la Misericordia, va á cumplir con su piadoso deber.

La cofradia de la Misericordia es una de las mas bellas instituciones que existen en el mundo. Fundada en 1244 con motivo de las frecuentes pestes que desolaron la Italia en el siglo XVIII, se ha perpetuado hasta nuestros dias sin alteracion ninguna, si no en sus detalles al menos en su espíritu. Se compone de setenta y dos hermanos llamados gefes de guardia, los cuales están de servicio cada cuatro meses. Estos setenta y dos hermanos están divididos asi: diez prelados ó sacerdotes graduados; veinte prelados ó sacerdotes no

graduados; catorce caballeros y veinte y ocho artistas. A este núcleo primitivo, representando las clases aristocráticas y las artes liberales, están agregados ciento cinco jornaleros para representar el pueblo.

La sede de la cofradia de la Misericordia está colocada en el Duomo. Cada hermano tiene allí marcado con su nombre un cajon encerrando una túnica negra parecida á la de los penitentes, con aberturas únicamente en la boca, á fin de que su buena accion tenga el mérito del incógnito. Inmediatamente que llega la noticia de un accidente cualquiera al hermano que está de guardia, toca la campana de alarma segun la gravedad del caso, una, dos, tres campanadas, y al sonido de aquella campana todo hermano, en cualquier parte que se halle, debe retirarse en el instante mismo y acudir á la cita. Allí sabe cuál es la enfermedad que le llama, ó el padecimiento que le reclama; se pone su túnica, se planta una gran caperuza, coge una vela en la mano y va do quiera se lamenta una voz: si es un herido lo lleva al hospital; si es un muerto lo lleva á la capilla: gran señor y hombre del pueblo, entonces vestidos con la misma túnica, echan mano á la misma litera, y el eslabon que reúne estas dos estremidades sociales es un pobre enfermo, que no conociendo ni el uno ni el otro, ora igualmente por los dos.

Despues, cuando han dejado los hermanos de la Misericordia la casa, los niños, cuyo padre acaban de recoger, la muger, cuyo marido acaban igualmente de llevarse, no tienen mas que mirar en torno de ellos, y sobre algun mueble viejo encontrarán una piadosa limosna depositada por una mano desconocida.

El gran duque hace parte de la asociacion de los hermanos de la Misericordia, y se asegura que mas de una vez á la llamada de la fatal campana ha llegado á revestirse aquel uniforme de la humanidad, y á penetrar desconocido al lado de los obreros hasta la cabecera de algun pobre moribundo, en cuya casa, despues de su marcha, su presencia no ha sido descubierta sino por el abundante socorro que en ella ha dejado.

Los hermanos de la Misericordia deben tambien acompañar los reos al cadalso. Pero como desde el advenimiento al trono del gran duque Fernando, padre del actual soberano, la pena de muerte se halla casi abolida, están libres de esta penosa parte de sus tareas.

Llenado su deber, cada hermano vuelve á la plaza del Duomo; deposita en la casa su misericordiosa túnica, su vela, su caperuza, y vuelve á sus negocios ó á sus dulzuras, casi siempre aligerado de algunos *francesconi*. Volvamos á la Pérgola, de que por un instante nos ha separado la campana de la Misericordia.

Concluido el baile se canta el segundo acto; porque en Italia, para dar á los cantantes tiempo de descansar, el baile se ejecuta entre

los dos actos. Como en general se ocupan poco de la ópera, nadie se queja de esta solución de continuidad. Solo los extranjeros se admiran al pronto, pero luego se acostumbran; y ademas no se habita tres meses en Florencia sin que ya se toscanice uno en las tres cuartas partes.

Florencia es en todos tiempos lo que era Venecia en tiempo de Cándido: la cita de los reyes destronados. A la primera representación de las *Visperas Sicilianas*, en efecto, vi yo á la vez en el teatro al conde de San Leu, ex-rey de Holanda; al príncipe de Montfort, ex-rey de de Westfalia; al duque de Luca, ex-rey de Etruria; á madama Cristóbal, ex-reina de Haití; al príncipe de Siracusa, ex-virey de Sicilia; y en poco ha estado que esta ilustre sociedad de testas descoronadas no se hubiese completado por Cristina, la ex-regenta de España.

Verdad es que la ópera que se representaba era del príncipe Poniatouski, cuyos antepasados habian sido reyes de Polonia. Como se ve, la Toscana ha arrebatado á la Francia el privilegio de ser el asilo de los reyes desgraciados.

Despues de la Pèrgola hay siempre algunas tertulias rusas é inglesas ó florentinas, donde se va á terminar la noche comenzada en las Cachinas ó en la Pèrgola.

Esta es Florencia en el invierno para la aristocracia.

En cuanto al pueblo toscano, mas feliz que el pueblo parisien, el invierno no es para él una estacion en la que tiene frio y hambre: es, al contrario, como para la nobleza, una época de placer. Como los grandes señores tiene dos teatros de ópera, á los que va por cinco cuartos y donde oye á Mozart, Rossini y Meyerbeer, y los que, como grandes señores, tienen su Stentarello que va á aplaudir por dos *graci*. Stentarello es en Florencia lo que el *Ioeriso* en París, lo que el *Cassandra* en Roma, lo que el *Polichinela* en Nápoles, lo que el *Gerlamo* en Milan, es decir, el gracioso nacional eterno é inamovible, que hace trescientos años tiene el privilegio de hacer reír á los antepasados de trescientos años, y todavia, segun todas las probabilidades, tendrá el honor de hacer reír á los descendientes. Stentarello, en fin, es de aquella ilustre familia de graciosos que con grande pesar van desapareciendo de las escenas, por nuestras conmociones políticas y revoluciones literarias.

Lo que choca en Florencia como una costumbre particular de la ciudad, es la ausencia de un marido. No hay que buscar al marido en el carruaje ó en el palco de su muger; es inútil, no está allí.—¿Dónde está?—No lo sé: en cualquier otro palco ó en otro carruaje. En Florencia el marido parece al anillo de Giges; es invisible. Hay muger en la sociedad que he encontrado tres veces al día durante seis meses, y al cabo de este tiempo la creía

viuda, cuando por casualidad en la conversacion supe que tenia un marido, que este marido existia real y positivamente y vivia en la misma casa que ella. Entonces busqué al marido, pregunté por él á todo el mundo, me empeñé en verlo. Trabajo perdido; tuve que marcharme de Florencia sin haber tenido el honor de conocerle, con la esperanza de ser mas feliz en otro viage.

No sucede esto en los matrimonios jóvenes; se adelanta una generacion que se separa en este punto de las tradiciones paternas, y se les cita como de fecha de veinte y cinco años el último contrato de un matrimonio en que se inscribió por parte de los parientes de la casada la estraña reserva que dejaba á su hija el derecho de escogerse un caballero *servente*.

Puesto que hemos soltado la palabra, será preciso que hablemos un poco del caballero *servente*. Ademas, si no dijese nada de él, se creeria tal vez que habia mucho que decir.

En las grandes familias donde las alianzas en lugar de ser matrimonios de amor, son casi siempre uniones de conveniencia, sucede despues de un tiempo mas ó menos largo, que viene el cansancio y el fastidio, y se siente la necesidad de una tercera persona: el marido está taciturno y brutal, la muger ágría y quimerista: los dos esposos no se hablan sino para hacerse mútuas recriminaciones y se hallan á punto de detestarse.

Entonces se presenta un amigo: la muger le cuenta sus dolores; el marido le cuenta sus fastidios, cada cual echa sobre él una parte de sus pesares, y se siente aliviado de la parte que acaba de descargar en un tercero: hay mejora en el estado de las partes.

Pronto el marido conoce que su mal grande contra su muger era la obligacion contrainda tácitamente por él de llevarla á todas partes consigo: la muger por su parte comienza á conocer que la sociedad á que la lleva su marido no es insoportable sino porque se ve obligada á ir á ella con él. Cuando llegan á este punto ambas partes se aproximan á comprenderse.

Entonces se dibuja el papel del amigo: se sacrifica por los dos: su abnegacion es su virtud. Gracias á su sacrificio el marido puede ir á donde le dé la gana con su muger. Gracias á su sacrificio la muger queda en su casa sin fastidiarse mucho: vuelve el marido risueño y encuentra risueña á su muger.

¿A quién debe el uno y el otro este cambio de humor? Pero el amigo reducido á este papel, podria cansarse y vendria á recaerse en la primera posicion, posicion reconocida perfectamente como insoportable. El marido tiene antiguos derechos de los que no se cuida y de los que no sabe qué hacer: no quiere darlos, pero uno á uno se los deja quitar. A medida que el amigo le sustituye, se siente con mas comodidad en la casa: el amigo es

caballero *servente* en el título, y el triángulo equilátero se establece así poco á poco con satisfaccion de todos.

Esta no es la historia de la Italia particularmente; es la historia de todos los países del mundo: solo que en todos los países del mundo se oculta por hipocresía ó por orgullo: en Italia se deja ver por hábito y por indolencia. Pero lo que solo sucede en Italia, por ejemplo, es que esta relacion sea el verdadero matrimonio, y que casi siempre la felicidad perdida con el primero es guardada con el segundo. En efecto, relacionados así una vez la dama y su caballero, cuanto mas público es este arreglo, mas duradero es necesariamente. Ahora ¿no vale mas tomar públicamente un amante y conservarlo toda su vida, que cambiar continuamente cada ocho días, todos los meses, todos los años, como está en costumbre en otros países que conozco y que no nombro?

¿Pero qué figura hacen los maridos italianos?

Se responderá con un pequeño diálogo.

—Señor D...., decia el emperador á uno de sus cortesanos; me aseguran que sois cornudo. ¿Por qué no me lo habeis dicho?

—Señor, respondió Mr. D...., porque he creído que eso no interesaba á mi honor ni al de V. M.

Los maridos italianos son del parecer de Mr. D....

Desgraciadamente este arreglo interior, que por mi cuenta hallo que en el momento que conviene á los tres interesados es muy sencillo, muy natural, y aun diria casi moral, no se ejecuta sino á espensas de la hospitalidad. En efecto, se comprende cuán incómodo debe de ser que penetre la mirada investigadora de un extranjero, y sobre todo de un francés, desde el salon á la alcoba, y que con su ligereza y su habitual indiscrecion se vaya, apenas ha dejado á Florencia, á dar gracias por la publicidad de la vida privada de las familias, que por la recomendacion de un amigo le han acogido como un amigo. El desconocido no habrá, sin embargo, pisado la casa de los que así le han recibido, sino para dejar la turbacion en pago de las finezas y atencion que les ha merecido. Resulta, si esto es verdad, que el extranjero amablemente acogido en un principio, ó bajo la fé de su nombre solo, ó por una carta que le ha asegurado la introduccion, despues de la invitacion ordinaria á las comidas y á los bailes, permanece durante un año en Florencia extraño para los florentinos. De aqui la ausencia completa de esas buenas y gratas conversaciones á la chimenea, ó despues de una noche toda pasada en hablar, el irse ignorando perfectamente lo que ha podido decirse, pero sabiendo por el deseo mismo que tienen en renovarlas á la mañana siguiente, que no se ha fastidiado ni un instante. Pero todavia si esto se quiere, la

culpa no es seguramente de los florentinos, sino de la indiscrecion y de la ingratitud francesa.

SANTA MARÍA DE LAS FLORES.

Nuestro primer cuidado al llegar á Florencia habia sido entregar en el palacio Corsini, Poniatouski y Martellini las cartas de recomendacion que teniamos para sus ilustres dueños. En el mismo dia nos enviaron billetes de invitacion, ó de *soirés*, ó de bailes, ó de comidas. El principe Corsini, entre otros, nos hizo invitar á ver en el balcon de su casino la carrera de los *Barberi*, y desde los salones de su palacio la iluminacion y los conciertos sobre el *Arno*.

En efecto, venian las fiestas de San Juan y sentia bajo la calma florentina la alegre agitacion que precede á las grandes solemnidades.

Sin embargo, solo nos quedaban dos ó tres dias de intervalo entre el en que estábamos y el en que debian comenzar las fiestas. Resolvimos emplearlos en visitar los principales monumentos de Florencia.

Mis dos primeras visitas al llegar á una ciudad son ordinariamente la catedral y la casa de ayuntamiento. En efecto, toda la historia religiosa y política de un pueblo se halla ordinariamente agrupada en derredor de estos monumentos. Provisto de mi guia de Florencia, de *Vasari* y mis Repúblicas italianas de Sismondi, di la orden á mi cochero de que me llevase al *Domo*. Alteré un poco el orden cronológico siendo la fundacion del *Domo* posterior en una docena de años al Palacio viejo; pero era justo que comenzase por el Señor del cielo antes que por las señorías de la tierra.

Hácia el año de 1294 la república florentina gozaba, gracias á su nueva constitucion, de una profunda tranquilidad. Al mismo tiempo que hacia cercar la ciudad con un nuevo recinto, revestir de mármol el baptisterio de San Juan, edificar su Palacio viejo, y levantar la torre de San Miguel, resolvió hacer reedificar con una magnificencia digna de ella, y por consecuencia sobre las mas amplias proporciones, la antigua catedral dedicada entonces á San Salvador, despues á Santa Reparata. En su consecuencia el ayuntamiento se reunió y dió este decreto:

«En atencion á la alta prudencia con que un pueblo de grande origen debe proceder en sus negocios de modo que se reconozca en lo que ha hecho que es poderoso y de espíritu,

mandamos á Arnolfo, maestro y gefe de nuestro comun que haga el modelo y el dibujo de reconstruccion de Santa Reparata con la mas alta y mas suntuosa magnificencia que pueda, á fin de que esta iglesia sea tan grande y tan hermosa, cuanto puedan edificarla el poder y industria de los hombres: porque ha sido dicho y aconsejado por los mas discretos de la ciudad en asambleas públicas y privadas que no emprenda las cosas el comun, sino está acorde en llevarlas al mas alto grado de grandeza, como conviene hacer por el resultado de las consideraciones de una reunion de hombres libres movidos por una única y sola voluntad; la grandeza y la gloria de la patria.»

Arnolfo-di-Cape tenia que luchar con un terrible predecesor que habia recorrido la Italia dejando por do quiera monumentos espléndidos ó poderosos.

Era Buono, escultor y arquitecto, uno de los primeros cuyo nombre ha sido pronunciado en la historia del arte. En efecto, Buono, desde la mitad del siglo XII habia construido en Ravena muchos palacios é iglesias, los que le habian creado una reputacion tan grande y tan noble que habia sido sucesivamente llamado á Nápoles para levantar allí el palacio la Capouau y el palacio de Oeuf: en Venecia para fundar allí el campanillo de San Márcos: en Pistoya para hacer la iglesia de San Andrés: en Arezzo para construir el palacio de la señoría y en Pissa para fundar á medias con Bonuanno aquella famosa torre inclinada que causa todavia terror y admiracion á los viajeros.

Arnolfo no se asustó del paralelo, y á pesar de la envidia natural de la humanidad, que aumenta siempre la reputacion de los muertos para rebajar la de los vivos, animado con el triunfo que habia conseguido en la ejecucion de la iglesia de Santa Cruz que acababa de terminar, se puso atrevidamente á trabajar é hizo un modelo que reunió con tanta uniformidad los detalles, que se decidió que inmediatamente se pusiera en práctica.

En efecto, despues del trabajo preparatorio para separar de los cimientos un manantial de agua viva, al que se atribuian los temblores de tierra que habian conmovido muchas veces la antigua basilica, se colocó la primera piedra en 1298 por el cardenal Valeriano, enviado espresamente por el papa Bonifacio VIII, el mismo que entrando en el pontificado como un zorro, debia, dice su biógrafo, mantenerse en él como un leon y morir como un perro.

Comenzó, pues, á levantarse la nueva catedral bajo la preciosa invocacion de Santa Maria de las Flores, nombre recibido, dicen unos, en recuerdo del campo de rosas sobre que fué construido Florencia, y otros en honor de las flores de lis, de que se componen sus armas. Asegúrase que entonces, viendo salir magestuosamente su obra de la tierra y

previendo su futura grandeza, exclamó Arnolfo:

—Yo te he preservado de los temblores de tierra: ¡Dios te preserve del rayo!

El arquitecto lo habia calculado todo para la ejecucion del Domo, escepto la brevedad de su vida. Dos años despues de colocada la primera piedra, murió Arnolfo dejando su construccion, comenzada apenas, en manos del Giotto, que al primitivo dibujo añadió el campanillo.

Pasáronse todavia los años. Tadeo Gaddi sucedió á Giotto, Andrés Organna á Gaddi y Felipe á Andrés Organna, sin que ninguno de estos se hubiese atrevido á comenzar la ejecucion de la cúpula. Habia ya gastado el monumento cinco arquitectos y todavia estaba sin concluir, cuando en 1447 Felipe Brunaleschi emprendió aquella gigantesca obra, que no habia tenido modelo en lo pasado sino en Santa Sofia de Constantinopla, y que no debia tener rival en el porvenir sino en San Pedro de Roma: y la obra salió tan bien de manos del sublime artista que cien años despues, Miguel Angel, llamado á Roma por el papa para suceder á Bramante, dijo al echar su última ojeada sobre la cúpula enfrente de la que habia prevenido su sepulcro para verla aun despues de muerto:

—Adios: voy á tratar de hacer tu hermana, pero no espero hacer tu rival.

El Domo no quedó terminado. Bacchio de Armolo estaba ejecutando su galeria exterior cuando una chanzoneta de Miguel Angel se la hizo abandonar; por último, en el momento de colocar el mármol en la fachada se notó que faltaba dinero al tesoro. Diez y ocho millones habia costado la ereccion del monumento. Interrumpiéronse los trabajos y no fueron continuados despues. Unicamente con motivo del matrimonio de Fernando de Médicis con Violante de Baviera, algunos pintores bávaros cubrieron de frescos la fachada blanca y desnuda. Estas son las pinturas cuyos restos, casi enteramente borrados, se ven hoy.

Tal como está el todo sin concluir y como la han dejado las vicisitudes porque pasan los monumentos como los hombres, el Domo, incrustado todo de mármol blanco y negro, con sus ventanas adornadas de columnas en espiral, de pirámides y de estatuillas, sus puertas coronadas de esculturas de Juan de Pisa ó de mosaicos de Guirlandajo, es todo una obra maestra que, á ruegos de su primer arquitecto, los temblores de tierra y el rayo han respetado. Su primer aspecto es magnífico, completamente espléndido, y nada es tan hermoso como dar un paseo á la luz de la luna, al rededor del coloso incrustado en medio de su plaza como un gigantesco leon.

El interior del Domo no corresponde á lo exterior; empero los recuerdos históricos ennoblecen la pobreza de sus paredes y la desnudez de sus bóvedas.

A derecha é izquierda al entrar, á una altura de veinte pies casi, hay dos monumentos: el uno pintado sobre la pared por Pablo Vecello, y el otro ejecutado en relieve por Jacobo Organna representando los dos mas grandes capitanes que ha tenido á su sueldo la república florentina. El fresco está consagrado á Juan Auend, célebre condottiero inglés de nacion que pasó del servicio de Pisa al de Florencia. El bajo relieve representa á Pedro Farnesio, el célebre general florentino que llegado el 29 de marzo de 1565, ganó en el mismo año á los pisanos la célebre batalla de Piero.

Está escogido el momento por la estatuaría en que Pedro Farnesio habiendo sido muerto su caballo, montó sobre un mulo, y con la espada en la mano á la cabeza de sus coraceros, cargó con esta extraña montura.

En cuanto á Juan Auend, como pronuncian los italianos, ó Juan Hawkwood, como escriben los ingleses, era como hemos dicho, un célebre condottiero á sueldo del papa: terminado noblemente su compromiso con el Santo Padre, Auend halló ventajoso pasar al servicio de la magnífica república, y fué en 1377 el mas firme apoyo de los que habia combatido hasta entonces, á quienes sirvió hasta el 13 de marzo de 1594, es decir, cerca de veinte años.

Durante aquel período habia trabajado tanto por el honor y la prosperidad de Florencia, que aunque murió de muerte natural en una posesion que habia comprado cerca de Cortona, la señoría le hizo sepultar en la catedral. Como se deja bien conocer, no era por sus obras de santidad por las que Juan Hawkwood habia merecido semejante monumento. Juan Hawkwood era al contrario poco respetuoso con los religiosos, y ademas trascendia á herege desde una legua. Un dia habiendo ido á verle dos frailes legos á su castillo de Monteschio:

—Dios os dé la paz, le dijo uno de los dos frailes.

—El diablo te dé la limosna, respondió Auend.

—¿Por qué nos quereis tan mal que nos decis eso? preguntó entonces el pobre lego asustado con semejante respuesta.

—¡Pardiez! respondió Auend; ¿no sabeis que yo vivo de la guerra, y que la paz que deseais me haria morir de hambre?

Otro dia habiendo abandonado el saqueo de Faenza á sus gentes, entró en un convento en el momento en que dos de sus mas valientes oficiales, disputándose una pobre religiosa arrodillada á los pies de un crucifijo, acababan de echar mano á la espada para saber á cuál de los dos debía pertenecer. Auend no trató de convencerlos; sabia bien que era cosa inútil con las gentes con quien tenia que habérselas. Se fué derecho á la religiosa y la dió de puñaladas. El medio fué eficaz; al aspecto del

cadáver los dos capitanes volvieron á envainar las espadas.

Asi, Paolo Vecello, á quien se habia encargado la ejecucion de la pintura, se guardó de poner el simulacro del ilustre muerto en actitud de arrepentimiento ó de oracion: lo colocó buenamente sobre un caballo de batalla, á quien, con gran disgusto de los sabios, hizo levantar á la vez el pie derecho de delante y el pie derecho de detrás. Durante tres siglos y medio disputaron y discurrieron los sabios sobre la imposibilidad de aquel modo de andar, y dijeron que de todo el género animal solo pertenecia á los osos. Solo algunos años despues un miembro del Jokey-Club exclamó viendo el fresco de Paolo:

—¡Toma! este es el paso de andadura.

Esta exclamacion puso á todos los sabios acordes. Algunos pasos mas adelante de Auend, hay un retrato del Dante. Este es el único monumento que la república ha consagrado al Homero de la edad media.

No hablemos una palabra de él; tendremos tantas veces ocasion de citarle como poeta ó historiador, que nuestros lectores nos permitirán que les cojamos de las manos y les hagamos dar una vuelta al rededor del coloso.

Nació Dante, como hemos dicho, en 1265 el quinto año de la rebelion gibelina. Era el vástago de una noble familia de quien él mismo ha tenido cuidado de indicarnos la genealogía en el quinto canto de su Paraíso. El tronco de aquel árbol, de quien él fué la rama de oro, era Caccio Grinda-de-Shel, que habiendo tomado por muger á una jóven de Ferrara de la casa de los Alighieri, añadió á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de su muger, y despues fué á morir á Tierra Santa, caballero en la milicia del emperador Conrado.

Jóven todavia, perdió á su padre. Educado por su madre, que se llamaba Vella, fué su educacion la de un cristiano y la de un caballero. Brunetto Catini le enseñó las letras latinas: en cuanto á las letras griegas afortunadamente no estaba muy en moda todavia, sin lo que en lugar de su Divina Comedia Dante hubiera hecho sin duda un poema como la Eneida: en cuanto al nombre de su maestro en la caballería se ha perdido, aunque la batalla de Campoldino ha probado que habia recibido nobles lecciones.

Adolescente, estudió la flosofía en Florencia, Bolonia y Pádua. Hombre, fué á Paris y aprendió alli la teología. Despues volvió á su bella Florencia, donde ya habia nacido la pintura y la estatuaría, y donde le aguardaba la poesia para nacer.

Era presa entonces Florencia de las guerras civiles. La alianza del Dante con una muger de la familia de los Donati, le arrojó en el partido güelfo. Dante era uno de aquellos hombres que se lanzan en alma y cuerpo en un partido: asi le vemos en la batalla de Cam-

podino cargar á caballo á los gibelinos de Arezzo, y en la guerra contra los pisanos montar el primero en la brecha del castillo de Caprona.

Después de esta victoria obtuvo las primeras dignidades de la república: catorce veces fué nombrado embajador; catorce veces llevó á cabo la misión que se le había confiado. En el momento de ir á una de las embajadas, fué cuando abarcando con su mirada los sucesos y los hombres, y encontrando los unos gigantes y pequeños los otros, dejó caer estas desdeñosas palabras:

—Si me quedo ¿quién irá? Si me voy ¿quién quedará?

Una tierra trabajada por las discordias civiles, está pronta para hacer germinar semejante simiente: su compañera es la envidia, su fruto el destierro.

Acusado el Dante de concusión, fué condenado en 27 de enero de 1302, por sentencia del conde Gebril Quebbio, podestá de Florencia, á ocho mil libras de multa, dos años de proscricion, y en el caso de insolvenca de la multa, á la confiscacion y venta de sus bienes, y á destierro perpétuo.

No quiso Dante reconocer el crimen reconociendo la sentencia: abandonó sus empleos, su casa, sus tierras, y salió de Florencia, llevando por toda riqueza la espada con que había combatido en Campoldino y la pluma con que había escrito las setecientas diez y siete estrofas del *Infierno*. Tal vez esté es el momento que eligió el pintor, porque se ve detrás del desterrado á Florencia, y al lado del poeta una representación de las treinta y seis de la *Divina Comedia*.

Entonces fueron confiscados sus bienes y vendidos para el Estado. Pasaron el arado en el punto donde había existido su casa, y lo sembraron de sal: en fin, condenado á muerte por contumacia, fué quemado en effigie en la misma plaza donde dos siglos mas tarde debia de serlo el pintor Savonarola.

El amor á la caballería, el valor en el combate, el ardor por la gloria, habian hecho del Dante un valiente guerrero: la habilidad en la intriga, la perseverancia en la política, habian hecho del Dante un gran hombre de Estado. El desden, la desgracia y la venganza, hicieron de él un poeta sublime. Privado de esa actividad mundana de que tenia necesidad, su alma se lanzó á la contemplacion de las cosas divinas, y mientras su cuerpo permanecia encadenado sobre la tierra, su espíritu visitaba el triple reino de los muertos, y poblaba el infierno de sus odios, y el paraíso con su amor. La *Divina Comedia* es la obra de la venganza: Dante cortó su pluma con su espada.

El primer asilo que se ofreció al fugitivo, fué el castillo de aquel gran gibelino Cane della Scala. Así desde los primeros cantos del *Infierno*, se apresura el poeta á pagar la deu-

da de su gratitud, que espresa todavia en el canto XVIII del Paraíso:

..... In fin che'l veltro
Vercò, che la farà morir di doglia,
Questi non ciberà terra nè peltro:
Ma sapienza, è amore, è virtute,
E sua nazione sarà tra feltro è feltro.

(*Inf., cant. I.*)

Lo primo tuo rifugio è'l primo ostello
Sara la cortesia del grand Lombardo
Che su la Scala porta il Santo Uccello.

(*Par., cant. XVIII.*)

Encontró la córte de aquel Augusto de la edad media, poblada de proscritos: uno de ellos, Sagacio Mutio Ganeta, historiador de Reggio, nos ha dejado preciosos detalles sobre el modo con que el señor Della Scala daba la hospitalidad á los que venian á pedir un asilo á su castillo feudal. «Tenia, dice, diferentes cuartos segun sus diversas condiciones, y en todos daba el señor, criado y espléndida mesa; los diversos cuartos estaban señalados por divisas y simbolos cristianos: la Victoria para los guerreros, la Esperanza para los proscritos, las Musas para los poetas, Mercurio para la riqueza, la Pureza para las gentes de iglesia, y durante la comida, bufones, músicos y juglares, recorrían los cuartos. Las habitaciones estaban pintadas por Giotto, y los asuntos que habia en las pinturas, eran relativos á las vicisitudes de la fortuna humana. De tiempo en tiempo el señor castellano, llamaba á su propia mesa á alguno de sus huéspedes, y sobre todo á Dido de Castelo, á Reggio, y á Dante Alighieri, hombre muy ilustre entonces, y á quien veneraban por el siglo XIII.»

Empero, por honrado que fuese el proscrito, no podia doblegar su altivez á aquella vida, y profundas quejas salian muchas veces de su pecho. Tan pronto es Farinata de los Huberti quien con su voz altiva le dice: «la reina de estos lugares no iluminará cincuenta veces su nocturno rostro sin que sepan por tí mismo cuán difícil es el arte de entrar en su patria.»

Tan pronto es su abuelo Caccio Guide que lamentando las penas de su aislamiento, esclama: «Así como Hipólito salió de Atenas arrojado por una pérdida é impia madrastra, así me será preciso abandonar las cosas mas queridas, y esta será la primera flecha que partirá del arco de destierro; entonces comprendereis la amargura que encierra el pan de la emigracion, y cuán dura de subir y bajar es la escalera ajena. Pero el peso mas insoponible para sus espaldas, será esa mala y dividida córte, en compañía de la que caereis en el abismo.»

Estos versos se ve que están escritos con las lágrimas de los ojos, con la sangre del corazón.

Sin embargo, por amargo dolor que sufriese el poeta, rehusó volver á su patria, porque no volvería á ella por el camino del honor. En 1345 una ley volvió á llamar los proscritos, con condicion de que pagarian cierta multa. Dante, cuyos bienes habian sido vendidos, cuya casa habia sido arrasada, no pudo reunir la suma necesaria. Ofrecieronle esceptuarle á él, pero con condicion de que se constituyese prisionero, y que fuese á pedir su perdon á la puerta de la catedral, con los pies descalzos, vestido con la túnica de penitente, y ceñida su cintura con una cuerda. Un religioso amigo suyo, le transmitió la proposicion. Esta fué la respuesta del Dante: «Con honor y con placer he recibido vuestra carta, y despues de haber pesado todas sus palabras, he comprendido con gratitud cuán de corazon deseais mi vuelta á la patria. Esta prueba de vuestro recuerdo me hace quereiros mas, porque es poco comun para los desterrados encontrar amigos. Si mi respuesta no fuese tal cual la daré la pusilanimidad de algunos, yo la someto al exámen de vuestra prudencia. Esto es lo que yo he sabido por una carta de vuestro soberano, que no es mio, y de algunos de mis amigos; por una ley recientemente publicada en Florencia sobre alzar el destierro á los espulsados de ella, parece que si quiero dar una suma de dinero, y hacer una retractacion, podré ser absuelto, y volver á Florencia. En esta ley, padre mio, preciso es confesarlo, hay dos cosas ridiculas y mal escogidas. Digo mal escogidas por los que han hecho la ley, porque nuestra carta, mas prudentemente discreta, no contiene nada de estas cosas.

«Es esta la generosa manera con que Dante Alighieri debe volver á su patria despues de un destierro de quince años? ¿Es esta la reparacion acordada á una inocencia manifiesta á todo el mundo? Mis muchos sudores, mis grandes afanes, ¿no tendrán otra recompensa? ¡Lejos de un filósofo semejante vileza digna de un corazon mezquino! ¡Gracias por el espectáculo que quieren que presente al pueblo, cuando lo haria solo algun miserable medio sábio sin alma y sin fama! Qué ¿yo... destituido de honor, habia de ir á hacerme tributario de los que me ofenden, cual si hubiesen merecido mi agradecimiento? No es ese el camino de la patria, padre. Pero si hay algun otro que me esté abierto, y que no me prive de la fama del Dante, lo acepto, indicádmelo, y estad seguro que serán rápidos los pasos que dé por aproximarme á Florencia; pero para no entrar en Florencia por el camino del honor, mas vale no entrar. El sol y las estrellas se ven en todas partes, y en todas partes se pueden meditar las verdades del cielo.»

Dante proscrito por los güelfos se habia hecho gibelino, y fué tan ardiente en la nueva religion, como leal habia sido en la anti-

guna. Creia sin duda que la influencia imperial era el único medio de la grandeza para la Italia, y sin embargo, Pisa habia edificado bajo sus ojos su Campo Santo, su Domo y su torre inclinada. Arnolfo di Lapo habia echado en la plaza del Domo los cimientos de Santa Maria de las Flores: Siena habia levantado su catedral con su campanario encarnado y rojo, y habia allí guardado como una halaja en su estuche, la catedral esculpida por Nicolás de Pisa; porque tal vez tambien el carácter aventurero de los caballeros de San Atilano le parecia mas político que la habilidad comerciante de la aristocracia genovesa y veneciana, y el fin del emperador Augusto le agradaria mas, que la mision de Bonifacio XIII.

Cansado de la vida que llevaba en casa de Cana Della Scala, en donde la amistad del señor no siempre protegía contra la insolencia de sus cortesanos y las burlas de sus bufones, el poeta volvió á tomar la vida errante. Habia concluido su poema del Infierno en Verona, escribió el Purgatorio en Cagagnano, y terminó su trabajo en el castillo de Tolmino en Frioul por el Paraiso. De allí fué á Pádua, donde pasó algun tiempo en casa del Giotto su amigo, á quien por reconocimiento dió la corona de Gimabue. Por último fué á Ravena. En esta ciudad publicó su poema entero. Dos mil copias se hicieron con la pluma, y se enviaron por toda la Italia. Todos alzaron entonces los ojos asombrados hácia aquel nuevo astro que acababa de iluminarse en el cielo. Dudaron que un hombre viviendo aun, hubiese podido escribir semejante cosa; y mas de una vez sucedió cuando el Dante se paseaba lentamente por las calles de Ravena y de Rimini con su larga toga encarnada, y su corona de laurel sobre la cabeza, que asustadas las madres le enseñaban con el dedo á sus hijos diciéndoles: ¿veis ese hombre? pues ha bajado al infierno....

En efecto, Dante debia aparecer un hombre extraño y casi sobrenatural. Y para comprender bien bajo qué aspecto debia aparecer á sus contemporáneos, es preciso que echemos una breve ojeada sobre la Europa del siglo XIII, y ver lo que seria cien años despues. Se conocerá entonces que tocando aquella época á la edad del feudalismo preparado por una guerra de ocho siglos, comenzaba á entreverse parte de la civilizacion. El mundo pagano é imperial de Augusto se habia hundido con Cárlo Magno en Occidente y Alexis Angel en Oriente: el mundo cristiano y feudal le habia sucedido desde el mar de Bretaña al mar Negro, y la edad media religiosa y política, personificada ya en Gregorio VII y en Luis XI, solo aguardaba para completar aquella magnífica trinidad, su representante literario.

Hay momentos en que las ideas bajan, buscan su cuerpo para formar un hombre, y

flotan sobre las sociedades como las nieblas en la superficie de la tierra. Mientras el viento las arroja sobre el espejo de los lagos ó sobre el tapiz de las praderas, no es mas que un vapor sin forma, sin consistencia, y sin color. Pero si encuentran un gran monte, si se agarran á su cima, el vapor se convierte en nube, la nube en torrente, y mientras la frente de la montaña ciñe su aureola de relámpagos, el agua se filtra misteriosamente y reúne en su cavidad profunda, y salen á sus pies manantiales de agua, río inmenso que atraviesa exajerándose siempre, la tierra ó la sociedad, y que se llama Nilo ó Iliada, Danubio ó *Divina Comedia*.

Tuvo el Dante como Homero la suerte de nacer en una época en que una sociedad virgen busca un géneo que formulé sus primeros pensamientos. Apareció solo en el mundo en el momento en que San Luis llamaba á la puerta del cielo. Detrás de él todo estaba arruinado; ante él todo era porvenir. Pero en lo presente no tenia ni aun esperanza.

Invasada la Inglaterra hacia doscientos años por los normandos, iba verificándose su transformación política. Hacia mucho tiempo que no había ya combates reales entre los vencidos y los vencedores: pero había si siempre una lucha sorda entre los intereses del pueblo conquistado y los del pueblo conquistador. En este periodo de dos siglos todos los hombres grandes que había en Inglaterra habían nacido con una espada en la mano, y si algún antiguo bardo llevaba aun un harpa colgada á su espalda, no se hallaba seguro sino al abrigo de los castillos sajones. En un language desconocido á los vencedores, y casi olvidado de los vencidos, se atrevían á celebrar los beneficios del buen rey Alfredo, ó memorias de las armas de Arnolfo, hijo de Godwino. Las relaciones forzadas que se habían establecido entre los indígenas y los extranjeros, comenzaban á hacer nacer una lengua nueva, que no era ni la normanda ni la sajona, sino un informe y bastardo conjunto de las dos, que cien años mas tarde, solamente Tomas Moro, Stal y Spenser debían regularizar con Sackspeare.

La España, hija de la Fenicia, hermana de Cartago, esclava de Roma, conquistada por los godos, entregada á los árabes por la traicion del conde don Julian, unida al trono de Damasco por Tarif, después separada del califato de Oriente por Abderraman de la tribu de los Omniadas; la España mahometana desde el estrecho de Gibraltar á los Pirineos, habia escedido á la civilizacion trasportada por Constantino desde Roma á Bizancio. Espigado el fruto en un lado del Mediterráneo, habia vuelto á granarse en el otro. Mientras que se venian abajo en la orilla izquierda el Partenón y el Coliseo se veia alzarse sobre la orilla derecha á Córdoba con sus seis mil mezquitas, sus novecientos baños públicos, sus doscientas

mil casas, y su palacio de Zahara, cuyos muros, cuyas paredes y escaleras incrustadas de acero y oro, estaban sostenidos por mil columnas de los mas hermosos mármoles de Venecia, de Africa y de Italia.

Mientras que la sangre infiel y estrangera se infiltraba en sus venas, la España no habia cesado de palpar en su corazon nacional y cristiano. Pelayo, que no tuvo al principio por imperio mas que un monte, por palacio una caverna, por cetro una espada, habia echado en medio del califato de Abderraman los cimientos del reino de Carlos V. Comenzada la lucha en 747, habia continuado durante cinco siglos, y cuando al principio del siglo XIII Fernando reunió sobre su cabeza las dos coronas de Leon y Castilla, los musulmanes á su vez no poseían en España mas que el reino de Granada con una parte de la Andalucía, y las provincias de Valencia y Murcia. En 1236 hizo su estrada Fernando en Córdoba, y después de haber purificado la principal mezquita, el rey de Castilla y de Leon fué á descansar de sus victorias en el magnifico palacio de Abderraman III, edificado por este para su favorita.

Entre otras maravillas encontró en la capital del califato una biblioteca que contenia seiscientos mil volúmenes. Lo que ha sido de este tesoro del talento humano nadie lo sabe. Su origen, religion, costumbres, todo era diverso entre los vencedores y los vencidos. No hablaban el mismo language ni á los hombres ni á Dios. Los musulmanes se llevaron consigo la llave que abria la puerta de los palacios encantados, y el árbol de la poesia árabe arrancado de la tierra de Andalucía, no florecia ya mas si no en los jardines del Generalife y de la Alhambra. En cuanto á la poesia nacional, cuyo primer canto debió haber sido en alabanza del cielo, aun no habia nacido.

La Francia enteramente germánica bajo sus dos primeras razas, se habia nacionalizado bajo la tercera. El sistema feudal de Hugo Capeto habia sucedido al imperio unitario de Carlo Magno. El idioma que debia escribir Corneille, y hablar Bossuet, mezcla de céltico, de teuton, de latin y de árabe, se habia dividido naturalmente en dos idiomas, y fijado en las dos orillas del Loira. Pero como las revoluciones del suelo habian experimentado la influencia bienhechora y activa del sol meridional, tanto que la lengua de los trovadores habia llegado á la perfeccion y apogeo, cuando la de los menestrales, retrasados como los frutos de la tierra del norte, tenian necesidad de otros cinco siglos para llegar á la madurez, así la poesia representaba un gran papel en el sur de Loira. Ni un rencor, ni un amor, ni una paz, ni una guerra, ni una sumision, ni una rebelion ha habido, que no haya sido cantada en verso. Ciudadano ó soldado, villano ó baron, noble ó rey, todo el

mundo hablaba y escribía esta clase de lengua. Uno de los que le han dado mas tierno y varonil acento, ha sido Bertran de Poru, el *mal consejero* que encontró Dante en los fosos malditos, llevando su cabeza en la mano, y que le halló con aquella cabeza.

Habia llegado, pues, la poesia provenzal á su apogeo, cuando Carlos de Anjou á la vuelta de Egipto, donde habia acompañado á su hermano Luis IX, se apoderó con el auxilio de Alfonso, conde de Tolosa, de Poitiers y de Avignon, de Arlés y de Marsella. Reunió esta conquista al reino de Francia todas las provincias de la antigua Galia situadas á la derecha é izquierda del Ródano. La antigua civilizacion romana dividida en el siglo XII por la conquista de las ciencias, fué herida en el corazon, porque se hallaba reunida á la barbarie septentrional que debia oprimirle con un brazo de hierro. Aquel hombre que en su orgullo tenian costumbre de llamar los provenzales rey de Paris, á su vez en su desden llamó á sus vasallos de la lengua d' Oc, y para distinguirlos de los antiguos franceses de mas allá del Loira que hablan la lengua comun. Desde entonces el idioma poético del mediodía, se estinguió en Languedoc, en Poitou, en el Limousin, en Auvernia y en Provenza, y la última tentativa que se hizo para volverle la vida es la institucion de los *Juegos florales*, establecida en Tolosa en 1323.

Con ellos perecieron todas las obras producidas desde el siglo X hasta el XIII, y el campo en que habian recogido abundante mies Arnoldo y Bertran de Poru, quedó agostado y erial hasta el momento en que Marot y Rousan volvieron á echar á manos llenas el cimiento de la poesia moderna.

La Alemania, cuya politica é influencia se estendia sobre toda Europa casi al igual de la influencia religiosa de Roma, preocupada con aquellos grandes sucesos, dejaba modelar descuidadamente su literatura sobre la de los pueblos inmediatos. En ella se habia refundido toda la vitalidad artistica en aquellas catedrales maravillosas que datan de los siglos XI y XII. El monasterio de Bonn, la iglesia de Andernach, y la catedral de Colonia, se alzaban al mismo tiempo que el Domo de Siena, el campo Santo de Pisa, y el domo de Santa Maria de las Flores. El principio del siglo VII habia visto tambien nacer los Niebelungen, y morir á Alberto el Grande.

Empero los poemas de caballeria mas á la moda, eran criticados por provenzales ó por franceses, y eran mas bien los discipulos que los rivales de los menestrales y trovadores. El mismo Federico, ese poeta imperial, renunciando aunque hijo de Alemania á formular su pensamiento en la lengua materna, habia adoptado la italiana como la mas clara y pura que se conocia, con Pedro de Allevigne, su secretario, contado en el número de los mas graciosos poetas del siglo XIII.

En cuanto á la Italia, hemos asistido mas arriba á sus glorias poéticas. Hemos visto desprenderse sus ciudades una á una del imperio: sabemos con qué motivo sacaron los dos partidos güelfo y gibelino la espada en las calles de Florencia. Por último, hemos dicho como güelfo por nacimiento Dante, fué gibelino con resolucion de poeta, por vengarse. Así, cuando hubo fijado en su mente la obra de su venganza, fué su primer pensamiento, mirando en torno de sí, buscar en qué idioma la formularia para hacerle eterno. Comprendió que el latin era una lengua muerta como la sociedad que le habia dado nacimiento: el provenzal una lengua moribunda que no sobreviviria á la nacionalidad del idioma: el francés una lengua naciente y que apenas tartamudeaba, que necesitaba de muchos siglos todavia para llegar á su madurez: en tanto que el italiano, bastardo, vivaz y popular, nacido de la civilizacion y amamantado por la barbarie, no tenia necesidad mas que de ser reconocido por rey, para llevar un dia la corona.

Desde entonces quedó determinada su eleccion, y separándose de las huellas de su maestro Bruneto Latini, que habia escrito su Tesoro en latin, se puso, sublime arquitecto, á tallar él mismo las piedras con que queria edificar el monumento gigantesco, al que forzó le ayudasen el cielo y la tierra.

Efectivamente, todo lo abarca la *Divina Comedia*: es el resumen de las ciencias descubiertas, y el sueño de las cosas desconocidas. Cuando falta la tierra á los pies del hombre, lo levantan al cielo las alas del poeta, y no se sabe al leer aquel maravilloso poema si admirar mas lo que sabe el talento, ó lo que adivina la imaginacion. Dante es la edad media hecha poeta, como Gregorio VII era la edad media hecha papa, como San Luis era la edad media hecha rey. Todo está en él: creencias supersticiosas, teologismo, republicanism feudal. No puede concebirse la Italia literaria del siglo XIII, sin el Bante, como no se comprende la Francia del XIX sin Napoleon. La *Divina Comedia* es como la columna de la plaza Vandome, la obra necesaria de su época.

Murió Dante en Ravena el 14 de setiembre de 1334, á la edad de cincuenta y seis años. Güido de Potola que le habia ofrecido un asilo, le hizo sepultar en la iglesia de los frailes menores, con gran pompa y vestido de poeta. Allí permanecieron sus huesos hasta 1484, época en la que Bernardo Bembo, podestá de Ravena por la república de Venecia, le hizo levantar un mausoleo segun los dibujos de Pedro Lombardo. En la bóveda de la cúpula hay cuatro medallones representando á Virgilio su guía, Bruneto su maestro, Tangrando su protector y Güido Cavalcanti su amigo.

Dante era de mediana estatura y airoso en sus miembros; tenia la cara larga, ojos anchos y penetrantes, nariz aguileña, fuertes

quijadas, el labio inferior bastante pronunciado y mas grueso que el otro, color moreno, barba y cabellos crespos. Andaba ordinariamente grave y pausado, vestido de trage sencillo, hablando pocas veces y aguardando siempre á que le preguntasen para responder. Entonces su respuesta era justa y concisa, porque tomaba tiempo para pesarla con prudencia. Sin tener una locucion fácil, era elocuente en las grandes circunstancias. A medida que envejecia se felicitaba de ser solitario y verse distante del mundo. El hábito de la contemplacion le hizo tomar un continente austero, aunque fué siempre hombre de impresiones y excelente corazon. Dió una prueba de esto cuando para salvar á un niño que habia caido en uno de los pocitos donde se sumergia á los recién nacidos, rompió la pila bautismal de San Juan, no cuidándose de que le acusasen de impiedad.

Dante habia tenido á la edad de nueve años uno de esos amores que derraman sus encantos sobre toda la vida. Beatriz de Folto Portinari, en quien cada vez que la veia hallaba una nueva belleza, pasó una tarde delante de aquel niño de corazon de poeta, que conservó grabada su imágen, y que la inmortalizó cuando se hizo hombre.

*Io non vidi tanta volte ancora
ch' ú non trovani in lei nuova bellezza.*

A la edad de veinte y seis años aquel ángel prestado á la tierra tornó al cielo á tomar sus alas y su aureola, y Dante la encontró á la puerta del paraiso donde no podia entrar Virgilio.

Florenca, injusta con el vivo, fué respetuosa con el muerto, é intentó recobrar los restos del que habia proscrito. En 1396 le decretó un monumento publico, y en 1429 renovó sus instancias con los magistrados de Ravena; por último, en 1519 dirigió una peticion á Leon X, y entre las firmas de los peticionarios se lee este párrafo:

«Yo, Miguel Angel, escultor, suplico á vuestra santidad por la misma causa, ofreciéndome á hacer al divino poeta una escultura correspondiente, en buen lugar, honroso á esta ciudad.»

Leon lo rehusó; hubiera, sin embargo, sido una cosa magnífica el sepulcro del autor de la *Divina Comedia* por el pintor del *Juicio final*. El único monumento que poseyó Florenca hasta el momento en que el decreto dado en 1396 se cumplió en nuestros dias en la iglesia de Santa Cruz á costa de una sociedad por el escultor Esteban Rizzi, fué el retrato del Dante, ante el cual acabamos de dar una ojeada á toda la vida del gran poeta, el que fué, dice un manuscrito de Bartolomé Cefoni, ejecutado al fresco por un autor desconocido á peticion de un cierto maestro Antonio, fraile de San Francisco, el que explicaba la *Divi-*

na Comedia, á fin de que la obra del ilustre desterrado recordase sin cesar á sus conciudadanos que el autor de la *Divina Comedia* descansaba en una tierra estrangera.

Existen todavia en Florenca descendientes del Dante. Algunos dias despues de la visita que habia hecho al retrato de su antepasado me presentaron á ellos: los encontré muy degenerados.

Al lado de aquel gran recuerdo literario, el Domo conserva un terrible recuerdo politico. En el coro, en el sitio mismo en que se halla rodeado de una balaustrada de mármol, se verificó la conspiracion de los Pazzi, y fué asesinado Julian de Médicis. Echemos una ojeada atrás, á fin de dar á conocer á nuestros lectores las causas del odio que los Pazzi habian profesado á los Médicis; verán asi, por el cuidado que tenemos de darles á conocer el estado politico de Florenca, lo que habia de egoismo ó desinterés en tan gran maquination.

En 1291, cansado el pueblo de las disensiones obstinadas de la nobleza, de su eterna negativa á someterse á los tribunales democráticos y de las diarias violencias, con las que impedia la accion del gobierno popular, habia dado una ordenanza bajo el nombre de *Ordinamenti della giusticia*. Escluia esta ordenanza del priorato treinta y siete familias de las mas nobles y mas considerables de Florenca, y esto sin que jamás les fuese permitido, decia la ordenanza, volver á recobrar los derechos de ciudadano, sea alistándose en un gremio, sea que ejerciesen realmente una profesion. Ademas, la señoría quedó autorizada para añadir nuevos nombres á estos treinta y siete, cuantas veces creyese deber que alguna nueva familia, decia aun la ordenanza, caminando en pos de la nobleza, mereciese ser castigada como ella. Los miembros de las treinta y siete familias proscritas fueron designados bajo el nombre de *magnates*, titulo que de honorífico que habia sido hasta entonces, se convirtió en infamante.

Habia durado esta proscricion ciento cuarenta y tres años, cuando Cosme el Antiguo, de quien hablaremos á su vez en la historia escrita sobre los muros del palacio Ricarddi, de proscrito que era se convirtió en proscritor, y habiéndolo á su vez en 1434 arrojado de Florenca á Renaud y los Albizzi de la nobleza popular, que con él gobernaban, resolvió reforzar su partido con alguna de las familias escluidas del gobierno, permitiendo á muchas de ellas volver á entrar en el derecho comun, y tomar, como lo habian hecho en otro tiempo sus abuelos, una parte activa en la gestion de los negocios públicos. Muchas familias aceptaron esta rehabilitacion, volviendo con los brazos abiertos á su patria, sin conocer el motivo personal que á ella les traia: la familia de los Pazzi fué de este número. Hizo mas: olvidando que era de la nobleza de espada, adoptó francamente su nueva posicion, y

abrió en el hermoso palacio que aun hoy lleva su nombre una casa de comercio, que fué muy pronto una de las mas considerables y mas consideradas de Italia; tanto que los Pazzi, superiores ya á los Médicis como caballeros, fueron todavia sus rivales como mercaderes. Resultó de esta posicion reconquistada, que cinco años despues Andrés de Pazzi, gefe de la casa, tomó asiento en medio de la señoria, de la que se hallaban escluidos sus antepasados hacia siglo y medio.

Andrés tuvo tres hijos: uno de estos casó con la nieta del anciano Cosme, y fué cuñado de Lorenzo y de Julian. Mientras vivió el prudente anciano habia mantenido la igualdad entre sus hijos, tratando á su yerno como á tal; porque viendo la prontitud con que la familia de los Pazzi se habia hecho rica y poderosa, habia querido hacer de ella no solo una aliada sino una amiga. En efecto, la familia se habia aumentado en hombres como en riquezas, porque los dos hermanos que se habian casado habian tenido el uno cinco hijos y el otro tres. Hallábanse las cosas en este estado, cuando contrario á la política de su padre, Lorenzo de Médicis pensó que era interés suyo oponerse á mas acrecentamiento de riquezas y de poder. Se le presentó pronto una ocasion de seguir esta nueva política. Habiéndose casado Juan de Pazzi con una de las mas ricas herederas de Florencia, hija de Juan Borromeo, Lorenzo, á la muerte de este, hizo hacer una ley por la que los sobrinos varones eran preferidos á las hijas; y esta ley, no solo contra toda la costumbre, sino contra toda justicia, se aplicó retroactivamente á la muger de Juan de Pazzi. Perdió, pues, la herencia de su padre, que pasó de esta manera á primos lejanos.

No fué esta la única exclusion con que Lorenzo de Médicis, para abatir su poder, hizo victima á los Pazzis. Habia en la familia nueve hombres teniendo la edad y las cualidades requeridas para ejercer la magistratura, y sin embargo, á escepcion de Jacobo, el de los hijos de Andrés que no se habia nunca casado y que habia sido gonfaloniero en 1469, es decir, en tiempo de Pedro el Gotoso, y de Juan, cuñado de Lorenzo y de Julian, que habia en 1472 tomado asiento entre los priores, todos los demas habian sido alejados de la señoria.

Semejante abuso de poder por parte de hombres que la república no habia de ninguna manera reconocido por señor, hirió de tal modo á Francisco de Pazzi, que se espatrió voluntariamente, y se fué á Roma á ponerse al frente de una de sus principales casas de comercio. Allí fué banquero del papa Sixto IV y Gerónimo Riario, que unos llamaban su sobrino y otros su hijo. Sixto IV y Gerónimo Riario, eran los dos enemigos mas grandes que los Médicis tenian en toda Italia. El resultado de estos tres odios reunidos fué una conjura-

cion del género de la que dos años antes, es decir, en 1476, habia hecho sucumbir á Galeas Sforza en la catedral de Milan.

Decididos una vez á valerse del hierro, Francisco Pazzi y Gerónimo Riario se pusieron á buscar cómplices para su empresa. Uno de los primeros fué Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, al que por enemistad de su familia los Médicis no habian dejado tomar posesion de su arzobispado. Se unió tambien á ellos Carlos de Mouton, hijo del famoso condottiero Braecio, que estaba á punto de apoderarse de Siena cuando se lo impidieron los Médicis; Juan Bautista de Montesecco, gefe de los esbirros del papa; el anciano Jacobo Pazzi, el mismo que en otro tiempo habia sido gonfaloniero; otros dos Salviati, el uno primo y hermano el otro del arzobispo; Napoleon Francesi y Bernardo Bandini, amigos y compañeros de diversiones de los jóvenes Pazzi; por último, Esteban Bagnoni, sacerdote y maestro de lengua latina, profesor de un hijo natural de Jacobo Pazzi; y en fin, Antonio Maffei, sacerdote de Volterra, y escribano apostólico. Un solo Pazzi, René, sobrino de Jacobo é hijo de Pedro, rehusó obstinadamente entrar en el complot y se retiró al campo, á fin de que ni aun pudieran acusarle de complicidad.

Todo se hallaba arreglado y la única dificultad que se presentaba para el éxito de la conjuracion era reunir aislados á sus amigos, y en un sitio público á Lorenzo y á Julian. El papa se lisongeó proporcionar esta ocasion nombrando cardenal á Rafael Riario, sobrino del conde Gerónimo, el cual era de diez y ocho años apenas, y estaba estudiando en Pisa.

En efecto, semejante nombramiento debia ser motivo de extraordinarias funciones, en atencion á que enemigos en el fondo del corazon de Sixto IV, los Médicis guardaban ostensiblemente con él todas las apariencias de una buena y respetuosa amistad. Invitó, pues, Jacobo de Pazzi al nuevo cardenal á ir á comer á su casa de Florencia, y puso en la lista de los convidados á Lorenzo y á Julian. Debía verificarse el asesinato al fin de la comida, y á una señal de Jacobo; pero vino solo Lorenzo; Julian se hallaba detenido por una intriga amorosa y encargó á su hermano que le disculpase. Fué preciso pues, diferir á otro dia la ejecucion de su designio.

Pronto se creyó que habia llegado este dia; porque no queriendo Lorenzo aparecer vencido en magnificencia por Jacobo, invitó á su vez al cardenal á que fuese á Piesoli, y con él á todos los que habian asistido á la comida dada por Jacobo. Pero esta vez tambien faltó Julian; tenia una pierna mala; fué preciso diferir todavia la ejecucion de la conspiracion para otro dia.

Por último se fijó este dia en el 26 de abril de 1478, segun Maquiavelo. Durante la mañana de aquel dia, que era festivo, el cardenal

Riario debía oír la misa en el Domo de Santa María de las Flores, y como había hecho prevenir á Lorenzo y Julian de aquella solemnidad, era probable que estos no podrian evitar el asistir. Se previno á todos los conjurados de estas disposiciones, y á cada uno de los asesinos el papel que debía representar en aquel sangriento drama. Francisco Pazzi y Bernardo Bandini eran los mas encarnizados contra los Médicis, y como eran al mismo tiempo los mas fuertes y los mas diestros, reclamaron para ellos á Julian, en atencion á que corria el rumor de que tímido de corazón y débil de cuerpo Julian llevaba habitualmente una coraza debajo del vestido, lo que hacia difícil, y por consecuencia mas peligroso un asesinato en él que en cualquiera otro.

Por otra parte, el gefe de los esbirros pontificales, Juan Bautista de Montesecco, habia recibido, y aceptado ya la comision de matar á Lorenzo en las dos comidas á las que habia asistido y en las que le habia salvado la ausencia de su hermano. Se sabia que era un hombre de resolucion y que mostraba la misma buena voluntad que los demas; pero con gran asombro de todos, cuando supo que el asesinato debía cometerse en una iglesia rehusó diciendo que estaba dispuesto á una muerte, pero no á un sacrilegio, y que por todo el mundo no le cometeria si antes no le presentaban un breve de absolucion firmado por el papa. Desgraciadamente se habia descuidado de proveerse de este importante documento que Sixto IV no era seguramente hombre de negar: no se habia tenido tiempo de hacerle venir, de modo que por mas instancias que se hizo á Montesecco no se pudo vencer sus eseripulos. Entonces se encomendó la empresa de herir á Lorenzo á Antonio de Volterra y Esteban Bagnoni, que en su *calidad de sacerdotes*, dice Antonio Galli, uno de los diez ó doce historiadores de este suceso, *tenian menos respeto á los lugares sagrados*. El momento en que se debía dar el golpe era aquel en que el celebrante alzase la hostia.

Pero no bastaba herir á los dos hermanos: era preciso apoderarse de la Señoría, y forzar á los magistrados á que aprobasen la muerte inmediatamente que fuese ejecutada. De este cuidado se encargó el arzobispo Salviati: se fué al palacio con Santiago Baccioli y unos treinta de los conjurados inferiores dejando veinte á la primera entrada, donde mezclados con el pueblo que iba y venia, debian quedar allí desapercibidos hasta el momento en que á una señal dada se apoderasen de la entrada; después, conociendo bien todos los corredores del palacio, condijó otros diez á la cancelería, recomendándoles que cerrasen la puerta y no saliesen sino cuando oyesen ó el ruido de las armas ó un grito convenido. Después, volvió á encontrar la primera tropa reservándose al llegar el momento arrear el mismo al gonfaloniero César Petrucci.

Entretanto habia comenzado ya el oficio divino, y esta vez como las otras, parecia á punto de escaparse la venganza á los conjurados, porque Lorenzo habia ido solo. Entonces Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini se decidieron ir á buscar á Julian, puesto que este no iba.

Fueron, pues, á su casa y le encontraron con su querida. Alegó el padecimiento que le causaba su pierna: pero los dos conjurados le dijeron que era imposible que dejase de asistir á la misa, asegurándole que su negativa seria mirada como una ofensa al cardenal. Julian, á pesar de las miradas suplicantes de la muger que se encontraba en su casa, se decidió, pues, á seguir á los dos jóvenes, pero cogido de improviso, sea confianza, sea que no quisiese hacerlos aguardar, no se puso su coraza, contentándose con ceñirse una especie de cuchillo de caza que tenia costumbre de llevar. Todavía al dar algunos pasos, como la punta de la vaina de su cuchillo le daba sobre su pierna mala, se lo entregó á uno de sus criados para que lo volviera á su casa. Francisco de Pazzi le echó entonces los brazos por la espalda riéndose, como se hace á veces entre amigos; vió que Julian no llevaba coraza. Así el pobre joven se entregaba á sus asesinos sin armas ofensivas ni defensivas. Entraron los tres jóvenes en la iglesia por la puerta de la calle *Dei-servi* en el momento en que el sacerdote decia el Evangelio. Fué Julian á arrodillarse cerca de su hermano; Antonio de Volterra y Esteban Bagnoni se hallaban ya en sus puestos; Francisco Pazzi y Bernardo Bandini se pusieron en el suyo. Una ojeada cambiada entre los asesinos les indicó que estaban listos.

Continó la misa. La multitud que llenaba la iglesia era un pretexto á los asesinos para acercarse mas á Lorenzo y á Julian. Además, estos sin desconfianza se creian con tanta seguridad, al menos, al piedel altar, como si estuviesen en su casa de campo de la Reggi.

El sacerdote levantó la hostia.

Al mismo tiempo se oyó un grito terrible: Julian, herido de una puñalada en el pecho por Bernardo Bandini, se levantó con el dolor y fué á caer todo ensangrentado á algunos pasos en medio de la espantada muchedumbre perseguido por sus dos asesinos, de los que el uno, Francisco Pazzi, se ensañó sobre él con tal furor, y le dió tan repetidos golpes que él mismo se hirió y se clavó su propio puñal en un muslo. Pero este accidente que al pronto sin duda no creyó tan grave como era, no hizo mas que avivar su cólera, y todavia daba golpes despues que hacia tiempo que Julian no era mas que un cadáver.

Lorenzo habia sido mas feliz que su hermano. En el momento de la elevacion de la hostia, sintiendo que apoyaban una mano sobre su espalda, habia vuelto la cabeza y visto brillar una hoja de puñal en manos de Anto-

nio Volterra. Por un movimiento instintivo se había arrojado entonces á un lado, de modo que el hierro que debía atravesarle la garganta no hizo mas que hacerle un rasguño en el cuello. Levantóse inmediatamente, y con un solo movimiento sacó su espada con la mano derecha, y envolviendo su brazo izquierdo con la capa se puso en defensa llamando en su auxilio á sus dos escuderos. A la voz de su amo Andrés y Lorenzo Cavalcanti acudieron espada en mano, y los dos sacerdotes viendo que el negocio iba serio y que ya no se trataba de un asesinato, sino de combatir, arrojaron sus armas y echaron á huir. Al ruido que hacia Lorenzo defendiéndose, Bernardo Bandini que estaba ocupado con Julian, levantó la cabeza y vió que la segunda víctima iba á escaparse; dejó el muerto por el vivo, y se lanzó en el altar. Pero encontró en su camino á Francisco Nori que le cerraba el paso. Hubo una corta lucha y Francisco Nori cayó herido de muerte; pero por pronto que hubo quitado aquel obstáculo había bastado el tiempo, como hemos visto, á Lorenzo para desembarazarse de sus dos enemigos. Bernardo se encontró, pues, solo contra tres. Llamó á Francisco, acudió éste; pero á los primeros pasos que dió conoció en su debilidad que iba mas gravemente herido de lo que él creía; y llegando al coro, próximo á caer, se apoyó contra la barandilla. Policiano que acompañaba á Lorenzo aprovechó aquel momento para hacerle entrar con algunos amigos que se habían reunido al rededor suyo, en la sacristía, y mientras que los dos Cavalcanti, ayudados por los diáconos, que daban porrazos con sus cruces de plata como con mazas, tenían separados á Bernardo Bandini y á tres ó cuatro conjurados que habían acudido á su llamamiento. Pasaron las puertas de bronce y las cerró detras de Lorenzo y de él. Inmediatamente Antonio Ridolfi, uno de los jóvenes mas decididos por Lorenzo, chupaba la herida que había recibido este en el cuello de miedo de que el puñal del sacerdote no estuviese envenenado, lo que le ponía en el mayor aprieto. Un instante todavía trató de derribar las puertas Bernardo Bandini: pero viendo que eran vanos é inútiles sus esfuerzos comprendió que todo se hallaba perdido, y cogió á Francisco Pazzi por debajo del brazo y se lo llevó tan rápidamente como este podía andar.

Había habido en la iglesia un momento de tumulto fácil de comprender; el celebrante había huido cubriendo con su estola á Dios, á quien hacían testigo y casi cómplice de semejante crimen.

Todos los asistentes habían salido precipitadamente á la plaza del Domo por las diferentes puertas de la catedral; cada cual había huido por donde había podido, á escepcion de ocho ó diez partidarios de Lorenzo que se habían reunido en un rincón, y que con espada en mano corrieron inmediatamente á la puerta

de la sacristía llamaban á voces á Lorenzo diciéndole que respondían de él, y que si quería salir se comprometían con su cabeza á llevarle sano y salvo á su casa.

Pero Lorenzo no tenía prisa de salir á estas invitaciones; temía que fuese una astucia de sus enemigos para volverle á hacer caer en la red de que se había escapado. Entonces Sismondi della Stufa subió por la escalerilla del órgano hasta una ventana desde la cual echando una mirada á la iglesia vió el Domo vacío, á escepcion de un grupo de amigos que aguardaban á Lorenzo á la puerta de la sacristía, y el cuerpo de Julian sobre el que se hallaba una hermosa muger tan pálida y tan inmóvil, que á no ser por los sollozos se la hubiera podido tomar por un segundo cadáver.

Sismondi della Stufa bajó y dijo á Lorenzo lo que había visto; entonces este recobró ánimo y salió. Sus amigos le rodearon inmediatamente y cual lo habían prometido le llevaron sano y salvo á su palacio de la Via Larga.

Sin embargo, en el momento de alzar á Dios, las campanas se habían tocado como de costumbre; era esta la señal esperada por los que estaban encargados del palacio. En consecuencia, á la primera campanada el arzobispo Salviati entró en la sala donde se hallaba el gonfaloniero, dando por pretexto que tenía que comunicarle una cosa de parte del papa.

Este gonfaloniero, como hemos dicho, era César Petrucci, el mismo que ocho años antes, siendo podestá de Piatto, había sido envuelto en una conspiracion semejante por Andrés Nardi. Aquella primera catástrofe, de la que había estado á punto de ser víctima, había dejado en el magistrado tan profundas huellas, que desde aquel tiempo vivía sin cesar prevenido. Así, aunque ninguna noticia de la conjuración había tenido todavía, y aunque ningun rumor hubiese llegado hasta él, apenas vió á Salviati que se dirigía á él con visible emoción, en lugar de aguardarle se lanzó hácia la puerta donde encontró á Santiago Baccioli, que quería impedirle el paso; pero César Petrucci tenía ademas de su prudencia mucho ánimo y fuerza. Cogió á Santiago Baccioli por los cabellos, lo derribó en el suelo y poniéndole la rodilla en el pecho llamó á sus soldados que acudieron. Cinco ó seis conjurados que acompañaban á Baccioli quisieron socorrerle; pero los soldados eran mas; tres de los conjurados fueron muertos; dos arrojados por la ventana á la calle y uno solo se salvó gritando socorro.

Entonces los que estaban en la cancellería comprendieron que había llegado el momento y quisieron correr en socorro de sus camaradas, pero la puerta que habían cerrado tenía un secreto que una vez cerrada era imposible volverla á abrir. Encontráronse, pues, prisioneros, y por consecuencia en la imposibilidad de socorrer al arzobispo. Durante este

tiempo César Petrucci había corrido á la sala donde celebraban sus audiencias los priores, y sin saber precisamente de lo que se trataba había dado la alarma. Los priores inmediatamente se habian unido á él: César los animó. Se resolvió defenderse; cada cual se armó con lo que pudo. El valiente gonfaloniero atravesando por la cocina cogió un asador y habiendo hecho entrar á la Señoría en la torre se colocó á la puerta, que defendió tan bien que nadie penetró en ella.

Entretanto el arzobispo, gracias á su hábil diplomacia, habia atravesado la sala donde cerca de los cadáveres de sus camaradas, Baccioli se hallaba prisionero, y con un gesto habia hecho comprender á sus cómplices que iban á venir en su socorro. En efecto, apenas se habian reunido á la puerta de la calle, cuando el resto de los conjurados se unió á él: pero en el momento en que iba á volver á subir, vieron desembocar por la calle que conduce al Domo un tropel de partidarios de los Médicis que se aproximaban dando el grito ordinario de aquella casa, *palle, palle*. Salvati comprendió que ya no se trataba de ir á socorrer á Baccioli, sino de defenderse él mismo.

En efecto, habia cambiado de faz la fortuna, y el peligro estaba en los que lo habian suscitado. Los dos sacerdotes habian sido perseguidos y hechos pedazos por los Médicis. Bernardo Bandini, despues de haber visto á Policiano perecer á las puertas de bronce de la sacristía, habia, como hemos dicho, llevado á Francisco Pazzi fuera de la iglesia; pero llegado ante el palacio se habia sentido tan débil que no habia podido ir mas lejos, y mientras Bernardo escapaba, se habia arrojado en su cama y aguardaba los sucesos con tanta resignación como valor habia mostrado. Entonces Jacobo, á pesar de su mucha edad, habia intentado reemplazar á su sobrino: habia montado á caballo, y á la cabeza de un centenar de hombres que habia reclutado de su casa, recorría las calles de la ciudad gritando: libertad, libertad. Pero este era un grito que ya no comprendía Florencia. Una parte de los ciudadanos, que ignoraba todavia lo que habia pasado, salía á sus puertas y los miraba en silencio y con asombro. Los que sabian el crimen murmuraban sordamente, y amenazándole con el gesto, buscaban un arma para unir el efecto á la amenaza. Jacobo vió lo que los conjurados ven siempre demasiado tarde, y es que los señores no vienen sino cuando los pueblos quieren ser esclavos. Comprendió entonces que no habia un minuto que perder para ponerse en libertad: volvió caras con su tropa, ganó las puertas de la ciudad, y tomó el camino de la Romaña.

Lorenzo se retiró á su casa, y bajo el pretesto de llorar á su hermano, dejó obrar á sus amigos.

Lorenzo tenia razon: se hubiera despopu-

larizado por todo el resto de su vida si se hubiese vengado como le vengaron.

El jóven cardenal Riario, que ignoraba, no el complot, pero la manera con que debia ejecutarse, se habia colocado inmediatamente bajo la guardia de los sacerdotes, que le llevaron á una sacristía inmediata á aquella en que se habia refugiado Lorenzo. El arzobispo, su hermano, su primo y Santiago Baccioli, arrestados por César Petrucci, fueron ahorcados, los unos en la Pighiera, los otros en los muros de la iglesia. Francisco Pazzi, hallado en su cama desangrado, fué arrastrado al Palacio Viejo en medio de las maldiciones y de los golpes del populacho, que miraba encogiéndose de hombros y con la sonrisa del desprecio en los labios, y ahorcado en la misma ventana de Salvati, sin que las amenazas, los golpes, ni el suplicio, le hubieran podido arrancar una sola queja. A Juan Bautista de Montesecco, que habia rehusado herir á Lorenzo en una iglesia, y que probablemente le habia salvado la vida abandonándole á los puñales de los dos sacerdotes, le cortaron la cabeza. René de Pazzi, que se habia retirado al convento para no ser confundido con los conjurados, no pudo por esta precaucion evitar su suerte, y fué cogido y ahorcado como sus parientes. El veneciano Sacoli de Pazzi, que se habia salido con el tropel, habia sido arrestado por los montañeses de los Apeninos, y á pesar de una cantidad bastante fuerte que les ofreció, no para que le dejasen libre, sino para que le matasen, fué llevado vivo á Florencia, y ahorcado de la misma ventana que René. En fin, á los dos años de esta catástrofe, se vió una mañana un cadáver colgado en las ventanas del Dargallo; era el de Bernardo Bandini, que se habia refugiado en Constantinopla, y que el sultan Mahomet II habia enviado prisionero á Lorenzo, á fin de conservar la paz con la república.

El coro, que encierra el espacio donde se representó este terrible drama, fué ejecutado despues por orden de Cosme I. Está adornado de ochenta y ocho figuras en bajos relieves de Baccion Bandinelli y de su discípulo Juan de l'Opera. El altar grande es del mismo maestro, á escepcion del crucifijo de madera, que es de Benito de Majano, y de un grupo de mármol representando á José de Arimatea sosteniendo á Cristo, que es el único pedazo de mármol á que tocó el cincel de Miguel Angel. Miguel Angel lo destinaba al sepulcro que hacia prepararse en Santa María la Mayor, pero los canónigos del Domo tuvieron, si puede decirse así, la sacrilega piedad de separar aquel trozo de mármol sin concluir, de su fúnebre destino, y se apoderaron de él para su catedral.

Sobre el coro se eleva á una altura de doscientos ochenta y cinco pies la famosa cúpula de Brunelleschi: permaneció desnuda y sin adorno, bella con su belleza, grande con su

sola grandeza, hasta 1572, época en que Vasari obtuvo de Cosme I la autorización de cubrirla de pintura. El día aniversario del nacimiento del gran duque, subió sobre su tablado y dió la primera pincelada en aquella inmensa obra, que quedó sin concluir al morir: la obra fué concluida por Federico Zucconi.

Dos glorias artísticas hacen pareja con dos glorias militares: de Juan Hawkwood y de Pedro Farnesio, con los sepulcros de Brunelleschi y del Giotto. El epitafio del primero es de Mazzupini, y el del segundo de Policiano. El mejor de los dos, es mas mezquino en comparacion de una estátua del uno ó de un cuadro del otro.

Al salir de Santa María de las Flores por la puerta de enmedio, se encuentra justamente uno en frente de otra puerta. Es la del bautisterio de San Juan: es la famosa puerta de bronce de Ghiberti. Miguel Angel tenia siempre miedo de que Dios robase aquella obra maestra de Florencia para hacer con ella la puerta del cielo.

El bautisterio de San Juan Bautista, iglesia primitiva de la ciudad de que tan frecuentemente habla el Dante y con tanto amor, es una construccion del siglo VI, y que se remonta nada menos que á aquella hermosa reina Teodolinda, que mandaba entonces en aquella rica comarca que se estendia desde el pie de los Alpes al ducado de Roma. Era el tiempo en que las ruinas esparcidas por el mundo que acababa de concluir, ofrecia espléndidos materiales al mundo que comenzaba. Los arquitectos lombardos tomaron á manó llenas columnas, capiteles, bajos relieves, y hasta una piedra llevando una inscripcion romana en honor de Aurelio Vero, y con ellas hicieron un templo que consagraron al bautismo de Jesucristo.

El bautisterio permaneci6 así rudo y áspero, y en toda su bárbara desnudez, hasta el siglo XI: era esta la grande época de los mosaíquistas. Salidos de Constantinopla, recorrieron el mundo aplicando sus largas y flacas figuras de Cristo, de la Virgen y de los santos sobre fondo de oro. Apolonio fué llamado á Florencia y le encargaron la bóveda. Las pinturas comenzadas por él, fueron concluidas por Andrés Zafi, su discípulo, y acabadas por Santiago de Turríta, Tadeo Gadi, Alejo Baldovincti y Domingo Guirlandajo.

Pronto se vió el interior tan bello y tan resplandeciente, que se pensó en el exterior, y se encargó á Arnolfo di Lapa vestirlo de mármol. Las mejoras habian dado su fruto: las ofrendas eran dignas del templo. Se pensó que se necesitaban puertas de bronce para encerrar tantas riquezas, y en 1330 se encargó á Andrés de Pisa ejecutar la del Mediodía que mira al Bigallo. La otra fué terminada en 1339, y produjeron tal sensacion, que la señoría de Florencia salió solemnemente de su palacio para ir a visitarla acompañada de los embaja-

dores de Nápoles y de Sicilia. El artista, que era de Pisa, como lo indica su nombre, recibió ademas el honor de la ciudadanía.

Quedaban dos puertas por ejecutar: el maravilloso trabajo del primer obrero, hacia difícil la eleccion del segundo: se resolvió, pues, sacarla á oposicion. Cada opositor adoptado por la comision, debia recibir de la magnífica república una suma suficiente para vivir un año, y al cabo de este año presentar el boceto. Brunelleschi, Donatello, Lorenzo de Partolucio, Scopodella, Quercio de Siena, Nicolás de Arezzo, su discípulo, Francisco de Bandanbrine, Simon de Cona, llamado Simon de los bronce, por su habilidad en modelar, se presentaron y fueron sin dificultad recibidos.

Habia entonces en Rimini un jóven que andaba viajando por Italia: iba de Venecia á Roma, pero fué detenido en el tránsito por el señor de Malatesta. Era este uno de esos tiranos artistas de la edad media que tan á pechos tomaba el arte: arrestado el jóven, le obligaron á hacer á la fuerza muchos frescos. En el intervalo de su trabajo, el jóven, que era ademas platero y escultor, se entretenia para distraerse en modelar figuritas de barro y de cera, y que despues Malatesta daba á sus lindos hijos, que debian un dia ser tan tiranos como él.

Halló una mañana á su comensal muy preocupado: le preguntó Malatesta qué era lo que tenia. El jóven le respondió que acababa de recibir una carta de su suegro que le anunciaba que la puerta principal del bautisterio de Florencia se habia sacado á oposicion, y que le invitaba á concurrir á aquel honor tan grande, de que en el fondo de su corazon se creia indigno. Malatesta animó al jóven á que marcháse á Florencia: despues comprendiendo que el pobre artista tenia falta de dinero, le dió una bolsa llena de oro para ayudarle á los gastos de su viage. Como se ve, el execrable tirano Malatesta era un excelente hombre.

Púsose el jóven en camino para Florencia, lleno de esperanzas y de temores á la vez. Palpitábase fuertemente el corazon cuando á lo lejos vió las torres de los campanarios de su ciudad natal: en fin, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y antes de ver ni á su muger ni á su padre, fué á llamar á la puerta de aquel famoso consejo de que iba á depender toda su vida.

Preguntáronle los jueces su nombre y qué era lo que habia hecho. El jóven respondió que se llamaba Lorenzo Ghiberti: la segunda pregunta era mas difícil de responder porque no habia hecho nada todavia, mas que las lindas figuritas de cera y barro con que jugaban los hermosos hijos del tirano Malatesta.

Así el pobre Ghiberti tuvo gran trabajo para desarmar la prevencion de los jueces, que le indicaban volverse á Rimini, cuando á peticion de Brunelleschi, amigo de su suegro, y

de Donatello, amigo suyo, fué admitido, mas como estímulo que á título de sería oposicion. No importa, habia sido recibido y esto era cuanto necesitaba: recibió su suma, y se puso á trabajar.

Pasóse el año trabajando todos á cual mas: despues, en el día señalado, cada uno presentó su boceto. Habia treinta y cuatro jueces, todos pintores, escultores ó plateros de primer orden.

Desde luego se dividió el parecer entre tres de los coopositores; estos tres eran Brunelleschi, Lorenzo de Bartoluccio y Donatello. Habian encontrado muy hermoso el boceto de Ghiberti: pero tan jóven, ó fuese temor de herir á los maestros que habian concurrido á la oposicion con él, ó por cualquiera otra razon, no se habian atrevido á adjudicarle el premio. Pero entonces sucedió una cosa maravillosa; y es que Brunelleschi, Bartoluccio y Donatello, retirándose á un rincon para deliberar, volvieron despues de un instante de conversacion, y dijeron á los cónsules que les parecia que se habia hecho una injusticia dándoles el premio, que creian en su alma y conciencia que lo habia ganado verdaderamente Lorenzo Ghiberti.

Concibese que semejante paso puso muy fácilmente de acuerdo á los jueces; y una vez por casualidad se concedió el premio al que lo habia merecido; verdad es que la oposicion, fiel á la mision original de toda oposicion, habia dado en un principio el premio al que no lo merecia.

Cuarenta años duró la obra, dice Vasari, es decir, un año menos que lo que habia vivido Masaccio, un año mas que lo que debia vivir Rafael. Lorenzo, que la habia comenzado lleno de salud y de vida, la acabó viejo y encorbado. Su retrato es el de ese anciano calvo que cuando está cerrada la puerta se halla en el adorno del medio: ¡toda una vida de artista se ha fundido alli con el sudor que ha caido gota á gota sobre aquel bronce!....

En cuanto á la otra puerta que fué dada á Ghiberti en recompensa de la primera, no fué para él mas que un juego, porque no tuvo mas que imitar á Andrés de Pisa, que hasta entonces habia sido mirado como inimitable.

Al salir del bautisterio por aquella puerta de en medio en donde están colgadas las cadenas del puerto de Pisa,—desgraciadas cadenas que se han dividido alternativamente los genoveses y los florentinos,—se descubre en todo su magestuoso atrevimiento el campanillo de Giotto. Aquel maravilloso monumento, sólido como una torre, esbelto como un encaje, era tan ligero, tan hermoso, tan brillante, que Policiano lo ha cantado en versos latinos, y Carlos V decia que debian colocarlo debajo de un fanal para no enseñarlo sino los dias de gran fiesta, y de que todavia se dice hoy en Florencia: «hermoso como el campanillo.»

para alabar cualquier cosa tan espléndida que no tiene término de comparacion.

Giotto habia abierto nichos que fueron llenados por Donatello. Seis estatuas son de este maestro: una de ellas representa el hermano Parduccio Charichini, mas conocido bajo el nombre dello Zuccone, á causa de su calva; obra maestra de natural y de modelo. Esta obra es la perfeccion griega reunida al sentimiento cristiano: así cuentan que cuando Donatello acompañó su querida estatua desde su taller al campanillo, confiando en su genio y creyendo que el Dios de los cristianos le daría el mismo milagro que Júpiter habia hecho con Pigmalion, no cesó por todo el camino de repetir á media voz:

—¡Favella! ¡favella! Habla, habla, pues.

La estatua permaneció muda, pero la admiracion de los siglos y la voz de la posteridad han hablado por ella.

EL PALACIO RICCARDI.

Ibamos á dejar aquel magnífico palacio del Domo para hacernos llevar al del gran duque, cuando echando una mirada á la via Martelli, divisamos al extremo de aquella calle el ángulo de un palacio tan hermoso, que nos separamos un momento de nuestro plan cronológico para acercarnos mas á aquel edificio. A medida que adelantábamos le veiamos desarrollarse á la vista en toda su elegancia y en toda su magestad. Era el magnífico palacio Riccardi, que hace esquina con la via Larga y con la via dei Calderai.

El palacio Riccardi fué edificado por Cosme el Antiguo, aquel á quien la patria comenzó por arrojarle de sí dos veces, y concluyó al fin por llamarle su padre.

Cosme vino en una de esas felices épocas en que todo en una nacion tiende á desarrollarse, y en las que el hombre de genio encuentra toda la facilidad para ser grande. En efecto, la era brillante de la república vino con él. Las artes florecian por todas partes. Brunelleschi edificaba sus iglesias, Donatello cincelaba sus estatuas, Orcagna cortaba sus pórticos, Masaccio cubria las paredes de sus frescos. En fin, la prosperidad pública caminaba con paso igual con el progreso de las artes, que venian y hacian de la Toscana, colocada entre la Lombardia, los Estados de la Iglesia y la república veneciana, el pais, no solo el mas poderoso, sino tambien el mas feliz de la Italia.

Habia nacido Cosme con riquezas inmen-

sas que habia casi duplicado, y sin ser mas que un ciudadano, habia adquirido una estraña influencia. Colocado fuera del gobierno, no lo atacaba, pero tampoco lo adulaba. El gobierno seguia por buen camino; estaba seguro de su alabanza: se separaba del camino recto; no evitaba su censura. Y la alabanza ó la censura de Cosme el Antiguo era de una suprema importancia, porque su gravedad, sus riquezas y su talento daban á Cosme la gerarquía de un hombre público. No era todavía el jefe del gobierno, pero era ya mas que ésto; tal vez era su censor.

Compréndese así la tormenta que secretamente debia prepararse contra semejante hombre. Veíala Cosme apuntar y la oía rugir, pero consagrado enteramente á los grandes trabajos que ocultaban sus grandes proyectos, ni aun volvió la cabeza hácia el lado de aquella, y hacia concluir la capilla de San Lorenzo, edificar la iglesia del convento de Dominicos de San Márcos, establecer el monasterio de San Frediano, y echar los cimientos de aquel hermoso palacio de la Via Larga, llamado hoy de Riccardi. Unicamente cuando sus enemigos le amenazaban demasiado abiertamente, como el tiempo de la lucha no habia aun llegado para él, dejaba á Florencia para irse á Bugello, cuna de su raza, á edificar los conventos del Bosco y de San Francisco, y volvía bajo el pretexto de dar una ojeada á su capilla de los Padres de Santa Cruz, y del convento de los Angeles de los Camaldulenses. Despues volvía á irse de nuevo para ir á adelantar los trabajos de su casa de campo de Carreggi, de Cafaggio, de Fiesoli y de Tribbio, ó fundaba en Jerusalem un hospital para los pobres peregrinos. Hecho esto volvía á ver cómo iban los negocios de la república, y su palacio de la Via Larga.

Y todas estas inmensas construcciones salían á la vez de la tierra, ocupando un mundo de obreros, de artistas y de arquitectos; y quinientos mil escudos pasaban allí, es decir, siete ú ocho millones de nuestra actual moneda, sin que este fastuoso ciudadano pareciese empobrecido lo menos del mundo, por este eterno y régio gasto.

Es que en efecto, Cosme era mucho mas rico que muchos de los reyes de la época. Su padre Giovanni le habia dejado casi cuatro millones de plata y ocho ó diez en papel, que él por el cambio habia quintuplicado. Tenia este príncipe en las diferentes plazas de Europa á su propio nombre ó á nombre de su hijo diez casas de comercio. En Florencia todo el mundo le debia, porque su bolsa se hallaba abierta á todo el mundo, y esta generosidad era tambien á los ojos de algunos el efecto de un cálculo, y se aseguraba que tenia interés en prolongar la guerra para obligar á sus conciudadanos arruinados á recurrir á él. Así habia hecho por ocasionar la guerra de Luca tal esfuerzo, que Varchi dice de él,

que con sus virtudes públicas y sus vicios secretos, llegó á hacerse gefe y casi príncipe de una republica ya mas esclava que libre.

Empero la lucha fué larga: arrojado Cosme de Florencia, salió como proscrito y volvió triunfador. Cosme adoptó con tenacidad aquella política que hemos visto seguir mas tarde á Lorenzo, su niéto: volvió á su comercio, á sus ágios y á sus monumentos, dejando á sus partidarios el cuidado de su venganza. Fueron tan graves las proscriciones y tan numerosos los suplicios, que uno de sus mas antiguos y fieles amigos creyó deber ir á decirle que despoblaba la ciudad. Cosme alzó los ojos de un cálculo de cambio que estaba haciendo, puso la mano sobre el hombro del mensajero, le miró de hito en hito, y con una impasibilidad increíble:

—Mas quiero despoblarla que perderla, le dijo:

Y el inflexible aritmético continuó haciendo sus cifras y sus cálculos.

Así vivió rico, poderoso, honrado, pero herido en el interior de su familia por la mano de Dios. Había tenido de su muger muchos hijos, de los que uno solo le sobrevivía. Así gastado é impotente se hacia llevar á las inmensas salas de su inmenso palacio, á fin de inspeccionar las escaleras, los dorados y los frescos, y entonces meneaba la cabeza y decia:

—¡Ay! ¡ay! esta es una casa muy grande para una familia tan pequeña!

En efecto, dejó por heredero de su nombre, de sus bienes y de su poder, á Pedro de Médicis, que colocado entre Cosme, el Padre de la patria, y Lorenzo el Magnífico, obtuvo por todo sobrenombre el de Pedro el Gotoso.

Refugio de los sábios griegos arrojados de Constantinopla, cuna del renacimiento de las artes durante los siglos XIV y XV, morada hoy de las ciencias de la Academia de la Crusca, el palacio Riccardi fué sucesivamente habitado por Pedro el Gotoso y por Lorenzo el Magnífico, que se retiró allí despues de la conspiracion de los Pazzi, como su abuelo se habia retirado á él despues de su destierro. Lorenzo legó el palacio con su inmensa coleccion de piedras preciosas y camafeos antiguos, con sus espléndidas armas, y con magníficos manuscritos originales á su hijo Pedro, que mereció, no el título de Pedro el Gotoso, sino el de Pedro el Insensato. El fué el que abrió las puertas de Florencia á Carlos VIII, el que le entregó las llaves de Sarzano de Pietra Santa, de Pisa, de Librafatta y de Liorna, y el que se comprometió á pagar por la república á título de subsidio la suma de doscientos mil florines.

El le ofreció además en su palacio de Via Larga una hospitalidad que el rey de Francia se hallaba dispuesto á tomar, aun cuando no se la hubieran ofrecido.

En efecto, como todo el mundo sabe, Cár-

los VIII entró en Florencia como vencedor y no como aliado, montado en su caballo de batalla, con la lanza en ristre y la visera calada: atravesó así toda la ciudad desde la puerta de San Friano hasta el palacio de Pedro, que la Señoría había desde la vispera arrojado de Florencia con todos los suyos. En el palacio Riccardi fué donde se discutió el tratado entre Carlos VIII y Pedro á nombre de la república, tratado que la república no quería reconocer. Las cosas fueron lejos, y á punto se estuvo de recurrir á las armas, porque habiendo sido introducidos los diputados en el salon á presencia de Carlos VIII, que los recibió sentado y cubierta la cabeza, el secretario real, que se hallaba sentado á la izquierda del trono, comenzó á leer, artículo por artículo, las condiciones de aquel tratado, y como cada nuevo artículo traía una nueva discusión, Carlos VIII, se incomodó y exclamó:

—Será así, ó haré tocar las trompetas.

—Pues bien, respondió Pedro Capponi, uno de los diputados de la república, arrancando el papel y haciéndole pedazos: pues bien, vos hareis tocar las trompetas, y nosotros haremos tocar las campanas.

Esta respuesta salvó á Florencia: el rey de Francia creyó que la república era tan fuerte como altiva. Pedro Capponi se había arrojado fuera del aposento: Carlos le hizo llamar haciéndole nuevas proposiciones que fueron aceptadas.

Once días despues, el rey salió de Florencia para marchar sobre Nápoles, dejando de vastar por sus soldados, tesoros, colecciones y bibliotecas.

El palacio Riccardi permaneció vacío durante diez y ocho años que duró el destierro de los Médicis: en fin, al cabo de este tiempo volvieron á entrar llevados por los españoles, y á pesar de este socorro, entraron, dice la capitulación, no como príncipes, sino como simples ciudadanos.

Pero como el gigantesco tronco había arrojado tan poderosas raíces, y su savia comenzaba á secarse, el árbol iba perdiendo cada vez mas. En efecto, Lorenzo II, muerto y sepultado en su sepulcro esculpido por Miguel Angel, no quedaba mas sangre de Cosme el Antiguo que tres bastardos: Hipólito, bastardo de Julio II, que fué cardenal; Julio, bastardo de Julian el Calvo, asesinado por los Pazzi, y que fué papa bajo el nombre de Clemente VII; en fin, Alejandro, bastardo de Julian I ó de Clemente VII, porque no se sabe bien de cual de los dos, y de una vinda de Toscana.

Como los tres permanecieron un instante en Florencia, alojándose en el mismo sitio, se llamó por burla á aquel sitio el palacio de los tres mulos.

Tan honrada como había sido la rama primogénita de los Médicis en Florencia en el principio, tan escarnecida y despreciada llegó á ser en esta época. Así los florentinos no

buscaban mas que una ocasión para arrojar á Alejandro y á Hipólito de Florencia, pero su tío Clemente VII, colocado sobre el trono pontifical, les daba un apoyo bastante poderoso para que los últimos restos del partido republicano se atrevieran á emprender nada contra ellos.

El saqueo de Roma por los soldados del condestable de Borbon, y la prision del papa en el castillo de San Angelo, ofrecieron á los florentinos la ocasión que aguardaban. Aprovecháronla, y por la tercera vez los Médicis volvieron á emprender el camino del destierro. Clemente VII, que era un hombre de recursos, salió del apuro vendiendo siete capelos de cardenales, con los que pagó una parte de su rescate, y puso otros cinco en prenda, para responder del resto. Entonces, como mediante estas garantías se le dejaba un poco mas en libertad, se aprovechó de ella para escaparse de Roma disfrazado de criado, y llegó á Orbieto. Los florentinos creíanse bien seguros para el porvenir viendo á Carlos V vencedor y fugitivo al papa.

Desgraciadamente Carlos V había sido elegido emperador en 1549, y tenia necesidad de ser coronado. El interés unió á los que el interés había separado. Clemente VII se comprometió á coronar á Carlos V, y Carlos V se comprometió á tomar á Florencia y á darla en dote á su hija natural Margarita de Austria, que desposó con Alejandro.

Las dos promesas fueron religiosamente cumplidas. Carlos V fué coronado en Bolonia, porque en la nueva ternura paternal que tenia al papa no queria ver los destrozos que sus tropas habían ocasionado en la ciudad santa; y despues de un sitio terrible en que fué defendida Florencia por Miguel Angel y entregada por Malatesta, el 31 de julio de 1534 hizo su entrada solemne Alejandro en la futura capital de su ducado.

Alejandro tenia casi todos los vicios de su época y muy pocas virtudes de su raza. Hijo de una morisca, había heredado sus ardientes pasiones. Constante en su odio, inconstante en su amor, trató de asesinar á Pedro Strozzi, é hizo envenenar al cardenal Hipólito, su primo, que segun Varchi, era un hermoso y agradable jóven, dotado de talento, afable, de corazon generoso, de mano liberal y grande como Leon X, y el que una sola vez dió 4,000 ducados de renta á Francisco Maria Molza, noble modenés, versado en el estudio de la literatura y en las tres bellas lenguas, que eran en aquella época el griego, el latin y el toscano.

Así durante los seis años de su reinado hubo muchas conspiraciones contra él.

Felipe Strozzi depositó una inmensa suma en manos de un fraile dominico de Nápoles, que tenia, dicen, grande influencia con Carlos V, para que obtuviese de Carlos V, el que diera la libertad á su patria.

Juan Bautista Cibo, arzobispo de Marsella, trató de aprovecharse de sus amores con la hermana de su hermano, que separada de su marido habitaba el palacio de los Pazzi, para hacerle matar un día que viniese á verla en aquel palacio; y como sabía que Alejandro llevaba ordinariamente bajo su vestido una cota de malla tan maravillosamente trabajada que estaba hecha á prueba de espada y de puñal, había hecho llenar de pólvora un cofre sobre el cual tenía la costumbre de sentarse el duque cuando venía á ver á la marquesa, y debía ponerle fuego. Empero esta conspiración, y todas las demas que se siguieron, fueron descubiertas, excepto una sola: en esta sola no había tampoco mas que un solo conjurado, y él debía hacerlo todo: este solo conjurado era Lorenzo de Médicis, el primogénito de aquella rama menor que se separó del tronco paternal con Lorenzo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, y que en su marcha ascendente se había, uniéndose con la rama mayor, vuelto á separar de ella formando dos brazos.

Lorenzo había nacido en Florencia el año de 1514, el 23 de marzo, de Pedro Francisco de Médicis, sobrino dos veces de Lorenzo, hermano de Cosme, y de María Soderini, muger de una prudencia singular y de gran sabiduría.

Lorenzo perdió muy jóven á su padre, y como apenas tenía nueve años, su primera educacion la recibió bajo las inspiraciones de su madre. Pero teniendo el niño gran facilidad fué rápida su educacion, y salió de la tutela femenina para entrar en la de Felipe Strozzi: allí se desarrolló su extraño carácter. Era una mezcla de ironía, de inquietud, de deseos, de dudas, de impiedad, de humildad y de altivez, que hacian que mientras no tuviese miedo para disimular, sus verdaderos amigos jamás le veian dos veces con una misma cara. Halagando á todo el mundo, no queriendo á nadie, amando todo lo que era hermoso sin distincion de sexo, era una de esas criaturas hermafroditas, como la naturaleza caprichosa se complace en producir en sus épocas de disolucion. De tiempo en tiempo, de este compuesto de elementos heterogéneos brotaba un ardiente deseo de gloria y de inmortalidad, tanto mas inesperado cuanto que salia de un cuerpo tan débil, tan femeníl que no le llamaban sino *Lorenzino*.

Sus mejores amigos jamás le habían visto llorar, pero si reirse siempre, y maldecir. Entonces su rostro, mas bien gracioso que hermoso, porque era naturalmente moreno y melancólico, tomaba una expresión tan infernal que por rápida que fuese, porque jamás pasaba sobre su rostro sino como un relámpago, asustaba á los mas valientes. A los quince años había sido estrañamente amado del papa Clemente, que le había hecho ir á Roma, y á quien él había tenido muchas veces la inten-

cion de asesinar. Despues á su vuelta á Florencia, habiéndose puesto á cortejar al duque Alejandro, con tanta destreza como humildad, se había convertido para él, no en uno de sus amigos, sino tal vez en su único amigo.

Es verdad que con Lorenzino por familiar, Alejandro no necesitaba á nadie. Lorenzo era bueno para todo, era su bufon, era su alcahuete, era su criado, era su espía, era su amante, era su querida. Solamente cuando el duque Alejandro tenía deseos de ejercitarse en las armas le faltaba su eterno compañero, quien se tendia sobre alguna cama muelle y blanda, ó sobre algunos almohadones tambien suaves y blandos, diciendo que todas aquellas corazas eran demasiado duras para su cuerpo, y todas aquellas dagas y espadas demasiado pesadas para su mano. Entonces mientras Alejandro jugaba á la esgrima con los mas hábiles espadachines de su época, Lorenzino jugaba con un cuchillo de muger, agudo y afilado, y cuya punta ensayaba atravesando florines de oro, y diciendo que aquella era su espada, y que no queria jamás llevar otra: tanto que al verlo tan mustio, tan humilde y tan cobarde, no le llamaban ya Lorenzino sino Lorenzaccio.

Asi por su parte el duque Alejandro tenía gran confianza en él, y la prueba mas segura de que la tenía es, que era el tercero en todas sus intrigas amorosas. Cualquiera que fuese el deseo del duque Alejandro, ora este deseo subiese muy alto, ora descendiese á lo mas bajo, ora persiguiese á una beldad profana, ora penetrase en algun santo monasterio, ora tuviese por objeto el amor de alguna esposa adúltera, ó de alguna casta jóven, Lorenzo lo emprendia todo: Lorenzo llevaba las cosas á cabo. Asi Lorenzo era el mas poderoso y el mas detestado en Florencia despues del duque.

Por su parte Lorenzo tenía un hombre que le era tan fiel y decidido como él parecia serlo con el duque Alejandro. Este hombre era sencillamente un tal Miguel de Toballacino, un esbirro, un asesino, á quien había hecho indultar por un asesinato, y á quien sus camaradas de prision habían bautizado con el nombre de Scoronconcolo, nombre que le había quedado á causa de su misma valentía. Desde entonces aquel hombre había entrado á su servicio, y hacia parte de su casa, manifestándole un estremo reconocimiento, hasta tal punto, que una vez Lorenzo habiéndose quejado delante de él del fastidio que le causaba cierto intrigante Scoronconcolo había respondido:

—Mi amo, decidme únicamente el nombre de ese hombre, y os prometo que mañana no os incomodará.

Y como Lorenzo se quejase todavia otra vez.

—Pero decidme quién es, preguntó el esbirro: aunque fuese el duque lo mataria.

Y como tercera vez Lorenzo volviese á quejarse de aquel hombre:

—Su nombre, exclamó Scoronconcolo: porque le daré de puñaladas, aunque fuese el mismo Cristo!

Sin embargo, por esta vez no dijo nada todavía Lorenzo: no había llegado el tiempo.

Una mañana el duque hizo decir á Lorenzo que fuese á su palacio mas pronto que de costumbre. Acudió Lorenzo, y encontró todavía acostado al duque. La vispera había visto una muger muy linda, la de Leonardo Ginori, y la quería gozar. Para esto hacia llamar á Lorenzo, y contaba tanto mas con él, cuanto que la muger que codiciaba era la tia misma de Lorenzo. Escuchó Lorenzo la proposición con la misma tranquilidad que si se hubiese tratado de una estraña, y respondió á Alejandro como tenia de costumbre: que con el dinero todo era fácil.

Replicó Alejandro que ya sabia dónde estaba su tesoro, y que no tenia mas que ir á tomar lo que necesitase.

Despues Alejandro marchó á otro aposento.

Salió Lorenzo, pero al salir colocó debajo de su capa sin ser visto del duque aquella famosa cota de malla, que era toda la seguridad de Alejandro, y la arrojó al salir en el pozo de Sergio Cappovano.

A la mañana siguiente preguntó el duque á Lorenzo, cómo iba de su comision; pero Lorenzo le respondió que tratándose aquella vez de una muger honrada la cosa iba mas larga. Despues añadió riendo, que no tenia sino tener paciencia, divirtiéndose entretanto con sus monjas. En efecto, el duque Alejandro tenia un convento de quien había seducido, primero á la abadesa, despues á las religiosas, y del cual había formado un serrallo. Alejandro se quejaba tambien aquel dia de que había perdido su coraza, no porque creyese necesitarla, sino porque era tan ligera, y se había acomodado tan bien á todos sus movimientos, que con dificultad podria volver á encontrarla igual. Lorenzo le dió el consejo de que mandase hacer otra; pero el duque le respondió, que no hallándose en Florencia el obrero que la había hecho, era esto imposible, porque no había otro tan hábil que pudiese reemplazarle.

Asi se pasaron algunas semanas, preguntando siempre el duque á Lorenzo, á qué altura se hallaba con la señora Ginori, y Lorenzo engañándole siempre con buenas palabras, tanto, que con este retardo, había despertado en él un deseo inmoderado de poseer á la que asi se resistia.

Por fin, una mañana, era el 6 de enero de 1536 (antiguo estilo), Lorenzo hizo decir al esbirro que fuese á desayunarse con él, como muchas veces había hecho en los dias de buen humor.

Despues, cuando estuvieron en la mesa

y que amigablemente habían vaciado dos ó tres botellas:

—Volvamos, dijo Lorenzo, á aquel enemigo de quien te he hablado, porque ahora que te conozco, estoy seguro de que no me faltarás ante el peligro, como yo no te faltaré á tí. Me has ofrecido herir: pues bien, ha llegado el momento, y yo te llevaré esta noche á un punto donde podremos hacer la cosa con seguridad. ¿Permaneces siempre en la misma resolucion?

Renovó el esbirro sus promesas, acompañándolas de esos impíos juramentos de que se sirven en las ocasiones esta clase de gentes.

Por la noche, cenando con el duque y otras muchas personas, Lorenzo había como de costumbre ocupado su lugar al lado de Alejandro; se arrimó á su oído y le dijo que al fin había á fuerza de muchas promesas dispuesto á su tia á recibirle: pero con la condicion espresa de que había de ir solo al cuarto de Lorenzo, queriendo tener aquella debilidad por él, pero queriendo tambien conservar todas las apariencias de virtud. Añadió Lorenzo que era importante que nadie le viese entrar ni salir, siendo la condescendencia de su tia con condicion de que se había de observar el mayor secreto.

Estaba tan gozoso Alejandro que prometió cuanto se quiso. Entonces Lorenzo se levantó para ir, decia, á prepararlo todo. Despues, estando ya en la puerta se volvió por última vez, y Alejandro le hizo señas con la cabeza de que podia contar con él.

En efecto, inmediatamente que se concluyó la cena se levantó el duque, y pasó á su cámara. Allí se mudó de ropa; se envolvió en una larga capa de seda forrada de cibelina; entonces, pidiendo sus guantes á su ayuda de cámara:

—¿Me pondré, dijo, mis guantes de guerra ó mis guantes de amor? Porque tenia sobre la mesa guantes de malla y guantes perfumados: y como antes de presentarle unos ú otros aguardase el criado la respuesta:

—Dame, le dijo, mis guantes de amor. Y el criado le presentó sus guantes perfumados.

Salió entonces del palacio de los Médicis con cuatro personas únicamente: el capitán Justiniano de Sesena, uno de sus confidentes, que tenia como él el nombre de Alejandro, y otros dos de sus guardias, de los que el uno se llamaba Giomo y el otro el Húngaro, y cuando estuvo en la plaza de San Marcos, adonde había ido para alejar toda sospecha del verdadero objeto de su salida, despidió á Justiniano y á Giomo, diciendo que queria ir solo, y no conservando con él sino al Húngaro, tomó el camino de la casa de Lorenzo. Llegado al palacio Sostigui que estaba casi enfrente del de Lorenzo, ordenó al Húngaro que se quedase allí y que aguardase hasta el dia, y que cualquier cosa que viese ó que oyese, cualesquiera que fuesen las personas que en-

rasen ó que saliesen, no hablase ni se menease de allí, bajo pena de incurrir en su cólera: al amanecer, si el duque no hubiese salido, podía el Húngaro volverse á palacio. Este, que estaba habituado á esta clase de aventuras, se guardó muy bien de esperar al día, y en cuanto vió entrar al duque en la casa de Lorenzo, que sabía era su amigo, se volvió á palacio, se arrojó según su costumbre sobre un colchon que le tendian cada noche en la cámara del duque, y se durmió.

Durante este tiempo habia subido el duque al cuarto de Lorenzo, donde habia un buen fuego, y ya le aguardaba el amo de la casa. Entonces se quitó su espada y fué á sentarse sobre la cama. Inmediatamente Lorenzo le cogió la espada, y enroscando al rededor de ella el cinturón, que pasó dos veces por el puño, á fin de que el duque no pudiese sacarla de la vaina, se colocó á la cabecera de la cama diciendo al duque que tuviese paciencia interin iba á traerle la que aguardaba. A aquellas palabras salió, cerró la puerta tras sí, y como la puerta era de las de resorte, el duque, sin conocerlo, se encontró su prisionero.

Habia dado cita Lorenzo á Scoronconcolo en el alto de la calle, y Scoronconcolo, fiel á la consigna, estaba en su puesto. Entonces Lorenzo muy gozoso, se llegó á él, y dándole tres golpecitos en el hombro:

—Hermano, le dijo, ha llegado la hora; tengo encerrado en mi cuarto al enemigo de quien te he hablado; ¿estás siempre en la intencion de deshacerte de él?

—¡Marchemos! fué la única respuesta del esbirro; y los dos volvieron á entrar en la casa.

Al llegar á la mitad de la escalera, se detuvo Lorenzo.

—No repares, dijo volviéndose hácia Scoronconcolo, si ese hombre es amigo ó no del duque, y no me abandones.

—Perded cuidado, dijo el esbirro.

Sobre lo alto de la escalera Lorenzo se detuvo de nuevo:

—Cualquiera que sea ¿entiendes? añadió dirigiéndose por última vez á su acólito.

—Cualquiera que sea, respondió con impaciencia Scoronconcolo, aunque fuese el mismo duque.

—Bien, bien, murmuró Lorenzo sacando su espada y poniéndola desnuda debajo de su capa; y abrió la puerta poco á poco y entró seguido del esbirro.

Alejandro se habia acostado sobre la cama con la cara vuelta hácia la pared, y probablemente estaba medio dormido, porque no se volvió al ruido; tanto que Lorenzo se adelantó hácia él, y diciéndole:

—¿Dormís, señor? le dió tan terrible estocada que la punta que le entró por la espalda le salió por el pecho, atravesándole el diafragma, y por consecuencia haciéndole una herida mortal.

Pero aunque herido mortalmente, el duque Alejandro, que era poderosamente fuerte, se lanzó de un brinco en medio del cuarto, y fué á ganar la puerta que habia quedado abierta; cuando Scoronconcolo de un tajo de su espada le abrió las sienas y le derribó casi enteramente la megilla izquierda. Detúvose el duque vacilando, y Lorenzo, aprovechándose de aquel momento, le cogió por el cuerpo, le volvió á tender en la cama y lo echó boca abajo poniéndose encima con todo el peso de su cuerpo. En aquel momento Alejandro, que como una fiera cogida en la red no habia dicho nada todavía, dió un grito llamando socorro. Inmediatamente Lorenzo le puso la mano izquierda en la boca con tanta violencia, que el dedo pulgar y una parte del indice entraron en ella. Entonces por un movimiento instintivo apretó los dientes con tanta fuerza, que los huesos que mordía crugieron, y fué Lorenzo á su vez el que vencido por el dolor, se cayó de espaldas dando un grito terrible. Inmediatamente, aunque perdiendo sangre por las dos heridas y vomitándola por la boca, Alejandro se echó sobre su adversario, y doblándolo como una caña, trató de ahogarle con sus dos manos. Hubo entonces un momento terrible, porque el esbirro queria en vano acudir al socorro de su amo; los dos combatientes estaban de tal modo enlazados, que no podia herir al uno sin riesgo de herir al otro. Dió, sin embargo algunos golpes de punta por entre las piernas de Lorenzo, pero no habia hecho nada mas que atravesar la ropa y el forro del duque, sin llegar á su cuerpo. De pronto se acordó que tenia un cuchillo. Entonces arrojó su grande espada que le era inútil, y cogiendo al duque en sus brazos, se mezcló á aquel grupo informe que luchaba en medio de la pálida luz que proyectaba en el cuarto el fuego de la chimenea, buscando un sitio donde herir. Por último, encontró la garganta de Alejandro, y allí metió la boja de su cuchillo cuan largo era, y como vió que no caia todavía el duque, la volvió y revolvió de tal manera, que á fuerza de *barrenar*, dice el escritor Varchi, le cortó la arteria y le separó la cabeza casi de los hombros. Cayó el duque lanzando un terrible estertor. Scoronconcolo y Lorenzo, que habian caído con él, se levantaron y echó cada uno un paso atrás. Habiéndose mirado el uno al otro, asustados de la sangre que cubria su ropa y de la palidez que cubria su rostro:

—Creo que al fin ha muerto, dijo el esbirro.

Y como Lorenzo menease la cabeza en señal de duda, fué á coger la espada, y volvió á pinchar lentamente al duque, que no hizo movimiento alguno. No era mas que un cadáver.

Cogieronle el uno por los pies y el otro por los hombros, y todo manchado de sangre como estaba lo pusieron en la cama y echá-

ron sobre él la colcha. Despues como estaba fatigado de la lucha, y dispuesto á ponerse malo, Lorenzo, se fué á abrir una ventana que daba á la *Via Larga*, á fin de respirar y reponerse y para ver tambien al mismo tiempo si el ruido que habian hecho habia atraído á alguien. Aquel ruido habia sido oído de algunos vecinos, y sobre todo de madama de Salviati, viuda de *Juan de las Bandas negras*, y madre de Cosme, que el se habia admirado de aquella larga y obstinada barahunda. Pero como en la prevision de lo que pudiese suceder, veinte veces Lorenzo para acostumbrar á los vecinos habia hecho un ruido semejante acompañándolo con gritos y maldiciones, todos creyeron reconocer en aquel rumor la vida habitual que pasaba este, á quien unos miraban como un insensato y otros como un cobarde, de modo que nadie en todo caso formó atencion; y en la calle y en las casas inmediatas todo parecia perfectamente tranquilo.

Entonces Lorenzo y Scoronconcolo un poco repuestos salieron del cuarto, que cerraron no solamente con el resorte, sino tambien con la llave; y Lorenzo habiendo bajado á casa de su mayordomo Francisco Zeffi, cogió todo el dinero contante que tenia en aquel momento en la casa, mandó á uno de sus criados llamado Freccia, que le acompañase, y sin mas comitiva que el esbirro y él, se fué, gracias á una licencia que anticipadamente habia pedido, durante el día al obispo Marci, á tomar caballos de posta, y sin detenerse, y de un tiron se fué hasta Bolonia, donde solo se detuvo para curarse la mano, cuyos dos dedos estaban casi desprendidos, y que sin embargo volvieron otra vez á encarnarse y á unirse, aunque dejándole una eterna cicatriz. Despues montando á caballo llegó hasta Venecia, donde entró la noche del lunes. En cuanto llegó hizo llamar á Felipe Strozzi, que desterrado hacia cuatro ó cinco años, se hallaba entonces en Venecia. Enseñándole entonces la llave de su cuarto:

—Tomad, le dijo: ¿veis esta llave? Pues bien, cierra la puerta de un cuarto, donde está el cadáver del duque Alejandro asesinado por mí.

Felipe Strozzi no queria creer semejante noticia. Pero el asesino sacando de su valija sus vestidos todos ensangrentados, y mostrándole la mano mutilada:

—Mirad le dijo, ved aquí la prueba.

Entonces Felipe Strozzi se arrojó en sus brazos, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiendo la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

En una casa contigua al palacio Riccardi fué donde Lorenzo dió de puñaladas con el auxilio del espadachin Scoronconcolo al duque Alejandro, hermano natural de Catalina de Médicis, primer duque de Florencia, y último descendiente de Cosme, el Padre de la

patria; porque el papa Clemente VII habia muerto en 1534, y el cardenal Hipólito en 1538. Y con ocasion de este asesinato se notó una cosa estraña, á saber, que era la séptuple combinacion del número seis: habia sido asesinado Alejandro en el año 1536, á la edad de veinte y seis años, el 6 del mes de enero, á las seis de la noche, con seis heridas, y despues de haber reinado seis años.

La casa en que fué asesinado se hallaba situada en el sitio mismo en que hoy están las cuadras.

Ademas, el proverbio evangélico «el que á hierro mata á hierro muere,» fué aplicado á Lorenzo con toda su rigorosa exactitud. Lorenzo, que habia matado por el puñal, murió por el puñal en Venecia el año 1557, sin que se supiese de qué mano habia partido el golpe. Unicamente se recuerda que al subir al trono Cosme I, habia jurado no dejar impune la muerte del duque Alejandro.

La muerte de Alejandro fué el último suceso importante que aconteció en este hermoso palacio. Abandonado en 1540 por Cosme I cuando resolvió habitar el Palacio Viejo, fué vendido á la familia Riccardi, cuyo nombre ha conservado, aunque haya vuelto en el reinado de Fernando III, creo, á la posesion de los Médicis.

Hoy la famosa academia de *La Crusca*, celebra alli sus sesiones, y se ocupa de adverbios y participios, como dice con mucha gracia Carlos Nodier.

Esto es menos poético, pero es mas moral.

EL PALACIO VIEJO.

Aunque ya estaba vencida la jornada que habia sido pasada entre el Domo y el palacio Riccardi, no quisimos volver á casa sin haber visitado la plaza del Gran Duque. Habia oído hablar mucho de ella, habia visto dibujos, y sabia que ofrecia mas que cualquiera otra en el mundo la reunion de recuerdos de historia, de arte y de los mas grandes sucesos de la república y del principado. Habianme ademas recomendado que para que nada perdiere su aspecto grandioso fuese por una de las calles que desembocan enfrente del Palacio Viejo. Recordamos esta recomendacion. Tomamos la calle Martelli y la plaza del Domo, donde en nuestro primer asombro habiamos pasado sin reparar en el Brigallo, antiguo hospicio de espositos, y las dos estatuas colosales de Pampalini representando á Arnolfo di Lapo y

á Brunelleschi, con los ojos fijos el uno sobre la iglesia y el otro sobre su cúpula. A la izquierda del primero, entre él y la casa de la cofradía de la Misericordia, está la calle de la Muerte, llamada así por la famosa tradición que ha inspirado á Scribe su poema de Guido y Ginebra.

Dejando la plaza del Domo tomamos la calle de los Calzajoli; esta es á la vez una de las calles mas estrechas y mas históricas de Florencia. Como en todos tiempos ha estado poblada de artesanos, como dirige desde el Domo al Palacio Viejo, como en fin, apenas tiene diez pies de ancho, fué veinte veces el teatro de las luchas armadas tan frecuentes en tiempo de la república. Así es en Florencia como la calle de Vivienne en Paris, el parage obligado de toda persona que fuera de su hotel ó de su almacén tiene que andar quinientos pasos para negocios ó para divertirse.

Es cosa milagrosa además ver pasar al trote los carruages en medio de aquella muchedumbre sin exhalar un solo murmullo; tanta es la costumbre que de ceder el paso á cuanto cree superior tiene el pueblo de Florencia. Poned aquel número de carruages y aquel mismo número de gentes en una calle igual desembocando en el Palacio Real ó en las Tullerías, ó en la Bolsa, y habrá al día tres ó cuatro personas atropelladas y treinta ó cuarenta cocheros apaleados.

He habitado en Florencia cerca de quince meses en diferentes épocas y jamás he presenciado ni una disputa ni una desgracia.

Al extremo de la calle de los Calzajoli, está la linda iglesia del Orto, San Miguel, llamada así del jardín sobre que está construido, Orto, y del santo á que está consagrado. Era en otro tiempo un depósito de granos edificado por Arnolfo di Lapo, ese grande removedor de piedras; pero habiendo sido destruido por un incendio y queriendo la república secundar la inclinacion del pueblo, que tenía una gran veneracion por una de las vírgenes mas milagrosas pintada sobre madera y clavada en uno de los pilares del pórtico, decretó que el depósito de granos se cambiase en iglesia.

Giotto fué el encargado de la trasformacion; formó en consecuencia el dibujo de la iglesia actual, que fué ejecutada bajo la direccion de Tadeo Gaddi. En cuanto á la imagen de la virgen, Andrés Orcagna, el pintor del Campo Santo, el arquitecto de la lógia de Lanci, fué el encargado de construir un tabernáculo digno de ella.

Estaba bien elegido el hombre como poeta, como escultor y como cristiano. Así todo lo que se puede hacer con una blanda cera, con un obediente yeso, lo hizo Andrés Orcagna con mármol. Es preciso verdaderamente tocar aquella obra maestra para cerejorarse de que no es una pasta de imitación, sino un trozo de mármol vaciado hecho hojas, cortado con un atrevimiento, con un capricho, con una ri-

queza de que no puede formarse idea sin haberlo visto.

Así se sale de allí de tal manera asombrado que apenas se fija la atención en dos grupos de mármol: el uno de Simon de Fiosole, y el otro de Francisco San Gallo. Había habido en otro tiempo allí magníficos frescos, de los que dos eran de Andrea del Sarto; pero sería inútil buscarlos hoy allí: en 1770 han sido cubiertos con un blanqueo de cal.

El esterior de la iglesia, si puede llamársela así, está erizado de estatuas. Allí hay un San Eloy de Antonio di Banco; un San Estéban, un San Mateo, un San Juan Bautista de Lorenzo Ghiberti; un San Lucas de Mino de Fiosole; otro San Lucas de Juan de Bolonia; un San Juan Evangelista de Baccio Monte Lupo; por último un San Pedro, un San Marcos, y sobre todo, un San Jorge de Donatello, al que seguramente podría decirse como al Zuccone: ¡habla, habla! si no hubiera sido fácil ver en el altivo porte de aquel vencedor de dragones qué era demasiado orgulloso para obedecer á una orden, aunque esta orden le fuese dada por su creador.

Por grande que fuese la idea que de antemano me había formado de la plaza del Palacio Viejo, la realidad, debo confesarlo, fué todavía mas grande: al ver aquella masa de piedras tan poderosamente arraigadas en el suelo, coronadas de su torre que amenaza al cielo como el brazo de un titan, la antigua Florencia toda entera con sus güelfos y sus gibelinos, sus priores, su señoría, sus gremios, sus condottieri, su pueblo turbulento y su aristocracia altiva, se me presentaron cual si fuese á asistir al destierro de Cosme el Antiguo ó al suplicio de los Salviati. En efecto, cuatro siglos de historia y de arte están á derecha y á izquierda, delante y detrás, envolviendo á uno por todas partes y hablando á la vez con las piedras, el mármol y el bronce de Nicolás de Uzzanno, de Orcagna, de Renaud, de Albizzi, de Donatello, de Pazzi, de Rafael, de Lorenzo de Médicis, de Flaminio Vacca, de Savonarola, de Juan de Bolonia, de Cosme I y de Miguel Angel.

Buscad en el mundo entero una plaza que reúna semejantes nombres, sin contar los que olvido, y los olvido tal como Baccio Bandinelli, como el Ammanato, como Benvenuto Cellini.

Quisiera bien poner un poco de orden á este magnífico caos, y clasificar cronológicamente los grandes hombres, las grandes obras y los grandes recuerdos; pero esto es imposible. Es preciso cuando se llega á aquella plaza maravillosa ir donde os lleva la vista ó el instinto os guía.

Lo que se apodera desde luego del artista, del poeta, del arqueólogo, es el sombrío *Palazzo-Vechio*, blasonado con las antiguas armas de la república, entre las que brillan sobre azul, como estrellas sobre el cielo, aque-

llas flores de lis sin número sembradas sobre el camino de Nápoles por Carlos de Anjou.

Apenas fué libre Florencia, quiso tener su casa de ayuntamiento para alojar un magistrado, y su campana para llamar al pueblo. Si se constituye un pueblo en el Norte ó una república en el Mediodía, el deseo de tener una casa de ayuntamiento y una campana, es el primer acto de su voluntad, y la satisfacción de este deseo la primer prueba de su existencia.

Así desde 1298, es decir, diez y seis años despues, los florentinos habian conquistado su constitucion, Arnolfo di Lapo recibió orden de la señoría de construirla un palacio.

Arnolfo di Lapo habia visitado el terreno que le reservaban, y habia formado en consecuencia su plan. Pero en el momento de poner los cimientos á su edificio, el pueblo le prohibió con grandes gritos colocar una sola piedra en el sitio donde habia estado situada la casa de Farinata de los Huberti. Arnolfo di Lapo se vió obligado á obedecer al clamor popular: retiró su palacio á un rincón y dejó libre el recinto maldito. Hoy es, y todavia ni piedra ni árbol han echado allí raices, y nada se levanta en aquel sitio desde hace mas de seis siglos, allí donde una venganza güelfa pasó el arado y lo sembró de sal.

Aquel palacio era la residencia de un gonfaloniero y de sus ocho priores, dos por cada cuartel de la ciudad: su cargo duraba sesenta dias, y durante este tiempo vivian juntos, comiando á la misma mesa, no pudiendo salir de aquella residencia; es decir, que estaban poco menos que prisioneros: cada uno tenia dos criados para servirle, y tenían á sus órdenes siempre un notario dispuesto á escribir sus deliberaciones, el cual comia con ellos y estaba prisionero como ellos. En cambio del sacrificio que hacia cada prior á la república de su tiempo y de su libertad, recibían diez libras al dia, casi siete francos de nuestra moneda. La parsimonia privada se regulaba entonces por la economía pública, y el gobierno se encontraba así dispuesto para hacer grandes cosas en las artes y en la guerra. De aquí la viene el sobrenombre de magnífica república.

Se entra en el Palacio Viejo por una puerta colocada en la tercera parte casi de su fachada, y se halla uno en un pequeño patio cuadrado rodeado de un pórtico sostenido por nueve columnas de arquitectura lombarda. En medio de aquel patio hay una fuente coronada con un Amor antiguo con un pescado en la mano y descansando sobre un cántaro de pósito. En la época del matrimonio de Fernando se adornó aquel pórtico con pinturas al fresco representando ciudades de Alemania vistas á vuelo de pájaro.

En el primer piso se halla la gran sala del consejo; ejecutada por las órdenes de la república y por las instancias de Savonarola. Mil

ciudadanos podian deliberar allí cómodamente.

Cronaca fué el arquitecto, y tanto apresuró la ejecución, que Savonarola tenia costumbre de decir que le habian servido los ángeles de albañiles.

Cronaca tenia razón en darse prisa, porque tres años despues debia morir Savonarola, y treinta mas tarde caer la república.

Así aquella inmensa sala nada ha conservado de aquella época sino su forma primera: todos sus adornos pertenecen al principado; sus frescos y su techo son de Vassari; sus cuadros son de Cigoli, de Ligozzi y de Passigino; las estatuas son de Miguel Angel, de Baccio Bandinelli y de Juan de Bolonia.

Todo á la mayor gloria de Cosme I.

En efecto, Cosme I es una de esas estatuas gigantescas que la mano de la historia levanta como una pirámide para marcar el limite en que concluye una época y comienza otra. Cosme I era á la vez el Augusto y Tiberio de la Toscana, y esto es tanto mas exacto, cuanto que en la época en que Alejandro cayó bajo el puñal de Lorenzo, Florencia se halló en la misma situacion que Roma despues de la muerte de César: «no habia ya tiranos, pero tampoco habia libertad.»

Dejemos por un instante las piedras, los mármoles y los lienzos para examinar todos los vicios y todas las virtudes que la humanidad ha reunido en un solo hombre: curioso es el estudio, y bien merece la pena de que nos detengamos en él un momento.

Nació Cosme I en el antiguo palacio Salviati, convertido despues en el palacio Apparellio, en el medio del patio en el que aun hoy hay una estatua de mármol representando al gran duque con la vestidura real y la corona sobre la cabeza. Descendia de Lorenzo el Antiguo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, cuya rama separada en la segunda generacion, se dividió en rama mayor y rama menor: era de la rama mayor Lorenzino y de la menor Cosme.

Su padre era aquel famoso Giovanni, el mas ilustre tal vez de todos aquellos valientes capitanes que existian en Italia en los siglos XV y XVI. El dia aniversario de su nacimiento soñó que le veia dormido en su cuna con una corona real en la cabeza. Le afectó de tal modo aquel sueño, que al despertarse resolvió tentar á Dios para saber cuáles eran sus designios sobre su hijo. En su consecuencia, mandó á su muger, Lircracia de Médicis, y en tal concepto sobrina de Leon X, que cogiese el niño y le subiese al piso segundo. Obedeció Maria sin saber de que se trataba: entonces él bajó á la calle, llamó á su muger, que se presentó en el balcón, y ostendiendo los brazos mandó que le echase el niño. Estremeciéndose hasta en el fondo de sus entrañas la pobre madre; pero Giovanni renovó la orden que ya habia dado con una voz tan imperiosa,

que obedeció volviendo la cabeza. Cayó el niño desde el piso segundo y fué recogido en los brazos de su padre.

—Está bien, dijo el impasible condottiero; mi sueño no me ha engañado y tú serás rey.

Entonces volvió á subir y entregó el pequeño Cosme á su madre, que le recibió mas muerta que viva.

En cuanto al niño, se notó que ni aun habia dado un grito.

Seis años despues de este suceso, Giovanni de Médicis fué herido encima de la rodilla delante de Borgo Forte con un tiro de arcabuz, en el mismo sitio donde habia recibido otra herida en Pavia. Era tan grave la nueva llaga, complicada sobre todo con la antigua, que se decidió el cortar la pierna. Quisieron atarle entonces á la cama para proceder á la operacion; pero declaró que como este asunto á nadie le tocaba mas que á él, queria verlo hacer. En su consecuencia cogió la luz y la tuvo hasta el fin de la amputacion, sin que ni una sola vez temblase su mano bastante para hacer vacilar la llama. Sea que la herida fuese mortal, sea que la operacion estuviese mal hecha, al dia siguiente espiró Giovanni de Médicis á la edad de veinte y nueve años.

Esta muerte fué de gran satisfaccion para los alemanes y los españoles, de quienes era el terror.

Hasta él, dice Guichardini, la infantería italiana era nula y desconocida: él fué el que aprovechando las lecciones que habia recibido del español marqués de Pescara, la organizó y la hizo célebre: así amaba tanto aquella tropa, que era su hija, que la abandonaba su parte de botín de la guerra, no reservando para sí sino la gloria.

Por su parte le amaban tan tiernamente los soldados, que no le llamaban jamás sino su maestro y su padre: á su muerte se vistieron todos de luto, y declararon que no dejarían aquel color, juramento que cumplieron con tal fidelidad, que Juan de Médicis fué desde aquella época llamado Juan de las Bandas negras, sobrenombre con que es conocido mas que con el nombre paterno.

Este Juan de las Bandas negras era el abuelo de Maria de Médicis, la que casó con Enrique IV.

Lucrecia de Médicis, que habia quedado viuda se consagró toda á su hijo. El joven Cosme creció rodeado de maestros y constantemente vigilado por el ojo maternal. Criado seriamente fué grave desde niño, estudiando todas las cosas de guerra y del gobierno con igual aptitud, y apasionado sobre todo por las ciencias químicas y naturales.

A los quince años se habia ya marcado su carácter, que podia dar á los que se le acercaban una idea de lo que seria mas tarde. Lo acabamos de decir, su aspecto era grave y hasta taciturno: tardaba en formar relaciones familiares y dejaba dificilmente á nadie to-

mar familiaridades con él; pero cuando llegaba á concederlo, era una prueba de su amistad, y su amistad era segura. Sin embargo, era discreto en todas sus acciones, aun para con sus mismos amigos, y no queria que se supiese lo que trataba de hacer sino cuando ya estaba hecho. Resultó de aquí que siempre parecia buscar un objeto contrario á aquel que se proponia, lo que hacia sus respuestas concisas y frecuentemente oscuras.

Este era Cosme cuando supo la noticia del asesinato de Alejandro, y la huida de Lorenzo, cuya fuga le dejaba sin opositor al principado: así tomó rápidamente su partido. Reunió algunos amigos con los que podia contar, montó á caballo y marchó desde su casa de campo en la que habitaba, á Florencia.

Cosme vió recompensada su confianza por la acogida que le hicieron. Entró en la ciudad en medio de las aclamaciones de alegría de todos los habitantes. Los recuerdos de su padre marchaban en torno suyo, y el pueblo, con el que se hallaban mezclados una multitud de soldados que habian servido bajo las órdenes de Juan de las Bandas negras, le acompañó hasta el palacio Salviati, gozoso y llorando y gritando á la vez: Viva Juan, y viva Cosme, viva el padre y el hijo.

Al dia siguiente Cosme fué nombrado gefe y gobernador de la república con cuatro condiciones:

Hacer indiferentemente justicia al rico y al pobre.

No consentir jamás en reconocer la autoridad de Carlos V.

Vengar la muerte del duque Alejandro.

Tratar bien al señor Julio y á la señora Julia sus hijos naturales.

Cosme aceptó esta especie de carta ó constitucion con humildad y el pueblo aceptó á Cosme con entusiasmo.

Pero sucedió con aquel gran duque lo que con todo hombre de genio que una revolucion eleva al poder.

Sobre el primer escalon del trono reciben leyes, sobre el último las imponen.

Difícil era la posicion en que se hallaba para un joven de diez y ocho años: era preciso luchar á la vez contra los enemigos interiores y contra los exteriores. Era preciso sustituir un gobierno firme, un poder unitario y una voluntad duradera á todos aquellos gobiernos vacilantes ó tiránicos, á todos aquellos poderes opuestos el uno al otro, y por consecuencia destructores el uno del otro, á todas aquellas voluntades que tan pronto partiendo de lo alto ó tan pronto de lo bajo, formaban un eterno flujo y reflujó, sobre el cual era imposible fundar nada sólido y duradero. Y sin embargo, con todo esto era preciso contemporizar con las libertades del pueblo, á fin de que ni nobles, ni ciudadanos, ni artesanos, conocieran la mano de un señor. Era preciso, en fin, gobernar un caballo todavia indócil para

la tiranía con una mano de hierro cubierta de guante de seda.

Cosme era ademas en todos los puntos el hombre que se necesitaba para llevar á efecto aquella obra. Disimulado como Luis XI, apasionado como Enrique VIII, valiente como Francisco I, perseverante como Carlos V, magnífico como Leon X: tenia todos los vicios que constituyen la vida privada sombría, y las virtudes que constituyen la vida pública brillante. Asi es que su familia fué desgraciada y su pueblo feliz.

Habia tenido de Leonor de Toledo, su muger, sin contar un principe que murió de un año, cinco hijos y cuatro hijas. Estos hijos eran:

Francisco, que reinó despues de él, el mismo que se casó con Bianca Capelo, cuya historia hemos contado.

Fernando que reinó despues que Francisco.

Don Pedro, don Juan y don Garcia.

Las cuatro hijas eran:

Maria, Lucrecia, Isabel y Virginia.

Digamos rápidamente como la muerte se paseó en esta magnífica línea, donde entró como en la familia primitiva por un fratricidio.

Juan y Garcia cazaban en las Maremmas: Juan, que no tenia mas que diez y nueve años, era ya cardenal: Garcia no era todavía nada mas que el favorito de su madre. El resto de la corte estaba en Pisa, donde Cosme habia instituido un mes antes la órden de San Estéban y habia ido allí para darse á reconocer como gran maestro.

Los dos hermanos, que hacia largo tiempo se conservaban mutuamente un cierto rencor porque Juan era el querido de su padre, y Garcia el de su madre, se pusieron á disputar con motivo de un gamo que cada uno de ellos pretendia haber muerto. En medio de la disputa, Garcia sacó su cuchillo de caza y dió una puñalada á su hermano.

Juan, herido en el muslo, cayó pidiendo socorro. La gente de la comitiva de los dos principes acudieron, encontraron á Juan enteramente solo y bañado en su sangre, lo llevaron á Liorna, é hicieron avisar al gran duque de la desgracia que acababa de suceder. Corrió el gran duque inmediatamente á Liorna y curó él mismo á su hijo: porque el gran duque, uno de los hombres mas superiores de su época, tenia todos los conocimientos médicos que se podian tener en el siglo XVI. Pero á pesar de su celo y cuidado, Juan espiró en los brazos de su padre á los cinco dias de haber sido herido.

Cosme volvió á Pisa. Al ver aquella máscara de bronce con que tenia costumbre de cubrir su rostro hubiérase dicho que nada habia sucedido. Garcia habia precedido á Cosme á Pisa, y se habia refugiado en el aposento de su madre donde esta le tenia oculto.

Sin embargo, al cabo de algunos dias,

viendo que Cosme no hablaba ya de su hijo muerto cual si nunca hubiese existido, animó al matador á que fuese á arrojarse á los pies de su padre á pedirle perdon; pero como temblase el jóven á la sola idea de ballarse cara á cara con su juez, para tranquilizarle le acompañó su madre.

Hallábase sentado el gran duque enteramente preocupado, en uno de los cuartos mas retirados de su palacio.

Presentáronse el hijo y la madre á la puerta de él. Cosme se levantó á su vista. Inmediatamente Garcia corrió á donde estaba su padre, se arrojó á sus pies abrazando sus rodillas y pidiéndole perdon. La madre permaneció en la puerta estendiendo los brazos hácia su marido. Cosme tenia la mano metida en su justillo; sacó un puñal que tenia costumbre de llevar en el pecho, é hirió con él á don Garcia, diciéndole:

—No quiero á un Cain en mi familia.

La pobre madre habia visto brillar la hoja del puñal, y se habia precipitado sobre Cosme. Emperó á la mitad del camino recibió en sus brazos á su hijo que herido de muerte se habia levantado tambaleándose y gritando:

—¡Madre mial! ¡madre mial!

El mismo dia 6 de diciembre de 1562 espiró don Garcia.

Y á contar desde aquel momento en que murió, Leonor de Toledo se acostó cerca de su hijo, cerró los ojos, y no volvió á abrirlos mas. Ocho dias despues espiró ella misma, unos dicen que de dolor, otros que de hambre.

Los tres cadáveres entraron secretamente y sin pompa en la ciudad de Florencia, y se dijo que los dos hijos y la madre habian sido arrebatados por las fiebres malignas de las Maremmas.

El nombre de Leonor de Toledo era un nombre fatal que traia desgracias. La hija de don Garcia, padrino del jóven Francisco, y hermano de aquella otra Leonor de Toledo, cuya muerte acabamos de contar, habia venido jóven á la corte de su tía, y allí habia florecido bajo el suave sol de la Toscana, como una de aquellas flores que han dado su nombre á Florencia.

Deciase aun, aunque en voz baja, en la corte, que el gran duque Cosme estaba perdiendo en amorado de ella. Y como conocian los amores del gran duque, añadian que habia seducido con el oro ó asustado con las amenazas á los criados de la jóven princesa, que habia penetrado una noche en su estancia y no habia salido de ella sino al dia siguiente por la mañana; despues á las noches siguientes habia vuelto, y este comercio adúltero habia concluido por causar tal escándalo, que habia easado á su jóven y hermosa querida con su hijo Pedro. Lo que al menos habia de seguro en todo esto es, que en el momento que menos se aguardaba, y sin que don Pedro mismo hubiese sido consultado, se habia decidido

esta union y se habia verificado el matrimonio.

Pero sea efecto de los rumores estraños que habian corrido sobre la conducta de Leonor, sea que el placer gustado por don Pedro en la compañía de jóvenes hermosas, venciesen á los sentimientos del amor que podia inspirarle una hermosa muger, los nuevos esposos parecian tristes y vivian casi separados. Leonor de Toledo era jóven, era hermosa, de esa sangre española que quema hasta al pie de los altares las venas por donde corre, tanto que abandonada por su marido, se enamoró de un jóven llamado Alejandro, el cual era hijo del capitán florentino Francisco Gaci. Pero este primer amor no tuvo otra consecuencia. El jóven persuadido de que el marido de la que amaba sabia sus relaciones, y que podia causar á la bella Leonor grandes dolores, se retiró á un convento, y allí sofocó ó al menos encerró su amor bajo un cilicio. Mientras él oraba por Leonor, Leonor le olvidaba.

El que la hizo olvidarse de él sucediéndole, era un jóven caballero de San Estéban, que mas indiscreto que el pobre Alejandro, no dejó ignorar á toda la ciudad que era amado. Asi tal vez á causa de este amor, como á causa de la muerte de Francisco Ginori, que acababa de matar en desafio entre el palacio Strozzi y la Puerta Roja, habia sido desterrado á la isla de Elba. Empero el destierro no habia matado al amor, y no pudiendo ya verse los dos jóvenes, se escribian. Cayó una carta en manos del noble gran duque Francisco, á quien en su vida habia asociado Cosme al poder. Fué traído secretamente el amante de la isla de Elba á la prision de Bargello. La noche misma de su llegada hicieron entrar en su prision un confesor y un verdugo: despues, cuando concluyó el confesor, el verdugo dió garrote al jóven. A la mañana siguiente Leonor supó de su boca misma de su cuñado la ejecucion de su amante.

Hacia once dias que lloraba temblando por ella misma, cuando recibió el 10 de julio la orden de ir al palacio de Caffaggiolo, que habitaba hacia muchos meses su marido. Desde entonces creyó que se hallaba perdida, pero no por eso dejó de obedecer, porque no sabia cómo ni dónde encontrar un refugio. Pidió una dilacion hasta el dia siguiente y nada mas: despues finó á sentarse cerca de la cuna de su hijo Cosme, y pasó la noche llorando y suspirando echada sobre su niño.

Los preparativos de marcha ocuparon una parte del dia, de modo que Leonor no salió de Florencia sino á las tres de la tarde, y como instintivamente á cada minuto paraba los caballos, casi entró de noche en Caffaggiolo. Con grande asombro suyo la casa parecia desierta.

Desenganchó el cochero los caballos, y mientras los criados y las mugeres que la habian acompañado trasladaban los paquetes del equipage desde el coche, Leonor de Toledo entró sola en la hermosa casa de campo que

privada de la luz parecia á aquellas horas triste y sombría como un sepulcro. Subió entonces la escalera ligera y silenciosa cual una sombra, y llena de terror se adelantó estando abiertas todas las puertas, hasta su alcoba; pero en el momento en que ponía el pie en ella, vió detrás de la mampara salir un brazo con un puñal, y al mismo tiempo sintió un golpe, dió un grito y cayó. ¡Estaba muerta! Don Pedro, no fiando á nadie el cuidado de su venganza, la habia él mismo asesinado.

Viéndola tendida entonces en su sangre é inmóvil, vino á mirar atentamente á la que habia herido. Leonor habia ya espirado: tan certero y hábil habia sido el golpe. Don Pedro se puso de rodillas al lado del cadáver, alzó sus manos ensangrentadas al cielo, pidió perdón á Dios del crimen que acababa de cometer, y juró en espiciación de aquel crimen no volverse á casar jamás. ¡Estraño juramento si se cree á los rumores escandalosos de la época, de su repugnancia por las mugeres que le hacia cumplir este juramento mas fácilmente que cualquiera otro!

Despues el verdugo se convirtió en enterador, colocó en un ataúd preparado de antemano el cuerpo del que acababa de arrojar el alma, cerró el ataúd y lo llevó á Florencia, donde fué sepultada la misma noche y en secreto, en la iglesia de San Lorenzo.

Ademas, don Pedro ni aun cumplió su juramento: se casó en 1390 con Beatriz de Meneses: verdad es que esto fué diez y siete años despues del asesinato de Leonor, y que Pedro de Médicis con su carácter debia haberse olvidado, no solo el juramento hecho, sino de la causa que lo habia dictado.

Vamos ahora á las hijas de Cosme.

Maria era la mayor. Era á los diez y siete años, como dice Shakspeare de Julieta, una de las mas bellas flores de la primavera de Florencia. El jóven Malatesta, page del gran duque Cosme se enamoró de ella. La pobre niña por su parte le amó con aquél primer amor que nada sabe rehusar. Un viejo español sorprendió á los dos amantes en una cita, y en tal situacion, que no le dejó duda alguna sobre la intimidad de sus relaciones. Contó al gran duque Cosme lo que habia visto.

Maria murió envenenada á los diez y siete años, porque su vida prolongada seis meses mas, hubiera sido un deshonor para su familia. Malatesta fué aberrojado en una prision, y habiendo logrado escaparse al cabo de diez ó doce años, llegó á la isla de Candia, donde su padre mandaba por los venecianos. Dos meses despues lo encontraron asesinado una mañana en la esquina de una calle.

Lucrecia era la segunda hija de Cosme. A la edad de diez y nueve años se casó con el duque de Ferrara. Un dia llegó á la corte de Toscana un correo que anunció que la jóven princesa habia muerto de repente. Díjose en la corte que habia sido arrebatada por una fie-

bre pútrida: dijose en el pueblo que su marido la habia asesinado en un momento de celos.

Isabel era la tercera: era la favorita de su padre. El amor de Cosme por su hija pasaba como se va á ver de los límites del amor paternal.

Un dia que Vasari, oculto por los andamios, pintaba el techo de una de las salas del Palacio Viejo, vió entrar en la sala á Isabel. Era hácia el medio dia: el aire era ardiente. Ignorando que hubiese alguno en el mismo cuarto que ella, la jóven recorrió las cortinas, se acostó en un divan y se durmió.

Poco despues Cosme entró á su vez y vió á su hija. Cosme miró un instante á Isabel dormida, con ojos ardientes de deseos; despues fué á cerrar todas las puertas por dentro; poco despues Isabel dió un grito. Vasari no vió nada mas, porque á su vez él cerró los ojos y aparentó dormir. Al descorrer las cortinas recordó Cosme que en aquel cuarto debia ser donde pintaba Jorge Vasari. Alzó los ojos al techo, y vió el andamio. Al instante le ocurrió la idea de que habia tenido un testigo de su crimen, y aquella idea en un corazon como el de Cosme, fué seguida inmediatamente del deseo de desembarazarse de él.

Cosme subió poquito á poco la escala, llegó al techo, y encontró á Vasari con la cara vuelta á la pared durmiendo en un rincon de su andamio. Acercóse á él, sacó su puñal, le aproximó lentamente al pecho para asegurarse si realmente dormia ó fingia dormir. Vasari no hizo el mas leve movimiento, su respiracion permaneció tranquila é igual, y convencido Cosme de que su pintor favorito no habia visto ni oido nada, volvió á envainar su puñal y bajó del andamio.

A la hora en que tenia costumbre de salir Vasari salió, y volvió á la mañana siguiente á la hora en que tenia costumbre de volver. Esta sangre fria le salvó: si hubiese huido era perdido, porque donde quiera que hubiese huido, hubiera ido á buscarle el puñal ó el veneno de los Médicis.

Sucedia esto en el año 1537.

Al año siguiente, como Isabel ya tenia diez y seis años, fué preciso pensar en casarla.

Entre los pretendientes á su mano, eligió Cosme á Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano, pero una de las condiciones del matrimonio fué, dicen, el que Isabel continuaria viviendo en Toscana al menos seis meses al año.

Este matrimonio contra todo lo que se aguardaba fué visiblemente triste y frio: deiciase para explicar esta terrible indiferencia de un marido jóven con una muger jóven y bonita, que los rumores del amor de Cosme por su hija habian llegado á su noticia y causaban su repugnancia. Pero en fin, fuese cual fuese la causa, el hecho es que existia esta repugnancia. Giordano estaba la mayor parte del año en Roma, dejando, cualquiera que fue-

sen sus quejas, á su muger permanecer en Toscana. Semejante abandono debia producir frutos adúlteros. Jóven, bella, apasionada, en medio de una de las córtes mas galantes del mundo, Isabel no tardó en hacer olvidar con nuevas acusaciones la antigua que la habia manchado. Entretanto Giordano callaba porque Cosme vivia siempre, y mientras Cosme vivia no hubiera pensado ni atreviéndose á vengarse de su hija. Pero Cosme murió en 1574.

Giordano Orsini habia dejado en cierto modo á su muger bajo la vigilancia de uno de sus próximos parientes, llamado Troilo Orsini, y hacia algun tiempo que aquel guarda de su honor le escribia que Isabel llevaba una conducta regular, y tal cual podia deseársela, de modo que casi habia renunciado á su proyecto de venganza, cuando en una disputa particular y sin testigos, Troilo mató de una puñalada á Sabia Torello, page del gran duque Francisco, lo que le obligó á huir. Entonces se supo por qué Orsini habia muerto á Torello. Eran los dos amantes de Isabel, y Orsini queria serlo solo.

Supo Giordano á un mismo tiempo la doble traicion de su pariente y de su muger. Marchó inmediatamente á Florencia, y llegó cuando Isabel, que temia la suerte de su cuñada Leonor de Toledo, asesinada hacia cinco dias, se preparaba para abandonar la Toscana y huir al lado de Catalina de Médicis, reina de Francia. Pero la aparicion inesperada de su marido descompuso todas sus disposiciones. Sin embargo, á la primera vista se tranquilizó Isabel: Giordano Orsini parecia volver á su lado mas como un enamorado que como un juez. La dijo que habia comprendido que todas las faltas eran culpa suya, y que deseoso de vivir en lo sucesivo con una vida mas feliz y mas regular, venia á proponerla que olvidasen mutuamente sus culpas. El trato en la situacion en que se hallaba Isabel era muy ventajoso para ella para que no lo aceptase: sin embargo, no se reunieron en aquel dia los dos esposos.

Al dia siguiente, 16 de julio de 1576, convidó Giordano á su muger á una gran cacería que debia dar en su casa de campo de Cerreto. Aceptó Isabel, y llegó por la noche con sus mugeres. Apenas habia entrado, vió venir á donde estaba á su marido llevando él mismo dos magníficos lebrelos que le suplicó admitiese; y de que la aconsejó se sirviese al dia siguiente: despues se pusieron á la mesa. En la cena estuvo Orsini mas alegre que nadie le habia conocido nunca, haciendo á su muger finezas, tratándola como hubiera podido hacerlo un amante á su querida, tanto que por habituada que estuviere ella á tratar con gente disimulada, casi Isabel se engañó. Sin embargo, despues de la cena el marido la invitó á que pasase á su cuarto, dándole el ejemplo. Entretanto sintió Isabel instintivamente estremecerse y palidecer, y volviéndose hácia la Frescovaldi, su primera dama de honor:

—Señora Lucrecia, la dijo, ¿iré ó no iré?

Sin embargo, á la voz de su marido que volvía á buscarla, preguntándola riéndose si quería seguirle ó no, cobró valor y le acompañó.

Entró en el cuarto, y no halló mudanza ninguna. Su marido tenía siempre el mismo rostro, y la cita parecía aumentar su error. Engañada Isabel, se abandonó á él, y cuando se hallaba en una posición en que no podía defenderse, Orsini sacó de debajo de la almohada una cuerda ya dispuesta y la echó al cuello de Isabel, y cambiando de repente sus besos y sus abrazos en un apretamiento mortal, la ahogó á pesar de sus esfuerzos para defenderse, sin que pudiese ni aun dar un grito.

Así fué como murió Isabel.

Quedó Virginia: esta fué casada con César de Este, duque de Módena. Esto es todo lo que de ella se sabe. Sin duda tuvo mejor suerte que sus tres hermanas. La historia no olvida mas que á los que son felices.

Este es el lado sombrío de la vida de Cosme: ahora vamos al lado brillante.

Era Cosme uno de los hombres mas hábiles de la época. Entre otras cosas, dice Vaccio Valdini, conocia una gran cantidad de plantas, sabia su cultivo, cómo nacian, cómo vivian mas tiempo, cómo tenían el olor mas vivo, y dónde se criaban las mas hermosas flores, cómo producian los mejores frutos, y cuál era la variedad de las flores y de los frutos para curar las enfermedades ó las heridas de los hombres y de los animales. Como era un escelente químico, componia con las plantas, con las aguas, esencias, aceites, medicamentos balsámicos, y daba estos remedios á los que se los pedian, fuesen ricos ó pobres, fuesen toscanos ó extranjeros, habitantes de Florencia ó de cualquiera otra ciudad de Europa.

Cosme amaba y protegía las letras. En 1544 fundó la Academia florentina, que llamó su muy querida y feliz academia; allí debian enseñar y comentar el Plutarco y el Dante. Sus sesiones se tenían en un principio en el palacio de la Via Larga: despues, para que estuviera mas libre y con mas comodidad, les dió un salon en el Palacio Viejo. Desde la caída de la república aquella gran sala era inútil.

La universidad de Pisa, protegida ya por Lorenzo de Médicis, habia tenido cierto brillo en otra época, pero abandonada por los sucesores del Magnífico, se habia cerrado. Cosme la volvió á abrir, y les concedió grandes privilegios para asegurar su existencia: por último, agregó á aquel establecimiento un colegio para que cuarenta jóvenes que anunciasen buenas disposiciones y talento, y elegidos entre las familias pobres, se educasen á su costa.

Hizo Cosme poner en orden y enumerar todos los manuscritos y todos los libros de la biblioteca Lorenceana que el papa Clemente XII habia comenzado á reunir.

Aseguró con una renta el mantenimiento

y la existencia de las universidades de Florencia y de Siena.

Adquirió una imprenta, é hizo venir al Torrentino de Alemania y traer todas las ediciones que llevan el nombre de este célebre tipógrafo.

Acogió á Pablo Sone, que se veía errante, y á Scipion Ammirato, que se hallaba proscrito, y habiendo muerto el primero en su corte, le hizo construir un sepulcro con su estátua.

Quería el gran duque que todos escribiesen libremente segun su gusto, segun su opinion y segun su capacidad: animó tanto á seguir este camino á Benedeto Varchi, Filipo de Nerli, Vicencio Borgini y á tantos otros, que de los solos volúmenes que le dedicaron por reconocimiento los historiadores, poetas y sabios contemporáneos, podia formarse una biblioteca.

Por último, obtuvo que Boccacio, prohibido por el concilio de Trento, fuese revisado por Pio V, que murió revisándolo, y por Gregorio XIII, haciéndose una edicion en 1573, que está revisada por la censura pontifical, y pretendia la misma revision para las obras de Maquiavelo, cuando murió antes de haberla conseguido.

Cosme era artista. No fué culpa suya si vino al mundo cuando iban desapareciendo los grandes hombres. De toda aquella brillante pléyada que habia iluminado los reinados de Julio II y Leon X, no quedaba mas que Miguel Angel. Hizo todo lo que pudo por tenerlo: le envió un cardenal y una embajada, le ofreció la cantidad de dinero que señalase él mismo, el título de senador y un empleo á su eleccion: pero Paulo III lo tenia y no queria soltarlo. Entonces, á falta del gigante florentino, juntó lo mejor que pudo reunir.

El Ammanato, su ingeniero, le construyó por los planos de Miguel Angel el hermoso puente de la Trinidad, y le hizo la estátua de Neptuno de mármol de la plaza del Palacio Viejo. Hizo hacer á Baccio Bandinelli el Hércules y el Baco, la estátua del papa Leon X, la del papa Clemente VII, la del duque Alejandro, la de Juan de Médicis, su padre, y su propia estátua; la Logia del Mercado nuevo y el coro del Domo. Benvenuto Cellini fué llamado de Francia para fundirle su Perseo en bronce, para tallarle copas de ágata, para grabarle medallones de oro. Despues, como habia encontrado en los alrededores de Arezzo, dice Benvenuto en sus Memorias, una multitud de figuritas de bronce á las que faltaba á unas la cabeza, á otras las manos y á otras los pies, Cosme las limpiaba él mismo y las quitaba el orin con precaucion para que no se echasen á perder. Un dia que Benvenuto Cellini iba á hacer una visita al gran duque, le encontró rodeado de martillos y cinceles. Dándole un martillo á Cellini y teniendo un cincel, Cosme le mandó que diese con el primero

mientras él dirigía el otro: y no tenían así la traza de un soberano y un artista, sino simplemente la de dos obreros plateros trabajando en un mismo establecimiento.

A fuerza de investigaciones químicas, halló Cosme, con Francisco Ferrugi de Fiezzola, el arte de cortar el pórfido, perdido desde los romanos, y lo aprovechó para hacer esculpir la bella base del palacio Pitti y la estatua que colocó en la plaza de la Trinidad en lo alto de la columna de granito que le había regalado el papa Pio IV.

Acogió y empleó á Juan de Bolonia, que hizo para él el Mercurio y el Robo de las sabinas, y despues fué arquitecto de su hijo Francisco.

Mantuvo á Bernardo Buontalenti, al que dió á su hijo el gran duque por maestro de dibujo.

Colocó bajo la dirección del arquitecto Tribolo las construcciones y jardines del Castello.

El fué tambien el que compuso el palacio Pitti, al que dejó su nombre y del que hizo su hermosa corte.

Habia llamado á su lado á Jorge Vasari, arquitecto, pintor é historiador. Pidió al historiador una historia del arte, dió al pintor el Palacio Viejo para que lo pintase, el arquitecto tuvo que construir un corredor que uniese el palacio Pitti al Palacio Viejo, á la manera del que dice Homero que unia el palacio de Priamo con el de Héctor.

Recibió Vasari tambien la órden de edificar aquella magnífica galeria de los Oficios, hoy convertida en tabernáculo de las artes, y cuya magnífica *Ilustracion* publica á estas horas Florencia.

Agradó tanto este monumento á Pignatelli, que lo vió cuando no era todavia mas que fraile en Florencia, que hecho papa en 1694, hizo hacer por el mismo modelo la Capia Inocenciana en Roma.

En fin, reunió en el palacio de la Via Larga, en el Palacio Viejo y en el de Pitti, todos los cuadros, todas las estatuas, ora antiguas, ora modernas, que habian sido pintadas, esculpidas, grabadas, ó halladas en las excavaciones ejecutadas por Cosme el Antiguo, por Lorenzo, y por el duque Alejandro, y que dos veces habian sido saqueadas y habian desaparecido; la primera al paso de Carlos VIII, y la segunda cuando el asesinato del duque Alejandro por Lorenzini.

Así el elogio de los contemporáneos ha sofocado la censura de la posteridad: la parte sombría de aquella vida se pierde en la parte brillante, y se olvida que aquel protector de las artes, de las ciencias y de las letras, habia muerto á uno de sus hijos, envenenado á una de sus hijas, y violado á otra.

Verdad es que los contemporáneos de Cosme I eran Enrique VIII, Felipe II, Carlos IX, Cristian II, y aquel infame Paulo III, cuyo hijo violaba los obispos (4).

Murió Cosme en 21 de abril de 1574, dejando el trono ducal á su hijo Francisco I, á quien habia asociado hacia muchos años al poder, y de quien hemos dicho casi todo lo que hay que decir, ante la estatua de Fernando I en Liorna, y con motivo de los amores de Bianca Capello, su querida y su muger.

Era Cosme sóbrio; comia poco, bebia poco, y en los últimos años de su vida habia perdido el apetito, y se contentaba con comer algunas almendras. Casi siempre durante la comida, tenia á su mesa un sabio, con el que hablaba de química, botánica ó geometría; un artista, con el que raciocinaba sobre el arte, ó un poeta, con el que discutiese sobre Dante ó Boccaccio. A falta de estos, hablaba con los sirvientes que le asistían de cosas peculiares á sus conocimientos: porque sabia, dice su historiador, él sólo tanto como todos los hombres juntos.

Sus dos placeres mas vivos eran la música y la caza. Le gustaba cantar en coro, y muchas veces bañándose en el Arno con los caballeros que admitia á su intimidad, por medio de tablitas de madera sobre las que cada uno tenia escrita la parte de música que habia de cantar. Cosme daba entonces conciertos en plena agua á sus súbditos, porque ante todo era enemigo del descanso, y trabajase ó divirtiérase, siempre tenia necesidad de ocuparse en algo.

Era á la vez el mejor cazador, el mas hábil halconero, y el pescador mas diestro de su reino. Pero se vió obligado á renunciar muy pronto á estos ejercicios, porque le atacó la gota á la edad de cuarenta y cinco años.

Se ve, pues, que en Cosme I habia caracteres propios de Augusto y de Tiberio.

Volvamos ahora á la sala del Palacio Viejo, de que nos ha apartado esta larga biografía, y que es la misma, si hemos de creer la tradición, en la que se verificó el terrible crimen de la violación de Isabel.

El cuadro no el mas notable con respecto al arte, sino el mas extraordinario seguramente como hecho registrado, es el cuadro de Ligozzi, representando el recibimiento hecho por Bonifacio VIII á doce embajadores de doce potencias que todos eran florentinos. Tan indisputable era en el siglo XIII y XIV el genio político de la magnífica república.

Estos doce embajadores eran:

Muciato Franzesi, por el rey de Francia.
Ugolino de Vicchio, por el rey de Inglaterra.

Ranieri Langru, por el rey de Bohemia.

Vermiglio Alfani, por el rey de Germanos.

Simone Rossi, por la Rascia.

Bernardo Ervai, por el señor de Verona.

Guiscardo Bastal, por el kan de Tartaria.

Manno Fronte, por el rey de Nápoles.

Guido Tabanea, por el rey de Sicilia.

Lupo Farinata de los Huberti, por Pisa.

Gino Diotesalvi, por el señor de Camerino.

(1) Benedetto Varchi, Historia del obispo de Fano.

Y por último, Bencivenni Folchi, por el gran maestro de Jerusalén.

Esta fué una reunion estraña, que hizo decir á Bonifacio VIII que venia á mezclarse en el mundo un quinto elemento, y que los florentinos eran el quinto elemento.

Los gigantescos frescos que cubren las paredes, así como todos los cuadros del techo, son de Vasari. Los frescos representan las guerras de los florentinos contra Siena y Pisa. Para la ejecucion de los últimos habia preparado Miguel Angel aquellos hermosos cartones que se han perdido sin que se haya sabido qué se ha hecho de ellos.

En las otras habitaciones del palacio, que son donde vivian, se encuentra tambien un número considerable de pinturas de la misma época casi. Es preciso exceptuar una lindisima capilla de Rodolfo Guirlandajo, que forma por su posición estricta y religiosa una estraña oposición con aquella pintura fria y pagana del tiempo de la decadencia.

Destruído como lo ha sido por los sucesos de Cosme I, el Palacio Viejo conserva todavía materialmente un recuerdo de la república. Es la torre de Barbería, donde fué encerrado Cosme el Antiguo, y á cuya puerta un siglo mas tarde, cuando la conspiracion de los Pazzi, el valiente gonfaloniero Cesar Petrucci hizo la guardia con un asador.

En esta torre, hoy separada como leñera, fué donde pasó Cosme el Antiguo los cuatro dias mas malos de su vida. Durante aquellos cuatro dias, el temor de ser envenenado por sus enemigos, le impidió tomar alimento alguno.

Porque, dice Maquiavelo, muchos querian que fuese desterrado; pero muchos querian tambien hacerle morir, mientras que el resto callaba ó por compasion ó por miedo. Los últimos, no tomando ningun partido, impedian que se hiciese nada. Durante este tiempo, Cosme habia sido encerrado en una torre del palacio, y puesto bajo la guardia de un carcelero. Aquel gran ciudadano oia el rumor de las armas que habia en la plaza, y el continuo sonido de las campanas de alarma que llamaban al pueblo. Temia á la vez que le hicieran morir públicamente, ó mas bien que le mataran en secreto. Por eso fijándose en esta última idea, estuvo cuatro dias sin tomar alimento alguno, á no ser un poco de pan que habia llevado consigo. Entonces, apercibiéndose de los temores de su prisionero, el carcelero que le habia servido la comida, y hacia cuatro dias que se llevaba intacto el alimento, meneó lentamente la cabeza y le dijo:

—Tú dudas de mí, Cosme, tú temes ser envenenado, y por este temor te dejas morir de hambre. Es hacerme poco honor creer que pueda prestarme á semejante crimen. No temas por tu vida, que está asegurada porque tienes muchos amigos en palacio y fuera de él, pero aun cuando debieses perder la vida,

pierde el temor con respecto á mí, porque para ejecutarla seria preciso otro ministro y no yo. Yo no mancharé mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya: jamás me has hecho ofensa alguna; tranquilízate, pues, come, y consérvate para tus amigos que te quieren. Para tranquilizarte mas, dispénsame cada dia el honor de permitirme sentarme á tu mesa y yo comeré el primero de todo lo que tú comas.

A aquellas palabras Cosme se sintió reanimado, abrazando á su carcelero llorando y jurándole un reconocimiento eterno, y prometiéndole acordarse de él si alguna vez la fortuna le proporcionaba los medios de recompensarle.

Olvida Maquiavelo decir si en los tiempos felices se acordó Cosme de la promesa hecha en los dias del infortunio.

El nombre de aquel carcelero, que no se dice, deja muy atrás á los carceleros conocidos y honrados de los Caigniez, Guilberto de Pixerecourt, Victor Ducange, y otros románticos.

Aviso á la posteridad que no hallándose recargada de carceleros, puede dar una buena plaza á este.

LA PLAZA DEL GRAN DUQUE.

Al salir del Palacio Viejo se tiene delante de sí y volviendo la espalda, el *Caco* de Baccio Bandinelli, y el *David* de Miguel Angel; gigantescos centinelas de aquel gigantesco palacio. A la izquierda, en el segundo término, la *Loggia dei Lanzi*; enfrente de sí, y en el tercer término, el techo de los Pisanos; por último, á la derecha el famoso *Marsocco* que dividió con Jesucristo el honor de ser gonfaloniero de Florencia: en fin, la fuente de Ammanato y la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan de Bolonia.

Baccio Bandinelli es la exageracion de Miguel Angel, cuyo talento nó le salva de la exageracion sino por lo sublime. El fué el que hizo del Laocoonte antiguo una copia que encontraba tan hermosa que la preferia al original. Contaron esta pretension á Miguel Angel, el que se contentó con responder:

—Es difícil pasar á un hombre cuando se le sigue por la espalda.

Los artistas admiran mucho el cuello del *Caco*. Baccio Bandinelli creia sin duda tambien que esto era lo mejor de su grupo, porque apenas estuvo ejecutada esta parte cuando la hizo modelar y la envió á Roma, Miguel An-

gel vió aquella copia y se contentó con decir:

—Esto es hermoso, pero es preciso aguar-dar á lo demas.

En efecto, el resto, es decir, el dorso del Caco fué muy exactamente comparado á un sa-co de patatas.

Miguel Angel no era el único con el que Baccio Bandinelli estuvo en oposicion en pun-tos artisticos, y con el que tuvo disputas de palabra.

Benvenuto Cellini, que tenia el puñal tan listo como el cincel, le tenia un odio igual á la admiracion que le inspiraba Miguel Angel. Un dia encontráronse juntos los dos artistas delante de Cosme I. Comenzaron sus eternas disputas á pesar de la presencia del gran du-que, y se acalararon hasta tal punto, que Ben-venuto enseñando su puñal á su adversario:

—Baccio, le dijo, te aconsejo que te prepa-res para ir al otro mundo, porque ¡como hay Dios! que cuento despacharte para él.

Entonces respondió Bandinelli:

—Prevénteme un dia antes para que me con-fiese y no me muera como un perro, y cuando me presente á la puerta del cielo no me to-men por tí.

El gran duque calmó á Benvenuto, encar-gándole hacer la estatua de Perseo, y á Baccio Bandinelli encargándole su grupo de Adan y Eva.

El David tiene tambien su historia, porque en Florencia todo aquel pueblo de estatuas y de cuadros tiene su tradicion individual: dor-mia hacia cien años en un grande trozo de mármol apenas desbastado desde que Simon de Fiesoli, escultor de principios del siglo XV, habia querido darle las formas de un gigante: pero habiendo el estatuario, poco experimen-tado, tomado mal sus medidas, habia quitado el trozo del pedestal, y el trozo yacia sin con-cluir, cuando Miguel Angel lo vió, tuvo com-pasion de aquel informe mármol, lo puso en pie y luchando con él cuerpo á cuerpo, de tal modo esgrimió el cincel y el martillo, que sacó de él aquella estatua de David. Miguel Angel tenia entonces veinte y nueve años.

Mientras este grande artista ejecutaba esta obra, recibió la visita del gonfaloniero Sode-rini, el único gonfaloniero perpétuo que ha tenido la república. Soderini con su tontería, que su secretario Maquiavelo ha hecho prover-bial en una cuarteta, no dejó de hacerle crí-ticas y mas críticas. Incomodado Miguel An-gel aparentó ceder á una de ellas, y tomando al mismo tiempo que su cincel un puñado de polvillo de mármol, invitó á Soderini á que se acercase para ver si habia seguido bien su consejo. Acercóse Soderini abriendo sus ojos de tonto, y Miguel Angel hizo volar hácia ellos el puñado de polvillo de mármol que tenia es-condido en su mano, lo que pensó cegarle.

Vasari y Benvenuto han hecho mal en de-cir que aquel David era una obra maestra. Los que han escrito despues sobre Florencia, han

hecho mal en decir que era una obra inferior. Es buenenente una obra de la juventud de Miguel Angel, llena á la vez de bellezas y de-fectos; empero que colocada donde se halla, concurre admirablemente al conjunto de aque-lla hermosa plaza.

La Loggia dei Lanzi, una de las obras maestras de aquel *Andrés Orcagna* que fir-maba sus cuadros, *Orcagna, sculptor*, y sus esculturas, *Orcagna, pictor*; fué levantada primitivamente en 1374 para ofrecer á los magistrados en las *ralias ó reuniones* que se celebraban en la plaza pública, un refugio con-tra la lluvia, que cuando cae en Florencia cae á torrentes. Son los *Rostros* de aquel otro *For-ro*. Desde allí, y desde la Ringhiera, especie de tribuna destruida en medio de una tempe-stad popular, y que se hallaba levantada en la puerta del Palacio Viejo, hablaban los orado-res al pueblo. Bajo los Médicis, los lansquenetes, habiendo tenido su cuerpo de guardia en la vecindad de la Loggia, y hallándose natu-ralmente desocupados como lo están siempre los soldados estrangeros, pasaban su tiempo en pasear bajo aquel hermoso pórtico. De aqui el nombre de *Loggia dei Lanzighinetti*, y por abreviacion *dei Lanzi*.

La Loggia dei Lanzi está ricamente adorna-da de estatuas antiguas y modernas. Estas estatuas, que son en número de seis, y que representan sacerdotisas ó vestales, provienen de la *Villa-Médicis* de Roma, y han perdido el nombre de sus autores. Las estatuas mo-dernas, en número de tres, representan una Judit, un Perseo y un romano robando una sabina. Son de Donatello, de Benvenuto Celli-ni y de Juan de Bologna.

La Judit de Donatello debe su ilustracion mas á la circunstancia que ha precedido á su instalacion actual que á su mérito artístico. En efecto, es una de las mas débiles y de las menos airoas estatuas del autor. Estaba en el palacio Riccardi y pertenecia á los Médicis; pero cuando Pedro, despues de haber entre-gado la Toscana á Carlos VIII, fué arrojado de Florencia y saqueado su palacio, resolvieron perpetuar la memoria de aquella venganza po-pular poniendo la estatua de la Judit debajo de la Loggia de los Lansquenetes. En su conse-cuencia fué trasportada allí con gran pompa, y se grabó sobre su pedestal esta amenaza que Lorenzo II dejó á su vuelta subsistir sin duda por indolencia, y Alejandro á su adveni-miento al trono por desprecio:

*Exemplum salut. publ. Cives posuere
XCCCCXCV.*

El gran duque actual probablemente ni aun ha fijado en ello la atencion: es demasiado querido para que esto pueda hacer alusion á él.

Al lado de la Judit está el Perseo, el Per-seo que Benvenuto Cellini ha llamado tanto una obra maestra, que se ha hecho moda dis-

putarle este título, y que además vale poco mas ó menos como todo lo que se hacia en aquella época. Además, cuando los artistas que conocemos por haberlo experimentado nosotros, supieran los afanes, y las fatigas de este laborioso parto, leemos en el mismo Benvenuto Cellini, todos los insomnios, trabajos y fiebres que le ha costado esta estatua; cuando asistimos á la lucha del hombre á la vez contra los hombres y la materia; cuando vemos faltar la fuerza al estatuario, faltar la leña al horno, faltar el metal al molde; cuando vemos el bronce ya fundido helarse, rehusando correr en la forma, y al artista desesperado echar en la caldera seca por el fuego, platos de estaño, cubiertos de plata, jarras doradas, y dispuesto á arrojarse él mismo, por último, con desesperacion cual otro Empédocles á otro Etna, somos indulgentes con una obra que, si no es de primer orden, marcha al menos detrás de Miguel Angel, á la par con las de Juan de Bolonia, y delante de las de Ammanato, de Tascia y de Baccio Bandinelli.

Pero lo que verdaderamente es delicioso, lo que nadie disputará por su lindísimo carácter, son las figuritas del pedestal, cuyo valor conocia tan bien Benvenuto, que riñó con la duquesa antes de privar de ellas á su estatua. Le gustaban tanto aquellas figuritas á la pobre Leonor de Toledo, que queria absolutamente conservarlas en su cuarto, y fué preciso toda la terquedad artistica de Cellini para arrancárselas de las manos.

El tercer grupo es el Robo de las sabinas, de Juan de Bolonia, que á su aparicion tuvo tal boga, que acudian de todas las partes de la Italia para admirarlo. Aquellas tres figuras, que además son de una gran belleza, tanto por la expresion de su rostro como por el modelo de las carnes, no tuvieron la suerte de agradar á todo el mundo. Un señor entre otros, que habia salido de la calle del Corso de Roma á caballo para venir á verlas, y que habia tardado cinco dias en el camino, se acercó, siempre á caballo, se detuvo un instante, y sin bajarse de su cabalgadura:

—¿Y es esto por lo que han hecho tanto ruido? dijo.

Encogiéndose despues de hombros, volvió á poner su caballo al galope, y volvió á tomar el camino de Roma. Aconsejamos á los que quisiesen seguir el ejemplo del curioso romano, que bajen del caballo y miren de cerca los bajos relieves del pedestal representando el Robo de las sabinas.

Enfrente del Palacio Viejo, contiguo al correo, hay un tinglado de madera que se llama el *techo de los Pisanos*, y que nada tiene de particular ni de notable sino la circunstancia que le ha hecho dar nombre.

Sábense las largas guerras y el eterno odio de estas dos repúblicas. En pequeño, Pisa fué para Florencia lo que Roma para Cartago; y Florencia, como Roma, no descansó mientras

que Pisa fué, si no destruida, al menos subyugada. Una de las victorias que concurrieron á esta sumision, fué la de Cascina, conseguida por Galiotto, á seis millas de Pisa, y probablemente en el mismo sitio donde hoy está la quinta del gran duque. Perdieron los pisanos en aquella jornada, que fué la del 28 de julio de 1364, mil hombres muertos y dos mil prisioneros. Aquellos dos mil prisioneros fueron trasladados á Florencia en cuarenta y dos carretas, y entraron por la puerta de San Friano, donde los detuvieron para hacerles pagar la *gabeta*, que fué tasada en diez y ocho cuartos por persona, precio que habia costumbre de pagar por cada cabeza de ganado. Despues los llevaron á son de trompeta á la plaza de la Señoría, donde los hicieron bajar de los carros, y donde los obligaron á desfilar uno á uno por detrás de Marsocho y á besarle el trasero al pasar. Dos de aquellos desgraciados vieron un deshonor tan grande en estas nuevas horcas caudinas, que se ahorcaron con sus cadenas. Por último, los florentinos, pensando que podian emplearlos en algo mejor que esto, los utilizaron en construir ese techo que aun hoy lleva el nombre de sus constructores, y es llamado el *techo de los Pisanos*.

El Marsocho actual está inocente del suicidio de los dos pisanos, porque en el año de 1420 el Marsocho viejo, que databa del siglo X, se hizo pedazos, y la señoría mandó hacer otro á Donatello. Este es el que hoy se ve teniendo bajo sus pies el escudo con la flor de lis encarnada de Florencia, y que tiene el aire de un animal demasiado bueno para tenerle que reconvenir por nada.

La *fuenta del Ammanato*, á pesar de la reputacion que se le ha dado, es á mi parecer una obra bastante mediana. Los caballos marinos y el Neptuno, no parecen hechos los unos para el otro; no tienen proporcion entre sí, y diríase que era un gigante tirado por jaquillas. Una cosa no menos raquitica, es el raquitico chorrillo de agua que destila de aquel coloso. En cambio las figuras de bronce del tamaño natural acurrucadas en los bordes del pilon, son encantadoras.

El año último notaron cierta mañana que faltaba una. Durante dos meses hicieron las mas activas pesquisas para saber qué habia sido de ella. Al cabo de este tiempo se supo que un aficionado inglés la habia robado: únicamente se ignora de qué medio se valió para aquel robo, pesando cada figura mas de dos mil libras.

Una cosa particular de aquella fuente es que está situada en el mismo punto en que fué quemado Savonarola.

Digamos dos palabras sobre este hombre extraordinario, sobre su carácter, sobre su suplicio, y sobre la memoria que ha dejado.

Fray Gerónimo Savonarola nació en Ferrara el 21 de setiembre de 1452; hijo de Nicolás Savonarola y de Elena Buonaconi.

Desde su infancia se notó en él un carácter grave, un exterior austero; y en cuanto tuvo edad para manifestar una voluntad, mostró deseo de hacerse religioso. Con este objeto estudió con sostenida aplicación la filosofía y la teología, leyendo y relejendo sin cesar las obras de Santo Tomás de Aquino, no suspendiendo aquellas graves lecturas sino para hacer versos toscanos. Era tan agradable esta ocupación á Savonarola, que él mismo se la prohibió muy pronto, reprendiéndose de tener tan grande afición á una distracción que miraba como mundana.

Llegado á la edad de veinte y dos años, soñó una noche que se hallaba espuesto desnudo en el campo, y que caía sobre su cuerpo una lluvia de agua helada. Fué tal la impresión, que se despertó, y al despertarse resolvió consagrarse á Dios, habiendo aquella lluvia bienhechora, según aseguraba, apagado para siempre las pasiones en su corazón.

Esta fué la primera de las visiones, que después le fueron tan frecuentes y familiares.

Al día siguiente, era el 24 de abril de 1475, sin decir nada á sus parientes ni amigos, huyó á Bolonia y tomó el hábito de Santo Domingo.

Hacia ya algun tiempo que el jóven dominico se hallaba en Bolonia, cuando habiéndose encendido la guerra entre Ferrara y Venecia, resolvieron aliviar el convento de bocas inútiles. Fray Gerónimo Savonarola, cuyo genio no se habia revelado todavía, fué del número de los desterrados. Vinose entonces á Florencia, donde halló ocasion de predicar una cuaresma entera en la iglesia de San Lorenzo; pero con la poca práctica que tenia, no alcanzó ni por la voz, ni por la acción, ni por la elocuencia, grande éxito.

Dudó él mismo entonces de la misión á que se creia llamado, y resolvió limitarse á la esplicacion de las Santas Escrituras. Retiróse, pues, á un convento de Lombardía, donde contaba permanecer eternamente hasta que fué llamado á Florencia por Lorenzo de Médicis.

El jóven Picco de la Mirandola habia seguido las predicaciones de fray Gerónimo, y en medio de la cordedad de la elocución y de la falta de acción, habia reconocido el acento del inspirado, la sombría y profunda mirada del hombre de genio. Pero ya habia hecho un progreso inmenso Savonarola; habia empleado el tiempo que habia pasado en Lombardía en estudios de elocuencia, y cuando volvió á Florencia comenzaba á creer de nuevo que Dios le habia elegido para hablar á los pueblos por su boca. Sus primeros ensayos le confirmaron en aquella creencia.

Ademas, el tiempo era propio para erigirse en profeta: la Italia se hallaba llena de facciones, y la Iglesia de escándalos. Inocencio VIII reinaba entonces, y sus diez y seis hijos le habian valido el sobrenombre de *padre de su pueblo*. Así Savonarola tomó por

testo de sus discursos tres proposiciones.

La primera, que debía renovarse la Iglesia.

La segunda, que la Italia seria azotada con varas.

Y la tercera, que se verificarían estos acontecimientos antes de la muerte del que los anunciaba.

Esta muerte debía verificarse antes del fin del siglo: como se estaba en el año 1490, todas estas profecías debían hacer tanto mas efecto cuanto que anunciaban cosas próximas, y que Savonarola, como aquel hombre que daba la vuelta por los muros de Jerusalem, después de haber comenzado por gritar, ¡desgraciados de los demas! terminaba por gritar, ¡desgraciado de mi mismo!

Lutero cumplió la primera de las predicaciones de Savonarola.

Alejandro de Médicis la segunda.

Y Rodrigo Borgia la tercera.

Las predicaciones de Savonarola produjeron tal efecto, y atrajeron tal concurso de oyentes, que aun cuando se le concedió el Domo como la mas grande de las iglesias de Florencia, el Domo era muy estrecho para contener la muchedumbre que acudia á alimentarse con su palabra. Viéronse, pues, obligados á separar los hombres de las mugeres y los niños, y á reservar para cada uno de ellos un dia particular.

Ademas, todas las veces que Savonarola iba desde su convento al Domo y volvía del Domo á su convento habia necesidad de darle una guardia. Las calles por las que debia pasar, estaban atestadas de hombres del pueblo que le miraban como un santo, y que querian besar su hábito.

Esta popularidad le valió el ser nombrado en 1490 prior de San Marcos, y con motivo de este nombramiento dió una nueva prueba de su carácter inflexible. Habia costumbre, ó los predecesores de Savonarola habian de ello hecho casi una regla, de que los que eran promovidos á la categoría de priores en las órdenes religiosas fuesen á presentar sus respetos y homenajes á Lorenzo de Médicis, como á gefe supremo de la república y le suplicasen les concediese su proteccion. Savonarola, que no reconocia mas gefes de la república, que los que ella misma habia elegido, rehusó constantemente verificar este acto de infundacion con un poder que miraba como usurpado. En vano sus amigos le instaron; en vano Lorenzo le hizo saber que le recibiría con placer: Savonarola respondió constantemente que era prior de Dios y no de Lorenzo; que no tenia que aguardar nada de él mas que el último ciudadano.

Comprendese bien, que esta respuesta hirió mucho al orgulloso Médicis: era la sola oposición que habia encontrado en Florencia desde la conspiración de los Pazzi. Así, habiendo escitado algunos desórdenes las predicaciones exaltadas de Savonarola, aprovechó esta oca-

sion Lorenzo para hacer decir al monge rebelde por cinco de los primeros de la ciudad que suspendiese sus predicaciones, ó al menos que moderase su fogosidad. Savonarola respondió á esto con un sermón que terminó anunciando al pueblo la muerte próxima de Lorenzo de Médicis. Esta predicción se realizó diez y ocho meses despues, es decir, el 9 de abril de 1492. Sucedió entonces, que hallándose en el lecho de la muerte *Lorenzo el Magnífico*, se acordó del pobre prior de San Marcos teniéndole por un inspirado, pues que había profetizado las cosas que sucedían, y no quiso recibir la absolución sino de él. Envióle, pues, á buscar, y aquella vez Savonarola, fiel á su promesa, acudió al lecho del moribundo, obrando en esto como hubiera podido hacerlo con el último ciudadano.

Lorenzo el Magnífico se confesó. Pesaban sobre su conciencia muchos crímenes desconocidos y ocultos, de esos crímenes que cometen los poderosos que quieren á toda costa conservar el poder. Empero por grandes que fuesen sus crímenes, Savonarola le prometió el perdón de Dios con tres condiciones. El moribundo que no esperaba verse libre á tan poca costa le preguntó cuáles eran aquellas tres condiciones.

—La primera, dijo el fraile es, que tengais una fé viva é inalterable en Dios.

—La tengo, respondió Lorenzo.

—La segunda, es que restituyais en cuanto sea posible los bienes mal adquiridos.

Reflexionó un instante Lorenzo: despues haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo:

—Está bien, restituiré.

—Por último, la tercera es, que volvais la libertad á Florencia.

—¡Oh! en cuanto á eso, dijo el moribundo, mejor quiero condenarme.

Volviendo entonces la espalda á Savonarola, Lorenzo no pronunció ya mas palabra: espiró en el mismo día.

Y como su muerte, dice Maquiavelo, debía ser la señal de grandes calamidades, permitió Dios que fuese acompañada de terribles presagios. Cayó un rayo sobre el Domo y Rodrigo Borgia fué nombrado papa.

La tempestad predicha por Savonarola se iba acercando: Carlos VIII aparecía en el horizonte, marchando hácia su reino de Nápoles, amenazando pasar él y su cólera sobre Florencia. Savonarola fué diputado para salir al encuentro del ejército ultramontano.

El fraile permaneció fiel á su misión y habló al rey no como embajador sino como profeta. Le predijo la victoria y las gracias de Dios si devolvía la libertad á Florencia: le prometió los reverses y la enemistad del Señor si la dejaba bajo el yugo. Carlos VIII no vió en Savonarola mas que un buen religioso que se metía á hablar de política, es decir, de una cosa que no entendía. Pasó sobre Florencia sin atender á sus palabras y no dejó la ciudad

sublevada sino despues de haber exigido de la señoría el levantamiento del secuestro puesto á los bienes de los Médicis y la anulacion del decreto que ponía á precio su cabeza.

Antes de un año la nueva predicción de Savonarola se hallaba cumplida. Las victorias se habían cambiado en reverses y Carlos VIII con la espada en la mano se había visto obligado á abrirse, por la batalla de Taro, un camino sangriento para retirarse á Francia.

Todo hasta aquí favorecía á Savonarola, y los acontecimientos parecían estar á las órdenes de su genio. Así su influencia en la república era tal, que despues de la caída de Pedro de Médicis fué mas grande que nunca.

Recibió entonces de la señoría la comisión de presentar una nueva forma de gobierno. Savonarola, libre entonces de dar rienda á sus ideas democráticas, estableció su sistema sobre la base mas ancha y mas popular que se había presentado nunca á la república florentina.

El derecho de conceder los empleos y los honores debía residir en un gran consejo compuesto de todo el pueblo: y como el pueblo no podía ser convocado en masa á cada instante y por cada cosa que reclamase su examen y aprobacion debía conferir su autoridad á cierto número de ciudadanos elegidos por él mismo y á los que trasmitiesen sus derechos. Para reunir aquella asamblea de elegidos debió Savonarola construir el Palacio Viejo por Cronada, su amigo, y aquella famosa sala del consejo en la que podían estar reunidos cómodamente mil ciudadanos.

No fué esto solo; despues de la parte material de la libertad, si puede llamársela así, era preciso ocuparse de la parte moral, es decir, de las costumbres y las virtudes, sin las que no puede mantenerse. Los Médicis habían derramado el oro á manos llenas; el oro había producido el lujo, y el lujo los placeres. Florencia no era una república severa, donde la economía pública y privada permitiese al gobierno mandar á la vez á Arnolfo di Lapo hacer un nuevo recinto de murallas, una magnífica catedral, un palacio intomable, y un granero público donde pudiese encerrarse el trigo de todo un año. Florencia se había hecho muelle y voluptuosa; Florencia tenía sabios griegos, poetas eróticos, cuadros obscenos y estatuas impúdicas. Era preciso llevar el fuego y el hierro á todo esto: era preciso volver á los florentinos á la sencillez antigua: era preciso destruir á Atenas y con sus restos redificar á Esparta.

Savonarola escogió la época de la cuarentena para tronar contra aquellas tendencias mundanas, para lanzar el anatema sobre todas aquellas perniciosas superfluidades. Su palabra tuvo su poder ordinario. A su voz se apresuraron todos á venir á amontonar sobre las plazas públicas cuadros, estatuas, libros, alhajas, vestidos de brocado y trages bordados. Entonces el fraile, seguido de una multitud de

mujeres y de niños, que cantaban las alabanzas á Dios, salió de la catedral con una antorcha en la mano, y fué por las calles encendiendo todas aquellas hogueras, renovadas todos los días, y todos los días devoradas.

En una de aquellas hogueras Fra Bartolomeo fué á arrojar sus pinceles eróticos y sus cuadros mundanos, que hasta entonces habian apartado su génio del divino camino. Convertido al Señor, Fra Bartolomeo juró no ocuparse en lo sucesivo sino de los asuntos religiosos; y cumplió su juramento.

Sin embargo, despues de haber triunfado hasta aquel día, Savonarola iba por último á luchar cuerpo á cuerpo con el coloso contra el que debía hacerse pedazos.

Habia subido al trono pontifical Alejandro VI, y habia llevado á él los desórdenes y escándalos de su vida privada. Cuanto mas alto bajaba el ejemplo de la impiedad y de la lujuria, tanto mas abominable era. Savonarola no vaciló un instante en atacar la corte de Roma con la misma vehemencia con que hubiese atacado la corte de Francia ó la corte de Inglaterra.

Alejandro VI creyó responder eficazmente á aquellos ataques fulminando una bula en la que declaraba á Savonarola herege, y le prohibia la predicacion. Savonarola eludió esta prohibicion haciendo predicar en su lugar á Domingo Bombicini de Pescia, su discípulo. Empero cansándose pronto del silencio, declaró sobre la autoridad del papa Pelagio, que una excomunion injusta no tenia eficacia, y que el que habia incurrido en aquella no tenia ni aun necesidad de hacerse absolver. En su consecuencia el día de Navidad del año 1497, declaró en el púlpito que el Señor le inspiraba la voluntad de sacudir la obediencia, atendida la corrupcion del papa; y continuó sus predicaciones, ó mas bien sus ataques, con mas fuerza, libertad y entusiasmo que nunca.

Entonces hubo un momento en que para el pueblo florentino Savonarola no fué un hombre, sino un Mesías, un segundo Cristo, un semi-dios.

Pero en medio de todo aquel pueblo que al pasar él se ponía de rodillas, caminaba Savonarola triste y con la cabeza baja, porque conocia que estaba próxima su caída, y nada le habia revelado que hubiera nacido Lutero.

Respondió á aquella rebelion Alejandro VI con un breve que declaraba á la señoría que si no prohibia la palabra al prior de los dominicos, todos los bienes de los mercaderes florentinos situados en el territorio pontifical serian confiscados, puesta la república en entredicho y declarada enemiga espiritual y temporal de la Iglesia.

La señoría, que veía crecer el poder pontifical en la Romaña, y que sentía á César Borghia á las puertas, no se atrevió á resistir, y esta vez intimó ella misma á Savonarola la orden de suspender sus predicaciones. Savona-

rola no podia resistir; además, la resistencia hubiera sido una infraccion de las leyes que él mismo habia consentido. Se despidió, pues, de su auditorio en un sermón que anunció debía ser el último. Al mismo tiempo se anunció que otro predicador muy afamado habia llegado en nombre de Alejandro VI para reemplazar á fray Savonarola y combatir la palabra impía por la palabra santa.

Compréndese que el recién llegado trabajó en vano en hacerse oír, porque la retirada de Savonarola en lugar de calmar la fermentacion la habia aumentado. Hablábale de sus visiones divinas, de sus profecías realizadas, y anunciáronse milagros. Decíase que el prior de los dominicos habia ofrecido bajar con el campeon del papa á las bóvedas de la catedral y resucitar un muerto. Estas noticias, en las que ninguna parte tenia Savonarola, esparcidas por sectarios demasiado celosos, llegaron á conocimiento de fray Francisco de Pouilla; este era el nombre del predicador que habia llegado de Roma. Fray Francisco era de un temple semejante á Savonarola, y no tenia sino la desventaja de defender una mala causa. Además, ardiente, fanático, pronto á morir por su causa si su muerte podia hacerla triunfar, respondió á aquellos vagos rumores con un formal desafio: propuso entrar con el prior de los dominicos en una hoguera «y allí, decia, á la vista del pueblo, Dios dará á conocer su elegido.»

Era tanto mas estraña esta proposicion de su parte cuanto que no creia en un milagro; pero esperaba con esta proposicion decidir á Savonarola é intentar la prueba, y al morir arrastrar consigo al tentador que tantas almas precipitaba con la suya en la eterna condenacion. Por exaltado que fuese Savonarola, no esperaba que Dios hiciese un milagro en su favor. Además, no habiendo jamás propuesto el primer desafio, no se creia de ningún modo obligado á aceptar el segundo.

Pero entonces sucedió una cosa que prueba hasta qué punto habia escitado el fanatismo de sus discípulos.

Fray Domingo Bombicini, mas confiado que él en la intervencion de Dios, hizo responder que estaba pronto á hacer frente á fray Francisco de la Pouilla y aceptar la prueba del fuego.

Desgraciadamente este sacrificio no era la cuenta de fray Francisco; éste queria deshacerse del maestro y no del discípulo, y si moria queria al menos que su muerte tuviese todo el brillo que podia darle un ilustre antagonista, con el que únicamente consentia en luchar.

Pero Florencia parecia atacada de una locura general. A falta de fray Francisco, dos frailes franciscanos, llamado el uno fray Nicolás de Pylly y el otro fray Andrés Rondinelli, declararon que estaban dispuestos á hacer frente por fray Francisco de Pouilla, y aceptar

la prueba del fuego con fray Domingo: en el mismo día en que se aceptó el desafío mortal, se extendió la noticia de él por toda la ciudad.

Quisieron los magistrados impedir el escándalo: era demasiado tarde. Contaba el pueblo con un espectáculo inesperado, inaudito, terrible, y no había medio de privarle de él sin esponer á la ciudad á alguna conmocion. Viéronse, pues, los magistrados en la necesidad de ceder: consintieron entonces en aquel extraño desafío entre fray Domingo Bombicini y fray Andrés Rondinelli, que habiendo probado ser el primero en fecha, obtuvo la preferencia sobre fray Nicolás de Pylly. Diez ciudadanos elegidos á pluralidad de votos, fueron encargados de redactar las condiciones de la lucha y de señalar el día y lugar. El día se señaló para el 7 de abril de 1498, y la plaza del Palacio ó mas bien de la Señoría, como entonces se llamaba, fué elegida por palenque.

Desde que se supo esta determinacion, la muchedumbre se agolpó muy numerosa á la plaza, aunque todavía faltaban cinco dias para llegar al señalado, y los jueces comprendieron que no habria medio de hacer los preparativos necesarios si no se ocupaba con soldados la plaza y las calles adyacentes. Con esta precaucion tomada durante la noche, la plaza se encontró á la mañana siguiente vacía, y pudieron comenzarse los trabajos.

Se separó desde luego por medio de una valla, la *Loggia dei Lanzi* en dos divisiones, reservada la una á fray Rondinelli, y á sus franciscanos, y la otra á fray Domingo y los discipulos de Savonarola: despues se levantó un tablado de madera de cinco pies de alto, por diez de ancho y ochenta de largo. Aquel tablado fué guarnecido todo de mimbres y de haces de leña de la mas seca que pudieron encontrar. En medio de la hoguera se hicieron dos especies de corredores de la longitud del tablado, separados uno de otro con una tabla de pino. Aquellos corredores se abrian por un lado sobre la *Loggia dei Lanzi*, y por el otro sobre el extremo opuesto. Todo debía hacerse á la luz del día, á fin de que cada cual pudiese ver á los campeones entrar y salir: no habia, pues, medio de retroceder ni organizar un falso milagro.

Llegado el día, los franciscanos se fueron á su sitio sin ninguna demostracion aparente. Savonarola al contrario, anunció una misa mayor á la que rogó á todos sus prosélitos que asistiesen: despues, concluida la misa, en lugar de encerrar la hostia en el tabernáculo se adelantó hácia la puerta con el Santísimo Sacramento en la mano, salió de la iglesia y se fué á la plaza del palacio. Fray Domingo de Pescia le seguia con todas las apariencias de una ardiente fé llevando en la mano un crucifijo cuyos pies besaba de tiempo en tiempo sonriendo. Todos los frailes dominicos del convento de San Marcos iban detrás participando visiblemente de su confianza y cantando

himnos al Señor. En fin, detrás de los dominicos iban los ciudadanos mas considerables de su partido con hachas en las manos, porque seguros como estaban del triunfo de su santa empresa, querian ellos mismos prender fuego á la hoguera.

Intil es decir, que la plaza se hallaba de tal modo atestada de gente, que la muchedumbre se extendia á todas las calles. Las puertas y las ventanas parecian tener paredes de cabezas; los terrados de las casas circunvecinas se hallaban llenas de espectadores: habia curiosos hasta sobre las torres del Bargello, hasta el techo de la catedral y en la cúpula del Campanillo.

Sin duda, la seguridad de fray Domingo comenzó á inspirar algunos temores á los franciscanos, porque cuando se les avisó que fray Domingo estaba listo declararon que habian sabido que fray Domingo se ocupaba de magia y gracias á este arte componia hechizos y talismanes. En su consecuencia, pedian que su adversario fuese despojado de su hábito, visitado por gentes del arte y vestido con nuevos hábitos, lo que se haria todo por los jueces. Fray Domingo no hizo oposicion alguna; se quitó él mismo su hábito que entregó á la investigacion de los médicos, despues de lo cual se puso un hábito nuevo que le trajeron é hizo avisar segunda vez al franciscano para ver si estaba listo. Entonces se vió obligado á salir del punto donde estaba Andrés Rondinelli; pero como vió al salir, que su adversario se preparaba á atravesar las llamas llevando en la mano el Santísimo Sacramento que Savonarola le habia entregado, exclamó que era una profanacion esponer á ser quemado el cuerpo de Nuestro Señor: ademas de que si habia milagro, el milagro no tendria nada de particular, porque no seria el hermano Bombicini sino el hijo predilecto del mismo Dios el que se salvaria de las llamas. En consecuencia declaró, que si el dominico no renunciaba á aquel auxilio sobrenatural, él renunciaba la prueba.

Por su parte, Savonarola á quien por la vez primera le ocurrió la duda, y esto porque se trataba de otro y no de él, declaró que la prueba no se haria sino con aquella condicion. Los franciscanos no quisieron ceder de sus pretensiones; Savonarola se aferró en su derecho y se mantuvo firme, y como ni unos ni otros querian ceder, pasáronse cuatro horas en esta discusion, durante las cuales el pueblo espuesto á un sol ardiente comenzó á murmurar tan alto y con tal impaciencia, que Domingo Bombicini declaró, que para concluir cuanto antes estaba dispuesto á intentar la prueba con un simple crucifijo. No habia ya medio de retroceder ni siendo el crucifijo mas que la imagen y no la presencia real de Dios.

Fray Rondinelli se vió obligado á someterse y se anunció al pueblo, que iba á comenzar la prueba. En aquel mismo instante olvidando sus fatigas y su cansancio comenzó á dar pal-

madas, como se hace en un teatro despues de haber aguardado largo tiempo en un entre-acto.

Pero en aquel momento, por una estraña casualidad, estalló una violenta tempestad sobre Florencia. Hacia largo tiempo que aquella tempestad se estaba preparando sobre la ciudad sin que ninguno hubiese reparado lo que pasaba en el cielo: tan fijos y atentos tenian los ojos en la tierra. Cayeron tales torrentes de lluvia, que el fuego que se acababa de encender se apagó en el mismo instante sin que fuese posible volverlo á reanimar, aunque echaron alli todas las antorchas que pudieron procurarse y aunque trajeron fuego y tizonas encendidos de todas las casas que daban á la plaza.

Entonces la muchedumbre se creyó burlada, y como unos gritaban que el no haberse verificado la funcion era culpa de los franciscanos mientras otros afirmaban que la culpa estaba en los discipulos de Savonarola, el pueblo hizo alternativamente recaer la responsabilidad y su desagrado sobre los dos campeones y empezó á silbar y á burlarse de ambos.

A los gritos que oyó dar y á las demostraciones hostiles que vió hacer, la señoría dió orden de que la muchedumbre se retirase; pero á pesar de que la lluvia continuaba cayendo á torrentes nadie obedeció. Fué preciso, pues, al fin, á los adversarios atravesar la multitud. Esto era lo que aguardaba el pueblo. Fray Rondinelli fué seguido, apedreado y silbado y entró en su convento todo aporreado y con los hábitos hechos pedazos. Savonarola salió como habia entrado con el Santísimo Sacramento en la mano, y gracias á esta santa salvaguardia llegaron sin accidente él y los suyos á la plaza de San Marcos, donde se hallaba situado su convento.

Empero desde aquel dia se habia destruido el prestigio de Savonarola, y no fué ya para el pueblo mas que un fraile fanático y un falso profeta. Fray Francisco de Pouilla, éste enviado de Alejandro del que habia salido la primera proposicion y que habia retrocedido cuando habia visto á los franciscanos y á los dominicos comprometerse, aprovechó hábilmente aquel desengaño para animar contra Savonarola cuantos enemigos tenia en Florencia. Estos enemigos eran desde luego todos aquellos que mantenian una excomunion como valedera cualquiera que fuese la moralidad del papa que la hubiese lanzado; eran despues todos los partidarios de los Médicis que creian que solo la influencia de Savonarola se oponia á su vuelta y que tenian tanto ardor en sus opiniones políticas que se los llamaba los *arrabiati* ó rabiosos.

Asi al dia siguiente, Domingo de Ramos, cuando Savonarola subió al púlpito para explicar su conducta del dia anterior, los gritos de *fuera el falso profeta, fuera el herege, fuera el excomulgado*, se oyeron de todas partes re-

novados con tal encarnizamiento que Savonarola, cuya voz era débil, no pudo dominar aquel tumulto. Entonces, Savonarola, viendo que habia perdido toda su influencia con aquel pueblo que la víspera todavía escuchaba sus menores palabras de rodillas, se echó la capucha á la cabeza y se retiró á la sacristía: despues desde la sacristía salió sin ser visto y pudo llegar á su convento. Pero aquel retiro no desarmó á los enemigos de Savonarola, que resolvieron perseguirle en su convento donde presumieron que se habia retirado.

Los gritos de á *San Márcos*, á *San Márcos* resonaron por todas partes. Aquellos gritos dados en las calles, amotinaron á todos los que escitaban el interés ó la venganza. El núcleo de la insurreccion se engrosó á cada paso y pronto la muchedumbre fué á batir los muros de San Márcos como una marca de carne. Derribaron en un momento las puertas y las alas populares inundaron el convento.

Conociendo que era él contra quien se dirigian, Savonarola abrió su celda y se presentó en la puerta. Hubo entonces un instante de vacilacion entre aquellos hombres habituados á temblar delante de él; pero dos *arrabiati* se arrojaron sobre él gritando, *á la hoguera el herege, á la horca el falso profeta*, é hicieron salir á Savonarola para llevarlo directamente al suplicio: con gran pena y trabajo dos magistrados, acompañados de un cuerpo de tropas, reunidas de prisa y corriendo á la noticia de aquella conmocion, consiguieron arrancarlo de las manos del populacho prometiendo que se haria justicia y que no perderian nada por aguardar.

En efecto, el 25 de mayo, es decir, cuarenta y dos dias despues de la prueba que habia concluido mal, se levantaba una segunda hoguera en la plaza del palacio. Un poste salia del medio de aquella hoguera y á aquel poste estaban amarrados tres hombres: estos tres hombres eran fray Francisco Savonarola, fray Domingo Bombicini y Silvestre Maruffi, que se encontraba alli, no se sabe cómo y al que se le habia formado su causa por añadidura. Asi el pueblo á quien se habia cumplido la palabra con creces dándole mas de lo que esperaba, parecia completamente satisfecho.

Savonarola espiró como habia vivido, con los ojos fijos en el cielo y tan desprendido de la tierra, que el dolor no le hizo dar ni un grito. Ya el fraile y sus discipulos se hallaban envueltos en llamas y todavia se oia el himno santo que cantaban en coro que anticipadamente iba por ellos á llamar á la puerta del cielo.

Asi es como se verificó la última prediccion de Savonarola.

Apenas murió cuando el recuerdo de toda su vida y el espectáculo de sus últimos momentos tan en armonia con aquel recuerdo hicieron abrir los ojos de los mas ciegos: los que tenian realmente interés en perseguir su

memoria como habian calumniado su vida, continuaron solo blasfemando su nombre. Pero aquel pueblo que habia encontrado siempre en él un consolador y un amigo, sintió bien pronto que aquel consolador y aquel amigo le faltaba. Buscó en derredor de sí sobre la tierra y no hallando nada, esperó buscarlo en el cielo.

Un año despues y el dia aniversario de su muerte la plaza donde se habia levantado su hoguera se hallaba cubierta de flores. No se pudo descubrir qué mano habia depositado aquellas flores sobre la tumba de Savonarola; cada cual dijo que habian sido los ángeles que habian bajado para celebrar la fiesta del mártir.

Todos los años fué aumentándose aquel tributo; pero como quedó ilusoria la investigacion del homenaje religioso, de donde procedian

aquellos ramos, resolvió Cosme I poner fin á él. Por poderoso que fuese, no se atrevió á chocar de frente con las simpatías populares: ordenó únicamente al Ammanato edificase una fuente en aquel lugar. Obedeció el Ammanato y la estatua de Neptuno ocupó el lugar donde se habia alzado la hoguera. Cerca de Neptuno está la estatua ecuestre de Cosme I, la mejor de las cuatro estatuas del mismo género que han sido ejecutadas por Juan de Bolonia: las otras tres son, creo, las de Enrique IV, Felipe II y Francisco I.

Esto es todo cuanto se halla sobre esta magnífica plaza, sin contar la *Galeria de los Oficios* que viene á dar á ella. Pero como la *Galeria de los Oficios* no puede recorrerse en una hora, dejamos para otro momento la visita que contábamos hacerla.

ÍNDICE.



El lago de Cuges y la Fuente de Rougiez.	4	Génova la Soberbia.	37
Improvisacion.	8	Liorna.	44
Tolon.	10	Repúblicas italianas.	52
Fray Juan Bautista.	15	Camino de Liorna á Florencia.	60
El Golfo Juan.	17	Florencia.	63
El hombre de la Máscara de Hierro.	21	La Pergola.	66
El capitan Langlet.	27	Santa Maria de las Flores.	70
El principado de Monaco.	30	El Palacio Riccardi.	83
El rio de Génova.	34	El Palacio Viejo.	89
		La Plaza del Gran Duque.	98

